

JOSE MORENO BASCUÑANA

**NOSTALGIAS DE MI VIDA**

## P R E A M B U L O

Este relato solo se ha escrito por el deseo de recordar mi vida desde la altura de los muchos años que tengo y quizá también por la necesidad íntima de plasmar en unas líneas las distintas vicisitudes porque ha pasado mi alma a través de ella.

La vida de todo ser humano, por insignificante que parezca, siempre contiene ilusiones, afanes o hechos que es grato recordar cuando además en tantos casos la pátina del tiempo las idealiza con su lejanía.

Esto, ni más ni menos, ha sido el objetivo de escribir estas notas, apresurándome a manifestar que no van a interesar a nadie ni por su estilo literario ni por su contenido, ya que éste se circunscribe únicamente a mi vida. Pero como "no existe libro malo que no contenga algo bueno", como dice el Bachiller Sansón Carrasco, si a alguien se le ocurriese hojearlo puede extraer de este modesto relato al menos un ejemplo de lo que puede conseguir un hombre cuando se empeña en realizar su propósito sin contar con una preparación adecuada, como a mi me ocurrió.

Su estilo es sencillo y familiar y aún cuando Jacques Baivilles diga: "lo que contribuye a dar a la historia sus valores mas falsos son las memorias" puedo asegurar que a falta de otro mérito este relato es absolutamente objetivo y pleno de sinceridad. Sería pueril falsear unos hechos que quizá nadie va a leer; equivaldría a lo que se cuenta de la vida de Máximo Gorki que se escribía así misma cartas de amor.

Sea de ello lo que quiera, "ahí van como el caballo de copas", según escribió Bécquer al comienzo de su leyenda "El Monte de las Animas".

## PRIMERA PARTE

### EL DESPERTAR A LA VIDA

Todo lo que reviste características de memorias ha de ser un reflejo fiel de todas las vicisitudes de una vida y en ellas debe figurar no solo los acontecimientos sobresalientes y decisivos sino también el inmenso desfile de hechos corrientes, rutinarios, sencillos y vulgares que constituyeron el amplio cortejo de los destacados, ya que de como se han vivido aquellos, los de menor apariencia y contenido, es en fin de cuentas lo que mejor refleja el modo de ser y de pasar por la vida la existencia de cada hombre.

Los acontecimientos sobresalientes, aquellos que convierten el día o los minutos en que se produjeron en trascendentes y decisivos, son generalmente de carácter fatalista y por tanto ajenos de la propia voluntad, aunque continuamente los estemos esperando. Tales acontecimientos se destacan por sí solos; son a modo de hitos que encuadran el contenido de una vida y constituyen algo así como el capital de cuyas rentas se mantiene el discurrir de toda ella.

El hombre propende por naturaleza a vivir solo de recuerdos o esperanzas. Apenas disfruta la vitalidad que contiene cada momento presente, y esto es, precisamente, lo que mas se quiere resaltar aquí. También es frecuente que al recordar algo pretérito afirme: ¡si parece que eso ocurrió ayer!. No suele pararse a reflexionar sobre lo que ocurrió día a día, minuto a minuto, desde el hecho recordado al momento de recordarlo; si lo hiciese recordaría también lo largo que se hizo el camino y el cúmulo de esperanzas, frustraciones, ilusiones y desilusiones que desfilaron y cor-tejaron tal período. Pero ¡qué cosecha puede recogerse de aquellos años, de aquellos momentos pretéritos si todos se vivieron intensamente!.

De esto depende que se nos malogre la vida o no; o todos los hechos que denominamos corrientes cayeron en baldío, en vulgaridad permanente, o engendraron cada uno de ellos, como paciente obra de abeja, una lenta amasadura de esperanzas e ilusiones que lograron emanciparnos de la mediocridad intelectual, representativa y hasta de bienestar, que continuamente nos acecha y nos amenaza.

Por ello aquellos hechos, que dentro de su monotonía aparente fueron sin embargo cuna de los estudios, de la lucha, de las ilusiones y sueños, son los que más merecen recordarse y resaltarse. En ellos está quizá condensado el misterio de que el hombre posea "vida interior o no". Vivir todos los momentos, actuales en cada instante, con intensidad y poesía, es por lo único que vale la pena vivir la vida.

Estos momentos, estos años de vulgaridad, vividos superficialmente a través de toda su existencia constituye la vida entera de muchos seres. Ni sienten más, ni necesitan más ni aspiran a más. Si acaso a una comodidad estrictamente material; esta es la meta de su vida, su triunfo -si aquella se consiguió-, como algunos la denominan. Pero ¿qué triunfo se puede haber conseguido a espaldas de todos esos sentimientos que enaltecen al hombre y lo convierte la Naturaleza en un dios menor? ¿Se puede vivir sin sentir la grandiosidad divina al contemplar el firmamento estrellado en una noche de verano? ¿Y sin la contemplación del mar embravecido? ¿Y sin la contemplación de la Capilla Sixtina o el Moisés de Miguel Angel, en San Pietro in vincule de Roma? ¿y sin conocer el adagio del cuarteto op. 59 nº 1 de Beethoven? ¿y si la contemplación del "Matrimonio místico" de Santa Catalina, de Memling, en el austero y recogido hospital de San Juan de Brujas? ¿y sin apreciar el hondo misterio lleno de ternura de la augusta misión de amamantar una madre a su hijo? .... Sin comprender, sin sentir nada de esto que se pone como ejemplo la vida se convierte en un estado primario de ser irracional que nace, vive y muere.

En cambio para el hombre soñador y sensible, esas largas épocas en que bajo una aparente vida de monotonía, de trámite, se va fraguando y configurando sin desmayo en su mente la meta soñada para la que desde siempre se creyó predestinado, son, repetimos, las más dignas de resaltar-se al trazar un vistazo retrospectivo. En esos años en que se incubaron sus ilusiones, todos los días que los constituyeron, aunque aparentemente iguales y monótonos, fueron como peldaños ideales -indispensable de escalar uno a uno- que le fueron acercando a su propósito. Cada uno de ellos se presentaba con un matiz distinto en que el elemento determinante que le daba homogeneidad era una ilusión renovada.

Los años de mi niñez y juventud, tan llenos de ilusiones y de fe en un triunfo aún desdibujado e inconcreto; tan llenos de un deseo de ser algo que me separase, que me elevase de aquel nivel que encontraba en derredor -tanto en amistades como familiarmente- ha de constituir la primera parte de estos recuerdos.

Creo sincera y hasta inmodestamente que fui un niño no vulgar. Desde que recuerdo tener un poco de uso de razón mi imaginación intuitivamente huía de los caminos trillados. Más que practicar los juegos habituales de los niños me gustaba inventarlos. Los juguetes en mis manos no eran solamente el objeto pasivo que distrae y entretiene si no como el "motivo" -musicalmente hablando- en que mi inquietud aún indeterminada podía dar lugar a una fantástica composición.

Recuerdo, por ejemplo, aquel modestísimo tren con vía que nos trajeron los Reyes a mi hermano Paco y a mí cuando yo tenía unos ocho años. No consistía más que en la locomotora, la vagoneta del carbón y un vagón a cuyas ventanas aparecían asomados unos señores -pintados convenientemente- que yo creía viajaban hacia países remotos y misteriosos. El radio de acción de la vía lo constituía un círculo de unos cuarenta centímetros de diámetro. Pronto aquel tren de tan reducido itinerario se vió dotado de muchas vías confeccionadas de cartulina, de cambios de vía, de estaciones. Como era natural su locomotora, movida a resorte, caminaba muy

mal por aquellos rieles de cartón y en casi todos los desvios descarriaba. Pero ¿qué importaba eso? yo trabajé incansablemente en la fabricación de aquella red ferroviaria. Pensaba en grandes distancias que conducían a pueblos imaginarios e ideales....

Recuerdo, asimismo, el famoso carro: un rudimentario cajón con cuatro ruedas pequeñas y una tabla a media altura del cajón que hacía las veces de asiento. Poco duró el carro en su primitiva forma; yo ingenié enseguida un sistema para que girasen las ruedas delanteras. Pero lo más importante es que este carro fue la iniciación de una larga y fecunda época en la fabricación de carros y vehículos de todas clases. No encontré límites mi fantasía para inventar posibilidades con aquellas cuatro ruedas que, posteriormente el primitivo carro, nos regaló un amigo de mi padre: Alberto Bachman.

Toda mi niñez estuvo impregnada de las más fantásticas ilusiones que yo mismo creaba. Unos ventanillos de medianería que emergían de los tejados de enfrente al quinto piso de la calle de la Escalinata donde vivíamos hacia 1.915 -y que serían ventilación de buhardillas-, me parecían casas encantadas habitadas por seres imaginarios con forma de gatos pequeños que caminaban en dos pies. Los jardinillos de Lepanto, frente al Palacio Real, adonde me llevaba mi madre me parecían un gran bosque misterioso sin fin. Recuerdo un rincón donde la verdura y el arbolado era más denso, se hallaba una casita de madera para el guarda -que a mi me parecía castillo encantado- y no me atrevía a traspasarlo ante lo misterioso que me parecía.

Estas sensaciones infantiles de misterio y fantasía y el tratar de rodear todo lo que observaba de poesía y de belleza, me han acompañado a lo largo de mi vida y han hecho de mí un hombre soñador que sigue discutiendo historias fantásticas sobre personas y sobre cosas.

Mi enorme capacidad de observación -que tantísimo bagaje cultural me iba a proporcionar después- propendía desde niño a captar el lado bello

de las cosas y cuando estas carecían en absoluto de belleza la creaba yo en mi afán desmedido de fantasía. Todas mis sensaciones se producían de dentro afuera como una fuerza centrípeta, no de fuera adentro como es lo corriente. Los agentes externos estaban siempre tamizados por una fuerza interior que les daba las apariencias que mi sentimiento deseaba. Todo lo que veía y observaba era para mí como una "Cueva de Montesinos".

Esta inclinación me hizo odiar desde muy pequeño el tópico y la vulgaridad. Siempre traté de eludir los caminos trillados o de variarlos constantemente por los que yo imaginaba. Desde niño me horrorizaban esos hombres que todos los días de su vida hacen lo mismo maquinalmente y emplean siempre para expresarse los mismos tópicos y lugares comunes. Me han parecido seres condenados a cadena perpetua de vulgaridad en el penal más triste y lo que es aún peor, más anodino, que se pueda imaginar.

Siendo muy pequeño ya sentí intuitivamente el deseo y la necesidad de no considerar todos los días iguales. Esto ha constituido el "leifmotiv" de mi vida. Pensaba -y sigo pensando- que cada uno de esos días es un eslabón distinto de una larga cadena y que cada uno de ellos está siempre más avanzado que el anterior. Así me tracé una norma de escalada cultural y un calidoscopio estético de apreciación de las cosas que nunca cesó. En ningún momento en mi vida he echado la vista atrás y me he encontrado varado en lo que hice o pensé el día anterior. Desde muy niño tuve presente aquella frase de Pascal convirtiéndola en enseña de mi vida: "No hay nada tan insoportable para el hombre como el reposo completo, sin pasión, ocupación, distracción ni cuidado. Entonces es cuando percibe su insignificancia, su subordinación, su impotencia, su vacuidad".

Pero este constante caminar hacia arriba que me había propuesto no se basó jamás en el azar ni en la espera de acontecimientos milagrosos; todo lo he confiado siempre a mi esfuerzo, a mi meditación, y a mi estudio tamizados estos aspectos por mi fantasía innata. Esto me conduciría después inevitablemente, a ser un autodidacta.

Puedo asegurar categoricamente que con la única excepción de Conrado del Campo, mi inolvidable maestro, entrañable amigo y excepcional consejero, que modeló mi alma y exacerbó con su sapiencia mis intuitivos sentimientos, nadie, absolutamente nadie me enseñó nada relacionado con la cultura y con mi propia profesión ni influido en mi formación. Bien es verdad que la amistad con aquel gran hombre significó, por identidad de temperamentos, la más augusta confirmación -casi con la calidad de Sacramento- de mis ideales culturales y estéticos.

Pero no precipitemos acontecimientos. Antes de pasar adelante se hace preciso referirme al ambiente familiar en que me crié y crecí.



Cuando tenía dos años.



Mi padre fue sin duda un hombre excepcional. Era también un soñador que supo triunfar plenamente en su profesión y codearse con gente culta y muy representativa en el campo de la política y de la literatura.

Hijo, con siete hermanos más, de un modesto sastre de pueblo; soldado durante cinco años -¡por carecer de los famosos, indignantes e inmorales seis mil reales que entonces libraban a los hombres del servicio militar!- en la época azarosa de la guerra de Cuba, supo por su propio esfuerzo, por su valía profesional, por su personalidad y por su indudable talento escalar los puestos posibles en su restringido radio de acción. Fue sastre de las Tropas Reales y del propio rey. Fundó un Montepío de sastres que aún subsiste y presidió la sociedad de aquellos. Se le concedió la Medalla de Plata del Trabajo -que le fue impuesta en el Palacio Real por el general Dámaso Berenguer, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros- y fue Concejal del Ayuntamiento de Madrid, estando propuesto por el gremio de sastres para ocupar un puesto en la Asamblea Nacional Consultiva (Cortes Españolas) creada durante la Dictadura de Primo de Rivera, no siendo nombrado porque el puesto no llegó a crearse. Supo también amasar con el sacrificio de su incomodidad y modesto vivir, una fortuna que luego, en buena proporción, desaparecería en manos de sus herederos sin pena ni gloria.

Pero este hombre admirable arrastró toda su vida un tremendo lastre que le impedía remontarse todo lo que era capaz de hacerlo en su vuelo generoso. Este lastre, cuyas fatales consecuencias nos alcanzaron a sus hijos, fue su familia, el clima familiar que le rodeó.

Casi todos los hermanos de mi padre fueron unos mentecatos. Su infelicidad se basaba únicamente en los triunfos de su hermano. A todos sin excepción trató de encauzarlos, de elevarlos. Todo inútil. Su esfuerzo infructuoso de tantos años por dignificar a aquella familia fue creando un rescoldo de amargura que sin duda influyó en la grave enfermedad que contrajo. El afán de perjudicarle y molestarle tuvo su epílogo en el absurdo matrimonio que contrajo una hermana suya que vivía con nosotros. Nadie que

conociese las circunstancias y hasta el aspecto físico de los protagonistas de ese tremendo disgusto que se le dió a mi padre podrá suponer que aquel matrimonio fuese el desenlace feliz de un romántico "love story". El novio era un pobre diablo que por compasión lo colocó mi padre en su sastería y -como decía muy graciosamente- se casó con él no con su hermana. Pero como estas perversas acciones siempre suelen tener su merecido las consecuencias de aquel hecho se volvió contra los propios interesados y el enlace terminó en el desastre previsto por mi padre.

Mi madre fue tan santa mujer que su santidad rayaba en la ingenuidad. Poseía unos principios morales tan austeros y primarios como los de los primeros cristianos. Su inmensa bondad y credulidad, con mucho susto de aldeanismo manchego, tenía un flanco vulnerable: que con habilidad se podía influir en su ánimo. Su inmenso amor por lo hijos que suponía desafortunados iba un poco en menoscabo de los otros. Pero en esto no existía intención preconcebida, totalmente incomprensible en el corazón tan grande y admirable que poseía; era simplemente un sentimiento intuitivo de su alma sencilla y pueril.

Aunque su predilección por mis hermanas se fue intensificando con el paso de los años, yo serenamente nunca lo juzgué como una anormalidad maternal; sólo simplemente por esa razón primaria de creer sencillamente que necesitaban más de su ayuda.

Yo tengo que confesar aquí que la quise con toda mi alma, he de reconocer que nunca supo... digamos, entenderme. Yo era solo en su concepto el hijo más dotado y fuerte, el hombre capaz de conseguir todo lo que se propusiese. Como no se detenía a considerar que mi afán de lucha y de triunfo fue siempre muy superior al de mis hermanos, al no tener esto en cuenta me juzgaba sin objetividad y la por mí esperada admiración ante un hijo un poco sobresaliente se trocaba en desentenderse de mí y ser solo y escuetamente el menos necesitado de su protección. Esta falta de comprensión y desconocimiento hacia los verdaderos motivos en que se fundaba mi situación de ser "a priori" el hijo más destacado, ha constituido una

de mis grandes amarguras. Lógicamente esta incomprensión para juzgarme tenía que derivar en estimar que era mi insoslayable obligación cargar con el titánico esfuerzo en la orientación y dirección de la familia -entendida esta por mis hermanos- sobre todo, tras la guerra, y la muerte de mi padre, época en que yo tenía ya formada la mía propia, pues estaba casado y tenía un hijo.

En cuanto a mis hermanos solo diré que de niños -como habitualmente ocurre- fuimos los seis un bloque de amistad. Pero el verdadero amor, la amistad indisoluble es cuando se temple a prueba de procesos que van apareciendo en la lógica evolución de la vida y a prueba sobre todo de intereses, envidias y egoísmos. En la niñez y primera juventud la igualdad lo preside todo bajo la autoridad de un padre digno y justo como lo fue el mío. Pero rebasado este período, las lógicas complicaciones que van surgiendo y los distintos caminos que a cada uno se le presentan, constituyen una prueba decisiva para que la amistad entre hermanos supere incluso al parentesco.

Tras muchos años de vicisitudes -que serán relatadas a su tiempo- tengo que reconocer con la mayor sinceridad que esa indisoluble amistad, que perdura atenuada con mi hermano Fernando, sólo se ha conservado en toda su intensidad con mi hermano Paco. Y no se arguya que la amistad surge entre personas afines, porque habrá pocas tan diametralmente opuestas en carácter, temperamento y costumbres, como mi hermano y yo.

Este juicio sobre mis hermanos no significa en absoluto que no posean todos una innata bondad de corazón ni que halla fallado en ellos jamás, sobre todo en casos excepcionales de desgracia o enfermedad, la voz de la sangre que requiere colaboración y ayuda.

Me he referido anteriormente al lastre que supuso en la vida de mi padre el clima familiar en que se movió y de las consecuencias que tuvo para sus hijos. En verdad que los hermanos de mi padre bien por residir casi todos habitualmente lejos de Madrid o por haberse malogrado alguno de

ellos cuando eramos pequeños, no fue su influencia de muchas consecuencias para nosotros. Pero no cabe duda que su desengaño constante ante la estultez de su proceder, creó en mi padre un poso de amargura que indudablemente refrenó mucho su tenaz vuelo de águila que caracterizó su juventud. Si mi padre hubiese tenido una familia que le hubiese alentado en su afán de triunfo, no sé si hubiese llegado a escalar una posición más elevada, pero al menos hubiese sido más feliz y sobre todo ¡muy sobre todo! hubiese empleado con sus hijos el mismo espíritu de vuelo alto que el ejerció y pretendió tercamente con sus hermanos. Pero estos desmoralizaron a mi padre en su edad mejor y ya gravemente enfermo desde 1.918, se enfrió en él el deseo tan lógico y natural en todo padre de perfeccionar y tratar de conseguir para sus hijos lo que a él no le fue posible lograr. De todas formas considero un grave fallo que no supiese captar las cualidades que alguno de sus hijos teníamos para, mediante una formación universitaria adecuada, haber podido significar algo más en la vida que unos sastres con muy poco bagage cultural.

Con la excepción, tercamente mantenida por mi padre, de que mis hermanas mayores Margarita e Isabel estudiasen Magisterio sin conseguir su propósito, allá por el año 1.920, a los hijos que seguíamos a aquellas en edad (yo tengo cinco años menos que Margarita y tres menos que Isabel) no nos obligó a estudiar nada. Sólo se le ocurrió, cuando yo tenía doce años y una mínima instrucción, llevarme al taller de sastre de un tal Lucio Paños, que vivía en un piso interior de la calle Lope de Vega, para aprender el oficio de sastre que siempre detesté. No supo captar que con mi disposición hubiera hecho quizá un elevado papel estudiando la carrera de Filosofía y Letras, independientemente de la de Música, que estudié por vocación irrenunciable ¡pero exclusivamente por mi cuenta! sin que nadie de mi familia ni mi padre mismo, hiciesen el menor caso que aquellos estudios. Este desentendimiento familiar, que me producía gran tristeza, me hizo tener que emplear toda mi tenacidad y sacrificio para estudiar una carrera tan difícil cuando terminaba mi jornada de trabajo de ocho horas, primero en los años que duró mi aprendizaje del oficio y después en la sastrería de mi padre.

Aquí se hace necesario, para seguir correctamente el hilo de los hechos, referirme a la persona que mayor influencia ejerció en mi padre casi a lo largo de su vida y como consecuencia en nosotros sus hijos: mi tío Vicente, hermano de mi madre.

Mi padre y mi tío se conocieron en la Sección de Ordenanzas del Ministerio de la Guerra, donde ambos fueron destinados para efectuar el servicio militar. Pronto se inició entre ellos una de esas fraternales amistades que constituyen excepción en las relaciones entre los hombres. Esta amistad aún se intensificó más cuando en la primer visita que hizo mi padre a la casa de mi tío conoció a mi madre. Comenzó el noviazgo y, recién licenciado, teniendo veinticuatro años y mi madre dieciocho se casaron a las siete de la mañana en la Iglesia de los Jerónimos de Madrid el día doce de enero de 1.899, mi padre, como solía decir, con "cuchillos en los pantalones". Este acto y un modesto y corto viaje de novios a Aranjuez emprendido el mismo día, fue el hito que señala la fundación de la familia Moreno Bascuñana y también la de la razón social "Moreno Bascuñana" entre mi padre y mi tío.

En este momento comenzó mi padre a dar la medida de su talento, de su ambición, de su deseo de triunfo.

Entre jóvenes inexpertos como eran los dos y sin más medios que su caballerosidad y hombría de bien, el comienzo de la Sociedad mercantil fue difícilísimo. Aunque mi padre consiguió un préstamo de un amigo de Orihuela -su pueblo natal- cuyo nombre no recuerdo y efectuó varios viajes a él para vender trajes, el negocio no se entonó y tuvo que disolverse la Sociedad y marcharse mi tío a Santander en una plaza de cortador de la Sastrería de Alejandro Ramos, tipo que cuadra en tantas descripciones de Pereda y gran cacique del partido Conservador.

Este tropiezo en las ilusiones de mi padre, que le relegó a oficial de sastre a domicilio de la casa Isern, no le arredró. Era hombre que no conocía el desaliento y siguió luchando solo. Y como sucede siempre

en tales condiciones vino en su auxilio la Providencia. La muerte del dueño de la sastrería "La España Militar", proveedora de las Tropas Reales, forzó el que dicha importante concesión saliese a concurso. Mi padre, absolutamente desconocido y teniendo que pedir prestado el dinero para confeccionar el uniforme de modelo, optó al concurso entre otros siete sastres muy conocidos y caracterizados. ¡Y la inusitada bomba!. Fue nombrado sastre oficial del Real Cuerpo de Alabarderos y de la Escolta Real. Corría el año 1.907.

Este triunfo profesional logrado cuando tenía treinta y tres años constituyó, si no el sosiego económico -que hasta se incrementó en los primeros años- sí el espaldarazo para lograr el objetivo que perseguía. Y entonces se produjo el rasgo de nobleza que caracterizaba plenamente la bondad de su corazón: llamó por medio de una carta memorable a mi tío en la que le invitaba a participar de aquel triunfo constituyendo de nuevo la disuelta Sociedad mercantil. Aceptado el ofrecimiento por mi tío, mi padre, en un arranque de decisión y valor dispuso que mi tío fuese sustituido en Santander por un hermano de este llamado igualmente Vicente -por circunstancias muy pintorescas que se suelen dar en Cuenca-, y que se ganaba dificultosamente la vida como oficial de sastre, cargado de hijos, en una misera vivienda de la calle del Tribulete de los barrios bajos. Este otro tío mío, hombre de gran bondad pero de escasas luces y muy tímido, no se decidía a la aventura del viaje, pero mi padre, con sus procedimientos expeditivos, lo metió en el tren a empujones camino de Santander. ¡Que enorme importancia tuvo esta decisión en el porvenir de mi tío y de sus hijos!. De un modesto obrero que por siempre hubiese sido de quedarse en Madrid, se convirtió en Santander -hasta su muerte ocurrida en 1.933- en un gran señor por todos respetado. Sus hijos creo que nunca reconocieron y apreciaron el papel decisivo que jugó mi padre en aquella ocasión.

Con la reanudación de la Sociedad Moreno y Bascañana en 1.907, comenzó el "status quo" fundado entre mi padre y mi tío. La extraordinaria amistad que ya les unía, convirtió aquella Sociedad, no sólo en un ente económico y mercantil, si no en un bloque granítico de cordialidad y

estimación entre ambos que duró lo que sus vidas.

Aún a estas alturas y después de tantos años me sigue pareciendo incógrua e inexplicable aquella unión fraternal de afecto e intereses entre dos hombres tan distintos. Si el manido símil de Don Quijote y Sancho se ha aplicado con justicia y lógica alguna vez al referirse a dos hombres, este es el caso de mi padre y mi tío.

Quizá el secreto de aquella amistad ejemplar estuvo en que los dos se admiraban mutuamente en sus opuestas cualidades. Mi padre soñaba, escalaba, conseguía, y mi tío administraba y conservaba el fruto de aquellas conquistas. Es posiblemente cierto que sin mi tío se hubiese dilapidado lo mucho que económicamente consiguió el talento de mi padre. Pero llevó a tales extremos su afán conservador y lo practicó muchas veces de manera tan deshumanizada que le hacía aparentar un auténtico negrero, siendo hombre de gran corazón.

Este contrasentido hacia que la personalidad de este hombre fuese muy complicada. Era cristiano viejo, -había fundado y sostenido con su cuidado hasta su muerte la capilla de Nuestra Señora de las Angustias en la Colonia de San José de Pozuelo de Alarcón-, poseía un formidable talento natural unido a una hombría de bien y una honradez sin tacha, pero su mala formación cultural e intelectual impedía contrarrestar aquellas cualidades a su tacañería innata.

Quizá este defecto era como un atavismo y consecuencia también de una niñez y juventud dura y difícil y tales condiciones ahogaron en su alma todo sentimiento que no fuese encauzado a un fin práctico.

Un ejemplo singular de esta mezcla de conservadurismo material y de contextura previsora y honrada, le hizo fundar la "Caja de Pensiones para viudas y huérfanos de sastres". El, que había sido huérfano de padre desde los ocho años, quiso mitigar con un deseo de previsión la suerte de otras viudas y otros niños que pudiesen sufrir la estrechez que padeció

en su infancia. Por esta fundación se le concedió la Medalla de Bronce del Trabajo.

Todos sus sentimientos convergían, por tanto, hacia el mismo fin; aún a costa de prescindir de lo indispensable él y los que le rodeaban. Es cierto que predicaba con el ejemplo. Vivió hasta la guerra civil en una buhardilla de la Calle de las Hileras, con una modestia rayando en la miseria. No tuvo hijos y esto le hizo también desconocer los matices de la ternura y de la delicadeza.

¿Y cómo un hombre así pudo congeniar tan estrechamente con mi padre, que era la oposición radical a aquella indiosincrasia?. La razón está en el afecto desmedido y poco frecuente que se profesaban mutuamente y también en que mi padre comprendía muy bien que el bienestar material que se había creado era imposible mantenerlo sin ese "Doctor Tirteafuera" que representaba constantemente mi tío.

Pero no me cabe duda que en las quejas que he expuesto contra mi padre sobre lo poco o nada que se preocupó de aprovechar las posibilidades innatas de alguno de sus hijos para formarse universitariamente y ser en la vida algo más que un vulgar hortera influyó decisivamente la opinión de mi tío. Para este no había más perspectiva y lema que el "ganarse la vida" desde muy joven. Y esto unido a la tradición sartorial de mis dos abuelos, de mi padre y suya, nosotros, como mis primos hermanos por línea paterna y materna, teníamos que ser sastres a la fuerza. Esto, en opinión previsoras de mi tío, ahorraría en su momento el gastar dinero en asalariados. Por esta circunstancia puedo proclamar que me he ganado el sustento con mi trabajo desde los catorce años.



Yo nací a las cinco de la mañana del cinco de marzo de 1.909 en la calle del Arenal nº 22 de Madrid. En aquella época nuestra vivienda radicaba en la misma sastrería. También vivían conjuntamente mi tío con su mujer.

No puedo recordar nada de aquella casa. Por discrepancias entre mi madre y mi tía se hizo, parecer ser, imposible la vida en común y nos marchamos mis padres con sus hijos a vivir, teniendo yo un año, a la calle de Jerte. Aquí se mezcla lo vivido con lo soñado y con lo oído contar. De este confusionismo me parece recordar que la casa no tenía alumbrado eléctrico que enfrente de los balcones había un gran solar. Lo primero debió ser cierto por oír contar que para aplicarme el Radium -los rayos Röntgen- tuvo que llevar mi padre un cable desde la esquina de la calle de Jerte, que desemboca en la de San Buenaventura, hasta nuestro domicilio.

Fui un niño muy delicado de salud. Contraje todas las enfermedades posibles no solo las de la niñez, sino que llegué a tener bronquitis capilar y hasta un tumor blanco en la rodilla izquierda cuando contaba dos años que me tuvo otros dos escayolado y cuyas secuelas me han durado toda la vida. Yo, como es natural, no recuerdo nada de esto. Pero ya de mayorcito leí en una revista médica que se describía mi caso clínico citándome como una curación casi milagrosa. ¡Cuántas veces le oí a mi madre referir que me tuvo la mortaja planchada tres veces!.

Unicamente y como entre sueños recuerdo que me llevaban en brazos al médico -que se llamaba Don Saturnino y vivía por la calle de Atocha- entre mi madre y "la Patricia", como habitualmente llamábamos todos a una prima hermana de mi madre.

Aquí debo rendir un tributo emocionado de recuerdo y cariño impecadero a esta Patricia que fue después de mi madre quizá quien más me quiso en el mundo. Como toda mi familia materna procedía de Cuenca. Era mujer de aspecto hombruno, bastante fea y muy torpe e inculta. Pero dentro de su desagradable armazón físico y de su tozudez, se albergaba el corazón

más noble, generoso y humanitario que pueda existir. A mí me llamó todá su vida "su petaca" sin que jamás haya podido saber, ni creo que ella misma, la significación de este apodo. Desde la muerte de esta santa mujer, acaecida hacia 1.950, rezo diariamente por su alma.

Sin que pueda recordar nada, se que nos trasladamos de la Calle de Jerte a la de la Escalinata, 8 y 10. En ella vivimos hasta que yo tenía doce años. En esta época y en esta casa es cuando comenzó el despertar de mi discernimiento. Entre esa nebulosa que separa la vigilia del sueño se desarrolló aquella época de mi vida. Recuerdo perfectamente, sin embargo, la distribución de aquella vivienda y sus tres balconcillos desde los que se divisaba parte de la calle del Arenal y Plaza de Isabel II. Lo demás queda un poco desdibujado: mis amigos Arsenio y "Jatin", hijos del Doctor Córdoba que vivían en un piso más abajo; la familia de Don Nilo, también vecinos, y que yo miraba con horror cuando me cruzaba con ellos porque el tal Don Nilo asesinó a un señor Jalón despedazándolo y tirándolo por un retrete, crimen que horrorizó a España entera; la estancia en nuestra vivienda de los alemanes Don Adolfo Bingen y su esposa Doña Juana, a quienes mi padre brindó generosamente alojamiento mientras duró la guerra europea de 1.914-18; el famoso cuarto llamado de "quilala" -por deformación en la pronunciación de mi hermano Paco, que tenía dos años y medio menos que yo- y en cuya habitación cometíamos las barrabasadas propias de la niñez; la tienda de comestibles que existía al lado de nuestro portal y a la que mi madre me mandaba a comprar patatas -¡valían 40 ctms. los dos kilos!-; la pollería de enfrente donde un sicario ensangrentado daba garrote a pollos y gallinas sin piedad ni tregua, tal como el que describe Galdós en la portería de la casa de Fortunata en la famosa novela; la primera comunión de mis hermanas Margarita e Isabel, en cuyo día descalabré a aquella en el curso de una riña; el nacimiento de mi hermana Ma del Pilar el 28 de mayo de 1.916; los baños de Oriente que se veían desde nuestras ventanas que daban al patio; el portero Pedro, su hija Lorenza que compartía nuestros juegos; el kiosco de periódicos de la "tía Luisa" una bigotuda señora que era a su vez pariente de mis citados amigos Arsenio y "Jatin"; mi entrada en el colegio del Cardenal Cisneros propiedad del famoso Don Frutos y que

radicaba en la Costanilla de Santiago; la peluquería que había debajo de este colegio donde me llevaba mi madre a cortar el pelo "al uno y con flequillo"; y sobre todo, aquella afición mía a copiar música en un papel que yo mismo pautaba tomándola de una reducción para canto y piano de la zarzuela "Maruxa" de Amadeo Vives que había dedicado a mi padre y que aún conservo en mi biblioteca....

Todas estas sensaciones experimentadas en mi niñez tienen hoy un especial encanto recordarlas. Todas se me aparecen como tamizadas por una neblina, por una lejanía de paisaje como el que contempla desde el puerto de la Lunada, en la divisoria de Santander y Burgos. Sin embargo emergen de ellas algunos aspectos que comenzaban a configurar mis sentimientos y mis aficiones.

De un lado mi deseo y mi satisfacción de ver y copiar música era algo premonitorio, porque ¿qué sabía yo entonces de todo aquello? ¿qué entendía yo por música?. Y de otro lado la rudeza del criminal pollero de enfrente hería aquellos sentimientos. No me cabía en la cabeza que para la manutención de la Humanidad hubiese que sacrificar tanta víctima inocente. Soñaba con animalitos degollados que eran engullidos por hombres muy gordos y muy ensortijados que les escurría la sangre por la boca al comer en medio de risotadas... Aquel horror creó en mi una aversión a martirizar animales. Odiaba a aquellos despiadados carreteros que apaleaban brutalmente a las mulas que tiraban de los carros, a los que pinchaban a los bueyes que uncidos a una carreta no podían subir una cuesta y a los mozos de Pozuelo que en las corridas de toros de las fiestas del pueblo martirizaban horriblemente a los pobres errales matándolos a palos y puñaladas.

Todo eso hería mi sensibilidad de niño. Pensaba que los hombres eran malos. Pero, caso curioso, aquellos sentimientos nacidos desde tan pequeño no se han modificado al correr de los años; han sido como poso que ha fructificado a lo largo de mi vida. De ahí mi aversión total a las corridas de toros -llamada no sé por qué "fiesta nacional"- y a esas

brutales capeas de los pueblos en los que la barbarie de la gente está tan magistralmente descrita por Azorín en su libro "Castilla" y en un pasaje de la novela de Galdós "La familia de León Roch".

Desde pequeño no me ha sido posible comprender que personas de alguna cultura se pudiesen divertir con el horrible suplicio de nobles animales y con la salpicadura de intestino de caballos -que llegaban hasta los tendidos- cuando hasta el año 1.925 Primo de Rivera ordenó la colocación de los petos.

Recuerdo que hacia 1.923 y por insistencia de Pedro López -amigo de mi padre y marido de Escolá- fui a la vieja plaza de toros de Madrid, que estaba situada en lo que hoy es Palacio de Deportes. Actuaban el rejoneador Simao da Veiga y los toreros Marcial Lalanda, Nicanor Villalta y Martín Agüero. Pedro López, hombre irascible y discutiador violento se peleó con toda la plaza. Yo estaba asustado porque para mi era desconocido aquel brutal espectáculo con tantísima gente dando voces estentóreas e insultos soeces a los toreros, pero lo que más hirió mi sensibilidad fue la llamada suerte de varas. El primer toro mató cuatro caballos mediante cornadas feroces que hacían salir los intestinos de estos pobres animales como cascada de entrañas y sangre mientras los criminales monosabios los apaleaban brutalmente para que aún con aquellas horribles heridas que habían recibido se acercasen al toro para soportar más cornadas. Un caballo que había expulsado las tripas lo metieron a palos en el patio de caballos y volvió a salir en el toro siguiente y a la primera cornada que recibió salieron de su vientre paja, papeles y trapos que le habían metido mediante un brutal cosido con alambre.

Y a todo esto la gente aplaudiendo rabiosamente y chicas muy monas -que yo presumía que por ser mujeres y delicadas debía herir su sensibilidad aquellas escenas crueles- insultaban groseramente a los toreros porque en sus "quites" creían que atendían a defender al caballo. Igual que aquella gentuza bestial que aplaudía a rabiarse en el Coliseo de Roma el descuartizamiento de cristianos o la muerte de gladiadores.

Esto lo digo, por supuesto, guardando todos mis respetos para los aficionados a la fiesta que por paradoja se llama de "sangre y sol", pero con todos los respetos digo también que la tal "fiesta nacional" me parece indigna de personas civilizadas y con sensibilidad y que no he acertado a comprender nunca que hombres como José M<sup>a</sup> Pemán hayan sido entusiastas pa-negiristas.

Me he referido al criminal pollero de enfrente de mi casa. Este constituyó la génesis de mi aversión a lo brutal, a lo desagradable, a lo inícuo, y que por acompañarme desde muy pequeño a lo largo de mi vida me ha hecho reflexionar muchas veces si la sensibilidad es innata.

En cambio, al oír la Banda de Alabarderos cuando descendía por la Cuesta de Lepanto para asistir a la parada diaria que se celebraba en el Palacio Real, sentía, siendo muy niño, un inexplicable placer. Creía que aquello era el trabajo de muchos hombres dedicado a ennoblecer el espíritu de los demás. También debo a estas sensaciones de mi niñez mi inclinación a lo bello y a lo noble. Por supuesto que yo no entendía entonces absolutamente nada de lo que oía, pero recuerdo que sentía una desdibujada sensación, un como agradable cosquilleo en mis entrañas al oír aquella banda que me indicaba misteriosamente que era una cosa bonita y buena. Soy de los que creen que el hombre por instinto tiene desde niño inclinaciones a la bondad y al concepto de justicia; diría que es como un tratado de Derecho y de Ética. Es después, al evolucionar aquel instinto por el ambiente social y familiar en que se ha vivido, cuando aparecen lo que configura la insensibilidad, la vulgaridad y hasta la perversión. Porque en conciencia ¿qué responsabilidad le puede caber a un hombre inculto en su manera de ser si de niño vió llegar a su padre borracho a casa y que sin piedad ni justificación apaleaba a su mujer y a sus hijos?; ¿qué concepto de la bondad y de la justicia va a tener? ¿y qué sensibilidad se le va a exigir de mayor cuando por ejemplo no vió desde niño más que brutalidad en las capeas de su pueblo y en el seno de su familia no oyó más que vulgaridades y blasfemias? ¿es que hay algún niño que nazca con inclinaciones a fumar puros y a beber güisqui?.

Este es otro hecho importante con que Dios me favoreció. El ambiente en mi familia era excelente. Mi padre era un hombre bueno que jamás castigó de palabra ni de obra a sus hijos. Nos daba todas las satisfacciones posibles en la semiestrechez que vivíamos cuando yo era niño y tenía detalles que agradecíamos mucho como por ejemplo, cuando llegaba la Navidad, nos ponía el tradicional nacimiento -ayudado por un empleado de la sastrería llamado Camilo- y en Reyes, después de contarnos que había visto muchas escaleras apoyadas en los balcones para que aquellos pusiesen juguetes a los niños, se marchaba del brazo de mi madre -embutido en una airosa capa- a comprarnos los nuestros.

Es imposible figurarse la ilusión y poesía que yo ponía en todo esto. Aquel misterio de que tres Reyes Magos de Oriente viniesen desde tan lejos a darnos esa alegría a todos los niños del mundo, me parecía el gesto más bello que se podía imaginar. Es curioso que la mentalidad de la niñez acepte este hecho fantástico sin ponerse a pensar sobre lo ilógico y absurdo de que una noche tres señores visiten todos los balcones de todos los niños del universo. ¿"Razones del corazón que la razón no entiende", como decía Pascal?. Quizá razones inmarcesibles del corazón infantil, que canta como el pájaro en las ramas sin saber por qué. ¡Edad maravillosa la de la niñez que todo lo poetiza!

Así, entre "poesía y verdad", como decía Goethe, pasé aquellos años tiernos de mi infancia perfilándose muy poco a poco entre aquellas sensaciones mi despertar a la vida, mi temperamento y mi vocación.

He de recordar aquí el fabuloso contrapunto que acompañó mi vida en la calle de la Escalinata hasta 1.917. Lo que simultanea la época referida con la mayor ilusión fue el gran descubrimiento de mi padre la más feliz ocurrencia que tuvo en toda su vida: comprar una casita en la naciente colonia de San José de Pozuelo de Alarcón, en la primavera de 1.915.

Recuerdo muy bien que teniendo yo seis años un día estando en la sastrería, donde con frecuencia me mandaba mi madre sin duda para dejarla tranquila en mis travesuras, ví desde el blacón de piso entresuelo que ocupaba aquella, pararse delante del portal un cochecito de dos ruedas, una especie de cabriolé tirado por un caballo pequeño y apearse un señor bajito y regordete que yo ya había visto en la sastrería y oído decir que era un representante. Me gustó el cochecito; pero tuve muy poco tiempo para contemplarlo, pues inmediatamente el señor entraba en la sastrería. Sa-lí de las estancias interiores mi padre y se pusieron a hablar. A los pocos momentos me llamó y me dijo: ¿quieres venir Pepito con este señor y conmigo a dar un largo paseo en coche?. Contesté alborozadamente que me entusiasmaría. Bajamos, nos acoplamos y arrancó el coche hacia la calle de Bailén, Paseo de San Vicente, la "Bombilla" y enfiló la carretera de El Pardo. Yo era feliz; nunca había experimentado la sensación de conocer lo desconocido. Aquella carretera era entonces frondosísima, parecía una selva. Por el lado derecho discurría una vía de ferrocarril; pregunté a mi padre que significaba aquello (he sido siempre muy preguntón). Me contestó que era de un tren de vapor que iba a El Pardo. Yo veía la vía hasta perderse de vista y me parecía que terminaría en el fin del mundo. Pasamos, a mitad de la carretera entre el Puente de los Franceses y Puerta de Hierro, por un caseron estrecho y largo que había a la izquierda. Pregunté ¿como no? y me dijo mi padre que era el merendero de Cantarranas donde por las noches iba la gente jaranera de Madrid. Giró el coche a la izquierda por el Puente de San Fernando para atacar la cuesta de las Perdices. A su final estaba Casa Camorra, otro lugar célebre de trasnochadores, y continuamos un gran trecho hasta que giramos a la izquierda tomando la carretera de Aravaca. Atravesamos este pueblo por la calle Real en la que a derecha

e izquierda no había más que unas pobres casitas de una planta, chabolas y gente vestida distintamente a la que yo veía por Madrid en mis salidas, con mi triciclo, a la plaza de la Armería (yo decía Almería) y a los jardines de Lepanto.

Pasamos este pueblo y continuamos más de un kilómetro hacia la estación de Pozuelo, pero mucho antes de llegar a ella paró el coche entre dos filas de casitas de una planta. A la derecha había tres adosadas y a la izquierda en dos bloques que separaba una especie de calle cuatro más agrupadas de dos en dos. Entramos en la primera del primer bloque que tenía un pequeño jardín y la fachada se componía de la puerta de entrada a la derecha y dos balcones casi a la altura del suelo. Por la cocina se salía a un pequeño corral en el que había un techado que protegía una pila para lavar y un gallinero con una puerta bajita.

Yo en realidad no vi nada de esto. Solo veía campo, mucho campo, que se extendía hasta la inmensidad en todas las latitudes y un enorme bosque de álamos (talado alevosamente años después) que cubría las margenes de un arroyo que estaba a la espalda de la casa a unos cien metros. Acostumbrado a no conocer más campo que los jardinillos de Madrid, me pareció al ver aquella inmensidad y aquellos árboles muy altos, muy altos, que me encontraba en ese paraíso terrenal del que de vez en cuando me hablaba mi madre al hacerme rezar una ingenua oración al acostarme.

Toda mi inclinación a la fantasía se desbordó ante aquel inusitado espectáculo y recuerdo muy bien que pensaba lo feliz que sería si pudiese vivir allí. Allí podría correr a mis anchas, saltar, pensé en mi triciclo y en las grandes carreras que podría efectuar con él hacia aquellos montes lejanos que se veían casi en todas direcciones. Hay que tener en cuenta que por entonces no existían más que aquellas edificaciones entre Aravaca y la estación de Pozuelo.

Yo no sabía a que habíamos ido allí. Volvimos a Madrid y les conté a mis hermanas con todo lujo de detalles las impresiones de aquel viaje que jamás olvidaré.



No pregunté esta vez a mi padre sobre el objeto de lo que consideraba como una auténtica aventura, pero tenía no sé porqué la corazonada de que de algo muy grato se trataba. Poco duró mi incertidumbre, pues a la hora de cenar mi padre nos preguntó ¿os gustaría pasar el verano en la casa que ha visto esta tarde Pepito?... creo que la mayor alegría de mi niñez fue aquella pregunta. Nos pusimos a saltar de alegría, yo porque lo había visto y mis hermanas por lo que les había contado.

Al domingo siguiente volví a Pozuelo con mis padres y mis tres hermanos. El viaje fue muy distinto al anterior. Fuimos en tren y en un viaje bastante complicado. Primero tomamos el travía en la calle de Preciados para ir a la estación del Norte. Montamos en un tren mixto que salía a las diez y veinte y tras un viaje de media hora llegamos a Pozuelo. Salía desde la estación con destino a Aravaca un coche-jardinera tirado por tres mulas ¡el famoso coche de Jacinto!, subimos a el y nos apeamos en la Colonia de San José.

Recuerdo la impresión que me produjo aquel complicado viaje. En el tren, que era de vagoncitos formados por compartimentos pequeños que iban de derecha a izquierda con una puerta a cada lado, yo me pasé todo el viaje de una ventanilla a otra contemplando los variados panoramas que se divisaban. Ví el río Manzanares que me pareció poco menos que el Amazonas y el denso arbolado de la Casa de Campo. Para mí aquello era la Gloria, según el concepto misterioso que yo tenía de ella. Oía rugir, echar chispas y silbar incesantemente la máquina. Era una impresión parecida al feliz simulacro de Campoamor cuando dice en su poema "El tren expreso" que "parecía (la máquina) un león con melena de centellas". Para mí todo aquello era nuevo; pues aunque había estado en Santander en el verano de 1.911, donde nació mi hermano Paco, era tan pequeño que no recuerdo más que una vaguísima idea de que había visto o soñado el mar.

La llegada a nuestra flamante casa fue apoteósica. Recorrimos el jardín y el corral mil veces mis hermanas y yo. Comimos al sol las clásicas tortillas y filetes empanados que llevó mi madre y después nos fuimos

con mi padre a dar una vuelta y llegamos hasta el barranco donde existía el bosque de álamos a que me he referido. Yo recorría el camino tres veces como los perros, iba, venía y me extasiaba tanta grandeza.

Fue un domingo memorable. Aquella noche apenas pude dormir de la impresión recibida. Soñé con bosques misteriosos, grandes panoramas, trenes trepidantes...

Aquel viaje se repitió todos los domingos, ya iba mi padre cargado con mi triciclo con el que me divertía mucho.

En uno de estos domingos -quizá fuese el segundo- conocí a los que serían mis fraternales amigos toda la vida. A los hijos del Sr. Molines, que había vendido la casa a mi padre. Rafael, Eugenio (que aún vive al redactar estas notas), Nicolás y Manolo. Nicolás era un poquito mayor que yo. Primero -como ocurre siempre con los chicos- nos miramos desconfiadamente como los perros, pero al poco tiempo nos hicimos muy amigos. Estos cuatro chicos constituyeron mi primera amistad verdadera.

Llegó el verano -que estaba próximo- y nos fuimos a Pozuelo "para siempre" como yo decía. En un par de carros -de un tal Balboa que tenía la cochera en la plaza de España- se trasladaron los muebles precisos. Yo ayudaba a bajar cosas desde el 4º piso que vivíamos, preferentemente "mi lio" como llamaba yo a mis cosas, que consistían en un martillo pequeño, clavos, tablas de envolver géneros en la sastrería y el primer curso de Solfeo de Eslava -que ya estudiaban mis hermanas-; cargué con el aunque no entendía una nota, pero me gustaba mucho ver la música impresa.

Inmediatamente se hizo muy amigo nuestro uno de los carreteros, un buen hombre que llamaban el Rubio y que nos cayó simpatiquísimo porque ya sabíamos: si aparecía el Rubio era señal de que nos íbamos "para siempre" a Pozuelo, ya que este hombre nos hizo el traslado de muebles durante muchísimos años. Para mi era el Rubio como el último tiempo de la sexta sinfonía de Beethoven, la Pastoral, en que tras las turbulencias del

tiempo anterior, que significaba para mi el invierno, venía la paz y la alegría de ir a Pozuelo a pasar el verano.

Es imposible reflejar aquí lo que representó para mí este primer verano. Fue en él cuando mi padre nos trajo el famoso carró y así, entre el carro y "los Molines" pasé un verano inolvidable.

Como no tenía alumbrado eléctrico la casa -no lo tuvo la colonia hasta 1.918- hacíamos vida absolutamente de pueblo. Mi madre cuando anochecía encendía el famoso quinqué de gasolina y lo colocaba en la puerta del comedor sobre un soporte que previamente fijó mi padre. Nos acostábamos temprano y madrugábamos. Este verano constituyó para mi padre un auténtico ajetreo. Tenía que ir a Madrid todos los días y por ello pasar por el horrendo suplicio que para él significaba madrugar y regresaba a casa cuando -excepto los últimos días de junio y primeros de julio- era ya de noche. Pero aún tenía humor para jugar las noches de luna en la carretera a la "luna lunera" que consistía en moverse, mediante una palmada, pisando solo las sombras de los corpulentos árboles que había a ambos lados de aquella. Otras veces nos dábamos paseos por esta carretera y llegábamos hasta el ventorro de la tía Rosalia y el tío Toribio, un par de viejecitos que regentaban aquella venta desde cincuenta años antes de llegar nosotros. Otros hasta casi la estación pasando el tenebroso puente del arroyo, que era una verdadera selva entonces donde yo sentía mucho miedo, y de cuando en vez topábamos con algún campesino que saludaba con un afectuoso "buenas noches nos de Dios".

Los días que el tiempo era bueno -que lo era casi siempre-ya se sabe: con el carro para un lado y otro con los de Molines y mi hermano hasta quedar rendidos por la noche; y cuando llovía nos guarecíamos en el techado del corral donde estaba la pila, y nos dedicábamos a "esculpir" muñecos de barro. A mí este entretenimiento se me daba muy bien. Aplicaba mi innata fantasía a todo lo que hacía y veía. Por ello creía que aquellos torpes monigotes de barro tenían alma y sentimientos y me convencía al verlos en fila los cuatro o cinco que había fabricado, que hablaban entre

si y sentían mis propias sensaciones. La fantasía fue siempre como una parte de mi vida. Y me pregunto ¿cómo se puede vivir sin fantasía? ¿Cómo es posible si no evadirse del monótono discurrir de la vida, de la lucha contra el egoísmo, la maldad y la fealdad de las cosas?. Para mí, desde pequeñito, veía en cada Aldonza Lorenzo una Dulcinea.

Pasó aquel primer veraneo en Pozuelo y regresamos a Madrid, pero con la promesa formal por parte de mi padre de que en invierno iríamos todos los domingos.

La vuelta al encierro de la casa, no tenía más aliciente que ir con la Anita, la maravillosa mujer que sirvió durante doce o catorce años en casa, a la palza de la Armería las tardes que hacía buen tiempo o jugar en casa con mi hermano Paco con el carrito de la basura que me habían comprado o inventar juegos que obviamente eran tontos, como por ejemplo atravesar dos bastones en el pasillo apoyados en el rodapie y colocar encima unas tablas en las que nos sentabamos los dos creyéndonos que íbamos en automovil como los que de tarde en tarde veíamos pasar por la plaza de Oriente cuando íbamos a los jardinillos de Lepanto. ¿Bastones?, ¿tablas?, ¿que mas daba?. para mí aquello era como conducir un Hispano Suiza de los de entonces.

Como ya he dicho se veían desde nuestros balcones las casas de enfrente. De ellas emergían otras más altas que sin duda eran la parte más elevada de las colidantes por la espalda de aquellas. Sobresalían más adentro de los tejados tres o cuatro pisos y tenían unos pequeños ventanillos de medianería. Estos daban ventilación sin duda a estancias poco poéticas. Pero yo inventé la leyenda de que eran casas encantadas donde moraban enanitos o gatitos pequeños. Llegué a creerme esto de tal forma que me parecía verlos asomarse en los muchísimos ratos que me pasaba contemplando aquellas viejas casas. Es cierto que por entonces estaba de moda una canción llamada creo "Muñecos de bazar" en la que figuraba una estrofa que decía:

"También los muñecos aman  
del pastor al arlequin,  
y sienten también pasiones  
sus cuerpecitos de serrín"

En mi mente infantil, que siempre propendía a la fantasía, aquella canción que oía cantar a los mayores amalgamó con la verdad, dentro de mí, un mundo idealizado que es en el que vivía. Y mi lógica era de lo más puro: si los mayores decía que "sienten pasiones los muñecos de serrín" ¿por qué no iban a alentar también y tener su vida y sus pasiones aquellos enanitos o gatitos que yo daba por hecho que vivían en las ventanitas de aquellas casas?.

Algunas tardes iban a casa los de Molines. Yo lo pasaba en grande por que sobre todo a Eugenio y Nicolás, los más próximos a mi edad, los quería entrañablemente. Pero yo, aunque más pequeño, capitaneaba aquella tropa. Ya desde entonces me gustaba mangonear y ser el primero en todo.

Esto de ser el primero en todo ha sido otro de los ingredientes de mi manera de sér que me ha perseguido durante toda la vida; y esto no lo digo por orgullo o inmodestia, lo digo porque casi siempre con mis iguales, me he considerado objetivamente como más capacitado que los demás. Esto tenía que suponer que a lo largo de mi vida creció y se desarrolló esa fe en mi mismo que me había de llevar tan lejos.

Cuando iban a llegar las navidades empezaba el ajeteo del nacimiento. Previamente nos llevaba mi madre a ver los puestos de figuritas, casas, molinos y árboles que se instalaban en la Plaza de Santa Cruz. Yo desconocía que la razón de aquellos puestos era un negocio para sus propietarios; creía que estaban allí exclusivamente y por el único interés de hacer felices a los niños.

Por ello no veía más que el aspecto agradable de las figuritas y casitas sin pensar que aquella gente que las vendía pasaría frío por las noches. Me resistía siempre a pensar en lo feo de las cosas.

Cargabamos con unas panderetas y tocándolas alborozadamente por el camino, volvíamos a casa.

Independientemente de esto nos pasábamos mis hermanas y yo ocho días antes insistiéndole a mi madre que nos dejase subir a la buhardilla para bajar el corcho, los banquillos en que se había de instalar aquel, el castillo de Herodes, las casitas y las figuras. Cuando por fin dos días antes de la Nochebuena obteníamos de mi madre el permiso de traslado, subíamos alocados a la buhardilla y hacíamos infinitos viajes cargados de bártulos. Por fin llegaba el ansiado momento: la llegada del ya mencionado Camilo con mi padre y comenzaban su instalación. Como yo era aún muy pequeño me dormía en la larga velada y me tenían que acostar; pero aún oía desde la cama unos instantes antes de conciliar el sueño los martillazos que daba mi padre en la construcción. Con esta "música" para mi tan agradable me dormía al fin y soñaba con lo que me iba a encontrar al día siguiente, pues cuando yo me derrumbaba de sueño aún no había del nacimiento más que el tablero -que era una puerta de la casa que utilizaba mi padre- y algunos cajones encima.

Al despertar al día siguiente me levantaba y sin vestir me iba corriendo a verlo. ¿Cómo era posible me preguntaba, que aquellos trastos que habíamos bajado de la buhardilla y una puerta se hubieran convertido en algo tan bonito?.

Aunque he de reconocer que aquel nacimiento que se armaba bajo la dirección de mi padre era un tanto rudimentario, yo no paraba mientes en las faltas de lógica que contenía; al lado de nuestras figuras, que eran pequeñas, se colocó un baile, cuyas figuras eran el doble de altas que las restantes y una "panderetona" -que aún existe sin brazos en mi casa- todo ello regalo de los Condes de Artola, muy amigos de mis padres.

Pero yo no veía esto. Veía un pueblecito misterioso dominado por aquel Niño Jesús que estaba en un lecho de paja en el portal de Belén; veía todos aquellos pastores que se dirigían a éste con presentes y regalos y me parecían muy buenos; veía aquellos reyes Magos que después de obsequiar al Niño a los pocos días nos iban a traer regalos a nosotros; veía aquel espantoso Herodes -del que mi madre me había contado los horrendos crímenes que cometió- y le miraba con odio y repugnancia. Y veía sobre todo el conjunto de montañas, un gran pino cubría casi todo el nacimiento, las ovejitas, las gallinas, aquel río caudaloso -hecho con unas tiras de espejo- y el misterio que se desprendía de aquel conjunto. En mi naciente sentido común pensaba que todos los habitantes de aquel pueblecito -menos Herodes, eso sí- eran gente buena que iban a ver a un niño pequeñito que redimiría a la Humanidad de sus maldades.

Venía mucha gente a verlo. Los ya citado Condes de Artola, "las andaluzas" D<sup>a</sup> Concha, D<sup>a</sup> Pepa, Conchita y Pepita muy amigas de mi madre, (recuerdo que la cara de D<sup>a</sup> Pepa parecía un inmenso tomate coloradísimo), Arturo, cuñado del maestro Vives, Andeiro, D<sup>a</sup> Juana y Don Adolfo, el tío, la María, los sobrinos de ésta, la Patricia, los de Molines y toda la chiquillería del barrio con Arsenio, Jatin y la Lorenza a la cabeza.

Yo no me cansaba de mirarlo y de suponer que en cada una de aquellas casitas y molinos, vivían niños que tenían que ser como yo.

Luego, el día 29 de diciembre llegaba la fiesta mayor de mi familia: el santo de mi madre. Recuerdo una mesa muy grande -quizás hecha con otra puerta que quitaba mi padre de la casa- en la que había mucha gente: mis tíos y algunos amigos. Esa noche había cena de lujo: nada menos que gallina en pepitoria -que era el manjar más caro entonces- y que yo no comía por acordarme del feroz pollero de enfrente, y pasteles, muchos pasteles de los que me atiborraba porque siempre fui muy goloso.

Lo malo de estas fiestas era el epílogo del día siguiente en forma de sendos vasos de aceite de ricino y jaraba de ruibarbo que con esta

mezcla que hacia mi madre para hacérselo más grato lo que conseguía era aumentar el horror de aquella purga con lo que indefectiblemente nos obsequiaba después de cada fiesta a todos los chicos.

Nos poníamos en fila con una cara parecida a la de los compañeros de Torrijos del famoso cuadro del fusilamiento de éste de Antonio Gisbert, esperando nuestro suplicio. La última en purgarse era siempre Margarita. Tenía que recorrer mi madre toda la casa tras ella con el vaso duante mucho tiempo, hasta que a la fuerza y cogiéndola por la nariz se lo daba. Los demás eramos víctimas más razonables; pasábamos el día como puercos recién capados, pero al otro ya estábamos dispuestos a que llegase otra fiesta con pasteles.

Por fin llegaba el día de Reyes con todas las ilusiones que ello comportaba. Dos días después hice mi debut como colegial en el de doña Eloisa y doña Trinidad, sito en el primer piso de la calle de las Fuentes, 8, donde ya iban mis hermanas, pues aunque era colegio de niñas se admitían niños pequeños y más siendo hermanos de alumnas. Fui destinado a la clase de doña Clotilde en la que recuerdo que había, entre otros muebles, un sofá de rejilla donde yo me sentaba. La tal doña Clotilde me enseñó -entre otras cosas- unos versos ingenuos que posteriormente me hicieron recitar ¡con enorme éxito!, según decía mi madre, en la Capilla del Santo Niño del Remedio, en la calle de los Donados.

Como salíamos a las cinco de la tarde, aún quedaban muchas horas para jugar y para pensar yo "en mis cosas". Recuerdo que por entonces copié parte del primer año del Solfeo de Eslava. Aquello me producía una gratísima sensación que no sabría definir, pero que supuso en mí una intuitiva aficción a la música.

Llegó el carnaval -entonces se celebraba con gran esplendor- y se le ocurrió a mis padres disfrazarnos. Nos hicieron en la sastrería unos uniformes a Paco y a mí de quinto de Húsares de Pavía y de sargento de la Escolta Real, respectivamente, y a mis hermanas vistieron a Margarita de



aldeana neerlandesa y a Isabel de clown. Existe una foto de los cuatro que al verla "no se sabe si reir o llorar", como dice Carlyle en su "Sartor resartus"; estamos horribles, sobre todo mis hermanas. Y que me perdonen estas.

Mi madre muy orgullosa nos paseaba por la calle de Alcalá arriba hasta la Castellana, donde realmente se celebraba el carnaval con sus carrozas y choches engalandos. Fuimos al hotel Palace a un baile de niños y me hicieron bailar con una niña vestida de señorita con tacones muy altos. Como me dieron muchos besos mi madre y las amigas que la acompañaban, pensé que aquellos premios eran demostración de que lo había hecho muy bien. Me tiré de la guerrera con mucha presunción y me creí un sargento de verdad.

El 28 de mayo de 1.916 nació mi hermana Pili asistiendo a mi madre el doctor Córdoba. Este aparecer de pronto un miembro más en mi familia me sumió en graves reflexiones; como entonces se educaba a la niñez al margen de estos hechos, yo no salía de mi asombro, no podía explicarme aquella súbita aparición de una niñita que todos decían que era mi hermana y pensaba: ¿cómo ha podido ocurrir esto?. Como es natural nadie me dió explicaciones sobre tal acontecimiento. Únicamente recuerdo muy bien que oí a mi madre referir días después a unas amigas, entre risas de todas, la ocurrencia que yo había tenido: ¿sabeis lo que me ha dicho Pepito? que lo sabe todo, todo, menos cómo se hacen los niños. Todas aquellas señoras me dieron entre carcajadas muchos besos. Yo pensaba ¿por qué se rien tanto y me besan con tanta conmiseración?. Aquello era un misterio para mí que no pude descifrar por mucho que me empeñé. Era mi lógica no satisfecha que se sublevaba; yo estaba acostumbrado a desarmar mis juguetes para ver lo que tenían dentro y sobre todo en los cochecitos movidos a resorte, no paraba hasta que llegaba a comprobar el porqué andaban solos.

No puedo decir si aquella táctica con los niños era mejor o peor que la que se utiliza actualmente y a la que de manera tan decisiva coadyuvan los medios de difusión, pero entonces los niños eramos mucho mas in-

genuos e inocentes que ahora. Yo he oído a mi nieta de cinco años comentar "a mamá se le ha quitado la tripa porque ha nacido mi hermano". Allá los sociólos con este tema. Creo que con el sistema antiguo se prolongaba la niñez ¡la bendita niñez! y por tanto se retardaba en conocer lo mucho de desagradable que tiene la vida. Aquello, si acaso, significaba un enigma para niños de tanto sentido de la lógica como yo era, pero nada más; no caía en la cuenta de si mi madre tenía tripa y terminaba dando por bueno ¡tantos milagros me contaban! lo de que los niños venían de París.

Llegó nuevamente el verano y con él la inefable alegría de ir a Pozuelo. Como creyese que se retrasaba el viaje, desde mayo le daba a mi padre la tabarra preguntándole cuando nos íbamos; siempre contestaba lo mismo: cuando veas que no hay nieve en la sierra -que tan bien se contempla desde Madrid- nos marchamos. Mi trabajo, pues, consistía en mirar desde la balaustrada de la parte sur de la plaza de la Armería, desde la que tan bien se divisa, si se había quitado el color blanco. Cuando por fin a primeros de junio desaparecía, se lo contaba a mi padre, se avisaba al "Rubio" y venía el ajetreo del viaje con que yo tanto disfrutaba.

Aquel verano se amplió la pandilla que formaba con los de Molines. Se agregaron a ella Victor, Juanito y Celestino, hijos de don Remigio Herreras, que acababa de construir una casa, la octava de la Colonia, muy cerca de la de Molines. Esta es otra de las amistades verdaderas que he tenido, que se prolongaron durante la juventud y puede decirse que la vida entera, pues aún cuando mayores tuvimos menos contacto por las complicaciones de la vida de cada uno, hemos contado siempre y reciprocamente con ese reservorio de leal amistad que discurrió con la misma naturalidad que el peral da peras.

No obstante, en mi fuero interno, aquellos amigos -que humanamente los quería mucho- no tenían las apetencias que yo sentía ya. Los encontraba vulgares y carentes de ingenio en los juegos; y cuando muy serios nos poníamos a hablar de nuestro porvenir en el que yo pensaba ser de mayor algo importante, ellos decían que aspiraban -los de Molines- a entrar

en la Compañía de Ferrocarriles del Norte donde estaba empleado su padre y Victor Herreras a tostar café por las mañanas en la puerta del almacén de coloniales de la calle Hileras donde su padre era contable. A mí aquellas aspiraciones tan limitadas me parecían ya como una prematura falta de horizonte y me preguntaba ¿se puede soñar en la vida y disfrutar de la que Dios ha puesto al alcance del hombre desde una mesa de chupatintas en la que se hace el mismo trabajo un año tras otro hasta consumir aquella? ¿y lo de tostar café de Victor? ¿Y para eso valía la pena vivir?. Eran filosofías de chiquillo pero que ponían de manifiesto el embrión de mis deseos.

Y es que yo veía en la sastrería de mi padre muchos señores importantes. Cuando le preguntaba quienes eran, satisfacía cariñosamente mi curiosidad y me decía: "ese señor de barba es el Presidente del Tribunal Supremo, ese otro es el general Weyler, ese el maestro Pérez Casas, Director de la Banda de Alabarderos; aquel el maestro Vives, este el Coronel López Rozas, que tiene la Gran Cruz Laureada de San Fernando ganada en un heroico combate en la guerra de Cuba, etc.".

Todos aquellos datos eran leña echada al fuego de mis fantasías. Yo sería también un señor importante y no lo que pretendían ser los de Mollines y Victor Herreras. De estos había muchos y yo sería de los destacados, como aquellos clientes y amigos de mi padre. Es curioso que desde tan pequeño no me haya abandonado jamás desear ser algo fuera de lo corriente.

Como por entonces, mediada la Guerra Mundial, había en Madrid muchos pisos desalquilados, se le ocurrió a mi padre, quizá también por razones de economía, dejar el piso de la calle de la Escalinata porque -de-cía- a la vuelta del veraneo encontraremos fácilmente otro. Pero no fue así, durante el verano, cuyo 23 de Septiembre nació mi hermano Fernando, y por un fenómeno colectivo inexplicable comenzó la demanda de pisos. Estábamos a primeros de noviembre y seguíamos en Pozuelo pasando un frío horrible y sin poder ir al colegio. Mi padre el pobre llegaba a casa aterido de frío. Se fabricó una banquetilla que situaba dentro del horno de la cocina, se quitaba los zapatos y ponía los pies sobre ella. Este procedimiento rudimentario de calefacción lo utilizó en otras casas hasta muchos años después.

Mis padres estaban preocupados; estábamos cerca de diciembre y continuábamos en Pozuelo, hasta que al fin, no sé quien, vino con la noticia de un piso vacío en la calle de Trujillos nº 3. Sin visitarlo siquiera nos trasladamos a él. Era pequeño; tenía solo balcón y medio pero allí nos metimos de cualquier forma.

Comenzó por entonces a vivir con nosotros mi primo Santiago, hijo de mi tío el de Santander, que requerido por mi tío de Madrid, venía a prepararse como sucesor de éste en su parte en la Sociedad Moreno y Bascañana. Tenía diez años más que yo, pero como era un chico buenísimo y encantador hice con él muy buena amistad a pesar de la diferencia de edad. Mi madre dispuso que durmiéramos juntos y nos lo pasábamos muy bien.

Aunque vivimos en la calle de Trujillos escasos meses, marcó aquella época de mi vida dos hechos importantes. Uno fue que me llevaron al colegio del Cardenal Cisneros, ya de chicos e ingresé en la clase de párvulos de don Carlos, y el otro el que mi padre compró un piano para mis hermanas -que aún conservo- y comencé a estudiar Solfeo con el profesor de aquellas, un Músico Mayor llamado Mayoral.

Yo era feliz cuando llegaba la clase de Solfeo. Sentía que aque-

lla era mi vocación y al poco tiempo le dije a mi padre que quería ser músico. Rió de buena gana mi ocurrencia y me dijo que vivir de la música era muy difícil; que la estudiase si quería pero que mi verdadero porvenir era ser sastre. Recuerdo sus palabras: serás el sastre de Alfonso XIV.

Avanzaba en mis estudios tanto del colegio como de Solfeo, pero notaba que en los de éste no estaba bien dirigido; me parecía que no sabía aquel profesor captar el sentido o encanto que yo percibía en las lecciones de Eslava. Admeás juzgaba que mis hermanas -que las cantaban mucho peor que yo, aunque iban más adelantadas- no estaban aún en condiciones de estudiar piano, como dispuso dicho profesor. Mis padres gozaban viéndolas hacer posición fija y escalas.

Mi intuitiva observación no debió andar muy descaminada, pues a los pocos meses fuè sustituido Mayoral por otro Músico Mayor llamado Pablo Cambronero.

Al poco tiempo y a finales de aquel invierno nos trasladamos a vivir a la calle de Chinchilla, 2.

Esta casa -donde viví los trece años más importantes de mi vida ya que en ellos comenzó a configurarse claramente mi porvenir- era bastante humilde. En aquella época la clase media un poco acomodada, como nosotros eramos, vivía muy modestamente. No tenía por supuesto cuarto de baño ni calefacción y era un páramo en invierno pues un lado de ella, a todo lo largo, daba a un solar donde había un cobertizo que hacía las veces de carbonería. La escalera era angosta, que partiendo de un portal inundo, tenía ochenta escalones en forma de caracol hasta llegar al cuarto piso derecha que ocupamos. La calle era estrechísima y muy larga, pues atravesaba la Gran Vía que se estaba construyendo y la casa, con ocho habitaciones, la cocina -con una gran campana- y un minúsculo retrete en que estando dentro apenas se podía cerrar la puerta, era muy modesta. El mobiliario participaba de esta modestia: un comedor del año de la Nana, era la habitación más presentable; lo demás, camas de madera con bolas o de hie-

rro constituían el ajuar. Mi cuarto, el del fondo de la casa cuya pared daba al solar, se entraba por un estrecho pasillo y en él no existía más que una modestísima cama y una pequeña mesa de pino arrimada a la pared que si existiese aún, la colocaría en una vitrina, en ella estudié, leí incansablemente y me hice hombre. Hacía tal frío en ella y en toda la casa que mi padre en los largos inviernos se desnudaba en el "cuarto de estar" -que no tenía más que una mesa desvencijada, sillas de enea corrientes, un brasero de cisco y una pianola que tuvo que adquirir mi padre de un cliente que no le pagó- y liado en una manta iba corriendo a su cama que estaba como el hielo y en ella se tapaba hasta la cabeza.

Es curioso que viviésemos con tal modestia cuando se podía ahorrar pues todos los años compraban mi padre y mi tío en Pozuelo o en el Paseo de Extremadura terrenos y más terrenos o valores. Era la mentalidad de entonces tan opuesta a la de ahora que todo el mundo vive bien y no ahorra una peseta. De todas formas nosotros vivíamos con un modestia increíble. Yo me acuerdo de mi padre, que estando ya muy enfermo, subir con una enorme fatiga aquella espantosa escalera.

Allí vivimos trece años, como he dicho, hasta que teniendo yo veintiuno, y ya se me escuchaba, obligué a mis padres a cambiar de casa. Fuimos al Paseo de San Vicente a inaugurar una recién construida que ya tenía calefacción central, cuarto de baño y ascensor, pero con las doscientas cincuenta pesetas que pagabamos estuvo mi padre soñando una larga temporada. Decía que era un despilfarro; pero tanto le insistí por su enfermedad y por dignidad que conseguí la mudanza al final de 1.930.

Cuando tenía nueve años comencé prematuramente con el profesor Cambronero a estudiar piano. No recuerdo lo que ocurrió, pero dicho profesor fue sustituido al poco tiempo por Teresa Guirao, miembro de una pintoresca familia amiga de mis padres y pésima profesora. Luego tuve otro ciego, cuyo nombre no recuerdo, que de buenas a primeras me hizo estudiar la romanza de Leporello de "La canción del olvido". Estos cambios continuos de profesores, todos de escasa altura, y los procedimientos tan poco peda-

gógicos que empleaban da idea de la escasísima cultura musical de mis padres; porque a nadie se le ocurre que un principiante de piano que debe familiarizarse durante unos años con los estudios de Bertini o Czerny, se le haga tocar una obra tan poco pianística y de tan escaso valor como la que pretendió aquel profesor ciego. ¡Si acaso hubiese sido una sonata de Mozart!.

Pero mis padres no entendían esto. Solo celebraban mucho oír a mis hermanas tocar cuplets de moda y su aspiración era solamente que hicieran un buen -o un mal papel, pues tocaban bastante mal, sin ritmo ni sentido- en las fiestas familiares de mi casa o en la de las amigas. No en balde estamos en la "bel epoque" donde era de buen tono que las niñas tocaran o aporreasen el piano. Llegado un santo, ya se sabía: el gasto de pianista lo hacia Teresa Guirao y de vez en cuando decía mi madre: "anda, Margarita, toca "Rosendo" o "Mimitos", vereis que bien lo hace; o Isabel, toca ese pasodoble tan bonito".

Por esta época -y alternando inviernos en Madrid y veranos en Pozuelo- sucedió, teniendo yo diez años, el aparentemente trivial suceso que decidiría con el tiempo mi porvenir. Yo le había dicho muchas veces a mi padre que quería estudiar música en serio porque lo hecho hasta ahora no me lo parecía. Y ocurrió que, con ocasión de ir a la sastrería a probarse el uniforme un portero del Conservatorio de larga barba blanca llamado Nemesio, le dijo mi padre "llévese a mi chico que quiere estudiar música". Y así de la mano de aquel hombre pise por primera vez en mi vida, y no sin gran emoción, el Real Conservatorio de Música y Declamación establecido en el Teatro Real.

Pasé como oyente a la clase de Solfeo de doña Pilar Blasco. Figuraban como alumnos entre otros Cristobal Altube -el después famosísimo tenor- y otro con una voz de bajo formidable que era de Santander y ni cuyo nombre recuerdo ni he vuelto a saber nunca más de él. Los dos eran hombres hechos y derechos en aquella clase de niños.

Pronto capté la enorme diferencia que existía entre los procedimientos que yo había seguido hasta entonces con lo que allí me encontré. Por de pronto la profesora me retiró totalmente del piano hasta que estuviese más adelantado en Solfeo. Esto que a otro chico habituado como ya o maltratar el instrumento le hubiese desilusionado lo encajé perfectamente. Entendía que un estudio serio de la música -como yo me proponía- había que hacerlo escalonadamente y no de la manera desordenada precipitada y absurda como estaba habituado.

No obstante, mis malos estudios que había hecho anteriormente, me sirvieron de algo. Conocía muy bien las notas y cantaba las lecciones con buena entonación y como asimilé rápidamente el ambiente y procedimientos de la clase, llegado el mes de abril -había ingresado en noviembre- era el primero incluso por delante de aquellos dos hombretones: Altube y el de voz de bajo.

Como era oyente no me pude examinar como alumno oficial y tuve que hacerlo como libre. Obtuve la calificación de sobresaliente.

Yo estaba contentísimo y orgullosísimo. Le enseñé la papeleta a mis padres, a todo el que la quería ver y hasta al que no. Creía que mi padre ante aquello que yo consideraba un "enorme éxito" se decidiría a que simultaneándola con los estudios de Bachillerato siguiera muy preferentemente los de la carrera de musical, pero me llevé un gran chasco. El siguió con su decisión irrevocable de que tenía que ser en primer lugar, sastre, y que como no era compatible el largo aprendizaje del oficio con los estudios de Bachillerato que pretendía más los de música, que estudiase sólo el primer año de aquel ya que tras esto tenía decidido con quien aprendería el oficio.

Es increíble que mi padre me prohibiese estudiar Bachillerato aunque solo fuese a ser sastre. Yo estoy seguro de que a esta drástica decisión no fue ajeno mi tío. Este deseaba que cuanto antes -a tres años vista lo más- me incorporase a la sastrería para sustituir, sin salario



-como es natural-, a uno de los cortadores. ¡Su eterna propensión al ahorro y a la economía se puso nuevamente de manifiesto!.

Con estos hechos me sentí defraudado. Mis ilusiones por ser algo representativo en la vida, que tenía que empezar por el camino de la cultura, esto es, por el estudio del Bachillerato, quedaron enturbiadas por el momento.

Había estudiado en el Colegio del Cardenal Cisneros hasta elemental, al trasladarnos a la calle de Chinchilla nos cambiaron al de Calderón de la Barca, que estaba en la calle de la Abada frente a nuestra casa, donde cursé superior, lo que es hoy tercero de E.G.B. En todas las clases era el primero, excepto en caligrafía que siempre se me ha dado muy mal. Y otra vez cambio de colegio. Ahora fue el de San Ignacio en la Costanilla de los Angeles donde estudié el primero de Bachillerato en cuyos exámenes en el Instituto del Cardenal Cisneros obtuve sobresaliente. Y ya había llegado a la meta trazada por mi padre. Al invierno siguiente comencé el aprendizaje del oficio de sastre con el oficial de la casa Cid, Herbón y López, que ya ha citado, y dejé de ir al colegio. Tenía doce años.

Este cambio brutal en el "status quo" de mi vida, al pasar del colegio donde me codeaba con chicos inteligentes a aquel taller de la calle Lope de Vega en que empezando por el maestro y continuando por los hombres, mujeres y chicas que allí trabajaban, eran unos incultos totales y unos mal hablados -el plato del día era contar el maestro chistes desvergonzados que aquellas chicas, algunas muy jóvenes y monas, reían más desvergonzadamente aún- produjo en mí una sensación de frustración y de desaliento. Mi nueva vida de aprendiz de sastre y lo que en aquel taller veía y oía, era lo más adecuado para desvanecer mis sueños e ínfulas de ser algo importante en la vida. Pasé por una gravísima crisis que a la edad que tenía pudo significar el dar al traste con mis ilusiones. Estaba desesperado.

Pero aparecieron de pronto y como providencialmente en tan graves

momentos los primeros síntomas de lo que iba a constituir una de las características más sobresalientes que ha configurado mi idiosincrasia: la enorme fe en mi mismo y en mis posibilidades y el tesón e ímpetu con que he abordado todos los momentos difíciles de mi vida. Estos síntomas fueron mi salvación en los momentos quizá más críticos de mi existencia. Reflexioné varios días y me hice la composición siguiente: Como quedaba descartada la posibilidad de estudiar una carrera universitaria al cerrarme mi padre el camino del Bachillerato y como yo tenía una fe absoluta en mis estudios musicales ¿qué me podía faltar? ¿la cultura que se adquiere en el Instituto y la Universidad?. Esta la adquiriría yo mismo a costa de esfuerzo que fuese necesario. Así, todo el dinero de que disponía lo empleaba en comprar libros y leía en los ratos libres, pero como estos no eran muchos, aprovechaba las noches. Me acostumbé a dormir poco. "Había matado el sueño", como dice Macbeth.

Esta fue mi salvación. Cumplía con el dictado de mi padre de aprender el oficio; asistía a mis clases en el Conservatorio y ganando tiempo al tiempo estudiaba y leía, leía incansablemente por las noches. Recuerdo que uno de los primeros libros que adquirí fue la Iliada, de Homero. Me zampé el tomazo y no entendí apenas nada. Pero enseguida reaccioné y me dije: aquí tiene que haber un burro y como Homero no puede ser... Muchos años después lo leí de nuevo y me convencí de que mi juicio de niño fue exacto.

Mi vida empezó entonces a ser muy ajetreada. De nueve de la mañana a una al taller. A las tres tenía la clase de Solfeo dos días en semana y otros dos la de piano; estudié el Grado Elemental -cinco cursos- con don Venancio Monge, un hombre seco y malhumorado que algunas veces, tocando un estudio, se dormía y hasta roncaba despertándose un poco azorado cuando lo terminaba diciéndome: "tócalo otra vez". No obstante era un eminente profesor del que aprendí mucho. Cuando terminaban las clases me iba corriendo al taller con los libros bajo el brazo, donde llegaba a las cuatro y media y permanecía hasta las ocho. Había sus guasitas entre mis compañeros de oficio cuando me veían llegar con los libros de música. Recuerdo que una

oficiala muy gorda y que era un zopendo, me dijo un día: "joven -como me llamaban- ¿es que estudia usted chino?. Pero eran bromas, que aunque toscas, no tenían malicia. Me respetaban mucho porque sabían que era hijo de un sastre afamado.

Cuando salía del taller me iba corriendo a casa a estudiar piano hasta la cena y después a estudiar Sofeo y a leer.

Me habitué pronto a aquel brusco cambio de decorado que se producía entre el burdo ambiente del taller y mis estudios en el Conservatorio donde yo soñaba a mis anchas con ser algún día nada menos que profesor. Cuando manifestaba esto a mis compañeros se reían de mí. Pero ¿tú sabes -me decían- los de cursos superiores al mío- lo difícil que es eso? ¿lo muchísimo que hace falta saber para ganar unas oposiciones?. Yo no recuerdo lo que contestaba, pero dentro de mí pensaba que aquellos profesores eran hombres como yo lo sería algún día, y que lo que hace un hombre lo puede hacer otro.

Así transcurrieron dos años. En ellos terminé el Solfeo y tres cursos de piano con la mejor calificación. Mi padre consideró finiquitado entonces mi aprendizaje de sastre e ingresé en la sastrería a cortar pantalones de guardias de Seguridad. Había cumplido catorce años.

El plan de trabajo de mi vida aumentó al estar en la sastrería por el férreo control que ejercía mi tío. Iba ése a las nueve de la mañana en punto, hora en que se abría, y ya teníamos que estar mi primo Santiago, los empleados y yo por supuesto. Si algún día me retrasaba, ya tenía encima la regañina. Me decía que yo era un empleado más y que tenía que cumplir como los demás. Si alguna vez para que me plancharan el pantalón en el taller de la sastrería me refugiaba a cambiarme en un pasillo oscuro donde se apilaban en estantes guerreras y pantalones, a los cinco segundos aparecía el tío diciendo "no se puede estar mano sobre mano", o si me metía en el servicio a fumar un cigarrillo, ya estaba dando manotazos en la puerta y chillando "no se puede perder el tiempo". Era el prototipo del tirano.

Salvo de tres a cuatro y media de la tarde que tenía clases en el Conservatorio cuatro veces en semana, único abuelo que se me permitía, estaba trabajando en la sastrería de nueve a una y de tres a siete y media. ¿Cómo demonios se podía estudiar una carrera tan difícilísima como la de música en ese plan? ¿Cuando creía mi tío que iba a estudiar?. Claro que siempre que salía a colación lo de mis estudios -que era casi todos los días- mi tío decía socarronamente siempre lo mismo "vaya manera de perder el tiempo que te has ingeniado". Yo ante esta situación me quejaba a mi padre por considerarlo más razonable. Y aquí salía relucir aquel respeto que se tenían recíprocamente, pues sin desautorizar a mi tío me consolaba diciéndome "no te enfades por eso; ya le conoces. Tu eres listo y puedes estudiar en tus horas libres". Pero ¿que demonio de horas tenía libres?, pues o sacrificando el paseo que todos los chicos daban al salir del trabajo o robando horas al sueño.

De todo esto sacaba la conclusión de que aquellos estudios en que yo había puesto mi afán y mis ilusiones, no los tomaba en serio ni mi padre.

A pesar de lo relatado y por esa facultad o agudez para percatarme y asimilar rápidamente todo, aún sacaba algunos ratos para jugar y pasear.

Recuerdo de aquella época dos efemérides -para mi cualquier satisfacción lo era- que me entusiasmaron y fueron motivo de seguir lanzado por el camino de mis fantasías. Una fue la bicicleta que mi padre nos compró a mi hermano Paco y a mí y otra el cine "Pathe Baby" que nos trajo de un viaje que hice con mi tío a París y Bruselas.

Aunque estos objetos harían a los niños de hoy una ilusión relativa dada la prodigalidad con que los padres colmamos de satisfacciones a nuestros hijos, como mi hermano y yo hemos tenido pocos y bastante rudimentarios, tanto la bicicleta como el cine nos hizo sentirnos los más felices del mundo. Estábamos acostumbrados a suplicar continuamente a los de Molines y a los de Herreras -que tenían bicicleta de su padre- que nos dejasen dar una vuelta, pero como éramos muchos chicos para aquellas dos bicicletas, tocábamos a muy poco y esto sin contar con que el derecho de propiedad de aquellos amigos se ponía constantemente de manifiesto regateándonos dictatorialmente el prestárnoslas.

Antes de esto nos habían traído de Orihuela -creo que regalo de mi tío Juan, casado con la hermana mayor de mi padre, Esperanza- un conato de bicicleta. Era un auténtico trasto que ni las habilidades de Manolo, mecánico de la estación de Pozuelo, pudo poner en marcha. ¡Vaya regalo! Se le rompió el cuadro desapareciendo la rueda trasera y los pedales. Se me ocurrió con la mitad que quedaba introducirle un palo muy largo en el tubo donde iban aquellos y así, bien mi hermano o yo, uno montado y otro agarrado al palo nos pasamos el verano con aquella bicicleta de una rueda. Por ello no es de extrañar que el día que vimos bajar del sidecar de la Harley de Manuel Llorente -un vecino nuestro bastante bruto- a mi padre con una flamante bicicleta nueva marca Trianon y decirnos que era para nosotros, nos volvimos locos de alegría. Solo el pensar que era nuestra ¡una cosa nuestra! en aquella indigencia en que nos encontrábamos como propietarios, nos tuvo varias noches sin dormir. Mi hermano Paco y yo, como buenos amigos que éramos, nos turnábamos muy equitativamente.

Como yo no conocía de Pozuelo más que la estación y muy de tarde en tarde iba hasta Aravaca, a pesar de llevar varios años allí, aquella bicicleta me abrió grandes horizontes. La vuelta a los "postes", como denominábamos a subir hasta el pueblo de Pozuelo y bajar por la carretera de Húmera, se convirtió en itinerario casi diario. Un día con Juanito Herreras fuimos hasta Villalba. Era la primera vez que conocí las grandes bellezas de la antigua carretera de La Coruña. El paso por Torreledones, el puertecillo que había entre éste y Villalba y ver tan de cerca la sierra de Guadarrama, desató mi habitual fantasía. Aquellos horizontes para mi desconocidos me parecieron otro Finisterre. Creía que detrás de aquellas enormes montañas no podía estar más que el fin del mundo. ¡Que feliz me ha hecho siempre mi desmedido afán de ver belleza y misterio en todo!.

En cuanto al cine recuerdo que Paco y yo nos pasamos la tarde del día en que mi padre regresaba por la noche de París, montando uno y el otro tirando de la centésima versión de carro que había construido. Tenía dos faroles que habíamos hecho con unas tiras de cristal y dos cabos de vela. Los encendimos al anochecer y paseamos mucho por la calle del Plántío de la Colonia. Estábamos los dos muy nerviosos e intrigados pensando en lo que nos traería mi padre. Cuando por fin llegó la hora de ir a buscarlos, nos fuimos a la estación toda la familia y nosotros con el carro. Llegaron al fin y descendieron del tren con muchísimos paquetes. Después del recibimiento consiguiente cargamos en el carro aquellos paquetes que, deducíamos, en uno de ellos vendría lo nuestro y nunca hicimos de borriquillos con tanta satisfacción.

Una vez en casa desenvolvimos todo con gran presteza. Llegó por fin lo nuestro. Era un cine con diez películas y una pantalla. Mi padre lo instaló sin apenas quitarse el sombrero y por primera vez en mi vida vi en casa a Charlot en una película; era uno de esos cortos graciosísimos del genial actor. Una tras otra pasamos las diez películas: "Atenas Antigua", "Gabes", "Les Causes", "Brujas la muerta" -como apellidó Jorge Rodenbach esta bella ciudad de Bélgica- otras cómicas también de Charlot, etc.

Aquí mi fantasía voló más alto que nunca. Aquel moverse los personajes, aquellos monumentales paisajes viéndolos en mi propia casa de parecía increíble. Estaba acostumbrado a una linterna que teníamos para ver horrorosas figuras quietas y que pronto mi ingenio convirtió en algo más. Compraba en una cacharrería de la calle de Mesonero Romanos trozos de películas de verdad. Borraba cuidadosamente la gelatina hasta dejarlas transparentes y sobre ellas dibujaba con tinta, a cuadros para pasarlos sucesivamente por el cristal de aumento que hacia las veces de objetivo, muñecos, barcos, casas, etc.. Llegué a hacer hasta películas con argumento que tenían gran éxito al proyectarlas en la cocina de la calle de Chinchilla ante un gran auditorio: mis amigos, las de Sancho, las de Vidal y muchas más amigas de mis hermanas. Hice hasta una cabina de cartón para que no se viese al operador.

Yo estaba loco con aquel proyector. El mismo verano -estábamos en septiembre- fuimos mi hermano y yo presumiendo mucho a hacer cine a casa de los de Salcedo, a un colegio de niñas de la Colonia de Benitez y a muchos sitios más. Realmente aquel aparato era una auténtica novedad. Yo creo que el nuestro fue el primero que llegó a España, luego se extendieron mucho. Vendían estos proyectores y películas en la fotografía "Yo" de la Puerta del Sol esquina a Preciados. Todo el poco dinero que teníamos nos lo gastamos una larga época en comprar películas; cada una valía cuatro cincuenta pesetas con títulos en francés y cinco cincuenta traducidas. Llegamos a reunir un gran repertorio.

Durante aquel verano y los anteriores también dí muestras de mis ocurrencias, algunas muy pintorescas. Fabriqué con cartulina un tren con muchísimos vagones que se unían unos a otros con ganchitos de alambre. Pero para copiar exactamente los modelos nos íbamos Eugenio Molines y yo hasta la vaquería que había al final de la calle del Plantío y nos metíamos en una zanja que tenía en la parte posterior -sin duda para evitar humedades- y desde aquel observatorio contemplábamos bastante cerca la vía del ferrocarril. Cuando pasaba un tren copiábamos en un papel la clase de vagones que veíamos para después fabricarlos yo.

Otras veces, y con ladrillos rotos que nos regalaban en el tejear de Patricio que estaba cerca del puente de la carretera, hacíamos casas utilizando el barro como argamasa. Estas casas, de las que hicimos muchas, las solía diseñar yo. Los ladrillos los traíamos en un carro que hice. Sudábamos tinta al subir con el carro la cuesta del tejear. Recuerdo que a una de estas casas que hicimos a unos cincuenta metros de la nuestra en unos terrenos que había comprado mi padre, le pusimos cocina en cuyo fogón freíamos patatas y le instalamos luz eléctrica. Nos había regalado mi padre unas pilas viejas quitadas de un motor de gasolina que había instalado en la casa del guarda para sacar agua de un pozo -casa que después sería Villa Pili -y las colocamos en la terraza de mi casa. Desde allí, y con un tendido de dos cables con sus postes y todo, llevamos la luz a la casa donde colocamos una lámpara de linterna. Mi padre y varios de sus amigos celebraron mucho aquella demostración de ingenio.

Otros montábamos en un burro que compró mi padre y que mi hermano y yo hasta besábamos. Le llamábamos "Chato". Se me ocurrió uncirlo a un carro que hice pero el burro echó a correr volcando el carro lleno de chicos y se le rompió un brazo a Manolita, una niña hija de Inés Guirao. Pero aquel burro de tanto trato cariñoso como le hacíamos objeto se resabió y daba unos mordiscos y coces que ponían en peligro nuestra integridad. Viendo aquello mi padre se lo vendió a un carretero de Aravaca que lo unció a su carro en vanguardia de la resta de mulas que lo arrastraba y cuando veíamos mi hermano y yo al querido borriquillo pasar por la carre-



tera trabajando de aquel modo las lágrimas humedecían nuestros ojos.

Al término del último hasta entonces de los veranos en Pozuelo, en que nos regaló mi padre la bicicleta y el cine y regresamos a Madrid, es cuando entré a trabajar en la sastrería. Era el año 1.923.

Cuando llegó este momento es cuando empecé a hacer la vida que he referido: sastrería y Conservatorio. Se aumentaron poco a poco el círculo de mis amistades: los de Casals, Manolo Cardona, Ricardo Navarro, Mateo Ferrero, Pepe Gallástegui, etc. Todo maravillosas personas, pero con raras excepciones como la de Cardona que llegó a ser un gran abogado, todos vivían un poco a ras de tierra. Las conversaciones que teníamos eran de una vulgaridad increíble. Yo, que ya había aprendido mucho en mis inagotables lecturas, era -inmodestia aparte- el que descollaba en aquella pandilla. Bien es verdad que menos Cardona ninguno seguíamos estudios universitarios, y sin embargo hablaba con él de literatura e historia y siempre quedaba más airosamente, aunque cursaba segundo de Derecho.

Por entonces me enfrasqué en la Filosofía, leí a Kant, Schopenhauer, Husserl, Hessen -su "Teoría del conocimiento" me cautivaba-, etc. También en literatura: Cervantes -muchos pasajes del Quijote me los sé de memoria-, Pérez Galdos, Becker, Victor Hugo, Menéndez Pelayo, Goethe, Shakespeare ...

No descuidé tampoco las lecturas de historia, geografía y biografías de grandes hombres y con todo ello acumulé un caudal de cultura que se ha ido ensanchando a lo largo de mi vida. En lo musical andaba más retrasado pues solo manejaba libros de texto propios de mis estudios, pero pronto se ensanchó también, y de qué manera, mi cultura musical.

Cuando tenía catorce años ingresé en la "Claque" del Teatro Real. Su jefe, llamado Urios, era un italiano muy malhumorado y amigo del maestro Vives. Por recomendación de éste, pues era difícilísimo lograrlo, entré a formar parte de aquel grupo de hombres, todos muchísimo mayores que yo, que constituían la élite de la afición a la buena música en Madrid.

Mi debut en el Real -debut desde el gallinero- me produjo una extrañísima sensación. Escuche el primer día tres óperas de cámara en un acto. Eran "El Maestro de Capilla", de Cimarosa, "El Secreto de Susana", de Wolf Ferrari y "Fantochines", de Conrado del Campo. No calé, como es natu-

ral, en el fondo de aquellas obras; pero recuerdo que salí del teatro con una especie de lavado de cerebro. Yo había oído ya algunas zarzuelas, pero aquello no se le parecía en nada; aquellos acompañamientos de la magnífica orquesta sin seguir la línea cantante de la voz humana, aquellas melodías superpuestas que emergían de todas las cuerdas de la orquesta, aquella magnificencia de vestuario, decorados, luminotecnia y en fin, aquel arte que emanaba del conjunto me dejó atónito. Estuve dos días sin pensar en otra cosa. Me ocurrió lo que a Meyerbeer cuando escuchó el "Tancredo" de Rossini en la Scala de Milán.

Aquellas óperas aumentaron de forma considerable mi vocación musical que aunque ya la poseía en grado sumo se había desarrollado hasta entonces en mi ánimo de una forma bastante empírica.

Esta sensación experimentada aumento poderosamente al oír a los tres días el "Lohengrin" de Wagner. Aunque no capté en aquella primera representación la enorme belleza de esta obra gigantesca -era demasiado fuerte el plato para mis conocimientos- si extraje en esencia su grandeza y belleza. Era por otro lado la primera vez que escuchaba al coro del Real. Las voces, en particular las masculinas, me cautivaron y emocionaron; pero sobre todo aquella armonización tan magistralmente empleada por Wagner produjo en mi sensibilidad como una catarata de sonidos y timbres muy difícil de explicar. No entendía bien aquella música pero "la sentía", como dice Manuel de Falla que es su objeto.

Llegado a casa me senté al piano y recordé los primeros compases del fenomenal preludeo. Aquella rara sensación fue el mazazo final de mi decisión: sería músico por encima de todo y no solo como pianista. Estudiaría con el esfuerzo que fuese también Armonía, Contrapunto y Composición. Creo que mi sino comenzó aquel día; fue el que me consideré un predestinado.

Aún oí muchas óperas más como "Carmen", de Bizet, "Tosca", de Puccini, "Sansón y Dalila", de Saint Saens, "Manon", de Massenet, "La

Traviata", "El Trovador" y "Aida", de Verdi, "La favorita", de Donizetti, el estreno del "Caballero de la rosa", de Strauss, "El barbero de Sevilla", de Rossini, y otras que no recuerdo. Algunas como "Tosca" y "Carmen" cantadas por Miguel Fleta -que estaba entonces en el apogeo de su fama- y otras, las alemanas como "Lohengrin" y "El Caballero de la rosa" por Carlota Dahmen, una de las mejores sopranos de todos los tiempos.

También escuché, en los conciertos que daba la orquesta Sinfónica en el Teatro Real los miércoles, casi todas las sinfonías de Beethoven, las de Brahms, algunas de Mozart, etc. Sobre todo la quinta de Beethoven, la obras más perfecta de toda la era tonal de la música, me conmovió hasta extremos increíbles así como la primera audición que oí de la novena. El panorama que se me presentó de pronto con aquellas audiciones era a la vez inusitado y emocionante y como un mundo nuevo que descubría. Sobre todo el "Lohengrin" y las sinfonías de Beethoven abrieron un surco en mi sensibilidad que perdura a lo largo de mi vida. Adquirí algunas reducciones para canto y piano de las óperas escuchadas que estudiaba con fruicción, aunque mis conocimientos técnicos eran aún escasos, pero tenía tal fe en incrementarlos con mis estudios que el desmayo no volvió a acecharme jamás. Fue una gran desgracia que el cierre del Teatro Real el año 1.925, con la consiguiente disolución de la claqué, cortara de improviso aquel estado de embriaguez de arte en que vivía.

Seguía simultaneando aquel estado de gracia en que me encontraba con el ambiente prosaico de la sastrería y con el bastante pedestre de las conversaciones con mis amigos. Cuando hablaba con ellos del estado en que me encontraba no entendían nada. No obstante salía todos los días con ellos a dar una vuelta cuando salía del trabajo; iban a buscarme unos minutos antes de la hora, en particular Ricardo Navarro -Canito, como le llamábamos-, Ferrero o Rafael Enterría. Es verdad que me reía con ellos y hasta su compañía constituía un sedante para mi alma atormentada de tanto bullirme en ella sensaciones y proyectos. Ibamos casi siempre por la calle de Alcalá, de Sol a Peligros; chicoleábamos a las chicas y lo pasaba muy bien. Claro que estos paseos iban en detrimento de mis estudios de piano y

ya cursaba el quinto año, que es bastante difícil, pero consideraba tener condiciones para hacer en una hora lo que a otros costaba tres.

Me acostumbré a aquel simultaneo de vida tan opuestas como son el arte musical y el oficio de sastre. Yo creo que hasta cambiaba de fisonomía al emprender diariamente una de estas tareas. Me atemperaba muy bien a aquella variación tan opuesta llegando a constituir una simple rutina. En la sastrería era perder el tiempo hablar con mis compañeros de trabajo, excepto con mi padre que hombre inteligente al fin, fue poco a poco convencién dose ante la terquedad de mi decisión y el esfuerzo que me veía hacer para llevarla a cabo. A esto contribuyó el sobresaliente que obtuve en el exámen de quinto de piano. Ya estaba en posesión del Grado Elemental.

Hablé con mi padre y le expuse mis proyectos concretos que él aún desconocía. Le dije que el año siguiente, curso 1.924-1.925, me pensaba matricular en sexto de piano con Cubiles, en primero de Armonía más en las asignaturas complementarias de Acompañamiento al Piano y Estética e Historia de la Música. Por primera vez ví a mi padre dispuesto a ayudarme. Mantenía una gran amistad con el padre de Cubiles -jugaban diariamente al dominó en el Café Español (lo que hoy es Real Musical)-. Recuerdo que me dijo contestando a mis proyectos: "al hombre que más envidio en el mundo es al padre de Cubiles por tener un hijo Profesor -aún no era Catedrático del Conservatorio; ¿crees Pepito que alguna vez podrás tu llegar a darme esa alegría?". Mi contestación fue rotunda: creo que sí.

Mi padre dejó de dudar de mis posibilidades y entusiasmo. En verdad no se opuso jamás a ellos; lo que le ocurría es que como a él le costó tanto esfuerzo conseguir la situación económica en que nos encontrábamos, temía que yo, a pesar de aquel entusiasmo, me quedara en un pobre pianista de café. Es decir, honradamente tengo que agradecerle mucho su lógica aprensión de que un hijo suyo a quien tanto quería pudiese pasar estrecheces que, desde luego, quedaban eliminadas si fuese un continuador suyo en la sastrería. Pero por otro lado y contagiado de mi entusiasmo, tampoco quería desvanecer mi ilusiones.

El resultado de aquella conversación -que indudablemente se le transmitiría a mi tío- tuvo como fruto el aflojar algo las amarras de mi sujeción a la sastrería en la medida que exigía las muchas asignaturas que tenía que abordar aquel curso que comenzaba. Pero solo en lo que se refería a las horas de clase, pues para estudiar tenía que seguir recurriendo a suprimir paseos o efectuarlo por la noche. Noté también que mi tío se volvió un poco menos exigente y gruñón en cuanto a las horas que, por culpa de las clases, estaba ausente de mi trabajo.

Yo tenía mis momentos de crisis. Algunas veces pensaba en el incierto porvenir de la carrera musical y le daba vueltas al temor de mi padre. ¿Sería una insensatez lo que me había propuesto?. ¿Sería mi caso como el de George del "Ars Longa, Vita Brevis", de W. Somersey Maugham?. Pero aquellas crisis pasaban rápidamente, era tan superior a mí mi decisión que inmediatamente acudían a ayudarme en aquellas la fe inquebrantable que tenía en mis posibilidades.

En este estado entré en la clase de Cubiles a estudiar sexto de Piano -primero del Grado Superior- y Armonía con Miguel Santonja. Las asignaturas complementarias de Acompañamiento al Piano y Estética e Historia de la Música, con José Guervos y José Forns, respectivamente, las despaché fácilmente aquel curso.

Cubiles a pesar de su juventud -tenía unos 35 años- era ya un famoso pianista y un gran pedagogo. Le veía llegar al Conservatorio con su bastoncillo, su cara simpática de chiquillo un poco mestizo y una pose de engreimiento que denunciaba el saberse gran artista. Me producía una gran envidia, pero no la que prohíbe la Ley de Dios, sino como un deseo honesto de emulacilón. Yo sería en cualquier aspecto de la música otro Cubiles, me dije, y encontré lógicos los celos de mi padre por el suyo. Cuando lo conocí me comprometí conmigo mismo, a darle a mi padre la satisfacción que tanto deseaba de que me vería aunque fuese como Profesor Auxiliar del Conservatorio. Cubiles de entrada hizo un gran servicio a mi decisión. Sería por un tiempo el ejemplo a seguir. Pero ¡que difícil y arduo el camino hasta llegar a cumplir mi compromiso!.

Me recibió muy amablemente en su clase y comencé los estudios; me dejó perplejo y atónito su primer consejo: tenía que estudiar el piano cinco o seis horas diarias. Y ¿de dónde sacaba yo ese tiempo con las obligaciones de trabajo que tenía?. Confié una vez más en mi facilidad de asimilación sin detenerme a pensar lo importantísimo que es en este instrumento el mero ejercicio de los dedos que no se consigue más que a fuerza de horas.

Como he indicado también comencé a estudiar primero de Armonía con el citado Santonja. Era un viejecito de poca estatura y excesivamente paternal, pero me llevé una gran desilusión. Lo que en aquella clase se explicaba yo lo conocía de sobra de mis estudios de Solfeo. Aquello era más que clase de Armonía una pequeña ampliación de mis estudios anteriores. Carecían de altura las explicaciones de aquel Profesor. Sólo se hablaba de tonalidad y modalidad que yo me sabía de memoria y de la formación de acordes por terceras superpuestas. A mí todo aquello me parecía rudimentario y alejado completamente de lo que suponía. Me ocurrió como a Beethoven cuando estudió en Viena con Haydn, que me quejaba de la poca exigencia de aquel Profesor y lo'encima que pasaba las faltas que contenían mis trabajos.

En este estado de frustración transcurrieron tres o cuatro meses en los que noté que no adelantaba nada. No tenía a quien contar mi desilusión y pensando que el continuar con aquel sistema de enseñanza no me conduciría a ninguna parte, llegué a suponer que tal vez era yo el equivocado y que aquella asignatura no era más que lo que aquel Profesor enseñaba. Pero ¿cómo era posible con aquel procedimiento llegar a analizar aquellas bellezas armónicas insuperables que yo había oído en el "Lohengrin" de Wagner y en las sinfonías de Beethoven". Estaba en un estado de confusión muy peligroso.

Mi intuición me decía que yo tenía razón, pero si era así ¿cómo se daba aquella clase en el primer Conservatorio de España?.

Por fin tuve la gran idea de informar de mi confucionismo a Cubiles. Esté era un hombre eminente, un gran músico y tenía la seguridad de que me aclararía mis dudas.

Como siempre he sido un hombre muy decidido un día al salir de clase le abordé para preguntarle si me podía escuchar unos minutos. Accedió de buen grado y con mil circunloquios traté de explicarle lo que tan difícil era explicar. No me dejó terminar; recuerdo sus palabras: "si piensas estudiar toda la Armonía ¿como te has matriculado con Santonja? a su clase no van más que los que por precepto reglamentario tienen que estudiar el primer curso para poder terminar el Grado Superior de cualquier instrumento. Es un puro trámite; si quieres estudiar en serio Armonía ve a la clase de García de la Parra o a la de Pérez Casas". Estas palabras de Cubiles despejaron mis dudas y me devolvieron el sosiego.

Luego me informé mejor. Santonja era un Profesor no numerario que no estaba capacitado más que para impartir el primer año. El aluvión de alumnos que seguían enseñanzas instrumentales -preferentemente piano- iban como moscas a aquella clase donde no había exigencia alguna. A la mayoría les importaba un comino la Armonía, cuyo estudio obligado les suponía un suplicio ya que solo les importaba el instrumento. Por eso acudían a aquella clase que era un auténtico coladero.

También me enteré que los que estudiaban los cuatro cursos de Armonía no eran -salvo raras excepciones- los que seguían carreras instrumentales, sino los que después estudiaban Contrapunto y Composición.

Informado ya claramente de lo que me preocupaba, dejé en marzo de asistir a la clase de Santoja -no estaba para perder el tiempo- y como ya no era posible a aquellas alturas cambiarme a otra no me examiné y perdí inútilmente el curso. El próximo me matricularía con García de la Parra y recomenzaría los estudios.



Aquel curso aprobé el sexto de Piano. Fue un verdadero milagro. No estudié ni mucho menos las cinco o seis horas que Cubiles quería. No era posible. Además aquel año y no recuerdo porqué circunstancia -tal vez porque no me dejaban estudiar mis hermanos pequeños Pilar y Fernando- tenía que ir todas las tardes al salir e la sastrería a estudiar a casa de Manuel Llorente -aquel de la Harley que nos trajo la bici- que vivía en la calle de la Madera.

Al curso siguiente -1.925-26- me matriculé de séptimo de Piano y otra vez de primero de Armonía. El primer día de clase de ésta me ocurrió algo que pasados muchísimo años constituiría una auténtica paradoja. Pregunté al conserje -el barbudo y solemne Juan de Diego a quien jamás vi sin ir embutido en una levita muy galoneada- donde era la clase de García de la Parra. Me contestó como buen gallego con otra pregunta ¿estás matriculado?; al responderle afirmativamente me indicó el aula. Llamé levemente con los nudillos y me contestó un vozarrón desde dentro que pasara. Había en el aula varios jovenes y un señor muy mayor sentado ante una mesa que con cara malhumorada me preguntó el nombre. Repasó la lista y sin más explicaciones me espetó groseramente: "no está usted en mi clase de lo cual me alegro. Salga inmediatamente y no se le ocurra más interrumpirme, ¡fuera impertinente" Yo salí asustado ¡vaya tío grosero!. Informé al conserje de lo ocurrido y me dijo: "pero hombre, si te has equivocado de aula. Buena la has hecho interrumpiendo al señor Fontanilla con el genio que tiene; no sé como no te ha echado a patadas". Mi impresión de los Catedráticos de Armonía no pudo ser más deplorable. Si García de la Parra era tan energúmeno, estaba listo.

Llegué por fin a la clase de éste y ya de entrada se desvaneció la impresión que me causó Fontanilla. Era un hombre de unos cuarenta años rodeado de una gran aureola de sapiencia en la ciencia armónica; me recibió muy amablemente y aunque era un poco soso resultaba simpático. Aquel primer encuentro con García de la Parra fue el comienzo de lo que, pasados los años, sería una de las más fraternales amistades que he tenido en mi vida.

En la primer clase noté la abismal diferencia que había con la de Santonja. Aquel Profesor explicaba con claridad y profundidad. Me llamó la atención los pocos alumnos que eramos, unos nueve o diez, y no el gentío que iba a la de Santonja. Enseguida comprendí que allí estábamos los que teníamos verdadero interés por estudiar Armonía. A la salida cambiábamos impresiones entre nosotros. Todos eran muy simpáticos y todos teníamos el proyecto de estudiar la carrera de Composición. Algunos, como Langarita y Moraleda nos hicimos muy amigos y soñábamos juntos haciendo planes para nuestro porvenir. Langarita, sobre todo, era muy inteligente.

No se porqué le caí muy bien desde el primer momento a García de la Parra. Es cierto que desde las primeras clases notó que ponía un interés fuera de lo normal en sus explicaciones y cuando llegaba el momento de corregir mis trabajos, me llegó a decir un día: "muy bien, hombre; creo que tu eres de los buenos".

Era un poco guasón y socarrón como buen toledano. Al pasar lista el primer día y nombrarme, añadió burlón: "un naufrago de Santonja: te advierto que en esta clase no hay salvavidas". Otra vez, y como yo iba siempre muy bien vestido y llevaba en primavera el sombrero de paja que utilizaba todo el mundo -aunque no era muy habitual en chicos tan jóvenes como yo-, el que popularizó mundialmente Mauricio Chevalier, entré un día en clase y me vió el maestro colgar el sombrero en la percha. Cuando llegó el turno de corregir mi trabajo señalándonos a dos que estábamos juntos, dijo: a ver tú. Se levantó mi compañero y le dijo: "no, tú no; el del sombrero". Hubo sus risitas entre los alumnos.

Fuera de estas anécdotas, aquella clase fue para mi una revelación. Descubrí rápidamente mi adentramiento en los misterios del arte musical. Aquellos estudios no eran como los de piano en que inmediatamente se capta la línea melódica y diríamos que desde el primer momento divierten. Ahora se trataba de algo más profundo. La Armonía es una de las ciencias más complejas y sin duda la más bella. No es éste el lugar apropiado para desarrollar una tesis sobre su capital importancia en el contexto mu-

sical y en la música toda. Había que recurrir a conceptos muy técnicos que no serían apropiados. Sólo diré, vulgarizando al máximo, que la Armonía es el conocimiento de la música en profundidad y que constituye la más poética expresión de aquella. Mediante la inagotable combinación de acordes se puede crear el ambiente apropiado a cada sensación del alma por abstrusa que sea. Para dar una idea de esto mencionaré solo dos obras de opuesto significado: el "Tristán e Isolda", de Wagner y "El mar", de Debussy.

Yo era feliz con aquellos estudios aunque los efectuaba con la mayor incomodidad posible en mi alcoba de la calle de Chinchilla. En invierno -entonces los inviernos eran muy duros y muy largos en Madrid- hacía un frío espantoso en la casa; no había en ella más calefacción que un brasero de cisco que, cuando todos se acostaban, trasladaba a mi cuarto y allí, liadas las piernas en una manta trabajaba en mi pequeña mesa hasta las dos o las tres de la madrugada, aunque tenía que levantarme a las ocho para ir a trabajar, pero era el único tiempo de que disponía. Había por otro lado tal humedad en mi habitación que los papeles de música que tenía encima de la mesa criaban hasta verdín.

Como se ve hacía falta una gran vocación y una voluntad de hierro para estudiar en tales condiciones.

Aquel año que estudiaba primero de Armonía y séptimo de Piano se me presentó un gravísimo problema. Cubiles cada vez me exigía más; me dijo que sin estudiar por lo menos seis horas no podía abordar aquel curso. Hasta entonces con la hora y media que estudiaba me iba defendiendo; pero yo mismo comprendía que con ese tiempo era completamente imposible abordar aquellos difíciles estudios. El problema que se me planteó era insoluble. Mis obligaciones en la sastrería no me permitían aumentar el número de horas para atender el piano. Sólo disponía de ocho a nueve y media; después de cenar no era posible pues molestaba a la vecindad y además ¿cuando estudiaba Armonía?.

Yo no estaba satisfecho de como marchaba en piano. No era ni mucho menos el primero de la clase como a mi me gustaba ser; notaba que me

faltaba agilidad en los dedos que, como ya he dicho, no se logra más que a fuerza de horas, (los concertistas en activo estudian diariamente seis u ocho horas).

Reflexioné durante unos días sobre tan grave situación y me hice la consideración de que en este plan no llegaría nunca a ser un pasable pianista y que mi porvenir, con el que tanto soñaba, no podía venir más que por el camino de la Composición, Pérez Casas, Conrado del Campo y hasta Hector Berlioz no eran pianistas y sin embargo llegaron a figuras destacadísimas los dos españoles y Berlioz fue un genio poderoso. Con lo que yo dominaba el piano tenía de sobra con el Grado Elemental y casi dos cursos del Superior para mis estudios de Armonía y Composición.

Después de aquellos días de larga meditación tomé la drástica resolución de abandonar el piano en el plan de estudiante de él. Lo lamenté muchísimo pero no había otra solución; así podía dedicar todo mi tiempo a la Armonía.

Tengo que manifestar en honor de la verdad que mis difusos sueños de llegar a algo nunca iban ciertamente por el camino del piano. Y es que esta manera de pensar coincidía plenamente con mis facultades. A mí lo que mejor se me ha dado han sido los estudios y lecturas que exigen gran concentración y reflexión, ayudada esta cualidad por la prodigiosa memoria con que me ha dotado Dios. Por ello asimilaba fácilmente los problemas de la Armonía o mis lecturas de todo tipo que cada día iban en aumento y profundidad. Comparado el estudio de Armonía con el de piano, en el que es necesario dedicar horas y horas a hacer escalas y arpeggios -Lizt decía que "el pianista se hace lo mismo que el herrero: machacando"- llegué a la conclusión que nunca sería pianista aunque hubiese tenido mucho tiempo para estudiar; me hubiese faltado la paciencia que tales ejercicios puramente mecánicos requería.

Empecé a comprar partituras y recuerdo la primera que honró mi biblioteca, que adquirí en una librería de viejo que había en la calle Me-

sonero Romanos, fue la de la tercera sinfonía de Beethoven, la Heróica. Por primera vez me puse en contacto con este nombre sagrado. La toqué en el piano y relacioné alguno de sus acordes con los que yo estudiaba en clase. Pero sobre todo me causó tan profunda impresión el contenido de aquella música, que aumentó, si es que era posible, mi decisión de ser músico aún dando de lado mis primitivos sueños de pianista.

La carrera de Composición tiene múltiples salidas. Desde la composición en sí hasta la dirección de orquesta o de coros aparte de la enseñanza. Yo tenía ya mi bagaje pianístico que era suficiente incluso para ser maestro concertador. De todas formas mi sueño más concreto era llegar a Profesor del Conservatorio.

Le dí cuenta a Cubiles de mi decisión y se enfado mucho. Habló incluso a mi padre del disparate que hacía dadas las condiciones que poseía e hizo todo lo posibles por disuadirme. Yo le expuse a mi padre que para continuar con el piano tenía que dejar la sastrería y que aún así mi auténtica vocación iba por el camino de la Composición.

Mi padre debió ver el cielo abierto. Con mi decisión y argumentos quedaba a salvo su responsabilidad en mi porvenir musical y quedaba asegurado su deseo previsor de no abandonar la sastrería ya que ésta sería -me decía cariñosamente- el recurso de reserva para mi vida en caso de que las cosas no discurrieran como yo pensaba.

Así transcurrieron los cuatro años que tardé en estudiar Armonía, aunque poniendo a prueba mi voluntad de hierro por las condiciones infrahumanas en que estudiaba, siempre por la noche y algún domingo por la mañana, pero apesar de ello me bastó y me sobró para aprobar con sobresaliente los tres primeros cursos y ser durante ellos el primero de la clase.

Además de la del Conservatorio también la daba particular con García de la Parra -que vivía en la calle Divino Pastor, 25- dos días en semana de tres a cuatro. Cobraba ¡cuarenta pesetas al mes! pero no obstante la modestia de esta cifra, me costaba sudores que me la diese mi tío.

En el "modus vivendi" con que de siempre funcionó la sastrería, estaba reservado a mi tío la función de cajero y administrador. El entregaba a mi madre el dinero para los gastos de nuestra casa; daba lo necesario cuando nos compraban zapatos y otra cosa, me pagaba lo del Profesor, ¡hasta los veinte céntimos que me costaba la merienda -pan y chocolate-salfán del bolsillo de su famoso chaleco!. Jamás dejaba de gruñir un poco cuando mi madre o algunos de nosotros le pedía algo.

Puede sorprender un poco la inhibición de mi padre en esta materia; pero es que la forma de llevar la Sociedad entre ellos era increíblemente fraternal. Todas las propiedades y valores que acumularon -que fueron muchos- se adquirieron proindiviso así como los coches que se compraron después. Allí no se repartían beneficios. Cada uno gastaba lo que necesitaba; es decir, que no había más que un fondo común del que salían los gastos de las dos familias. Tal sistema ponía muy en alto el desinterés de mi tío pues si el dividendo de la Sociedad se hubiese repartido de forma reglamentaria y equitativa, aquel, sin hijos y con la modestia que vivía, hubiese amasado una enorme fortuna mientras que mi padre, con seis, y con un gasto comparativamente superior se habría gastado todo lo que le correspondía.

Ya he dicho que la personalidad de mi tío era harto complicada. Ahorraba por ahorrar sin pensar ni disfrutar jamás lo que el dinero proporciona. Su vida era tan austera como la de un monje. No tomaba nunca un taxi; se daba grandes caminatas para ahorrarse el tranvía o el metro. Pero en conciencia ¿se le podía tachar de miserable cuando nosotros nos gastábamos lo que era suyo?.

Ante este ejemplo de austeridad cercano y diario, mi padre tenía que sufrir mucho. A él le gustaba disfrutar de la vida y dar satisfacciones a sus hijos pero ante aquel panorama no tenía más remedio que cohibir-

se; sabía además muy bien que la tacañería de mi tío y el sistema que se empleaba en aquella singular sociedad de bienes, redundaría a la larga en beneficio de sus hijos.

Por entonces, en el comienzo del verano de 1.925, se compró el primer automóvil. Era un Citroën modelo B 10 descubierto. Su matrícula la recuerdo muy bien: M-16.971. En aquella época vivir en Madrid era una delicia; sin contaminación, semáforos, guardias de circulación, direcciones prohibidas, atascos de circulación. Piénsese que desde que se inventó el automóvil, a finales del siglo XIX hasta que se adquirió el nuestro sólo se habían matriculado en Madrid menos de 17.000. Como había que suponer que mucho más de las tres cuartas partes de esa cifra estaban en desuso, calcúlese la circulación que habría entonces. Entonces tener un coche era un lujo reservado a muy pocos y señal de ser rico. Y por ello aún no me explico como convenció mi padre a mi tío para desembolsar las 7.500 pesetas que costó.

El coche resolvió entre otros problemas el de trasladarnos en verano de Pozuelo a Madrid para acudir al trabajo. Mi tío estaba -cosa rara- muy contento con aquella comodidad. Únicamente palidecía cuando había que echarle gasolina; pero encajó muy bien aquel gasto.

Aquel mismo año se casó Santiago con mi hermana Margarita. Vivía aquel con nosotros -como he dicho- desde que vino de Santander pero su estancia en mi casa cesó fulminantemente cuando mi madre notó el primer atisbo de aquellas relaciones. Lo despachó rápidamente a casa de la Filo, pariente de mi madre, que tenía casa de huéspedes en la calle de la Luna. Al casarse se quedaron a vivir con nosotros.

En el verano de aquel año hicimos un viaje a Santander en el coche conducido por Santiago que era el único que por su edad podía tener carnet, acompañándole mis hermanas, Paco y Alejandro, hermano de Santiago.

Para mí aquel viaje fue memorable. Nos pasamos desde quince días antes consultando mapas y recuerdo que con ayuda de estos hice un itinerario escrito con el nombre de los pueblos que teníamos que atravesar y la distancia kilométrica entre ellos.

Salimos a las cinco de la mañana camino de Valladolid donde pensábamos pernoctar, ya que el coche difícilmente hacía una media de veinticinco kilómetros por hora. Ví por primera vez el Alto de los Leones y se desató mi fantasía. Pasar aquella bellísima sierra que tanto había contemplado desde lejos me produjo gran impresión. Luego la maravillosa llanura de Castilla que en sitios como el paso por Olmedo no se vé por ninguna parte obstáculo ni accidente alguno que impida el vuelo del pensamiento; todo tan lleno de lejanía y de poesía, me recordó las andanzas del Cid que había leído. Una de las cosas que más me conmueve es la llanura. Llegamos al fin a Valladolid mediada la tarde y nos quedamos en casa del tío Luis, primo de mi madre y ¡como no! también sastre.

Salimos de esta ciudad igualmente de madrugada por la calle donde se encuentra el palacio donde nació Felipe II. Nos amaneció por Dueñas, la ciudad en que estuvó cautiva la reina Doña Juana la Loca y en una de cuyas casonas que aún existen se desarrolló el inicial idilio entre Fernando e Isabel. Aquí nació su hija Isabel, reina de Portugal. En los cuarenta y siete kilómetros que separa Valladolid de Palencia existe al lado derecho de la carretera hacia el norte y como a una legua de ella unos montes de cotas llanas como grandes arrugas de la llanura, que vistas a la tenue luz del amanecer producen un efecto misterioso y un poco fantástico. Nunca he olvidado aquel espectáculo cuya sensación primera se renueva cada vez que paso por esa carretera.

Atravesamos Palencia por la larguísima y soportalada calle Mayor -curioso monumento único en España- y seguimos hacia el norte por la carretera de Santander. A derecha e izquierda perdiéndose en el horizonte la inmensidad de la Tierra de Campos. Era la meseta donde llegaron de las lejanas montañas que la circundan -en los siglos VIII y IX- unas gentes



inquieta, rebelde, original y con un insólito "saber a donde van". Eran los foramontanos que terminaron creando Castilla y con ella España. Múltiples castillos jalonan el recorrido como los de Fuentes de Valdepero, Monzón de Campos, Aguilar de Campóo, etc., así como el Canal de Castilla.

El terreno se va accidentando a la llegada a los confines de Palencia con Santander. Aparecen las estribaciones de la Cordillera Cantábrica y por fin se llega a Reinosa. La carretera que une esta ciudad con Torrelavega o mejor con Santander es de una belleza indescriptible. Durante muchísimo tiempo estuve meditando sobre ese recorrido que se me fijó en la memoria indeleblemente. Recordaba mi lectura de "Peñas Arriba" y de mis estudios de geografía e historia de aquella región; pero al encanto de estas descripciones leídas se unía mi propensión a lo misterioso y poético. Fabricaba en mi mente fantásticas historias, casi veía a las legiones de Augusto tratando, sin conseguirlo, de doblegar a los rebeldes cántabros. Veía a aquellos montañeses que preferían ser crucificados antes de rendirse al invasor...

Al fin arribamos a Santander. Yo había estado varias veces yendo en tren, pero ahora con el coche conocí profundamente el camino y sus afueras, que son encantadoras, en varias excursiones que realizamos.

El automóvil es sin duda el invento más feliz del hombre; trasladarme cómodamente sentado desde la puerta de mi casa a aquella lejanía me parecía increíble. Creo, repito, que no se ha descubierto nada ni tan práctico ni tan agradable.

Regresamos por la carretera de Burgos pasando el ingente Puerto del Escudo. Nueva maravilla para mi ánimo excitado por tanta sensación desconocida. Fue aquel un viaje que no he olvidado nunca. Se nutrió mi alma -muy atormentada siempre por sueños y fantasías- de un elemento desconocido para exaltar mis reflexiones y pensamientos...

Hasta el curso 1.928-29 en que estudié el cuarto y último curso de Armonía, hice una vida exteriormente normal. Mi trabajo en la sastrería, mis paseos en compañía de amigos con los que iba en invierno a esquiar a la sierra unas veces en tren y otras en nuestro coche (tuve carnet de conducir en cuanto cumplí los dieciocho años) y en verano con la pandilla pozuelera de chicas y chicos. Aquellos inolvidables anocheceres paseando por el andén de la estación -punto obligado entonces de reunión de veraneantes- con las de Enterría, Conchita Navarro, Antofita Martínez, Maruja la del Cerro, las de Vallejo, las de Robledo, mi hermana Isabel, etc., junto con los de Cardona, Navarro, "el Chato", Vicente, Pedro Pinillos y demás grandísimos amigos, eran la mejor demostración de que a pesar de mis proyectos y sueños no era un hurraño ni me las daba de incomprendido. Creo que en la vida hay que hacer también su concesión a la distracción, a la vacuidad y sobre todo a esa legítima atracción que ejercen las mujeres entre las que me encontraba gratísimamente a pesar de la trivialidad de nuestras conversaciones. Cantábamos juntos tangos -era el furor del tango- y bailábamos de lo lindo en cualquier casa.

Tuve por entonces muchas novias; desde Apolonia, hija de una señora que tenía en la calle de la Abada tienda de compra-venta, hasta Isabel Arroyo -que residía en Valladolid-, pasando por Pili Vallejo, Manolita y otras muchas.

Pero materialmente yo tenía otra vida distinta a la que aparentaba. Embebido en mis estudios de Armonía que me habían abierto el gigantesco mundo de la música con su inagotable gama de matices, soñaba en aquel frío y lóbrego cuartucho de la calle de Chinchilla, donde estudiaba o leía incansablemente con la seguridad -así de claro- la seguridad de que yo representaría en la vida un papel importante. Mi biblioteca iba creciendo. Adquirí algunos cuartetos de Beethoven así como otras partituras y libros de enseñanza: el tratado de Composición de Vincent D'Indy, el de Durant, etc.. Alguno de los libros que adquiriría estaban en francés, idioma que, aunque no conocía bien leía o averiguaba con facilidad por estar plagados de términos técnicos. Este mismo fenómeno y por igual motivo me ocurre con los escritos en alemán.

En el mes de abril de 1.929, cercano ya el exámen de cuarto de Armonía y la oposición a Premios, redoblé mi esfuerzo. Dormía escasas horas hasta el extremo que un día me amaneció estudiando. García de la Parra estaba muy satisfecho de mí. Veía mi interés y ¿por qué no decirlo? mis condiciones para hacer un buen papel en las pruebas que se avecinaban. Realizaba de una sentada un Bajo, Tiple o Melodía. Viví aquellos días un estado de nervios, de responsabilidad y de expectante espera.

Llegó el duro exámen. Consiste en realizar un Bajo y un Tiple en veinticuatro horas seguidas cada ejercicio, con un día de descanso en medio. Nos encerraban a cada uno de los examinandos en un aula. Desde hacía unos años estaba el Conservatorio, después de muchas vicisitudes y andanzas trashumantes desde el cierre del Teatro Real, en la calle de Pontejos.

El exámen era de extrema clausura. No se podía abandonarla más que para ir al aseo y acompañado de un portero. Había, pues, que llevar la comida y cena en una cesta que era registrada a la entrada por si contenía algún libro o apunte.

Cuando yo me ví encerrado en aquella soledad y frente al trabajo a realizar que era muy difícil, pensé que había llegado el momento de que mis sueños de tanto tiempo tuviese adecuada cristalización; por ello desde el primer momento acometí la tarea con toda mi alma, con toda mi fe y la terminé quedando bastante contento. Salí a las cuatro de la mañana del día siguiente. Recuerdo que me estaban esperando mis padres, me tomé un vaso de leche y me acosté. Soñé con el exámen que había hecho y nada más abrir los ojos a las diez de la mañana repasé el borrador y me gustó; cosa rara, porque siempre suele ocurrir que lo que se ha hecho ilusionadamente un día, al repasarlo al siguiente no queda uno satisfecho.

Efectué el segundo ejercicio, que era más difícil aún, en las mismas condiciones y tiempo. Ya había pasado lo que dependía de mí; ahora tenía la palabra el Tribunal que se reunía al día siguiente. Lo componían los maestros Conrado del Campo, Turina, Saco del Valle, Fernández Bordas

que era el Director del Conservatorio y Angel Lancho, el Secretario. Obtuve sobresaliente lo que aparte de su significación era condición "sine qua non" para presentarme al Concurso de Premios. Elevé al Director la instancia, que me fue admitida junto con los otros diez alumnos y se celebraron los ejercicios unos diez días después y que consistía en realizar un Bajo para cuarteto de Arco y acompañar al piano una Melodía para violín.

La ejecución pública de los ejercicios tuvo lugar en el Teatro Cómico, que estaba en la calle Mariana Pineda, lo que es hoy "El Corte Inglés". El primer ejercicio, el Bajo, fue ejecutado por Bordas, Arbós, Conrado del Campo y Juan Ruiz Casaux. El segundo por Arbós de Violín y Cubiles de Piano.

Era la primera vez en mi vida que oía música mía; me produjo gran emoción. Dí por muy bien empleados mis heroicos esfuerzos que me condujeron a aquel resultado que estaba oyendo, pero tuve poco tiempo para detenerme en estos recuerdos retrospectivos pues mis trabajos, debido al sorteo previo, se ejecutaron de los últimos y el veredicto del Jurado estaba próximo. Todos los concursantes estábamos muy inquietos, aunque noté que algunos mostraban un poco de decepción por su labor al oír los trabajos. En realidad yo tenía la misma impresión, solo que al contrario; había dos trabajos que se destacaban de entre los once: el de Langarita y el mío. Por fin se procedió a leer el Acta del Concurso por el conserje como es de rigor. Se colocó en medio del escenario cerca de las candilejas, se abrochó la levita, limpió con el pañuelo las gafas -¡Jesús que tío más pelmazo!- y con gran prosopopeya comenzó a leer muy despacio el preámbulo del Acta y los nombres de los examinandos. Cuando llegó a aquello de "después de deliberar el Tribunal, acuerda por unanimidad el siguiente fallo" estábamos todos en vilo; hizo una pausa y dijo: Premio Extraordinario (otra inacabable pausa) a José Moreno Bascuñana.

Mi alegría fue desbordante y de las más destacadas de mi vida. Constituyó un singular espaldarazo en el curso de mi carrera. Me convencí -quizá inmodestamente- de mis posibilidades que, aunque siempre creí que

las poseía, ahora tenían una plasmación académica. Creo que hasta lloré de emoción cuando me vi abrazado por mis queridos compañeros, por mis familiares y en particular por mi padre, al que ofrecí aquel triunfo, que me agradeció mucho, añadiéndole que a este primero de mi carrera estaba seguro que seguirían otros. Le presenté a García de la Parra a quien agradeció su interés por mí y a quien pidió oficialmente, por primera vez, una especie de diagnóstico sobre mis posibilidades. Recuerdo perfectamente las palabras del maestro: "tiene usted un hijo que vale mucho. Llegará lejos". Yo abracé fraternalmente a mi maestro y aunque desde el curso próximo ya no podía estudiar con él, no dejé de visitarle muy a menudo trabando esa amistad cordialísima que nos unió hasta su muerte.

Vuelto a mi casa entré en mi alcoba donde tanto había trabajado y soñado. Besé mi pequeña mesa de pino llena de libros y papeles y le hice partícipe de lo que en ella había conseguido. Si aquellas largas y frías noches de estudio no fueron el premio a mi inteligencia sí lo fueron a mi esfuerzo. Dudo que exista alguien que haya estudiado algo tan difícil en unas condiciones de confort tan precarias. Quiero que mediten mis hijos -si llegan a leer estos recuerdos- que mi posición de hoy está basada en aquel heroico proceder de mi juventud.



**DON JOSE MORENO  
BASCUÑANA**

**Que en el concurso de Armonía del Conservatorio de Madrid, ha ganado el primer premio por unanimidad**

Foto de cuando obtuve el Premio de Armonía.

Había en el Conservatorio dos Catedráticos de Composición: los maestros Turina y Conrado del Campo. Turina era un eminente compositor pero su faceta pedagógica quedaba muy por bajo de aquella cualidad. Realmente no tuvo más alumno que García Leoz; en cambio Conrado del Campo estaba rodeado de una aureola de compositor y aún de pedagogo verdaderamente excepcional. "Había crecido de tal manera su prestigio en la enseñanza -escribe Julio Gómez- que llegó a considerársele como maestro de todos. Hubo tiempo en que no había en España otro maestro que él".

Como era opcional estudiar tras la Armonía los cinco cursos de Composición con uno u otro maestro y aunque había oído hablar del inmenso prestigio de Conrado del Campo, pedí consejo a García de la Parra sobre con cual de los dos me debía matricular. García de la Parra no lo dudó: debes estudiar con Conrado.

Yo no conocía más que de vista al maestro, sólo había oído su ópera "Fantochines" que fue la primera que oí en mi vida. Era un hombre muy alto y de gran corpulencia aunque un tanto desgarrado. Cuando me cruzaba con él me producía una impresión un tanto pavorosa. Me daba miedo y respeto ver a aquel hombre de quien todo el mundo decía que era un sabio y que todos los compositores de aquella época habían sido alumnos suyos.

Me matriculé en su Cátedra, pero como tenía que compensar a fuerza de clases el poco tiempo que tenía para estudiar, ya que mis obligaciones en la sastrería seguían en pleno vigor, le propuse a mi padre dar clase particular con el maestro y le pareció muy bien.

Así, el día tres de octubre de 1.929 me dirigí a su casa en la calle Hortaleza 108, ático. Subía en el ascensor un tanto nervioso y preocupado al pensar que me tenía que ver ante aquel hombre excepcional. Pensé en pocos segundos en cómo me recibiría y si me aceptaría como alumno particular, ya que estaba solicitadísimo.

Llamé al timbre con mano temblorosa y tras una corta espera me abrió la criada. Pregunté por el maestro y me pasó a un salón para que le esperara ya que estaba dando clase. Miré a mi alrededor y lo primero que ví fue un grandísimo cuadro del "Bobo de Coria", de Velázquez y unas magníficas litografías de Beethoven y de Brahms y en un pasillo o hall, por donde había entrado, muchos cuadros y libros.

Tras unos veinte minutos se abrieron un poco violentamente unas puertas de corredera -que indudablemente daban a su estudio- y vi pasar por el pasillo con dirección a la escalera la enorme figura del maestro acompañado de un alumno ya mayor.

Entró en la salita donde yo estaba. Me puse en pié y me presenté. Me invitó a pasar a su despacho-estudio y quedé deslumbrado al verlo: era una gran habitación atestada de libros y cuadros. Había libros en los varios estantes, sobre ellos, sobre el piano de media cola, en las sillas, en la mesa, en el suelo. Libros y papeles pautados escritos por todas partes excepto en un sillón y una silla que me invitó a ocupar. Apenas se podía andar. Detrás de su mesa vi una magnífica copia del "Entierro del Conde de Orgaz", del Greco -luego me diría sagazmente que éste era el pintor más lírico-, y a su lado una fotografía dedicada al maestro de Ricardo Strauss. Aquello no era un despacho, era un santuario de arte.

Le expliqué mis deseos y con gran amabilidad me contestó: "estoy abrumadísimo de trabajo pero te voy a aceptar. Ya sé que obtuviste el Premio de Armonía; me ha hablado Parra de tí; pero quiero advertirte que yo exijo mucho y como solo formo músicos por un procedimiento bastante totalitario tienes que vivir en músico todos los momentos de tu vida, no sólo los de las clases. El artista con vocación no puede vivir de otro modo; tiene que dedicar su vida entera al arte más bello que ha discurrido el hombre ...".

Yo estaba anonadado; nunca había oído hablar así ni nadie había leído mejor mis pensamientos. Me comprometí a todo lo que me indicó ocul-

tándole cuidadosamente el trabajo que hacía en la sastrería tan opuesto a mis estudios, pero como se me quedó grabado aquello de "tenía que vivir en artista todos los momentos de mi vida", pensé, ¿por qué no iba a poder inhibirme en las obligadas vulgaridades y rutinas anejas al oficio de sastre y pensar constantemente con aquella alteza de miras que me predicó el maestro?.

Aún hablamos más. Me preguntó si tenía biblioteca y en que consistía. Al responderle que era muy modesta y enumerarle "grosso modo" su contenido respondió: en literatura no está mal pero tienes que adquirir para empezar las sonatas de piano y los cuartetos de Beethoven, los cuarenta y ocho preludios y fugas del Clavecin bien temperado y "El Arte de la fuga" de Bach. Ante aquella indicación comprendí que el maestro quería que manejase diariamente aquellas monumentales obras que denominó "Biblia musical" porque en su procedimiento de enseñanza, como había oído decir, solía emplear tanto tratados como música viva.

Llegó el momento de hablar de honorarios y me preguntó a boca jarró ¿cómo vivis en tu familia? Yo le dije que bien dentro de una relativa modestia, que mi padre tenía una importante sastrería y que en realidad no sufríamos estrecheces. Entonces -me dijo- te pondré la tarifa mayor: sesenta pesetas al mes por dos clases semanales. Es cierto que en aquellos tiempos esa cantidad era el sueldo de una semana de un teniente del Ejército y de muchos empleados, pero de todas formas me pareció un tanto irrisoria. Ello me demostró otra de las facetas de ese hombre eminente: su calidad humana y su sencillez asombrosa.

Salí de su casa emocionado, entusiasmado y noté como si milagrosamente y ante el talante de aquel hombre se me hubiese centuplicado mi vocación, ¡aquella inmensa cultura que me demostró en un breve momento! ¡aquel procedimiento que me informó tenía de enseñar!, ¡aquel estudio inundado de arte por todos sus rincones! y ¡aquella bondad y sencillez que caracteriza a todos los grandes hombres! me cautivaron poderosamente. Un presentimiento me asaltó de improviso: creí haber hallado la persona



idónea para modelar y encauzar mi carrera de músico y ordenar mi cultura adquirida en mis interminables horas de lectura pero un tanto desordenadamente, también así como a quien confiar sinceramente mis sueños y mis anhelos que hasta entonces ni mi familia ni mis amistades apenas habían comprendido. Me encontré -por primera vez en mi vida- acompañado en la soledad espiritual en que vivía.

Aquella primera impresión se confirmó plenamente en las primeras clases. Alternando los estudios de Contrapunto con la composición de algunas sencillas canciones -"para practicar la Armonía"-, me dijo muy sabiamente pareció un acertado comienzo de los estudios de Composición, pero no consistían las clases en materia exclusivamente musical, aunque como es natural consumía aquella el mayor tiempo. Al final de cada una siempre me hablaba de algo que demostraba su procedimiento de enseñar tan característico. Unas veces me hablaba de Haendel o de Bach. Otras me preguntaba si visitaba con frecuencia el Museo del Prado y qué efecto me producía, por ejemplo, "Las Meninas" o el "Cristo", de Velázquez. Otro día informado por mí de que había leído "El mundo como voluntad y representación", de Schopenhauer, me dijo "cuidado con la Filosofía y su rama la Metafísica. No conviene adentrarse excesivamente por ese camino y en cambio si "arrojarse con mayor vehemencia y apasionamiento al saber vivo, para recoger los frutos de la experiencia, a la acción y a la poesía" como decía Goethe. Es decir, todo conducía a una formación completa del músico, del artista, del hombre ...

Nos obligaba a todos los alumnos a sabernos de memoria los diecisiete cuartetos de Beethoven porque ellos resumían perfectamente -decía- todo el arte anterior a Haydn y Mozart y constituían la avanzada del Romanticismo y de lo que siguió a este. Sintetizaba diciendo que en el cuarteto número 14 de la opus 131 en do sostenido menor estaba la génesis de todo el arte de Wagner.

Esta forma de enseñar a la par que fecunda era de extremada amabilidad, porque poco a poco íbamos conociendo la vida y la obra de cada ge-

nio de la música. Los miércoles los dedicaba a conferencias a las que asistíamos los alumnos de todos los cursos. En ellas y por orden cronológico nos hablaba de la evolución de la Historia de la Música, desde el Renacimiento hasta el arte de Ravel, Strauss y Strawinsky. Mandaba ir a la Biblioteca a por la obra adecuada, cuando no la traía él de su casa, y como entonces no existía el microsurco, eran Muñoz Molleda o Gombau, alumnos que cursaban uno de los últimos cursos y muy buenos pianistas los que ejecutaban los ejemplos adecuados. Era increíble su cultura. Si correspondía hablar del Barroco extraía los pasajes más elocuentes de "La Pasión según San Mateo" o los "Conciertos de Bradenburgo", por ejemplo, de Bach; obras que se sabía de memoria. Si del Romanticismo desde Beethoven hasta Wagner. Se mostraba con gran énfasis cuando hablaba de Schubert o Chopin, como armonistas y todo esto aderezado con ejemplos de oportunidad increíble. También trataba en los prolegómenos de aquellas inolvidables conferencias de como era la época y circunstancias en que los autores escribieron sus obras. Es decir, primero creaba el ambiente y luego abordaba las explicaciones técnicas. Era asombroso de que manera sabía transmitir e inculcar en los alumnos su increíble cultura musical, literaria e histórica. Salíamos entusiasmados de aquellas clases. Yo adquirí muchas de las obras que se abordaban en aquella especie de coloquios y con más detenimiento las analizaba y estudiaba en casa.

En lo único que se despistaba era en la hora de citarnos en su casa. Recuerdo que un día al despedirme después de la clase y preguntarle cuando volvía después de pensarlo un poco me dijo: ven el jueves a las seis ... o mejor a las seis y media. Llegué a la hora convenida, me encontré en la sala a Gombau y Parada. ¿A qué hora os ha citado?, pregunté. Uno me dijo que a las seis y el otro a las seis y cuarto. Pues a mí a las seis y media, dije. Total, nos pusimos a charlar y a los cinco minutos llegó "el señorito Vélez". Le llamábamos así porque cuando llegábamos a su casa la criada nos anunciaba al maestro en su estudio de la misma manera: "el señorito Parada"; yo era "el señorito Bascuñana" y Vélez, "el señorito Vélez", etc.. Este es un buen chico, buen músico que llegó a Director de la Banda Municipal de Santander, pero un poco malhumorado. (Cuando nos

escribimos siempre encabezamos las cartas igual: Querido señorito Vélez o viceversa). Entró en la salita y al vernos a los tres se puso hecho un erizo al preguntarnos ¿a qué hora os ha citado?, porque a mí me dijo que viniera a las seis y media. Al explicarle porqué estábamos despotricó "este señor cree que no tenemos otra cosa que hacer". Le apaciguamos con algunas bromas, sobre todo Parada que era saladísimo, sabía sacar de quicio a Vélez con sus guasas. Se le pasó a éste el soponcio y allí estábamos sentados los cuatro cuando se abrió la puerta de corredera del estudio y pasó el maestro acompañando a "la señorita de Toledo", otra alumna que se quedó con este apodo. Teníamos veinte o veintipocos años y estábamos siempre con gana de broma.

Entró el maestro en la salita; iba en camiseta y con un 'batín gris; nos saludó muy serio con voz muy baja y se sentó a nuestro lado en una butaca, se cruzó de piernas y comenzó a mover un pié muy deprisa. Sabíamos por experiencia que eso era mala señal. Se hizo un silencio embarazoso y de pronto con voz de trueno nos espetó ¿quereis quitarme la vida? ¿qué haceis aquí los cuatro?. Era tal el respeto que le teníamos que ninguno nos atrevimos a decirle el porqué. Parada con su gracejo resolvió la situación. Dijo "no se enfade maestro. Habíamos pensado que hoy no hubiese clase. Bascuñana y yo bajamos a por un par de jarras de cerveza y nos las tomamos en la terraza, que hace una tarde espléndida". Se le pasó de repente el enfado; tocó un timbre y le pidió a la criada que nos trajera dos jarras. Bajamos y al regresar ya estaban los tres en la terraza. Nos pusimos a charlar y Gombau hizo un comentario cualquiera sobre el quinteto en mi bemol de Schumann. Tomando por base esta insinuación se descolgó el maestro con una explicación tan elevada e interesante sobre Schumann trayendo varias partituras, que, al salir los cuatro, convinimos que fue una de las clases más interesantes de su vida. Era hombre que enseñaba hasta sin proponérselo.

Cada dos semanas invitábamos a cenar al maestro. Eramos muchos: Castro Escudero, Lazareno, García de Cote, Slater, La Rosa, Moraleda, Gombau, Parada,, Vélez, Echevarría, Muñoz Molleda y algunos más. Gene-

ralmente íbamos al restaurante Gambrinus, en la calle Zorrilla que, por ser alemán le gustaba mucho al maestro. Aquellas cenas eran más bien coloquios dirigidos por aquel. Se hablaba de todo: Filosofía, literatura y arte en general, claro que particularmente de música. Ante aquel ambiente fraternal y desusado con los Profesores del Conservatorio se crecía el maestro hasta alturas inconcebibles. Toda su sabiduría y toda su humanidad se ponía de manifiesto. No me es posible dar ni una idea aproximada de la profundidad y belleza de aquellas reuniones inolvidables y de lo muchísimo que aprendí en ellas.

Recuerdo que una vez surgió una polémica entre nosotros sobre lo que era más bello del mundo, si las mujeres o la música. Yo estaba, claro es, entre los partidarios de este orden de prelación. Consultamos al maestro que estaba charlando con los que estaban más cerca de él y contestó rápidamente: "hombre eso ni se pregunta, en primer lugar las mujeres".

Después de cenar solíamos ir alguna vez a la Botillería de Pombo a tomar chocolate. Era tal su orgullo y su alegría al verse rodeado de sus alumnos a quienes tanto quería, que una vez exclamó pletórico de felicidad: "esta vida de crápula me entusiasma". ¡Y estábamos tomando chocolate!. Luego acompañábamos todos al maestro a su casa. Parecía una clueca rodeada de sus polluelos. Nos abrazaba y hasta nos besaba uno a uno.

Su faceta humana y psicológica era también admirable. Cuando alguna vez me encontraba un poco desalentado ante la dificultad de aquellos estudios o dudaba de mi aspiración soñada sobre el incierto porvenir de la carrera musical, enseguida me lo notaba en las clases de su casa. "A tí te pasa algo y debes contármelo -me decía- porque este despacho también es confesionario". Cuando a fuerza de insistencia le abría mi alma y le contaba mis temores, se enardecía al decirme que él no admitía pesimismo. Que había elegido los estudios más adecuados a mi temperamento y posibilidades y que me prohibía rotundamente estar triste o desanimado. Y era tal la habilidad de aquel hombre para convencer, que salía de la clase nuevamente confortado y olvidados completamente aquellos temores y prejuicios que había disimulado tan mal. No creo que se haya dado jamás una mezcla de magisterio y apostolado en la historia de la enseñanza tan perfecto como el de Conrado del Campo.

En las clases, sobre todo en las de su casa, era cariñosísimo y bromista. Una vez me estaba corrigiendo una fuga y al llegar al primer episodio levantó la vista del papel para decirme: "esto está tan bien que se merece que te de un cigarrillo". Yo me refí muy contento mientras fumábamos, pero al llegar al episodio siguiente exclamó: "este te ha salido muy mal; venga el cigarrillo".

En la puerta de enfrente a la del maestro vivía un inglés llamado Milanés, que era consul de Inglaterra en España, pasable violinista pero muy aficionado y discípulo suyo en cierto modo. Debía ser hombre de grandes posibilidades pues tenía en su casa una habitación adecuada para ejecutar cuartetos con sus cuatro atriles convenientemente colocados y un armario conteniendo las partituras y particellas, creo que de toda la literatura de música de cámara. También había un magnífico piano de cola. Era muy simpático y espléndido; allí había además tabaco y güisqui "ad libitum".

Muchas veces, después de la clase pasábamos a casa de Milanés. Era ésta punto de reunión de los instrumentistas que luego fueron famosos. Allí conocí a Ruiz Casaux, Luis Antón, Pedro Meroño, Enrique Iniesta, Aroca y algunos más. Se alternaban los violinistas en la ejecución de cuartetos, siempre acompañados del maestro, como Viola y Ruiz Casaux como Violoncello. En aquella casa escuché por primera vez casi todos los de Beethoven, Mozart, Haydn, Bramhs y hasta uno de Cahpi. El propio Milanés actuaba alguna vez de segundo violín y yo mismo hice mis pinitos tocando alguna sonata de Beethoven con Antón o Iniesta o de las de violoncello con Ruiz Casaux.

Había un ambiente ideal pues aparte de la razón musical de las reuniones se hartaban todos de güisqui, ya que allí escaseaban los terratenientes. Yo no bebía porque nunca me ha gustado pero en cuanto a cigarrillos ... yo que andaba siempre tan escaso de dinero, allí me resarcía bien.

Aprendí muchísimo en aquellas veladas e hice en ellas fraternales amistades. Seguía las obras con las partituras y a la clase siguiente me hablaba el maestro de las ejecutadas con explicaciones tan exhaustivas de fondo y de forma, que constituían lecciones inolvidables.

Con un hombre de esta valía y de este talante estudié cinco años que fueron los más fructíferos e importantes de mi vida. En ellos, debo decir en justicia sin mezclar para nada el agradecimiento, que me hice hombre y no solo profesionalmente, sino que toda mi formación humanística y cultural la aprendí a su lado en aquel santuario de sabiduría que era su estudio. Es cierto que contaba con el bagaje cultural de mis muchas lecturas; pero él supo de manera magistral encauzar aquellos conocimientos y darles forma. Y sobre todo me enseñó casi toda la música que sé.

Paralelamente a aquella vida con tanta carga espiritual que llevaba, cumplía mis obligaciones en la sastrería cortando y probando guerreras de guardia, aunque casi nunca ponía atención en lo que hacía, ya que no es posible colocar barreras al pensamiento, pero cumplía decorosamente con mi misión. Cobraba quince pesetas semanales con las que tenía para tabaco y demás gastos. Si íbamos a la sierra en tren, con siete pesetas tenía para aquel y la comida de Peñalara - de la que éramos socios- en la Fuenfría. Pero cuando espaciamos aquellas excursiones hacia 1.932, el plan del domingo era siempre igual: por la mañana con mis compañeros de Conservatorio al Cine Monumental donde por una peseta con setenta y cinco céntimos oíamos el concierto de la Sinfónica dirigida por el maestro Arbos, y por las tardes, con mis amigos no músicos, al Real Cinema o a alguno de la Gran Vía, donde costaba la butaca tres pesetas. Así, lo mismo que alternaba mi estudio y el oficio ocurría con mis dos clases de amistades.

Surgió de pronto un aspecto nuevo. Tras haber tonteado con una buena cantidad de chicas -raramente he podido vivir sin tener al lado una mujer- me enamoré perdidamente de la que sería en realidad mi primera novia en serio. Se llamaba Elenita, hija de un amigo de mi padre. Corría el año 1.930.

Era una muchacha bastante espiritual, muy guapa y de alguna cultura. Estaba deseando que diesen las siete y media para ir a buscarla a la Puerta del Sol. Iba siempre acompañada por su madrastra Teresa. Dábamos una vuelta por Alcalá, Peligros y la Gran Vía hasta la calle del Carmen donde vivía. Allí se despedía Teresa y quedábamos solos paseando hasta pasadas las nueve, hora en que solía venir su padre y no nos podía ver juntos aunque éramos amigos, pero entonces existían unos prejuicios sociales que ahora nos parecen ridículos.

La quería mucho y lo pasaba muy bien con ella hablando de las naderías propias de los novios y muchas veces de los problemas de mi carrera y de mis sueños de ser Profesor del Conservatorio. A su lado me encontraba cómodamente; sabía escuchar y continuamente me animaba en mis ilusiones y

proyectos. Era romántica como yo lo he sido siempre y por ello encontré en ella un eficaz alidado a mi forma de ser. Fuera de ella y del ambiente que respiraba en el Conservatorio con mis compañeros, no tenía a nadie en absoluto con quien compartir mis pensamientos.

Mi padre estaba muy disgustado con este noviazgo y no por la chica, sino por su familia. Las creencias políticas y morales de ésta chocaban con las convicciones conservadoras y cristianas de mi padre y mías. Se decía -y yo creo que era cierto- que era hija natural y que su padre no estaba casado con Teresa. Las hermanas de ésta, que eran muchas, se lanzaron en general por el camino alegre y, lo que es más grave, con la complicidad y hasta la complacencia de su padre, un pobre tapicero de la Cava Baja, que vivía a costa de los queridos de sus hijas. Yo no daba importancia a estas cosas. Pensaba sólo que la quería mucho y que cuando nos casáramos sabría apartarla totalmente del ambiente en que vivía. La juzgaba como una isla maravillosa en el mar de concupiscencias que la rodeaba.

Había pasado la Dictadura de Primo de Rivera y con la conmoción que se produjo en España en aquellos prolegómenos de la República, se puso más en evidencia el desacuerdo total, sobre todo en política, entre el padre de mi novia y yo. Esto me preocupaba algunas veces pues era inevitable que en ocasiones la resaca de los acontecimientos que se produjeron en aquellos años en que al fin se proclamó la República, repercutieran en nuestras conversaciones de novios. Ella se desentendía de esto y me repetía que nosotros estábamos al margen de aquellas discrepancias de ideas tanto políticas como cristianas y que no le importaba nada en el mundo más que yo. Estas mismas razones se las argüía yo a mi padre. Pero él estaba muy afectado. Me decía que su mayor disgusto era pensar que todos los esfuerzos y sacrificios que hacía para llevar adelante mis proyectos saliesen a relucir entre nosotros divergencias y no fuese todo lo feliz que pensaba.

Yo no hacía caso de tales advertencias de mi padre. Estaba enamorado de la chica y muy seguro de que aquellas razones no eran suficientes



para desbaratar mis ilusiones. Cuando llegue el momento sabré apartarla de toda contaminación, le decía.

Así, con el disgusto, no oposición, de mi padre continuamos aquellas relaciones normalmente hasta el comienzo del verano de 1.933. Yo había dado el paso, unos meses antes y sin consultarle, de visitar al de mi novia para informarle de nuestra situación. Me recibió cortesmente, le parecieron bien nuestros proyectos y se deshizo en elogios a mi persona: que me consideraba un chico muy listo y de una familia admirable. Pero entre aquellas lisonjas noté que pensaba o deseaba que la boda se celebrase cuanto antes. Quizá llegó a esta conclusión ante el paso que había dado, pero para mí aquello estaba aún lejano. Tenía veinticuatro años, estaba en el cuarto curso de la carrera y estimé que mientras no la terminase y viese claro mi porvenir no se podían precipitar las cosas y así se lo expuse claramente. Me preocupó la perplejidad con que oyó esto. Saqué la impresión de que a su mujer le estorbaba la chica y de ahí su prisa por deshacerse de su hija. Llevaban una vida de perpetua juerga y sin duda la niña estorbaba los planes de aquella.

Anduve preocupado algunos días con aquella entrevista. En realidad se me admitía pero para un desenlace rápido y yo no estaba dispuesto por nada ni por nadie a variar el rumbo que me había trazado desde pequeño. En esto he sido de un tesón tan tenaz como mi voluntad. Con la presencia de mi novia se desvanecían mis temores que en verdad quizá tenían un poco de suspicacia.

Al ser novio oficial me incorporé a los trajines de aquella familia. El primer día que ocurrió esto fue en pleno verano y en la piscina del Real Madrid. Allí conocí a sus amistades, que eran varios matrimonios -al menos como tales me los presentaron- no jóvenes y alguna persona más. Había un interés, yo creo que morboso, por conocer al novio de Elenita que era la única joven en aquel conjunto y por lo que ví, muy popular entre ellos.

Me presenté de luto riguroso -había muerto mi tío de Santander hacia unos días y esa era la costumbre- y aquellas señoras me miraron con bastante guasa. Estaban todos, menos mi novia, en traje de baño y no me cabe duda de que yo desafinaba con aquella indumentaria. No me bañé porque no he sabido nadar nunca y menos en aquella ocasión. No lo he hecho jamás en una piscina pública y no quería ser objeto de mofa por parte de aquella gente, que por lo visto es lo único que sabía hacer, pues por lo que hacían y dijeron durante la comida me parecieron unos vulgares desvergonzados, empezando por mis futuros suegros. Hubo bromitas respecto a mí de bastante mal gusto. Una de aquellas mujeres se atrevió a decir que parecía un seminarista. Estuve por decirle: sí, como el novio de Pepita Jiménez. Pero no quise contestar por respeto a mi novia y porque no me pareció adecuado aquel momento para dar un espectáculo. Salí muy mal impresionado de aquella gentuza y así se lo hice saber a Elenita al otro día. Le dije que no me gustaba aquel ambiente para ella. Me aconsejó paciencia y reconocía que no eran personas de mi cultura pero que a su modo no era mala gente.

Yo reconozco que he sido un poco árabe en lo relacionado con el aspecto moral en estas cosas. No me parecía bien que mi novia estuviese en una piscina en traje de baño, pues en una playa parece que se neutralizan estas desnudeces. Si a la chica que apenas miramos en una playa la viésemos pasear en bañador por la Puerta del Sol se armaría un conflicto de orden público. Había allí por otro lado, algunos hombres solteros y no me daba la gana que fuese un espectáculo para ellos. Estoy hablando de la época en que en la concha de San Sebastián estaba prohibido a los bañistas pasearse por la playa sin albornoz, y si se despojaban de él para tomar el sol, había que ir a sitios acotados y separados las mujeres de los hombres. Como yo estaba -como todo el mundo entonces- habituado a estas costumbres, me produjo sorpresa el espectáculo de aquella gente.

Se repitieron estas visitas a la piscina con iguales bromas -cada vez de peor gusto- hacia mí y mi novia. Como ellos iban todos los días y yo solo los domingos le prohibí terminantemente que se bañase sin estar yo.

Pero un día me presenté de improviso y estaba en traje de baño rodeada de aquellos amigos. Me desagradó y enfureció tanto el verla que tuvimos una escena, rarísima en nosotros pues nunca nos enfadábamos. Me marché sin apenas despedirme. Por la tarde nos vimos y note en ella una actitud y una mirada para mi desconocida. A fuerza de insistirle, tras un largo silencio, me dijo algo así como que le habían dicho aquella gente al marcharme yo, que no les parecía el novio adecuado para ella. Que me encontraban anticuado. Me quedé de piedra y le pregunté ¿y tú, qué opinas?. Tardó mucho en contestar y al fin dijo ... creo que tienes que cambiar ... o de otro modo tendremos que terminar ...

Se me sublevó la sangre; jamás supuse en ella tal actitud. Le dije que no cambiaría jamás y menos por aquel atajo de desvergonzados. Que la quería con toda mi alma y que era ella la que a cualquier precio debía de cambiar y deshacerse de aquel ambiente para vivir exclusivamente para mí. Una risita suya con un poco de sarcasmo siguió a mis palabras. Entonces ¿mañana nos vemos?, dije laconicamente. No, contestó, tengo que hacer unas compras. Y así terminaron unas relaciones que habían durado cuatro años y en las que yo había puesto mis ilusiones y entregado mi vida entera.

Estaba desesperado. Era el primer fracaso de mi vida. Estuve varios días sin comer, sin dormir, sin estudiar ni leer. Como Werther -cuya historia había leído tantas veces- pensé seriamente en el suicidio. Recuerdo que mi padre, en estos momentos de desesperación que pasé, dió la medida de su nobleza. Me dijo: "no te merecía; tu eres hombre muy inteligente, pero tienes pocos años para comprender esto. Ahora bien, como me duele en el alma verte sufrir así, si tu quieres voy a buscarla y a hablar con ella". Me emocionaron estas palabras de mi padre.

También notó mi profundo disgusto el maestro. Confiando en su humanidad y en el cariño que me tenía le informé detalladamente de lo que me había ocurrido. Me escuchó pacientemente casi dos horas en un largo paseo que dimos un domingo por la mañana. Sus palabras fueron elevadas como

siempre y muy coincidentes con las de mi padre: "yo merecía mucho más que aquella mujer y el ambiente en que vivía".

Pasado un mes en estado lastimoso, la llamé citándola porque pensaba que no podía quedar así la ilusión de tantos años, pero me despreció definitivamente. Reaccionó mi amor propio y mi orgullo y pensé que ni mi padre ni el maestro estaban equivocados.

¡Claro que no!. Por fin se aclaró aquello que para mí era un enigma. Las amistades detestables de Elenita y la prisa de su padre por casarla rápidamente y de cualquier manera le metieron por los ojos un señor gordote mucho mayor que yo, elemento de aquella pandilla y que estaba dispuesto a un desenlace rápido. Tanto debieron insistirle en que ese era el novio que le convenía y no yo, un joven soñador, anticuado y con porvenir muy remoto, que así, lisa y llanamente, me dejó por él.

Mi reacción fue instantánea. Mi orgullo y la fe que tenía en mí no podían tolerar aquella asquerosa afrenta. Y así, todo el amor que sentía por aquella chica no se trocó en oído sino en algo peor, en indiferencia.

El amor que es el sentimiento más inefable de la vida, está basado en la poesía, en el embelesamiento del que ama. Por él se imagina uno la máxima perfección en el ser amado y por él todo lo que le rodea nos parece impregnado de la más sutil belleza y encanto. Pero si esta adoración se ve frustrada violentamente por algo tan incalificable como lo que me hizo Elenita, la poesía que uno ha puesto ilusionadamente se convierte irremediabilmente en algo feo y despreciable que desvanece y anula aquella poesía. A un ser se le ama por lo que uno le concede no por lo que recibe. Ama sin pensar que le amen. Por ello todo lo que dentro de mí sentía por ella desapareció y ya solo la consideré como un ente vulgar y despreciable. ¿Que esto constituyó un desengaño? ... Evidente, pero no un desengaño para su sentimiento sino para el mío; para lo noble, bueno e ilusionada

que en ella había puesto y que nunca mereció. Y esto precisamente, esto es lo que me consoló. "Un tropezón cualquiera da en la vida", como rezaba un tango de la época.

Como la vida no perdona errores tan burdos como el que cometió Elenita, aquel fenomenal partido con que la deslumbraron se convirtió, pasados los años, en que mi rival terminó en un vulgar hortera que tenía un tenducho en la plaza de San Ildefonso, que quebró y que estuvo viviendo toda su vida a costa del trabajo de su mujer. Recordé la frase de San Agustín: "ya que no somos inocentes seamos penitentes".

Mi ánimo cambió por completo. Volví a mis estudios y a mis ilusiones y el pequeño rescoldo de aquel desengaño fue apagándose poco a poco.

Goethe escribe en sus memorias: "Se experimenta una sensación muy agradable cuando comienza a iniciarse una nueva pasión antes de que la antigua se haya extinguido completamente. Así se ve con agrado como mientras se pone el sol sale por el lado opuesto la luna, y se recrea uno en el resplandor de las dos luminarias celestes". Algo de esto me ocurrió e mí. Era octubre de 1.933.

Pasaba parte del verano en Pozuelo una señora, casada en segundas nupcias, con dos niñas del primer matrimonio. Eran muy lindas pero sobre todo la mayor era una belleza excepcional. Yo las conocía desde que llevaban calcetines y fui admirando como aquellas niñas poco a poco se iban convirtiendo en mujeres. A la mayor la veía algunas veces en el Conservatorio donde estudiaba piano. Tendría entonces diecises o diecisiete años y solía llevar una boinita que graciosamente realzaba su gran belleza. A mí me gustaba bastante aquella chiquilla aunque, claro es, platónicamente. Sabía que cuando ya tenía dieciocho años había varios moscones -u osos, como graciosamente los denomina Pérez Lugin- a su alrededor. Sabía también que a ninguno les hacía mucho caso.

Coincidimos en una fiesta que se daba en el casino de la Colonia y "porque sí" -como suelen ocurrir las cosas más importantes de la vida- hablamos y bailamos mucho. Ella me preguntó por mi novia y, con esa sinceridad que siempre me ha caracterizado, le conté todo lo ocurrido. También le dije que siempre me había gustado tanto física como moralmente, pues pertenecía a una familia respetable con unas costumbre y virtudes de las que estaba informado por la fama pública.

Escuchó mirándome muy fijamente. Yo, aunque parezca inmodestia, soy hombre de gran nobleza y debí explicarme muy clara y sinceramente. Me pareció que ella captó esta sinceridad ... pero no quería hacerme ilusiones. Se me apareció la falange de admiradores que la cortejaban y ... repito, no quería hacerme ilusiones.

Estuve aquella noche desvelado. Sentía como una sensación desconocida de bienestar. Llegué hasta preguntarme ¿en qué estaba pensando la primera vez que vi a esta chiquilla?.

A los pocos días nos encontramos en la carretera y reanudamos la interrumpida conversación del casino. Le dije que me encontraba muy solo y que yo había nacido para querer. Le expuse mis ilusiones de toda mi vida y que necesitaba una mujer que las compartiera y que participase de mis sueños. No sé si estuve elocuente o no, lo que sí sé es que hablé con toda sinceridad. No recuerdo lo que contestó, pero aquellos ojazos suyos -los más hermosos que existen- si que estuvieron elocuentes. Me miró de una manera que me pareció como el prelude de algo que no sabría explicar. Se interesó mucho por mis proyectos que le expuse en toda su grandeza y me animó de una manera tan especial ... que surgió lo imprevisto por mi años antes. Me enamoré locamente de aquella chiquilla, de aquella Mími, como la llamaban familiarmente.

Advertí en los primeros meses de relaciones el abismo que mediaba entre ella y lo chica que me dejó, así como entre el ambiente y costumbres en que se movía cada una. Yo estaba entusiasmado con aquella criatura. Ibamos muy temprano a la iglesia de San Cayetano donde pedía fervorosamente, creo que a San Judas, por el éxito de mis proyectos. Todo en ella era delicado y creo que empezó a quererme mucho sin prisa y sin pausa, según el tópico. No había elucubraciones en su cariño hacia mí, pero tampoco desmayos. Por lo demás hacíamos la vida metódica de novios de aquel tiempo. Yo iba todas las noches cuando salía de mi trabajo a verla asomada al balcón del piso entresuelo de la calle de Embajadores, uno, donde vivía en una casa propiedad de su madre. Me gustaba aquel intercambio con cierta lejanía, porque la poesía suele manifestarse mejor cuando media cierta borrosa realidad. Iba muy bien aquello con mi temperamento romántico. Así, con esta devoción que sentía por ella, se fue perfilando en mi ánimo la convicción de que a un hombre como yo le cuadraba perfectamente aquella compañera dulce y afable sin ñoñerías y resuelta y decidida sin aspavientos ni exajeraciones.

El enamoramiento, lo que se denomina el flechazo, tiene un fondo físico que lo decide la vista. Es como una potente luminaria que conturba de pronto nuestra sensibilidad contemplativa, pero el verdadero cariño es el que pacientemente se desarrolla al impulso de aquel sentimiento estético y va haciendo surcos indelebles en nuestro corazón. Esto se logra cuando día a día se van descubriendo nuevos matices en la persona a quien se ama hasta llegar a un tal amontonamiento de aquellos que detrás solo acecha el arte. Creo que para sentirse plenamente enamorado hace falta ser artista. El arte en sí también se compone de las cualidades de forma y de fondo. Sintiendo así ocurre con el amor lo que -siguiendo el símil- con una obra de arte lograda como la novena sinfonía de Beethoven, que nunca envejece y cada día nos descubre nuevos secretos.

Por este procedimiento fui descubriendo poco a poco en Mími el fondo de su corazón ingenuo, tierno, apasionado y noble y también por él, logré ocupar con el tiempo en él el sitio de los afectos que había desconocido: el padre, el hermano, el marido, el amante, el eterno novio. Todas estas cualidades encerradas en una belleza física singular, convirtió a aquella chiquilla en el eje de mi vida.

Me vino magníficamente aquel estado de ánimo optimista en que me encontraba para obviar el escollo más importante de mi carrera: el examen de quinto curso de Composición y el Concurso a Premios correspondiente que iban a tener lugar en la primavera de 1.934.

El Premio extraordinario de Composición es el galardón más importante que concede el Conservatorio y la distinción más sobresaliente que figura en el "curriculum vitae" de un músico. Su dificultad está a tono con su importancia. El tema de aquel año consistía en la composición de un preludio y danza para gran orquesta sinfónica en el plazo de ocho días de clausura.

De los once alumnos que terminamos la carrera aquel curso, sólo tres obtuvimos la más alta calificación en el examen: García de Cote, Slater y yo, exigencia "sine qua non" para efectuar las pruebas del Concurso.



Yo en honor de la verdad me creía capacitado para conseguir el Premio. Mis estudios fructíferos efectuados con Conrado del Campo y los de los dos últimos años simultáneamente con Oscar Esplá, eminente compositor y Catedrático de Folklore en la Composición como asignatura complementaria, me habían proporcionado un gran cúmulo de conocimientos que unidos a mi vocación y a mi aplicación, me tenían convencido de aquella capacitación. Recuerdo que había ganado en la clase de Composición un premio que consistía en una simbólica peseta concedida por el maestro a quien identificase con mayor rapidez temas de los cuartetos de Beethoven tocados al piano. Como yo ocupaba el primer puesto de la clase efectuó conmigo la prueba en último lugar. Acerté todos en absoluto y hasta me permití indicar alguno al maestro que, como es natural, reconoció inmediatamente. Tuve un éxito monumental ya que ninguno no acertó ni uno. Desde entonces estoy considerado en el ambiente musical como el mejor conocedor de estos cuartetos. El epílogo de aquel pintoresco concurso fue que tuve que invitar a cerveza al maestro y a mis diez compañeros. Me salieron aquellas doce pesetas del alma, pero las pagué muy a gusto.

Llegado el Concurso fuimos encerrados los tres supervivientes en otras tres aulas un lunes por la mañana hasta el domingo siguiente a las doce de la noche. Como ya había terminado el curso académico y por tanto no había clases, se habilitaba en estos casos en las aulas un camastro y las comidas nos las subía un portero de un bar cercano. Parecía aquello la celda de una cárcel.

La primera mañana de aquel lunes la pasé en blanco. No se me ocurría nada más que fumar y tantear el piano, pero poco a poco me fueron viniendo las ideas y el trabajo comenzó a marchar. Tenía sobre la mesa una foto de Mími; a ella encomendé mi espíritu y creo que me ayudó mucho. Me echaba en aquella cama a la una de la madrugada, me despertaba a las siete y tras un frugal aseo -aquellos lavabos no daban para más- reanudaba mi labor. Como el balcón de mi "celda" daba a la calle de Zorrilla, algunas noches oía a mi padre llamarme. Me asomaba y allí estaba con mi madre; me preguntaban si me encontraba bien y si estaba contento con el trabajo. Mi

madre le daba al portero un paquete con bollos para el desayuno del otro día. También nos visitó varias veces el maestro, a los tres juntos para evitar suspicacias, pero jamás miró ni un solo papel de los que teníamos encima de las mesas.

Yo estaba muy contento. Después de dos días de encierro tenía terminado el preludio hasta con apuntes de instrumentación y embozada la danza. El viernes por la mañana comencé la definitiva instrumentación de ambos tiempos, y el domingo alrededor de las doce de la mañana estampé mi firma en la obra. Había terminado doce horas antes de cumplirse el plazo reglamentario.

Le conté a mi padre la odisea de aquellos ocho días y el miedo que tenía al fallo, pues viéndolo tan cerca -iba a tener lugar dos días después- se había enfriado un tanto mi primitivo optimismo.

Mis contrincantes, sobre todo García de Cote, era músico muy considerable y con unas condiciones inmensas, sobre todo para la música de teatro; pero era un tanto abúlico. Vivía en la calle de Barceló con el reputado maestro Reveriano Soutullo -que contaba entre sus grandes éxitos zarzuelísticos con títulos como "La del soto del parral"- y era gallego como Cote. Tenían el proyecto de escribir una zarzuela en colaboración para presentarlo, pero la muerte prematura de Soutullo echó por tierra aquel proyecto y quizá todo el porvenir de la carrera de Cote. Esto unido a su pereza innata y a carecer del irresistible afán de triunfo y de lucha que a mí me animó siempre, le relegó a un puesto bastante modesto en el ambiente musical. Actualmente es corrector de pruebas y arreglador de obras en Unión Musical Española, de Madrid.

Mi confianza previa en mí mismo no era pura ilusión. Había trabajado mucho con Conrado del Campo. A través de aquellos cinco años de estudiar había compuesto -como ejercicios de clase- infinidad de fugas a cuatro y ocho voces, un poema sinfónico, un cuarteto de arco, varias escenas dramáticas -una sobre texto de Eduardo Marquina me salió muy bien-, un

sainete con libro de Pascual Frutos que, ya copiados los materiales de orquesta y voces en la Sociedad de Autores, estuvo a punto de estrenarse en Barcelona en el año 1.932, y esto sin contar con el gran número de ejercicios que eran conatos de obritas. Compuse hasta un fox para Jazz que tocaba mucho Parada en su orquestina de la Casa de Cuenca. Yo tenía reparo en enseñárselo al maestro pero un día me decidí. Le gustó mucho aunque corrigió un poco la parte de piano y me dijo esta gran verdad "Por qué tenías temor en que viese esto?. El músico debe pretender acertar en lo que se proponga como ocurre con Schumann y con Chueca, que los dos son geniales en su propósito".

Yo apesar de lo contentos que estaban conmigo tanto Conrado como Oscar Esplá -éste último me enseñó muy diestramente a armonizar canciones populares- y el concepto que le merecía, queda plasmado en la siguiente carta que dirigió a Rafael Samper, amigo de la niñez de mi padre, de quien solicitó éste la opinión que tenía de mí el ilustre Oscar Esplá.

## Valiosa distinción a un músico

on José Moreno Bascañama, que ha obtenido primer premio por fallo unánime del Tribunal en el concurso de Composición, celebrado en el Conservatorio Nacional



Foto de cuando obtuve el Premio de Composición.



EL PRESIDENTE  
DE LA  
JUNTA NACIONAL DE LA MÚSICA  
Y  
TEATROS LÍRICOS  
PARTICULAR

Ruaya 4 julio 1936

VELAZQUEZ.20

R. D. Rafael Samper

Mi querido amigo: Hace mucho tiempo me  
quisiera contestar a una carta tuya interesándote por mi  
discípulo Marcos Bascuñana a quien ya examiné y obtuve  
la calificación de "Notable".

Este chico tiene condiciones y debe seguir es-  
tudiando, como lo le aconsejé, para conseguir destacarse dentro  
de poco tiempo. Todavía lea de leer, todos mis discípulos,  
su currículo de ampliación (ejercicios de dirección de coro)  
con el fin de que puedan obtener una de las plazas que  
van a crearse en normales e institutos. De modo que

una tendrá ocasión de advertirle lo que le convenya durante  
dichos cursos.

Lo te extraño de que haya tardado tanto a contestar-  
te. Puedo asegurarte que no he tenido tiempo ni para es-  
cribir a mi padre, como él mismo puede asegurarte.

Ahora me estoy aquí unos días de descanso. Fome  
la pluma por primera vez por contestar a varios  
amigos que me habían escrito.

Ya sabes que es siempre tu buen amigo con todo  
afecto

Oscar Esplá

Ahí va' esto, ocupadito.  
Un abrazo y salud  
Rafael Samper

A pesar de esto, repito, y de la fuerte moral con que abordé el Concurso tenía miedo a la hora del veredicto. Sabía muy bien lo que me jugaba; todos los Catedráticos de Armonía del Conservatorio eran Premios Extraordinarios de Composición y como mi aspiración suprema era ser con el tiempo uno de estos, calibré en sus justos términos mi enorme responsabilidad.

Al otro día de salir del encierro fuimos mi novia y yo a implorar a San Expedito, abogado, dicen, de casos urgentes y difíciles; le expliqué mi pánico ante aquel dichoso fallo, pero ella no le dió la menor importancia, añadiendo que tenía fe absoluta en mi triunfo. Mími siempre me ha considerado el hombre fuerte y tenaz ante quien nada ni nadie puede oponerse. Se ha acostumbrado a guarecerse en todos los momentos graves de nuestra vida en mi pecho de roca y en mi temple. Me ha considerado siempre como un triunfador de profesión, y este concepto, a lo largo de los años, se ha ido convirtiendo en una fe tan completa en mis posibilidades que creo que en su fuero interno se ha imaginado hasta un irreverente escalafón de méritos y grandeza: primero Jesucrito e inmediatamente yo. Esto resulta muy alagüeño pero entraña la gravísima responsabilidad de tener que acertar y conseguir todo lo que me proponga.

No sé si por mis méritos o por la intercesión de San Expedito, el caso es que obtuve el Premio Extraordinario que cerraba con broche de oro mis estudios y mis afanes. Formaban el Tribunal Antonio Fernández Bordas, como Director del Conservatorio, y los maestros Turina, García de la Parra, Pérez Casa y Emilio Vega, Director éste de la Banda de Alabarderos, que con el advenimiento de la República se convirtió en Banda Republicana.

Mi alegría, la de mi padre y la de mi novia fue indescriptible. Salió mi foto en la Prensa. Se me ofreció un banquete en la Bombilla organizado por mis compañeros y amigos al que asistieron, entre otras personalidades, los maestros Conrado del Campo, Ricardo Villa y Pascual Marquina; Luis Pascual Frutos y el Secretario del Ministro de Instrucción Pública, que ostentaba la representación de éste. Se pronunciaron discursos muy

elocuentes y al final dí yo las gracias con una emoción que hasta entonces no había sentido. Recordé dentro de mí en aquel momento mi titánico sacrificio para estudiar aquella carrera simultaneándola con el oficio de sastre y evoqué mis frías y tristes noches pasadas en mi alcoba de la calle de Chinchilla donde se había gestado, a fuerza de tesón y vocación, aquel triunfo.



Banquete que me dieron por el Premio de Composición.

Mi optimismo innato presentía lo que iba a ocurrir pero al verlo confirmado y que de pronto me convertí en un hombre popular en el Conservatorio y en los ambientes musicales, me llenó de orgullo.

Una semana después tuvo lugar la audición de la obra, ejecutada por la Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbos, en el salón de Actos del Conservatorio, que desde hacía dos años ocupaba en la calle de Zorrilla el edificio de los Luises de la Compañía de Jesús -que había sido disuelta e incautados sus bienes con arreglo a la Constitución aprobada por los socialistas y republicanos- y tuvo un éxito fenomenal. Los profesores de la Orquesta puestos en pié me dedicaron una gran ovación. Me felicitó Arbos, Oscar Esplá, Pérez Casas, García de la Parra que me dió un fuerte abrazo, Cubiles, Forns, Turina y casi todo el Claustro de Profesores y alumnos del Centro, entre los que estaban mis compañeros de clase que noblemente se unieron a aquel triunfo mío. Por supuesto y en primera fila estaban mis padres, mi novia y bastantes amigos no músicos. Conrado estaba gozoso. No en balde le debía aquel éxito académico. Me dijo que había hecho honor a las esperanzas que había puesto en mí y que había llegado el momento de luchar como profesional para conseguir una Cátedra de Armonía que tanto me había oído desear.

Pero dió la casualidad de que para cubrir la vacante que existía por fallecimiento de Fontanilla se habían convocado oposiciones dos meses antes de terminar la carrera y no me pude presentar. No me quedaba más remedio que esperar a que se jubilase Pérez Casas que cumplía la edad reglamentaria el año 1.937, de no sobrevenir alguna baja por fallecimiento. Esta contingencia interfirió mis proyectos y me desalentó un tanto, pero me dije: soy muy joven y puedo esperar.

Por ello reaccioné bien. Como estaba habituado a llevar toda mi vida al alimón las dos profesiones que tenía, sin abandonar en ningún momento mis sueños musicales, estaba en condiciones de vivir del sueldo que me pusiese en la sastrería e incluso casarme.

Razonando así continué mis visitas al maestro para hablar con él -lo que significaba seguir aprendiendo- y le llevaba bocetos de lo que me proponía componer. Me enfraqué casi un año en la composición de un Poema Sinfónico que titulé "Cumbres de Gredos" y que resultó ser la obra más considerable de cuantas he escrito; la terminé a principio de 1.936. Me la iba a estrenar el maestro Benedito, pero la turbulencia política de aquellos momentos impidió que cuajara el proyecto.

De otro lado, ya llevaba casi tres años de relaciones con Mími y llegó mi enamoramiento a tal extremo que no había más remedio que casarse. A su lado sería la espera de mis proyectos más soportable y como mi matrimonio no tenía porqué interferirlos, le planteé a mi padre la cuestión que aceptó con alborozo. Estuvo mucho tiempo preocupado pensando en aquella novia que me había dejado. Temía que en cualquier momento podía dejar a Mími y volver a las andadas, pero ignoraba completamente mis sentimientos hacia Mími.

Comenzaron los preparativos de la boda. Después de visitar varios pisos en compañía de mi padre y mi futura suegra, encontramos uno precioso en la calle de Leganitos, 34, que decoró con mucho gusto Casa Díaz. Se adquirieron los muebles y, tras la tradicional pedida de mano, que tuvo lugar el doce de enero del año 1.936, se fijó en principio la boda para el día de San José.

España atravesaba entonces creo que el momento más turbulento de su historia, y para añadir más razones a este estado, en las elecciones del 16 de febrero de aquel año triunfó el Frente Popular, una extraña y suicida amalgama de los partidos republicanos burgueses con la extrema izquierda socialista y comunista. Se empezaron a ver enesguida las consecuencias de aquella desdichada conjunción. Envalentonadas las izquierdas por aquel tirunfo, tras un bienio de centro-derecha en que se produjo y aplastó el gravísimo levantamiento revolucionario de 1.934, en Asturias y Cataluña, y como muchos diputados que salieron en aquellas elecciones se hallaban cumpliendo condena en penales y cárceles como reponsables del



intento, se produjo en España un clima de guerra civil. Sin cumplir los trámites constitucionales y sin esperar a conocer el resultado oficial de las elecciones, aquel mismo día 16 se apoderó el Frente Popular del poder, abrió de par en par las cárceles de las que salieron no sólo los presos políticos sino una parte considerable de los comunes, y ocupó la presidencia del Gobierno Manuel Azaña. Al otro día fue destituido anticonstitucionalmente el Presidente de la República Alcalá Zamora.

Entró España en una situación tumultuosa desconocida hasta entonces. Se quemaron templos y conventos con muchísima mayor virulencia que en 1.931 y se incautaron las masas descontroladas de fincas y todo lo que querían y comenzaron los asesinatos. El Congreso de los Diputados se convirtió en una Convención igual que la de los peores tiempos de Robespierre. Allí no había oposición, como disponía la Constitución, aún cuando los partidos de centro y derecha tenían más de doscientos diputados. Si uno de éstos pedía la palabra se le silenciaba con grandes escándalos. Todo se hacía por procedimiento revolucionario.

Ante aquel caos se pensó en aplazar mi boda. Pero como no fue así y todo estaba preparado nos casamos el veintitres de abril de 1.936. Al fin y al cabo mi matrimonio ni iba a mejorar ni empeorar la situación.

La boda se celebró en la iglesia de Santa Cruz -ya que mi novia vivía desde dos años antes en la calle de Pontejos, en una casa propiedad de su madre- y se celebró en el Hotel Ritz. Fueron testidos por mi parte Luis Pasucal Frutos, mi maestro y el Teniente General López Pozas, entre otros.

Recuerdo aquella época como una de las más destacadas y felices de mi vida. Mími estaba guapísima de novia; parecía una muñeca igual a las que yo le regalaba de vez en cuando.

Como estaba tan locamente enamorado aquellos días de luna de miel fueron particularmente inolvidables. Le he querido siempre con tal ímpetu

que hoy, casi a cincuenta años de aquellos hechos, no me importa confesar -aunque se rían los guasones de mis hijos- que sigue aquel amor tan vivo como el primer día.

Tuve, pues, la inmensa suerte de casarme con la mujer más bella de cuantas he visto en mi vida, con el ser que mejor me ha acompañado en el difícil camino de la vida en común y, en fin, con la criatura más ingenua, más buena y más infantil que, por encima de toda otra cualidad y consideración, ha sido el más delicado adorno de mi vida.

Puede resultar oportuno relatar aquí un hecho singular que me ocurrió ocho días antes de casarme: me llamó por teléfono para concertar una entrevista mi antigua novia Elenita. Acudí a un bar de la Plaza de Manuel Becerra un poco preocupado sobre lo que querría y sobre el efecto que me haría verla por primera vez después de tantos años; pero fui para comprobar hasta que punto la había olvidado mi subconsciente. Pero al contemplarla, despojada de todo lo que yo había puesto en ella, me pareció otra persona. Sentí una tremenda sensación de indiferencia y de desagrado.

El objeto de la entrevista era pedirme ¡ni más ni menos! que no me casara; que estaba muy arrepentida de lo que había hecho conmigo y que las cosas aún podían tener arreglo. Me informó de lo que yo ya había supuesto: que la influencia de su padre y de aquellas amistades que la rodeaban la habían obligado al disparate que cometió, pero que ella era inocente. Y ¿has tardado tres años en reaccionar y lo vienes a hacer precisamente unos días antes de casarme?. ¿Qué pretendes? ¿tratar de amargarme la vida?. Te equivocas de medio a medio, Desde hace muchísimo tiempo dejaste de interesarme lo más mínimo y te digo lealmente que sufrí mucho ... pero ya me curé. Yo en verdad creía que se había casado hacía tiempo pero me lo desmintió. Aquel "gran partido" por el que me dejé, estaba ¡aún! a la espera de una posible herencia para poner un establecimiento.

Y aún añadí: sabes que te quise mucho pero el asco que me dió tu comportamiento -que es lo más imperdonable para un hombre- te has convertido antes mis ojos y mi alma en el ser más indiferente. Ni te quiero ni te querré jamás aunque me lo propusiera. Y tengo que dar muchas gracias a Dios porque si lo que me hiciste de novios me lo haces de casados, entonces si que hubieses destrozado mi vida.

Salí tan tranquilo de aquella entrevista. El pensar en su comportamiento, que es lo que más profundamente hiere el orgullo masculino, anuló hasta mi sensibilidad y me hizo no ver en ella más que un ser despreciable.

Pero estaba admirado; ¿cómo era posible que la mujer por la que estuve al borde del suicidio me hubiese producido una impresión tan desastrosa?. Sin duda porque he sido siempre hombre de pensamientos elevados e idealistas, que ha odiado lo suicio y lo feo. El amor, por muy fuerte que sea, contiene una fuerte dosis de poesía como elemento consustancial del mismo y si ésta desaparece por una razón imperdonable, queda convertido el ser amado solo en su significación anatómica y esto anula el amor.

Siguiendo el prudente consejo de mi padre no hicimos el clásico viaje de novios. Los desórdenes que se estaban produciendo llegaban hasta a colocar bombas en los trenes. Nos dijo que nos instalásemos en un buen hotel y, que pasado aquel grave momento, teníamos tiempo de efectuarlo.

Así se hizo. Pasamos la primera noche en nuestra casita y al día siguiente nos hospedamos en una magnífica suite del Hotel Palace. Salíamos algunas veces a comer o cenar a un buen restaurant y por las tardes íbamos al teatro o al cine. Eramos la pareja más feliz del mundo. Yo que, como mía, sentía esa felicidad porque lo mejor en el amor es la que uno pone, me sentía trasladado a la región más etérea de la felicidad. Me olvidé de los hechos que estaban acaeciendo y hasta de mis sueños de porvenir que no me habían dejado nunca en paz. Gozaba de aquella felicidad sin par con todos mis sentidos y me econtraba como en el Cielo.

Pero de pronto ... En la madrugada del día veintinueve de abril, seis días después de la boda, me despertó sobresaltado el teléfono de la alcoba a las seis de la mañana. Era mi hermano Páco. Fue una conversación lacónica y fría como la hoja de un puñal. Antes que hablara le dije: papá ¿verdad?.

Este momento lo estábamos esperando todos hacía mucho tiempo. Mi padre padecía una grave insuficiencia cardíaca, complicada con aortitis y fuerte arterioesclerosis, que le hacía estar expuesto a la muerte en cualquier momento. Yo conocía por los médicos que le atendían su estado pero, la verdad, no creía que ocurriese en este momento. Cuando Mimi y yo nos fuimos del Ritz el día de la boda estaba guapísimo con su chaquet y tenía muy buen aspecto. Hasta para despedirnos mediante un fuerte abrazo, el último que le dí en mi vida, tuvo que interrumpir el baile que llevaba a cabo.

Me vestí precipitadamente y me uní con mi hermano. Me explicó lo que había ocurrido: habían ido mis padres con otros matrimonios a casa de su amigo Bañegil, donde estuvieron jugando y regresaron a pié desde la calle Fuencarral con Figueroa y Encarnita; venía mi padre de muy buen humor. Al llegar al portal de su casa, en la calle Arenal -donde vivíamos desde 1.932- aún gastó una broma al matrimonio que los acompañaba y que vivía enfrente, pero al introducir la llave en el portal le dió un desvanecimiento y cayó al suelo. Mi madre llamó horrorizada a dicho matrimonio y entre los tres lo metieron en el ascensor totalmente inconsciente. Habían estado los doctores Alvaro Gracia y García Casal que lo atendían y dijeron que no había nada que hacer. Hablaba mi hermano entrecortadamente por las lágrimas y así llegamos hasta el lecho donde reposaba. Estaba en estado de coma y ni se movía, ni me reconoció; me abracé a él con la más fuerte pena y desesperación que jamás había sentido. Fue para mí horrible pasar en unos segundos de la más extrema felicidad a la más espantosa tragedia.

Mi madre y mis hermanos me dijeron que esperaron para avisarme a que los médicos dictaminasen lo irreversible del caso y abrigaban la esperanza de que lo viese con vida. Pero todo fue inútil, pues aunque aún latía su corazón estaba en los estertores de la agonía.

Fui corriendo al Palace a recoger a Mími y a liquidar con el hotel en el que pensabamos estar quince o veinte días más. Mími quedó desolada, aunque le previne cuando me fui que el interrumpir de aquella manera nuestra luna de miel era por algo muy grave.

Aún se mantuvo mi padre en aquel estado unas horas más, hasta que lentamente se apagó su vida en la madrugada del día treinta. No se le pudo enterrar hasta el día dos por la mañana, ya que el primero de mayo lo celebró el Frente Popular con un paro que alcanzo hasta a los sepultureros.

Su entierro constituyó lo que tópicamente se denomina una auténtica manifestación de duelo. Asistió desde el Duque de Sotomayor hasta el teniente Moreno, el que mandó a los guardias de Asalto que asesinaron después a Calvo Sotelo. Esto reflejaba las heterogéneas amistades de mi padre y su asombrosa calidad humana. He citado los dos extremos, pero entre aquella masa que acompañó su cadáver había muchos aristócratas, generales, clase media, obreros y hasta dirigentes de la Casa del Pueblo, que recordaban su honestidad e imparcialidad en la presidencia del Comité Paritario que desempeñó varios años.

La muerte de mi padre significó para mí conocer por primera vez el verdadero dolor. Más que padre e hijo hacía mucho tiempo que eramos amigos y hasta camaradas. Convencido ya por completo de mi vocación -sobre todo desde que obtuve el Premio Extraordinario de Composición- tenía el proyecto de que nos fuésemos Mími y yo una larga temporada a Francia y Alemania, para poder conocer nuevos horizontes y ampliar mis estudios en espera de que se convocasen oposiciones a Cátedra de Armonía, que era mi meta. Me llamaba cariñosamente nada menos que "su Beethoven".

Yo, dentro de la inesperada y violenta interrupción de mi luna de miel, bendecía la hora en que me había casado. Su preocupación por mi antigua novia no desapareció de su ánimo hasta que me vió en la iglesia, y estoy seguro de que en sus últimos segundos de consciencia tendría una leve sonrisa de agradecimiento hacia Dios y hasta quizá a mí ... una sonrisa que le haría morir feliz. ¡Bendito sea Dios si fue así!.

Tras estos primeros días de dolor en que todo quedó postergado hube de volver a la realidad. La muerte tiene tal capacidad de hecho irreversible que no hay más remedio que partir de esa realidad como ley inmutable de la Naturaleza. Había por tanto que rehacer la vida partiendo de aquel suceso consumado, y así lo hice con la impagable compañía de Mími.

La muerte de mi padre creaba muchos problemas en mi familia; era como el ejército que pierde su general. Yo me dí cuenta enseguida de que tanto mi madre -alejada por el carácter absorbente de mi padre de todo problema que no fuese de índole doméstica- como mis hermanos, sobre todo los pequeños, necesitaban de mi protección. Y así, tras una larga conversación con mi tío en al que estuvimos totalmente de acuerdo, tuve que erigirme a los veintisiete años en jefe de la familia y responsabilizarme de los intereses de mi padre en la Sociedad "Moreno y Bascuñana". Ayudó mucho a tan difícil misión la buena disposición de mi madre y hermanos y, sobre todo, al afecto que me unía a Paco y a Santiago y al buen sentido de mi tío todos partícipes en la sastrería.

Me hice cargo de la dirección y administración de ésta, quedando Paco y Santiago al frente de la parte técnica, ya que eran dos sastres magníficos. Mi tío que ya era viejo y llevaba varios años sin practicar el oficio, quedó, como se dice en el argot futbolístico, en el "banquillo". Lo único práctico en él fueron sus atinados consejos.

La situación política iba de mal en peor. La dirección de todo pasó a miembros del Frente Popular. Por esta causa se recibió sin duda, a primeros de junio, un oficio de la Dirección General de Seguridad por el

que se desposeía a "Moreno y Bascuñana" de la contrata de suministro de uniformes para los Cuerpos de Seguridad y Asalto, que fue concedida en el año 1.918 por tiempo indefinido y que constituía el ingreso más saneado de la Sociedad. No se podían poner peor las cosas, pues desaparecidos al proclamar la República los Alabarderos, Escolta Real y Húsares, quedaba la Sociedad, por virtud de aquella última desposesión, en una situación mercantil y económica muy comprometida. Y todos teníamos que vivir de aquel negocio.

El momento era crítico. Todo estaba además paralizado por las continuas huelgas y manifestaciones comunistas que se atropellaban unas a otras. Los republicanos que representaban a la burguesía se encontraban totalmente desbordados. A Azaña, la mejor cabeza de aquel conglomerado revolucionario, se le quitó de enmedio nombrándole Presidente de la República; así quedaba fuera de su facultad intervenir en el poder ejecutivo. El Parlamento era un escándalo perpetuo; varias minorías lo abandonaron. Como nadie trabajaba se veían grupos de obreros asidos a una manta pidiendo limosna amenazadoramente por la calle. Era el caos. Todo el mundo decía que tenía que ocurrir algo gravísimo y se miraba como medio de salvación al Ejército; pero aún en éste se había colocado en los mandos a generales republicanos y los que no merecían confianza, como Franco y Goded, estaban destinados o desterrados en Canarias y Baleares.

Tras pasar una semana en casa de mi madre nos fuimos, Mími y yo, a la nuestra. Eramos muy felices apesar del horrible dolor y del mal cariz que iban tomando los acontecimientos políticos. En cuanto salía de la sastrería me iba corriendo a estar junto a ella y como habían pasado a segundo plano mis lecturas, estudios y proyectos ¡buenas estaban las cosas para proyectos! nos entreteníamos en hacer construcciones de cartulina; hicimos el Palacio Real, el Monasterio del Escorial y otras muchas. Otras veces me sentaba al piano a interpretar a Beethoven, Chopin, Mussorsky, etc.. Lo pasabamos lo mejor que a unos recién casados le permitía la tristeza y grave situación que atravesabamos.

Por un asunto de la sastrería tuve que hacer un viaje a Valladolid y Bilbao. Salimos Mími y yo el día once de julio en uno de los dos coches Reanult que hacía unos meses habían comprado mi padre y mi tío. Había muchos controles de la Guardia Civil en la carretera pero la verdad es que nadie se metió con nosotros. Fuimos directamente a Bilbao y allí nos enteramos el día trece del asesinato de Calvo Sotelo. Esto se venía venir, sobre todo desde que Casares Quiroga, Presidente del Gobierno y la "Pasionaria" le dijeron en el Parlamento días antes que "era la última vez que hablaba"; pero, de todas formas, al consumarse las amenazas en aquel monstruoso crimen, se conmovió España entera. Estaba ya mascado que algo gravísimo estaba inminente.

En Bilbao el ambiente era inquietante; parecía como si el Frente Popular, asustado también por el vil suceso, se hubiese replegado hacia sus casas como asaltado por el remordimiento de conciencia y como pensando que se había ido demasiado lejos. La ciudad estaba completamente en calma, pero era una calma extraña, tensa como preludio de grandes acontecimientos. Resolví rápidamente el asunto a que iba y fuimos a Valladolid. Aquí el clima era muy distinto; estaba la Falange en la calle atronando la ciudad varios miles de personas que entonaban el "Cara al sol"; nos dijeron que se encontraban arrestados doscientos guardias de Asalto y que estaba ocurriendo algo similar en Navarra.

Llamé por teléfono a Madrid y me dijeron que el ambiente era similar al de Bilbao y que volviésemos cuanto antes. Dejé a medio resolver a lo que iba y el mismo día dieciocho de julio regresamos. Vimos infinitas parejas de la Guardia Civil, que al ver la matrícula del coche, nos paraban para inquirir lo que ocurría en Madrid. Explicamos de donde veníamos y que no sabíamos nada. En el mismo Alto de los Leones me enteré por una de aquellas parejas que se había sublevado el Ejército en Africa. Yo creo que nuestro coche fue el último o de los últimos que pasaron aquel puerto.

Llegamos a Pózuelo, donde ya residía la familia de Mími y la mía, pasamos la noche en vela y a las seis de la mañana oímos unos disparos en



la puerta de casa. Como habíamos estado oyendo ininterrumpidamente la radio con aquellas tenebrosas órdenes del Gobierno de armar al pueblo y abrir de par en par las cárceles y penales, donde cumplían condena toda clase de asesinos, aquellos disparos que oímos era su primera consecuencia. Salimos y vimos a los peores maleantes de Aravaca y Pozuelo, armados de fusiles y escopetas dispararon contra el conductor de un camión a quien dieron el ato y que no mataron de milagro. Era la señal, como lo fue Sarajevo en la primera guerra mundial: había comenzado algo más horroroso que una guerra normal; había comenzado una guerra civil.

Yo inmediatamente propuse a mi familia y a la de Mími abandonar Pozuelo e irnos a Madrid. Allí al menos eramos menos conocidos y podíamos pasar más desapercibidos. En Aravaca nos dieron el alto unos milicianos armados, a muchos de los cuales conocía, ya que no en balde llevabamos más de veinte años en Pozuelo, pero nos dejaron seguir y, por fin, nos vimos en nuestras casas de Madrid, aterrados pero algo más tranquilos.

## SEGUNDA PARTE

### LA GUERRA CIVIL

Deliberadamente no se va a exponer aquí nada de lo relacionado con el contenido social, político ni militar del hecho más horroroso que sin duda ocurrió en España a lo largo de su Historia. Múltiples libros se han escrito basados en nuestra guerra civil, algunos excelentes, así como memorias de muchos de los que fueron sus protagonistas a cuyo material se puede remitir quien desee tener una idea exacta de lo ocurrido durante tan terrible catástrofe. Ello, a más de rebasar la índole y objeto de estos apuntes, no podían ser expuestos con la debida objetividad, dado que solo puedo dar fe de lo ocurrido en la llamada Zona Roja por haber pasado toda la guerra en Madrid.

Serán relatados, pues, aquellos hechos de los que fui testigo o actor sin entrar en especulaciones sobre los que yo no conocí. Se relatarán simplemente los que tuvieron relación directa conmigo sin ahondar en las causas o razones que los promovieron.



Al regresar a Madrid sólo estábamos pendientes de las noticias que a borbotones lanzaba la radio. Era el diecinueve de julio y ya se decía en aquellos que con el bombardeo gubernamental de Tetuan, Ceuta y Melilla, se había resuelto favorablemente la insurrección del Ejército de Africa y poco menos que los militares sublevados se habían entregado a las autoridades civiles de la República. Del resto de España apenas se decía nada.

El ambiente en Madrid era extrañísimo. Sólo veíamos grupos de milicianos armados recorrer las calles. No dormimos esa noche ante el temor de que aquellas turbas, adueñadas de la ciudad, comenzaran a asaltar domicilios. No había noticias fehacientes de lo que ocurría. Algunos decían que la radio mentía y que se habían sublevado algunas guarniciones, pero en realidad nada se sabía.

Fue el día veinte cuando nos dimos cuenta de la magnitud de la catástrofe al ver un enorme tumulto por la calle del Arenal que venía como de la plaza de Oriente. Miles de descamisados portaban cascos militares, sables, lanzas y hasta el cadáver de un hombre de uniforme lo llevaban arrastrando. Aquella muchedumbre enfurecida daba vivas al comunismo y cantaba la Internacional mirando desafiadoramente a los balcones.

Después supimos lo que había ocurrido: se encerró en el Cuartel de la Montaña el general Fanjul con parte de la guarnición de Madrid; al parecer tardó en sublevarse y le sorprendió el asalto de las turbas armadas.

Parece que hubo una tremenda carnicería y que aunque los militares encerrados se defendieron bravamente el número enorme de asaltantes obligó, tras matar a casi todos los que había dentro, a capitular al general Fanjul, el cual fue juzgado sumarísimamente por un tribunal popular y fusilado al otro día.

Estas noticias nos llenaron de horror y de miedo, pero lo más grave de todo es que creíamos que en efecto, y como decía la radio, el levantamiento había fracasado en toda España así como el Protectorado y Plazas de Marruecos.

El día veintiuno vimos pasar la Artillería ligera de los Cantones de Madrid: Getafe, Carabanchel y Campamento conducida, en vez de por soldados, por descamisados, lo que nos demostró que la guarnición entera de Madrid había sido derrotada.

Varios días permanecimos en casa; al quinto me atreví a salir a cortarme el pelo a la peluquería de Isidro, en la plazuela de San Ginés.

Había en ella un oficial al que había oído en ocasiones anteriores mostrarse entusiasta del comunismo y me extrañó mucho -al sentarme para que me arreglara- que no hiciese patente su lógica alegría por el ségo que tomaban los acontecimientos. Era como peluquero muy charlatan pero aquel día estuvo muy comedido, únicamente comentó con otro cliente que las cosas no estaban claras, que el Ejército Nacional había tomado los puertos de los Leones y Somosierra y que "la pelota estaba en el tejado". Yo, que no contesté cuando se dirigía a mí más que con monosílabos, quedé estupefacto ante la declaración de aquel hombre, que debía estar enterado pues era directivo de un sindicato comunista.

Llegué a casa y conté alborozado a mi familia lo que había oído en la peluquería. Fue la primera vez en varios días que nos sentimos moderadamente optimistas.

En efecto, a los pocos días y por una arenga de Indalecio Prieto, por la radio nos enteramos de la verdad de la situación: había triunfado el Movimiento en Navarra, Aragón, Galicia, Castilla la Vieja, Cáceres y

algunas provincias andaluzas como Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba y Granada, además de en las Islas Canarias y en la de Palma de Mallorca. Es decir, había estallado la temida guerra civil.

En Madrid fue de horror las represalias del Frente Popular con los que se consideraban desafectos. Comenzaron los macabramente llamados "paseos"; se establecieron checas y pandillas de milicianos y la llamada Brigada del Amanecer que efectuaba registros y detenciones de personas que aparecían luego fusiladas. El terror que se desarrolló en Madrid fue muy superior al peor de la Revolución Francesa bajo la dictadura de Robespierre. Se incautaron todos los coches, se convirtieron en hospitales los hoteles, en almacenes las iglesias y en cárceles colegios y conventos.

Se disparó de tal modo la fiebre sanguinaria que ya no se mataba por motivos políticos sino por meras rencillas personales o envidias. Todos los criminales encerrados en presidios o cárceles estaban en la calle con un fusil. Yo reflexioné ante aquel horror que no me cabía en la cabeza que fuese efectuado por españoles. Me explicaba que en un momento de excitación política las turbas asaltasen, no sé, la casa de Romanones -por ejemplo- y lo tirasen por el balcón; pero lo de aquellos forajidos que cenaban tranquilamente en un restaurante, se fumaban sosegadamente un puro y copa de coñac, y a las tres de la mañana repasasen friamente una lista de nombres y señas de personas que les eran desconocidas y que les había entregado otro malhechor y sin más los detuviesen y los fusilasen, era algo que escapaba a mi razón. No creía -repito- que en España pudiese haber seres tan malvados.

El Gobierno, presidido por Giral, dejó al turbio albedrío de tanto criminal desahogarse a su gusto. Continuamente nos llegaban noticias de amigos y conocidos asesinados. Una mañana de agosto se llevaron de la casa donde habitábamos a Antonio González Lambea y al hijo de María Herrero, uno de los dueños de la finca, y al otro día aparecieron muertos por Canillejas con las manos atadas con alambre.

Como habíamos abandonado precipitadamente Pozuelo empezó a comentarse allí -según nos dijo la guardesa de mi madre- que habíamos huído por temor. Tratamos el asunto toda la familia y yo propuse -para desmentir aquellos comentarios- que fuésemos uno a entregar un donativo para las milicias a los Comités revolucionarios de Pozuelo y Aravaca y de paso quemar unos libros muy comprometedores que tenía Santiago en su casa. Me ofrecí a ir; cogí una bicicleta y en mangas de camisa me presenté en el de Pozuelo, que estaba en el seminario de Padres Oblatos de la Estación, que después de incautarlo habían asesinado a todos los padres y seminaristas, alguno de catorce años.

Estaba de guardia en la puerta con un fusil el hijo del "Mariposa", un albañil al que yo conocía. Me presenté ante el "responsable" -como se denominaban- que era el "Porrás", un teniente de alcalde comunista que se erigió en jefe del Comité. No fui mal recibido; solo me dijo: "Bascuñana, como han cambiado las cosas". Le expliqué el objeto de mi visita preguntándole qué debía dar para quedar bien y contestó: "de lo que quiera, el dinero no va a valer; pero ya que me pregunta, de doscientas pesetas". Me despidió con el puño en alto y me marché. Al pasar por la Colonia entré en casa de Santiago, revolví los libros y, en efecto, había tres o cuatro de José Antonio y de la Falange. Los metí en la cocina y prendí fuego. Salí al jardín y vi una humareda que salía por la chimenea; me asomé a la carretera por si pasaba alguien pero por fortuna todo estaba solitario y después de más de una hora -hay que ver lo difícil que es quemar un libro- las cenizas las esparcí por un terreno.

Seguí a Aravaca y allí el jefe del Comité era Regúlez, muy amigo mío, que incluso habíamos trabajado juntos en el teatro del casino obrero. Estuvo bastante simpático, le entregué el donativo, me acompañó hasta la puerta y volví a Madrid. Pero al pasar frente al paredón de la

estación del Norte, que da al paseo de la Florida, me quedé horrorizado: había tres o cuatro cadáveres de personas que habían sido fusiladas aquel amanecer, y que aún no había ido el carro de la basura a recogerlos. Cuando llegué a casa toda mi familia estaba alarmada por mi tardanza. Les expliqué el resultado del viaje y quedaron algo tranquilas.

Vino unos días después la guardesa a contarnos que se había hablado mucho de mi viaje y que se decía que si se hubiesen dado cuenta que "el señorito Pepe" había estado en Pozuelo, que me habrían matado. Yo no me lo creí. Todo el mundo me vió que iba solo y por supuesto sin armas y nadie se metió conmigo.

La idiosincrasia de aquellos criminales era muy curiosa: no solían atacar a los que conocían, no tenían valor para hacerles cara. Así, en general, los que asesinaban en los pueblos no pertenecían a él, eran de otro que lo hacían por denuncia de alguno de aquellos. El caso más increíble se daba en Aravaca, donde los hijos del guarda de la Huerta de Frade -chicos con los que yo había jugado al fútbol- se apostaban con fusiles en los Paradores -situados donde hoy se encuentra Villa Romana- y esperaban la llegada de autobuses procedentes de Madrid repletos de detenidos; se subían en los estribos y así iban hasta las tapias del cementerio, donde, sin saber quienes eran, los fusilaban sin piedad.

Yo tenía muchos amigos entre los mozos de Aravaca que cometían más crímenes; tenía entre ellos cierta fama de demócrata porque había asistido a la boda de Manolo "el viruta" unos meses antes. En la comida, que se celebró en el casino obrero, estaba reunida toda la gentuza de la localidad. Se dijeron durante ella las más monstruosas groserías y se cometieron increíbles faltas de educación. Pero yo me atemperé muy bien al ambiente y fui tratado con toda consideración. Para el novio constituía un honor el que estuviese en su boda, según me dijo, y haber prestado nuestro coche para llevar a los novios a Madrid a "retratarse", como decían.

Los "viruta" eran varios hermanos de la peor ralea y ejercían gran influencia entre los mozos del pueblo. Quizá deba el estar con vida a aquella boda pues jamás, a todo lo largo de la guerra, se metió nadie de Aravaca con nosotros. Era desconcertante la mentalidad de aquella gente; pasaban de la nobleza al crimen con la mayor facilidad.

Apesar de todo vivíamos asustadísimos por lo que nos contaban que ocurría, y además por la actitud de los obreros de la sastrería y más concretamente los destajistas (que trabajaban en sus casas) que sumaban cuarenta y seis. Los había muy afectos pero otros, sin perder el respeto del todo, se habían envalentonado a tenor de la situación y creaban muchos problemas. Santiago estaba más aterrado que ninguno; parecía presentir lo que le ocurriría. Cuando entraba alguien en la sastrería -casi todos tocados con la gorra Thelma, mono y la pistola- perdía el color. Yo estaba más tranquilo y le hacía cara a esa gente, aunque la procesión iba por dentro. Les hizo unos monos de la mejor tela que había a unos forajidos de la C.N.T. que habían instalado una checa en la vecina calle de la Flora y pagaron con un vale que, decían, se cobraría en su día. Uno de ellos al salir y ver sentado a mi tío me dijo creyéndome un empleado: "si os molesta el patrón dínoslo que pronto lo despachamos". Eso, ni más ni menos, valía la vida de una persona en aquellos trágicos momentos.

También le hizo Santiago un traje, entre otros, a un nuevo policía de los creados por el Frente Popular; yo entraba en el probador para dar conversación a aquella gentuza y tratar de amistar con ellos. Sobre todo de este policía conseguí que me diese hasta el teléfono de la Comisaría a la que pertenecía, por si nos ocurría algo.

Mi enorme temor venía por el lado de mi antiguo compañero de estudios en el Conservatorio, Castro Escudero. Era un tipo raro con muchos más años que yo; tocado con corbata de cinta, chambergo de artista francés



del siglo XIX, capa y chaqueta de pana. Cuando yo empecé a estudiar con Conrado del Campo estaba matriculado en segundo curso de Composición y cuando terminé, cinco años después, seguía estudiando el mismo curso. Quería mucho al maestro y era muy afectuoso conmigo y con todos; presumía que era el alumno que más se parecía al maestro. No sé en qué, pues jamás ví un trabajo suyo en los muchos años que convivimos. Era comunista y desde la proclamación de la República tenía un carguito en el Centro de Estudios Históricos. Nos reímos todos mucho con él y de él; como tenía muy poca vista le gastábamos crueles bromas por este defecto, pero nunca se enfadaba.

A principios de agosto y ser destituido Bordas de Director del Conservatorio nombró el Frente Popular a Oscar Esplá. Recuerdo que el diario "Claridad", de Largo Caballero, publicó a toda plana: "Ya era hora. Oscar Esplá, Director del Conservatorio". Esplá era muy azañista, pero vivía como un gran burgués en un hotel de la Colonia del Viso; tenía un cochazo y chofer perfectamente uniformado. Como le dieron un susto los comunista al no entender que viviera un hombre de sus posibilidades como un revolucionario, se inventó un congreso en Bélgica y a mediados de agosto se ausentó de España y no volvió hasta los años cincuenta. Al no regresar Esplá se nombró comisario del Conservatorio, con amplios poderes, a Castro Escudero.

Mi gran temor a él venía del año 1.934 cuando subió al poder Gil Robles. Me lo encontré en la calle del Arenal. Hablamos un rato y me dijo: "provéete de pan y de agua porque vamos a declarar la huelga general". Le contesté: "sois unos canallas antidemocráticos; y tú, que no vales para nada, quieres salvar a España". Nos enzarzamos, le cogí por las solapas y le dí contra la pared; se hizo una pequeña brecha en la cabeza y dándole otro empujón le dejé y me fuí. No le ví hasta el año 1.935. Le encontré hecho una calamidad.

Por su participación en el levantamiento de Asturias y Cataluña le echaron de Estudios Históricos y estaba pasando hambre. Me lo dijo y le contesté que le estaba muy bien empleado, pero me agregó que no lo sentía por él sino por su madre, y le dí cien pesetas que entonces era una fortuna, añadiéndole que siempre que necesitase algo su madre, no él, que recurriese a mí. Me visitó varias veces en 1.935 y siempre le socorrí. Jamás volvimos a recordar el incidente que habíamos tenido año y pico antes.

Al enterarme que le habían nombrado comisario me eché a temblar. El me conocía muy bien, sabía mis ideas políticas, sabía donde vivía y ... aquella descalabrada ... Sentí terror a la vez que gana de encontrármelo para resolver la terrible incógnita en que vivía. Me lo encontré una mañana de agosto en la Puerta del Sol, a la altura del Bar Flor. El no me había visto -ya he dicho que veía poco-; dudé entre pararle o no. Por fin mi instinto me aconsejó hablarle. Le cogí de un brazo y le dije: hola, Pepe. En cuanto me conoció me saludó muy cariñosamente y me dijo: "hombre, cavernícola ¿no te habrás hecho revolucionario?". Le contesté: "no, porque tu no te lo habrías creído con lo que hemos discutido de política". Se me quedó mirando y después de unos segundos me dijo con toda nobleza: "tu me has sido siempre un cavernícola simpático, además que no puedo olvidar lo que hiciste con mi madre. Si hemos discutido es porque eres muy inteligente y con los hombres de estas cualidades es con los que me gusta discutir (!!); me he acordado mucho de ti por si te había ocurrido algo ¿tienes alguna preocupación? ¿tienes miedo?. Pues por si acaso te dejo los números de mis teléfonos: de ocho a diez en el Partido; de diez y media en el Conservatorio. Por la tarde .... Me dejó una lista de números donde podía encontrarle a cualquier hora. Yo estaba atónito; creí que se acordaría de aquello ... Le di un abrazo de agradecimiento y nos separamos. Parecía que me habían quitado de encima cien kilos de peso.

Un día a primeros de septiembre me encontré en la calle de Bordadores a Gregorio León, también condiscípulo del Conservatorio donde estudiaba violín. No le conocía apenas y casi únicamente de una vez que estuvo en mi casa con otros compañeros para tratar de organizar un homenaje a Pérez Casas por el ciclo de sinfonías de Beethoven que había dirigido en el Teatro Español. Sin duda yo debí de decir algo en aquella reunión relacionado con Mussolini o con la religión o no sé qué que no recuerdo. Al cruzarnos me paró y me espetó: "a buena nos han llevado tus curas, tus militares y tus fascistas"; ¿pero qué tonterías estas diciendo? le contes-té; solo me dijo: "sigues viviendo en el mismo sitio ¿verdad?", y se marchó sin más. Al otro día cuando me estaba afeitando llamaron a la puerta y mi madre toda espantada entró en el cuarto de baño: vienen a detenerte. Salí y me encontré dos tíos que en efecto traían orden de detenerme. Hablamos un rato; les dije que tenía que tratarse de un error y que si querían comprobarlo llamasen a aquella comisaria donde estaba el policía que me había dado el teléfono. Al decirme que era compañero suyo, vi el cielo abierto. Llamaron y, en efecto, les dijo aquel que yo era persona "de toda confianza". Me dijeron que no me moviese de casa y aún los estoy esperando. Sin duda todo coincidía: fue una denuncia de Gregorio León, pero como debió de carecer de consistencia, al intervernir aquel policía no se hizo caso. Así vivíamos. Cuando terminó la guerra le denuncié yo a mi vez. Le detuvieron y le amargué la vida durante muchísimos años hasta que al fin metí en el Conservatorio de Catedrático interino a su hijo Pedro, gran violinista. Fue Gregorio a verme; se me puso de rodillas, me pidió perdón y me puso de besos la cara llena de babas. Era un pobre bestia pero que pudo costarme la vida aquel hecho.

Una de las situaciones más graves por las que atravesamos fue sin duda la ocurrida a primeros de septiembre: vimos desde los balcones de la sastrería pararse dos coches en la puerta con ocho o diez milicianos de la C.N.T.-F.A.I. Al momento y dando culatazos en la puerta con los fusiles

entraron. Uno de ellos, sacando un papel del bolsillo, leyó: Santiago Bascuñana, José Moreno, Francisco Moreno; al identificarnos nos ordenó pistola en mano que pasásemos a una habitación. Se pusieron a registrar todo: mesas, cajones, armarios. Cuando había pasado más de un cuarto de hora salí yo de la habitación y pregunté al del papel: pero ¿qué ocurre? ¿a qué viene esto?. Al decirme que teníamos armas y bombas me eché a reír. Pues trabajo os doy, pero ¿no veis que somos unos trabajadores como vosotros?. De pronto se abrió la puerta y entró el providencial policía con dos guardias de Asalto, avisados sin duda por alguien de la vecindad. Lo único que hacía la Dirección General de Seguridad era enviar Fuerza Pública donde tenían noticia de que habían ido milicianos a practicar detenciones para comprobar la legalidad de las denuncias, ya que a los que se llevaban iban a una checa y después de torturarlos los fusilaban.

Al entrar el famoso policía les dijo que no tenían nada que hacer, que eramos buena gente. Total, que entre que habían registrado todo y aquellas palabras, no solo se apaciguaron sino que hasta subieron todos a casa de mi madre a tomar café y ... ¡pasmoso! nos hicimos hasta amigos. Uno de ellos era el famoso Larramendi, anarquista que estaba en presidio, y que luego fue comandante de una Brigada y a quien yo, más adelante, le hice uniformes.

Bajamos hasta la calle a despedirlos y ya allí pregunté al jefe si se podía saber quien era el autor de aquella denuncia. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una foto: era una aprendiz de la chalequera destajista Encarna. Por este hecho tan nimio pudimos perder la vida todos. Así estaban las cosas.

Pero hubo también su anécdota. Vivían enfrente de nosotros los de Herreras y desde su ventana se veía perfectamente el portal de casa. Al ver la madre, Doña Encarna, que salimos los tres acompañados de aquellos milicianos y creyendo que nos llevaban detenidos le dió un desmayo.

Mími y yo íbamos algunas noches a dormir a nuestra casa de Leganitos y otras nos quedábamos con mi madre o con mi suegra. Un día, por entonces, y estando en la tienda de ésta se paró un camión, descendieron unos milicianos y se llevaron todas las existencias de mantas que tenía a cambio de un vale. Como protestara mi suegra por el despojo, le dieron un empujón que casi la tiran al suelo estando presentes su marido y yo. Pero ante aquellos forajidos armados ¿qué podíamos hacer? pues apretarnos los dedos contra la palma de la mano hasta casi hacernos sangre.

Como los obreros de la sastrería estaban bastante soliviantados, propusieron que la empresa fuese controlada por el sindicato "La Razón del Obrero" afecto a la U.G.T. y nombrar entre ellos un comité de control. Fui a contarle esta a Carmen Bedoya y a la Belmonte, obreras de la sastrería, que querían muchísimo a mi padre por un asunto del Comité Paritario que ganaron por su voto. Aunque eran muy revolucionarias -la Belmonte llevaba siempre en la cintura una pistola del nueve largo- no habían olvidado aquella acción ni las caricias que les hacía cuando iban a entregar, aunque eran dos tiorras ya mayores y muy guarras. Pero mi padre, además de muy político, tenía un alto concepto de la caridad. Me dijeron que fuésemos al sindicato, que se nombrasen mediante acta los que iban a formar el comité de control y que a la primera sesión de pleno que se celebrase en la sastrería acudirían ellas, ya que a este acto no podían asistir por pertenecer a otro sindicato, al de "La Aguja" distinto a aquel aunque también afecto a la U.G.T.

El día 10 de septiembre fuimos Santiago, Paco y yo con casi todos los obreros a un piso de la Gran Vía, incautado por el sindicato. Apareció el compañero Lora, un tipo cojo, asqueroso y que al hablar expedía cataratas de perdigones. Se puso en medio del semicírculo que formábamos y soltó la misma cantinela que emplearía en ocasiones similares: "que hartos de que los patronos les chupasen el sudor y la sangre a los obreros, se debía

U. G. T.  
**LA RAZÓN DEL OBRERO**  
 ASOCIACIÓN DE OBREROS DEL VESTIR

Acta de constitucion del Consejo Obrero de Casa Moreno y Bascuñana  
 sita en la calle Arenal 22

Reunido los obreros y empleados de esta casa acuerdan controlarla  
 y elegir el Consejo Obrero que queda compuesto por los siguientes com-  
 pañeros:

- Presidente: Evaristo Requena  
 Secretario-Contador: José Moreno  
 " " " de Actas: Francisca Fernandez  
 Interventores: Jose Merino, Laura Zarca  
 Y para que conste lo firmamos los elegidos

Madrid 30 de Septiembre 1936

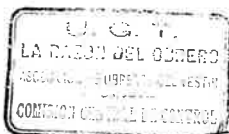
*Evaristo Requena*

*Jose Moreno*

*Jose Merino*

*Laura Zarca*

*Francisca Fernandez*



Nombramiento del Consejo del Comité de Control.

controlar por estos la casa Moreno y Bascuñana". Yo pedí la palabra y dije valientemente que aquello del sudor y la sangre no iba con esta empresa; que allí todos trabajábamos, como lo podían atestiguar los presentes. Pregunté a la Padilla, una de las obreras ¿cuando nos ha visto usted sin trabajar, dígalos?. La aludida casi llorando contestó: "si yo le he visto a usted nacer, Pepito, y nunca le he visto sin trabajar". Se unieron a ella casi todos los obreros y el compañero Lora voladísimo dijo que no había visto caso igual.

En este clima se procedió a la elección del Presidente, Secretario y Vocales. Yo propuse que fuera nombrado Presidente el afiliado más antiguo de la U.G.T., sabía quien era, pero hice la proposición porque no podía rechazarse. Consultados todos resultó que ningún otro estaba afiliado más que Recuenco; ni aún siquiera el cabrón de Leonor, que era el peor de todos. Recayó la presidencia, pues, en Recuenco, un pobre hombre al que manejaría fácilmente.

Al nombrar al Secretario dije que era cargo de mucha responsabilidad; que tenía que llevar la contabilidad y administración de la empresa, aunque a las órdenes del comité de control. Se hizo un silencio y por fin una de las obreras apuntó: y ¿por qué no lo es usted?. Se unieron varios a esta proposición y, después de preguntar yo a Lora si siendo hijo de patrono podía ser nombrado, contestó "si todos están de acuerdo, claro que si". Total, fui nombrado Secretario y en cuanto a los Vocales como no había acuerdo dejé caer los nombres de José Merino, Maura Zarca y Manolita -todos personas de mi confianza- y fueron elegidos. Así terminó el pintoresco acto.

El pleno que se celebró al otro día en la sastrería fue célebre. Asistieron como habían prometido la Bedoya y la Belmonte, con su pistolón. Como no vale la pena extenderse en esto solo diré que ésta última puso

verde a todos, echándoles en cara no haber secundado ninguno cierta huelga que convocaron ellas no sé cuando. Y ahora -dijo- aquellos esquirols que-reis fastidiar a los patronos más honrados y amigos de los obreros que existen. Sois unos sinvergüenzas.

Todos desfilaron con la cabeza gacha y se terminó la reunión.

Pero sí sacaron algo. Se había dispuesto por el Ministerio de Trabajo que se abonaran unas cantidades, no recuerdo por qué causa, con carácter retroactivo. Total, excepto dos, Encarna y Natalia, se repartieron bonitamente el efectivo que había en cuenta corriente, quedando la empresa exhausta. A mi madre y a mi tío se les fijó un jornal de diez pesetas.

Como no había nada de trabajo y por ende ingresos, se desperdigaron casi todos los obreros destajistas y de muchos no se supo nunca más. Cuando alguno reclamaba por la falta de trabajo le decía que eso era cosa del Presidente, pero este no se andaba con bromas y los despachaba groseramente. Mi política consistía -viéndole tan engolado desde su exaltación al cargo- en hacerle creer que era el jefe supremo. Se lo creía y yo hacía lo que me daba la gana.

Así discurrió lo que quedaba de septiembre y octubre. Mimi y yo ya vivíamos definitivamente en nuestra casa, donde nos informábamos por la radio clandestina de un vecino de la marcha de la guerra. Sabíamos que había tomado el Ejército nacional Badajoz, San Sebastián y Toledo y que se acercaba peligrosamente a Madrid. En efecto, en los últimos días de octubre, se invadió la capital de evacuados procedentes de pueblos de la carretera de Extremadura que se iban ocupando. Estos se metían en pisos abandonados, que eran muchísimos.



Al acercarse las Fuerzas Nacionales a Madrid se recrudecieron las matanzas y detenciones. Los cobardes milicianos abandonaban el frente y sólo se ocupaban en cometer crímenes en la retaguardia. En particular los primeros días de noviembre fueron espeluznantes.

El día cinco fui a visitar a mi amigo Pedro Pinillos -que además de bellísima persona era graciosísimo- y me enteré por sus hermanas que el día anterior había sido detenido y fusilado. ¡Fue uno de los crímenes más horribles de la guerra!. Regresé tristísimo a la sastrería desde la calle de Espoz y Mina, donde vivía, y al entrar en el portal vi a Santiago que salía con una boina y la mano izquierda en el bolsillo del pantalón entre dos milicianos; pregunté qué significaba aquello y Santiago contestó: "ya ves, me llevan detenido"; fueron las últimas palabras que le oí en vida. Se encaró conmigo uno de aquellos malhechores: ¿tú eres el dueño de esa mesa que no hemos podido abrir?. Pues no te muevas de casa que volvemos por tí. Montaron en un coche y desaparecieron por la Costanilla de los Angeles. Sin duda lo llevaban a la trágicamente popular checka de Fomento.

Subí despavorido la escalera. Mi tío me dijo que Santiago y aquellos dos criminales habían estado hablando mucho tiempo tranquilamente sentados en el tresillo de la sastrería, sin haberse podido enterar lo que decían; después subieron a casa de mi madre tratando de abrir los cajones de mi mesa; luego, sin decir más, se lo llevaron.

Fue todo hecho con tal sigilo y hablaban tan bajo que nadie de mi familia se enteró de nada. Corrí a casa de la Bedoya, en la calle de la Bola y le expliqué lo ocurrido. Hizo multitud de gestiones, pero de ellas solo se sacó en consecuencia que aquella detención ni había sido efectuada por la U.G.T. ni por ninguna comisaria; era cosa de la C.N.T.-F.A.I. Unicamente opinaba que si lo habían llevado a Fomento lo mejor era que fuese mi madre, como persona de edad, con un bocado y que dijese: para el detenido Santiago Bascañana; si se lo cogían es que se encontraba allí. Así se hizo, pero los desalmados que estaban a la puerta no solo no lo cogieron sino que echaron a mi madre a empujones.

Se tendió tal velo sobre la detención de Santiago que por mucho que indagamos, incluso viendo en la calle de Velázquez miles de fotos de asesinados, con expresiones trágicas que se hacían "oficialmente" para poderlos identificar, no se pudo aclarar nada nunca más. Dejó un huérfano de diez años.

Aquella detención y casi segura muerte de Santiago nos hizo reflexionar sobre nuestra seguridad. Yo me escondí en la cueva de la tienda de mi suegra y allí estuve hasta el terrible bombardeo aéreo de Madrid del día diecinueve. Los Nacionales habían ocupado la Casa de Campo, la Ciudad Universitaria y se hicieron fuertes en el Hospital Clínico, casi en la calle de la Princesa, del que no pudieron expulsarlos durante toda la guerra. Todos creíamos que Madrid lo tomarían en pocas horas; el Gobierno había huído a Valencia y la ocupación parecía inminente. Pero por razones que no se me alcanzan no fue así; aún tenía que durar aquel martirio dos años y cuatro meses más.

En el bombardeo a que me he referido cayó un proyectil en el tejado de la casa de mi suegra llevándose un enorme trozo de esquina. Yo salí despavorido con Mími y su hermana de la mano hacia la calle del Arenal. El espectáculo era dantesco. Ardía una casa en la Puerta del Sol. El Real Cinema quedó calcinado. Las vías de tranvía de la calle Mayor estaban levantadas hasta cinco metros de altura y todas las calles llenas de cadáveres o agonizantes, en medio de una enorme polvareda. Llegamos al fin, y al poco tiempo mi suegra con su marido, que llevaban un estuche con las joyas. Pasamos toda la noche en la sastrería.

Los bombardeos continuaron, aunque no con la intensidad y horror de aquel. El objetivo de los nacionales estaba claro: intimidar a la población para tomarla, pero pasó casi un mes y Madrid no había sido ocupado. Nuestra desilusión no podía ser mayor. Se declaró zona de guerra desde

la plaza de Isabel II hacia el sur, construyéndose con adoquines y cemento un parapeto al final de la calle del Arenal. Un proyectil de fusil dió en un balcón de la sastrería.

Como continuaba la enorme emigración de evacuados, llegó a meterse una familia en nuestra casa de la calle de Leganitos, aprovechando una noche que no dormimos en ella e intimidando a la portera para que les diese la llave. Al otro día vino a contármelo y sin dudarlo me presenté allí con una pelliza de cuero. Como desde que se controló la sastrería nos habían provisto de una carnet de la U.G.T. como "miliciano de retaguardia", se lo exhibí a aquella gentuza diciéndoles que esa era mi casa, que vivía en ella y que se tenían que marchar. Uno de aquellos intrusos, que tenía cara de rata, me dijo que donde habíamos pasado la noche en que ellos entraron, que siguiéramos porque no pensaban marcharse. Incluso se refirió al crucifijo que había sobre nuestra cama con bastante sorna: ¿y uno de la U.G.T. tiene un Cristo?. Lo hemos metido debajo de la cama, me dijo, para que no se estropee. Yo, como San Pedro, negué al Señor, dije que era cosa de mi suegra.

Me fuí a casa con la intención de poner el caso ¡ya era miliciano también! en conocimiento de la comisaría y de la U.G.T., pero no dió tiempo: a los dos días cayó una bomba providencial en la casa de al lado, destruyéndola totalmente, y aquella gente -según vino a contarme la portera- había dejado el piso vacío por miedo. Aproveché la ocasión: con un obrero de la sastrería, Pepe Merino -uno de los Vocales del consejo de control- y en un carrito de mano trasladamos todos los muebles ¡hasta el piano! a la tienda de mi suegra en infinitos viajes. Por cierto, que mientras hacíamos el traslado se oía perfectamente un enorme tiroteo que venía de la parte de Argüelles y que correspondía sin duda a la lucha alrededor del Clínico.

Pensando en el refrán de que del mal el menos, nos tranquilizamos Mími y yo al ver a salvo nuestros muebles tan queridos del sacrilegio de saberlos utilizados por aquella gentuza, pero de todos modos nos dió mucha pena verlos hacinados entre la tienda y la cueva de mi suegra. Aquel montón informe de cosas era nuestra casita de recién casados, que pusimos con tanta ilusión y en la que pensábamos ser tan felices. Realmente desde nuestra boda nos perseguía la desgracia.

Yo seguí encerrado en la cueva. Dormía en una balda de un estante y me puse enfermo: tuve difteria, que era lo único que me faltaba. Pero mi viejo instinto optimista y mi fe en el porvenir no se enturbiaron ante aquella situación calamitosa. Alguna vez terminaría aquello -pensaba- ya que no hay bien ni mal que cien años dure, y reharía mi vida al lado de Mími y daría la medida de aquella fe inquebrantable que siempre tuve en mí.

Al huir el Gobierno a Valencia se formó una Junta de Defensa en Madrid, de la que formaba parte no recuerdo con qué misión, Cipriano Mera, un conocido anarquista, pero que por lo que hizo desde su cargo debía ser hombre bueno. Por entonces comenzó la pugna entre comunistas y anarquistas por la hegemonía del poder, que no cesó en toda la guerra. Por lo pronto hizo Mera unas declaraciones tajantes -que publicó toda la prensa- en las que manifestó "estar dispuesto a que cesasen las tremendas atrocidades que se producían en la retaguardia y que había terminado el tomarse cada uno la justicia por su mano. A los que se detuviera por delitos probados en derecho, se las haría sumario en regla y que los únicos capacitados para efectuar detenciones eran los agentes de la autoridad".

En verdad que las barbaridades que se habían hecho no tenían calificación. Solo en la casa de Arenal asesinaron a cinco hombres: Santiago, Antonio González Lambea, el hijo de la casera, Enrique Luque y el ma-

ruido de Sabina Tortuero. Se había asesinado también a todos los detenidos en la cárcel Modelo, entre ellos a Melquiades Alvarez, jefe del partido Reformista y republicano famoso toda su vida y fingiendo un traslado de presos se asesinó a miles en Paracullos de Jarama.

El cumplimiento de las órdenes de Mera surtieron efecto inmediato. Cesó en gran medida el terror desencadenado; se seguía matando pero muchísimo menos. Además la pugna a que me he referido entre comunistas y anarquistas produjo la paradoja de que, como el Partido Comunista proclamaba tener más afiliados que nadie, la C.N.T. abrió de par en par sus puertas para que se afiliase quien quisiera, y como consecuencia toda la gente indiferente, e incluso de derechas, ingresó en masa en este sindicato que las defendía muy bien de los ataques comunistas e intentos de detención; con decir que hasta el maestro Vega y García de la Parra, cesados uno como director de la Banda Republicana y el otro como Catedrático del Conservatorio, eran de la C.N.T., creo que basta como argumento.

A finales de 1.936 se movilizaron los sindicatos. Mi hermano Paco y yo -ya me había hartado de estar escondido- nos presentamos en la calle de Blanca de Navarra como afiliados a la U.G.T. Tanto nosotros como los cientos que nos presentamos portábamos certificado médico que nos convertía en inútiles para el servicio militar. Paco por padecer "angina de pecho", certificado que tuvo el valor de hacerle el Doctor Alvaro Gracia y yo por atrofia de la pierna izquierda.

Lo mío merece comentario: como tuve, según ya dije, tumor balco en la rodilla cuando tenía dos años y, de resultas, esa pierna un poco más delgada y la rodilla un poquitín deformada, me coloqué una rodillera ajustadísima que aumentaba la delgadez; cogí un bastón que perteneció a mi abuela y me hice el cojo durante toda la guerra. Teatralicé de tal manera aquel pequeño defecto -que no me impidió ser soldado de verdad en mi

momento y servir en el Regimiento Primero de Artillería Ligera- que fui dado inútil total no solo en aquella movilización del sindicato, en que todos los presentados lo fuimos, sino hasta cuando se movilizó mi quinta, cuando el Ejército Republicano ya estaba organizado. Como había adelgazado mucho, pesaba cuarenta y seis kilos, y con mi pierna un poco encogida y mi bastón, no hubo nadie capaz de creer que no era cojo. ¡Con lo fácil que hubiese sido desmentirlo mediante exámen médico!. Pero los rojos además de malvados eran necios. Yo no fui combatiente ni en servicios auxiliares un solo día.

Pasó aquella Navidad, la más triste de mi vida, en la que por primera vez no hubo Nacimiento y entramos en el año 1.937.

Habían cesado los bombardeos aéreos pero los Nacionales instalaron potentes cañones en toda la parte suroeste de Madrid, principalmente en los cerros de la Casa de Campo, que dominaban en absoluto aquel y sobre todo en el de Garabitas. Desde estas posiciones nos bombardeaban casi constantemente. Esto aumentó nuestro riesgo.

En una de estas tardes en que oíamos silbar los obuses por encima de nuestro tejado y explotar sobre cualquier casa, concretamente el veintitres de enero, nació en la sastrería mi hijo José Alfonso. De tomar a broma hecho tan calamitoso diría que era el nacimiento de un príncipe y que aquellos tremendos cañonazos eran las salvas en su honor.

Pocos seres habrán venido al mundo en circunstancias más trágicas que mi pobre hijo. Mími andaba pachucha unos días, pero como el embarazo iba por los seis meses y pico, yo pensé que su estado era debido a los constantes sobresaltos en que vivíamos. Pero no fue así; consultada Ramona, que era nuestro médico, diagnosticó parto prematuro inminente y así

ocurrió: nació el niño bajo aquella lluvia de cañonazos y tras un parapeto de piezas de tela que colocamos para que no llegase la metralla a la cama, de siete meses escasos. Pesó un kilo novecientos gramos.

Yo lloraba de alegría y de pena al mismo tiempo; estaba alegre, contentísimo porque aquel niño era fruto del amor entre Mími y yo, y muy triste por las circunstancias trágicas y físicas en que nació. Desde que me casé siempre pensé que Mími me daría una hermosa criatura, que nacería en medio de los cuidados y comodidad a que estábamos acostumbrados, pero los designios de Dios son inexcrutables y como buen católico los acepté. Pero ¿qué le tenía reservado a aquella criatura en el porvenir?. Esta tragedia de mi vida no la voy a relatar por razones obvias. Pero ahí está con su oligofrenia; latente como herida incurable y sangrante, atribulando la vida de Mími y mía día a día.

Como dado lo anormal del parto no lo pudo criar la madre, hubo que recurrir a medios -algunos pintorescos- para alimentarle. Hasta un comunista acérrimo, a quien conocí no recuerdo por qué causa, me facilitaba leche. Como ya escaseaban los alimentos iba con una bota de vino por la noche a la plaza de Chamberí donde residía y la traía llena de leche debajo de la pelliza para que no se viese... Así, y con rancho del cuartel que posteriormente traían mis hermanos se crió al niño. Y aquí vuelven los misteriosos designios de Dios, pues aquella criatura, nacida en las circunstancias más normales y rodeada de los mejores puericultores quizá no hubiese sobrevivido; y sin embargo tiene cuarenta y cinco años cuando se redactan estas notas. Trabaja, está ... casi sanísimo y es el más bueno y mejor amigo y compañero que tengo.

Aquel mismo años se movilizaron las quintas de mis hermanos. Al principio no se admitían los que habían servido con arreglo al famoso capítulo XX, los "de cuota", caso de mi hermano Paco, pero cuando la ofensi-

va de los Nacionales por Guadalajara, no solo movilizó el Gobierno a todos sino que se castigaba con la pena de muerte a los prófugos. Estuvimos pensando en esconderle pero al fin se acordó que se presentase.

El que piense que no existen milagros es un imbécil; constantemente alrededor de nosotros se están produciendo sin darnos cuenta. El caso ocurrido a Paco pone esto en evidencia; ya decía Santa Teresa "que Dios andaba hasta entre los pucheros".

Nos presentamos él y yo en el CRIM del Paseo de María Cristina. había miles de hombres a los que después de tomar su filiación y sin período de instrucción ni uniforme ni nada, se les daba un fusil y en camiones como reses se les enviaba al matadero, que era como decir al frente de Guadalajara.

Había en una gran nave más de cincuenta mesas con un suboficial al frente, en torno a las cuales se formaban grandes colas de reclutas para ser filiados y destinados en el instante. Elegimos al azar una de esas colas y cuando le tocó el turno a Paco y dió su nombre, levantó la cabeza el suboficial y dijo ¿eres hijo de Don José Moreno que tenía una sastrería en la calle del Arenal?. Al responderle afirmativamente ordenó "pues poneros ahí" y continuó despachando a los de la cola.

Paco y yo estábamos asustadísimos; no sabíamos lo que aquello significaba ya que no conocíamos de nada a aquel señor. Pensamos en lo peor, en que conocía las ideas de papá y que nos pensaban detener. Transcurrió más de una hora hasta que despachó a todos. Nos llevó aparte y nos dijo: "vuestro padre me hizo hace unos años un gran favor y yo quiero corresponder ahora". ¿Vive?, le dijimos que había fallecido y nos explicó el favor que, según dijo, salvó su carrera. Era militar profesional. Sorprendieron en su domicilio muchos uniformes de su regimiento que su mujer



arreglaba -negocio que les estaba prohibido a los militares- y mi padre lo resolvió proporcionándole un certificado en el decía que su mujer era oficiala de sus sastrería y que aquellos uniformes pertenecían a esta. No habíamos oído a papá referirse jamás a este favor, lo que ponía de manifiesto la nobleza de aquel suboficial recordándonoslo en momentos tan graves. Le dió a Paco un papel justificativo de haberse presentado y dijo que nos fuésemos a casa hasta tener noticias suyas. Estas llegaron a los cinco o seis días: había sido destinado al Establecimiento Central de Intendencia como sastre y soldado de servicios auxiliares.

¿No es un milagro elegir aquella cola y topár con un amigo de mi padre a quien estaba tan agradecido y recordárnoslo sin conocerle en momentos tan angustiosos?. Por este suboficial conocí al teniente Cortés y a todos los jefes y oficiales de las dos Cajas de Recluta que había en Madrid, a los que logré atraer a la sastrería para hacerles uniformes.

Detuvieron por entonces a mi hermano Fernando, y otro milagro lo salvó de ser fusilado, en forma de llegar providencialmente Enrique Escasi, novio de mi hermana Pili, camuflado de comunista a rescatarlo en el último instante. Posteriormente movilizaron su quinta y por un certificado que le hizo el Doctor Tello, oftalmólogo de Sanidad Militar diciendo que padecía "conjuntivis crónica", también fue destinado por el teniente Cortés como servicios auxiliares, donde estaba Paco.

Me quedé solo en la sastrería y trabajaba mucho; no en balde era una casa acreditadísima en uniformes militares y allí acudían los de carrera y los nuevos oficiales que se habían creado, entre ellos el hijo de Recuenco, un animalote inculto, al que hicieron ni más ni menos capitán de Estado Mayor y los hijos de la "Mariona", asistenta que era de mi madre, y que pasaron de vendedores ambulantes a teniente y capitán de Caballería.

Recuerdo que por entonces hice un uniforme a Larramendi -uno de los que formaban el grupo que fue a detenernos en septiembre de 1.936-; era comandante y mandaba un batallón en el Cuerpo de Ejércitos del Campesino. Uno de los días que fue a probarse se dejó una pistola del nueve largo, Yo escamado de todo, pensé si lo haría a sabiendas para luego efectuar un registro y hallarla. Por si acaso di cuenta del hecho a Manolo el guardia, jefe de la casa, pero pasados varios días volvió Larramendi y al devolvérsela me dijo: "sabía que la había olvidado aquí, pero como eres de confianza ...". Luego murió en la batalla del Pingarrón.

Se ganaba dinero en la sastrería para hacer frente a los astronómicos precios de los comestibles y ya no existía más que sobre el papel el primitivo Comité de Control, pues hasta Recuenco se enroló de corneta en un regimiento de retaguardia. Como pagaban diez pesetas diarias a los soldados, todos los obreros, hasta los viejos, estaban en el Ejército.

En marzo de 1.938 se movilizó mi quinta. Ya había yo trabado amistad con el capitán Tárraga, que aunque me dijeron que era socialista, influyó decisivamente en el Tribunal Médico del Centro de Reclutamiento e Instrucción número uno, para que se me diese inútil total. Así resolví la grave papeleta de mi movilización en unos momentos en que el Ejército Rojo necesitaba imperiosamente hombres para cubrir las enormes bajas que padecía.

A este Tárraga le debo inmensos favores, pues aparte del que a mí me hizo, evité por su intercesión que fueran al frente varios amigos, entre ellos Gonzalo Chamorro, Luisito Pascual Frutos y uno de Bordas, declarándoles de servicios auxiliares por dolencias fingidas.

# CENTRO DE RECLUTAMIENTO, MOVILIZACIÓN E INSTRUCCIÓN NÚMERO UNO

CENTRO DE RECLUTAMIENTO  
INSTRUCCIÓN Y MOVILIZACIÓN  
JUNTA DE CLASIFICACIÓN

LORENZO LAFARGA LATORRE

Don \_\_\_\_\_, Capitán de Infantería  
y Secretario de la Junta de Clasificación y Revisión del mismo, del que es  
Presidente el Coronel de la misma Arma Don **CARLOS LERBY ÚBEDA**

1937

Entrega de Clasificación N.º \_\_\_\_\_  
en fecha \_\_\_\_\_ de 1937  
135556

**CERTIFICO:** Que en el reconocimiento verificado en esta plaza por el Tribunal Médico Militar de la misma fué declarado **INUTIL TOTAL** el recluta del reemplazo de 1930, *José Marcos Pascual*, alistado por *Casta*, provincia de *Madrid*, el cual padece *Atrofia de miembros*, comprendido en el núm. *66*, letra *Va*, grupo *Iº*, del vigente cuadro de inutilidades de 29 de marzo de 1924 y modificado por O. C. de 28 de mayo de 1937 (D. O. núm. 134).

Y para que conste. y a los efectos del artículo 4.º de la O. C. de 12 de septiembre de 1937 (D. O. núm. 220), expido el presente en Madrid, a *27* de *Marzo* de 1937.

EL CORONEL PRESIDENTE,

V.º B.º

El General Comandante Militar



ENTERADO  
El Comisario Delegado  
del Ejército de Tierra



Certificado de Inutilidad Total.

En mayo fallecía mi suegra de pelagra galopante, adquirida a causa de disgustos y privaciones. A despecho de lo que se ha abusado con chistes manidos y de poco ingenio desprestigiando este parentesco, yo quise muchísimo a la mía. Era una santa mujer, una gran señora y muy culta, que si acaso acusaba en su temperamento los sufrimientos por pasadas desavenencias conyugales con su primer marido. Congeniábamos muy bien pues ambos eramos un poco fuguillas.

Desde que me hice novio de su hija no dejó de alentarme en mis sueños y proyectos pues veía en mí al luchador nato con deseos de triunfo y sobre todo al caballero. El gran afecto que me tenía y al que yo correspondía de la misma manera, le hizo exclamar una vez que me quería más que a su hija. Esto, como es natural, pecaba de exageración, pero ponía de manifiesto su entereza y objetividad y su fenomenal instinto en calar en el fondo de las personas. Llegó a depositar en mí tan ilimitada confianza que cuando se abrió su testamento -que lo dictó a un Notario que me rogó designara- me encontré con la sorpresa de que me nombraba comisario tasador y partidor de sus bienes y albacea. Toda su herencia tenía carácter parafernial, pero a pesar de ello tenía un segundo marido muchísimo mayor que yo, que solo contaba veintiocho años cuando testó.

Este rasgo excepcional pregonaba con el ejemplo la alta estima en que siempre me tuvo y al reconocimiento de mis cualidades. A mi "suegrastro", como en broma le llamaba, no le cayó bien esta decisión de su mujer y, aunque yo desempeñé mi cometido con la mayor escrupulosidad y honestidad, no pude evitar que se distanciasen tanto él como mi cuñada María Teresa. (Lo que acabo de relatar es rigurosamente cierto y demostrable mediante documentación).

Me dejaron estas cuestiones impasible; lo único que me interesaba de aquella familia era Mími, de la que cada vez estaba más enamorado, y

poderle dar gracias a Dios de que mi suegra conociese al nieto que le había dado. Lo demás ... que se lo comiesen con su pan. Al fin y al cabo el fallecimiento de su madre me hizo heredar de Mími el cariño que a aquella le tenía para reunir en mi persona todos sus afectos ¿qué más podía desear?.

La guerra tomó unos derroteros muy favorables para los Nacionales. Habían ocupado Málaga, Bilbao, Santander, Asturias y recuperado Teruel. La retaguardia roja estaba desmoralizada; no había apenas nada para comer. Pusimos todos a prueba nuestra imaginación para hallar alimentos, pues no contábamos más que con los dos chuscos que traían Paco y Fernando del cuartel, y que teníamos que repartir entre doce personas. Hice amistad con el teniente Chordá, jefe de Intendencia de una Unidad y de vez en cuando iba con el hijo de Paz, prima de mi madre, que se vino a vivir con nosotros al evacuarla de la calle de Manzanares, y en unas sacas nos traíamos algunas vituallas. Otras veces, y creo que a cambio de una pelliza de cuero, uno que conocía Paco "cantaba" en los almacenes de Intendencia un vale con destino a una Unidad. íbamos todos con sacos para traer por calles distintas aquellos tesoros consistentes en patatas, aceite, judías, etc. Sabíamos que aquello constituía un grave delito, pero arrastrábamos todos los peligros recordando la frase del famoso torero "el Guerra", que cuando le preguntaron si daban muchas cornadas los toros contestó: "más "cornás" da el hambre".

Lo del tabaco era otro suplicio. Solo lo había y escaso para combatientes. Recuerdo que cambié una gabardina inglesa de gran calidad por un puñado de tabaco, e iba todas las noches a la calle General Oraá a casa del capitán Hostaled a que me diese un cigarrillo ¡un solo cigarrillo! de los llamados caldo de gallina, que yo lo convertía en seis o siete.

Como el hombre se habitua a todo, y la resistencia humana llega a límites inconcebibles, nos acostumbramos a vivir en aquel ambiente plagado de peligros, tanto por los continuos bombardeos de Madrid como por las detenciones en la retaguardia. Aunque había cesado el terror del año 1.936, se había creado el trágico S.I.M. (Servicio de Información Militar) cuya sede estaba en el Ministerio de Marina y que era como otro terror organizado y legal. La más mínima sospecha de espionaje se castigaba con la

muerte, tras horribles torturas. Los comisarios comunistas de todas las Unidades eran los delatores. Allí murieron muchos militares, incluso rojos, por la menor sospecha.

Pero a pesar de esta represión se había creado en la retaguardia un ambiente muy singular. Como la guerra duraba ya dos años y convivimos tanto tiempo rojos y no rojos, apenas se hablaba ya de la guerra; el clamor de todos era que terminase cuanto antes, pues como ocurre siempre, también en esta ocasión los que pasaban más hambre eran los de menos posibilidades económicas para adquirir algún comestible de estraperlo. Un padre de familia rojísimo que vivía como evacuado en la casa frente a la nuestra y que en los primeros momentos se pasaba el día dando gritos desde el balcón con el puño en alto, me dijo que no había comido él y su familia en una semana más que una lechuga. El hambre y los continuos bombardeos había enfriado sus entusiasmos de los primeros tiempos. Y así ocurría en general.

Además el desenlace de la guerra a favor de los Nacionales parecía previsto. Se había dividido la zona roja en dos al alcanzar el Mediterráneo por Vinaroz el Ejército de Franco y ocupar Castellón de la Plana. Pero aún cuando la Prensa y la radio silenciaban esto, todo el mundo lo sabía. Se creó por ello un acercamiento a la gente de derechas, que llegaron a ocupar cargos muy importantes -por ser el sector donde existía gente competente-, ante el temor de que la guerra la ganasen los Nacionales y comenzaron muchos rojos a hacer méritos para mostrarlos si así ocurría.

Un ejemplo de esta mutación que lentamente se estaba produciendo fue la increíble propuesta que se me hizo: un día me visitó el compañero Merino, jefe del sindicato La Razón del Obrero y dirigente de la Casa del Pueblo y me propuso hacerme nada menos que jefe y administrador de todas las sastrerías de Madrid incautadas por el sindicato al huir sus propieta-

rios. Me dijo que ese cargo lo habían desempeñado varios compañeros y no habían hecho más que robar, que tales compañeros eran unos sinvergüenzas y que se necesitaba una persona de prestigio y honrada que se hiciese cargo de aquella difícil tarea, añadiendo que además de una considerable remuneración y el consiguiente suministro de víveres, pondrían un coche oficial a mi servicio. Me quedé perplejo. Le indiqué tímidamente si sabía que yo era hijo de un patrono y que ... Pero no me dejó terminar. Me dijo textualmente: "sabemos quien eres perfectamente y hasta un poco tibio a nuestra causa, pero a pesar de ello en la reunión del pleno del sindicato en que se ha hablado largamente del caso y de tí, se ha acordado por unanimidad proponerte para el cargo, ya que eres una persona decente que es lo que necesitamos".

¡Menudo compromiso!. Menos mal que mi cojera y mi delgadez, que tantos servicios me había prestado, me ayudó una vez más. Le dije que agradecía vivamente el honor que se me hacía pero que mi mal estado de salud -le indiqué que lo de la cojera era tuberculosis ósea- me impedía el aceptar. Como comprendió que no le mentía se marchó ¡hasta triste!. Era el colmo. Sólo me faltaba, después de lo que llevaba sufrido, que entrasen en Madrid los Nacionales y con ellos los dueños de las sastrería incautadas y me encontrasen como jefe de estas, nombrado por los socialistas. Me habrían ahorcado en plena Puerta del Sol.

No obstante aquello me tranquilizó bastante. Se sabía quien era y se me consideraba y respetaba hasta aquel extremo. Creí que por el lado político podía estar ya algo tranquilo.

Pero cuando más confiado estaba se presentaron dos policías en casa y me detuvieron, nada menos que por orden del temido S.I.M. Me llevaron a una casa del Paseo del Cisne, dependiente de aquel, y tras una breve declaración me metieron en un calabozo del sótano. Recuerdo que el mili-



ciano que me encerró me advirtió de malos modos que cuando tuviese alguna necesidad llamase a la puerta. No sentía ninguna en aquel momento, lo único que tenía era un miedo horrible; pero nada más perderse el ruido de los pasos del miliciano por un largo pasillo sentí una gana de orinar inaguantable. Llamé repetidas veces a la puerta y como nadie respondía lo hice en el suelo durante muchísimo tiempo; era una orina clara, como el agua, producto sin duda del miedo. Me eché en un camastro, me puse a rezar y a pensar en el fin de Santiago y en mi hijo. ¿Sería posible que me matasen a mi también como un cordero?.

Allí estuve varias horas hasta que oí abrir la puerta y apareció el miliciano para que le acompañara. Me condujo a una habitación grande en la que tras una larga mesa había tres forajidos sentados. Por lo visto era el juicio. Me achacaron en el interrogatorio a que fui sometido varias imputaciones completamente falsas: que tenía ficha de Renovación Española, que había sido directivo del partido de Gil Robles, que no era inútil total, etc. Contesté que nada de aquello era cierto, que me lo probasen y mostré el certificado de inutilidad añadiendo ¿pero no ven ustedes como estoy?. Yo había sido de la Asociación de Estudiantes Católicos del Conservatorio y cotizaba a Falange, pero de esto nada me dijeron.

Salió por una puerta otro forajido con pistola al cinto y una porra de goma con la que jugueteaba doblándola y dijo: "¿chulito tenemos? y no se explicotea mal, pero yo le haré cantar". Todos desconocemos nuestro valor hasta que llega un momento decisivo. Así, con mi cojera y mi cara demacrada me encaré al tipo aquel y le dije: "le advierto a usted que si me pega con esa porra me tendrá que matar con la pistola que lleva porque me tiro a usted y le saco los ojos". No sé en que estado de cólera y con que cara de decisión le dije esto, pero se me debió notar que mi vida no me importaba nada en ese momento al jugármela de aquella manera, o tal vez no les convenía matarme en aquel sitio. Siempre que recuerdo esto me sorprendo y me pregunto como pude actuar así.

Aquel malvado debió quedar más sorprendido aún; no se esperaba por lo visto una reacción así en un hombre tan débil. No recuerdo bien lo que ocurrió después; creo que cuchichearon los tres de la mesa y dieron orden al miliciano de que me volviera a encerrar. Lo que si es cierto es que nadie me tocó.

Mi detención había movilizado a mi familia. Mi tío hizo gestiones con un teniente coronel de Asalto muy influyente, cliente antiguo de la sastrería quien llamó directamente al jefe del S.I.M. y le dijo: "en vuestro delirio por detener gente lo habeis hecho hasta con mi sastre; yo respondo de palabra y por escrito de ese chico". A este teniente coronel le había hecho mi padre un favor: cuando estaba expulsado del Ejército se lo encontró hecho un pordiosero y le dijo que no podría verle así, que fuese a la sastrería a hacerse unos trajes y que ya los pagaría cuando pudiese. Este fue uno de los rasgos peculiares de mi padre que aquel señor no olvidó.

Mi hermano Paco se situó en frente de la prisión en que estaba, dispuesto a no moverse de allí hasta que me viera salir o seguirme a donde me llevarsen.

Por fin me sacaron del calabozo -no me dieron ni de comer- y me enfrenté a un comisario de Policía llamado Casero, que era de Cuenca y dijo conocer a mi madre; me preguntó si era hijo de Visita y dió orden de que me llevarsen a casa en un coche. Yo no las tenía todas conmigo porque no sabía si ese comisario decía verdad; me acordaba de que con ese procedimiento del paseo en coche habían asesinado a infinidad de gente. Dije que iría andando pero ante su insistencia monté en el coche. Tiró éste por Santa Engracia abajo y al ver que tomaba la de Fuencarral me tranquilicé un poco, ese era el camino de mi casa. Enfiló al fin la Puerta del Sol y al llegar a la iglesia de San Ginés disminuyó velocidad y por fin paró en mi puerta y descendí.

Subí a casa corriendo -con el bastón bajo el brazo- y el recibimiento que se me hizo fue apoteósico. Mími, mi madre y mis hermanos me abrazaron llorando y yo me comí a besos a mi hijo al que había pensado no volver a ver.

Yo, a esta altura de la guerra, estaba extrañadísimo de aquella detención, pero pasados unos días me informé: habían detenido al capitán Tárraga, por el que me dieron inútil total; lo torturaron en el S.I.M. y le hicieron decir algunos nombres de los salvados por él o de los archivos de inútiles extrajeron nombres, entre ellos el mío. Cuando se enteró la Bedoya -la rojísima Bedoya- me invitó si tenía miedo a ir a vivir con ella que "en su casa si que estaba seguro", me dijo.

A todo esto se desencadenó la batalla del Ebro, que iba a decidir la guerra. Con inusitados elementos atravesaron el río los rojos, cuya margen izquierda ocupaban los Nacionales con objeto de aislar la cabeza de puente que estos establecieron al llegar al Mediterráneo y embolar así una gran parte del Ejército Nacional. La operación estaba bien pensada pero no sorprendió al Generalísimo. Tras una corajuda batalla de desgaste que duró varios meses, quedó triturado el Ejército Rojo, hasta tal extremo que, a primero de 1.939, comenzó la invasión de Cataluña por el sur y por el frente de Aragón. La marcha de Franco fue triunfal; ocupó en no mucho tiempo toda la región -se declaró Barcelona ciudad abierta- y expulsó a los rojos, al Gobierno Republicano, a lo que quedaba de Congreso y a todo el aparato político de la República más allá de la frontera con Francia. Este hecho constituyó un monumental desastre para los rojos.

El día de mi cumpleaños, cinco de marzo, se levantó en Madrid el coronel Casado, de acuerdo con Besteiro -el más moderado de los socialistas- y con el anarquista Cipriano Mera. En un comunicado leído por la radio se decía que, dado el extremo a que había llegado la guerra, se impo-

nía entablar negociaciones de paz con los Nacionales. También se dijo que el general Miaja, jefe del Ejército del Centro y Presidente de la Junta de Defensa de Madrid, había desertado refugiándose en Valencia.

Ambas noticias, que significaban poco menos que la rendición, no sorprendió a nadie. Todos, rojos y no rojos, estábamos hartos de guerra, que ya duraba dos años y ocho meses y no existían posibilidades de continuarla. Unicamente el Partido Comunista se opuso a aquella decisión. Se entabló una lucha armada en Madrid, entre éste y las demás fuerzas del Frente Popular de extema dureza. Un dramático llamamiento por radio de Julián Besteiro, explicando las razones objetivas de su decisión, no impidió, durante ocho o diez días, que se luchase encarnizadamente en las calles, entre los dos bandos del Ejército Rojo, produciéndose cuantiosas bajas. Al fin y con ayuda de varias Brigadas de la C.N.T. que se trajeron del frente para socorrer a Casado y a Besteiro, fueron reducidos los comunistas y se evitó que los muy canalla's hicieran explotar la dinamita que habían colocado en todas las alcantarillas de Madrid con el fin de volarlo antes de entregarlo a los Nacionales. Pero al verse derrotados cundió el pánico y en masiva desbandada huyeron hacia Valencia.

Se habían abandonado los frentes. Los soldados, tirando el fusil, se fueron a sus casas y así, el final de la guerra y la ocupación de los grandes territorios, que aún detentaban los rojos desde parte de Extremadura al Mediterráneo, fueron un paseo militar para los Nacionales, que el día veintiocho tomaron Madrid y el uno de abril alcanzaron la última plaza: Alicante. La guerra, la horrible guerra, había terminado, como decía el histórico último parte del Cuartel General del Generalísimo de aquella fecha. Mi primera demostración de alegría fue volar mi bastón por los aires. Había terminado el suplicio de mi cojera.

Es muy difícil expresar aquí lo que significó aquel veintiocho de marzo. Fue como un volver a la vida después de aquella horrorosa y larga pesadilla. La gente llorando se abrazaba por la calle sin conocerse. Madrid era un bosque de banderas bicolores y coches y camiones repletos de gente que desahogada y emocionadamente gritaba ¡viva Franco! ¡Arriba España!.

Siempre vale la pena vivir épocas tristes si se puede conocer su fin; pero cuántos miles y miles de seres quedaron por el camino; cuántos, como Santiago, mi suegra y tantos otros dejaron la vida con el horrible amargor en los últimos segundos de creer todo perdido y derrumbado. Para ellos, que contribuyeron con su extremo sacrificio al fin de tanto horrible sufrimiento, sea nuestro agradecimiento en forma de perenne recuerdo y oración.

## TERCERA PARTE

### EL LARGO CAMINAR HASTA MI META

Pasé unos días en el clima de alegría desbordante que el final de la guerra proporcionaba. Aún me parecía mentira que hubiese pasado aquel horror y muchas veces soñaba que el final no había sido cierto. Me despertaba sobresaltado y me costaba trabajo volver a la realidad: sí, era verdad, los enormes peligros en que vivimos casi tres años habían desaparecido. Disfrutaba a pulmón lleno aquellos paseos por el martirizado centro de Madrid sin el menor temor. Se acabaron los milicianos, el S.I.M., los bombardeos; ahora solo se veían por las calles apuestos militares, falangistas uniformados, gente bien vestida y algunos sacerdotes. Yo mismo, que conservaba intacto el vestuario que me hice para mi boda, me vestí correctamente -casi se me había olvidado ahudarme la corbata- y quemé la guayabera y los asquerosos atuendos que usé durante la guerra.

Es condición de los humanos no conceder valor a las cosas más que cuando se pierden. Durante la guerra no añoraba el viajar en un buen coche, ni en la estancia en hoteles suntuosos, ni aún siquiera oír tranquilamente música, solo deseaba con todo mi corazón y toda mi alma lo más sencillo: darme un modesto paseo con Mími y mi hijo por la plaza de Oriente o por el Paseo de Rosales en paz, que es uno de los tesoros que no sabemos apreciar. ¡Paz, una palabra tan corta con tan cuantioso contenido!. La paz ni se ve ni se toca, pero es junto con la absoluta libertad sin ningún temor, lo más invalorable que hay al alcance del hombre.

Tras la horrorosa experiencia me saturé de este don. Visitamos las iglesias, abiertas al otro día de la liberación al culto, y dí gracias a Dios, entronizado nuevamente en su verdadero trono, por habernos sacado idemnes de tantos peligros. Bautizamos inmediatamente a José en San Ginés porque sólo tenía el agua de socorro.

La primer Misa que oímos fue en casa de García de la Parra. El oficiante era un padre Agustino que había sido profesor de mi sobrino Jaime, pues por encontrarse en edad escolar y no existir colegios, le pregunté a Parra si conocía a alguien que pudiese encargarse del chico; me envió a un señor que me dijo era maestro de Zamora, al que le sorprendió la guerra en Madrid, y que necesitaba algún ingreso. Jamás me confesó, aunque teníamos gran amistad, que se trataba de un religioso. Me extrañó cuando me invitó a la Misa su insistencia en que fuese mi sobrino. Allí nos presentamos y me quedé sorprendidísimo al ver a aquel maestro, que de ordinario iba tan mal vestido, con su correcta sotana y presentármelo como el padre Agustín, Prior de los Agustinos de El Escorial. Me contó su historia: había estado un año en la cárcel y al salir se camufló tan perfectamente de maestro de escuela parado, que nadie había supuesto que se trataba de un religioso tan prestigioso. Le abracé con todas mis fuerzas. Nos confesó y comulgamos.

La Misa se celebró en el despacho de García de la Parra y solo estaba exornado con unas colchas que su hija colgó en las paredes. A pesar de su sencillez, me pareció aquella celebración la más suntuosa, fervorosa y recogida de toda mi vida. Recordé aquella maravillosa descripción que hace Bécquer en sus "cartas desde mi celda" cuando dice: "que en la Misa en aquella ermita humilde y solitaria se está más cerca de Dios que en las grandes catedrales".

Por cierto, que en todo suele haber su anécdota. El día de la liberación de Madrid le correspondía a aquel maestro o padre Prior -no sé como denominarle- dar clase a mi sobrino. Se presentó a las nueve de la mañana en la sastrería y como ya había comenzado la algazara por las calles, me preguntó tímidamente ¿le importaría que hoy no hubiese clase? parece que se ha terminado la guerra.

Al otro día nos fuimos el tío, Paco y yo andando a Pozuelo. Teníamos gran interés por ver nuestras propiedades, que habían estado en poder de las tropas Nacionales desde noviembre de 1.936. Aunque íbamos muy pesimistas sobre el estado en que se encontrarían, no había más remedio que enfrentarse con la realidad. Salimos de Madrid por la Ciudad Universitaria y atravesamos la línea que había sido frente durante tanto tiempo; vimos, en los que se llama en las guerras tierra de nadie, algunos esqueletos humanos que parecían de marfil; estaban totalmente pelados y debían pertenecer a gente que murió en los primeros días de tomar los Nacionales el Clínico. La bella Ciudad Universitaria presentaba un aspecto desolador; todos los edificios estaban semidestruidos de cañonazos y bombardeos aéreos; a lo largo y a lo ancho de la avenida que le da acceso se cruzaban innumerables parapetos y líneas de trincheras -alguna de las cuales tuvimos que atravesar- que manifestaba la ferocidad de la lucha que allí se desarrolló. No existía del maravilloso arbolado más que algunos troncos con muñones cercenados por la metralla y que parecía que protestaban dolorosamente por su mutilación. Aunque el panorama era estremecedor, nosotros íbamos muy contentos pisando aquel suelo que fue escenario de uno de los más heroicos hechos de los Nacionales, y en el que perderían la vida tantos hombres por salvarnos.

En Puerta de Hierro todo eran ruinas. Ni existía la tradicional gasolinera ni nada; subimos la Cuesta de las Perdices e igualmente desolación y trincheras, porque parece ser que la margen izquierda de esta cues-



ta pertenecía a los Nacionales y la derecha a sus enemigos. Llegamos a Aravaca. Aquí las modestas casas que componían este pueblo estaban casi intactas, lo que demostraba que fue ocupado de un gran empujón. Había en él infinidad de soldados que se albergaban en ellas y que debían constituir una división. Al vernos nos invitaron espléndidamente y mi tío sobre todo se hartó de vino, pues estaba muy bien avituallada aquella guarnición.

Y por fin llegamos a nuestras propiedades de la Colonia de San José. En la vaguada que existe en nuestro terreno del Hacha había varias baterías apuntando hacia Madrid y que eran sin duda las que nos cañoneaban. Nos produjo inmensa alegría y emoción pisar aquellos terrenos que tanto queríamos. Al entrar en ellos nos dió el alto un teniente diciéndonos que aquella era zona prohibida. Mi tío contestó rápidamente: "pero si son de nuestra propiedad". Entonces el teniente muy amablemente nos dejó pasar y nos mostró aquellos feroces cañones que, nos dijo: "a pesar del daño que les hayan hecho han contribuido poderosamente a su liberación".

Vimos nuestras casas. De los catorce hotelitos que poseíamos uno de los mejores había desaparecido por completo y los demás no mantenían en pie más que los muros maestros. Nos quejamos al teniente de que por el estado de las edificaciones sus daños no parecían ocasionados por las armas, ya que les faltaba sólo el tejado con su armadura así como las puertas y ventanas, es decir, todo lo que era de madera. Confesó el oficial que teníamos razón, que aquellas armaduras y puertas habían sido arrancadas para hacer fuego los soldados y calentarse en los fríos inviernos que habían pasado allí. ¿No creen, nos dijo, que el sacrificio de los hombres que estábamos amenazando Madrid no vale esta pérdida material de ustedes?. El argumento era lapidario y no dijimos nada.

Fuimos recorriendo uno a uno lo que habían sido hotelitos. Mi tío rompió a llorar; todo el sacrificio de su vida y de la de mi padre estaba condensado en aquellas fincas que ahora aparecían destruidas; dijo que su soñada vejez tranquila, basada en aquellas posesiones, iba a convertirse en morir en un asilo. Yo reaccioné vivamente -mi hermano es testigo- y le aseguré que con nuestro trabajo se reconstruiría aquello y que los terrenos -casi treinta mil metros cuadrados- allí estaban. Como mi tío me conocía y sabía que nunca prometía por prometer, se calmó bastante y andando también, pues no se podía ir de otro modo, regresamos a Madrid con el consuelo del mal de muchos ... porque toda la Colonia y todo Pozuelo estaba en idéntico estado que nuestras propiedades.

A los pocos días tuvimos noticias de que parecía ser que un camarero del bar Opera, de la plaza de Isabel II, estaba implicado en la muerte de Santiago. En compañía de un policía amigo, llamado Cobos, fuimos a verlo, pero del tal camarero hacía años que no sabía el dueño del bar. No recuerdo porqué ni por quien nos informamos de que estaba en Toledo y hasta nos dieron su dirección; sin perder tiempo y en un coche oficial nos encaminamos allá y le encontramos en una casucha. La escena fue violentísima; él negaba todo, pero a pesar de ello le dimos una paliza monumental. Yo jamás he dado tantas bofetadas como las que se llevó aquel hombre. No se defendía, lo que indicaba la intranquilidad de su conciencia, pero salimos convencidos de que su cobardía era debida a otros delitos y no como autor o cómplice del crimen cometido con Santiago. De todas formas no le vinieron mal a aquel tiparraco los golpes que recibí.

La muerte de mi suegra había creado el grave problema de tener que convivir en la casa de aquella mi cuñada con su padrastro, que aunque hombre mayor, era aún relativamente joven. Hablé con este diciéndole que no parecía correcto, desde el punto de vista ético y social, aquella convivencia de una mujer joven con un hombre al que no le unía ningún paren-

tesco de sangre, y le propuse que vivieramos juntos. A mí esta solución no me agradaba ya que implicaba perder mi pisito de la calle de Leganitos -que aún conservaba por haber estado pagando el alquiler durante toda la guerra- e iba a cohartar mi libertad y mi satisfacción de vivir solo con mi mujer y mi hijo. Por otro lado no me era grato el convivir con aquellas dos personas, ya que desde que se conoció el testamento de mi suegra me consideraban como reo de intromisión en sus asuntos familiares y aunque sabían que no tenía yo culpa, en mil detalles domésticos, notaba su escasa simpatía hacia mí. Pero yo he sido siempre hombre muy íntegro y en mis intervenciones y decisiones jamás he pensado si mis conveniencias acarrearían buenas o malas consecuencias, sino que siempre ha tratado de hacer lo que honradamente entendía por mi deber.

Mi "suegrastro" comprendió bien mis razonamientos -raro en él, pues era el prototipo de la simpleza" y, como consecuencia, ellos dejaron su casa de la calle de Pontejos y yo, con gran pena, el mío de Leganitos y alquilamos uno amplio en la calle Mayor once.

El fin de la guerra también trajo problemas de adaptación en mi madre y mis hermanos. Aquella, viuda, y sin la menor idea de nada relacionado con los negocios de mi padre; mi hermana Margarita también viuda y con un hijo; mi hermano Fernando continuando en el servicio militar, ahora con los Nacionales, y mi tío bastante mayor y desentrenado de sus labores profesionales por haberlas delegado en Santiago desde hacía varios años, no quedabamos realmente útiles para afrontar la situación más que Paco y yo.

Menos mal que casi desde el día de nuestra liberación se empezó a normalizar el trabajo pues comenzaron a acudir militares a vestirse, muchos de ellos antiguos clientes de mi padre y Santiago, y como los fabricantes catalanes -sobre todo Gorina- enviaron inmediatamente géneros que

tenían escondidos sin acompañar factura siquiera, se puso en marcha el negocio y así pudimos devolver rápidamente las quinientas pesetas que nos prestó el primer día un sombrerero de la calle de Carretas, ya que el dinero de la República había perdido su valor.

Pero no obstante la baja de Santiago era de enorme trascendencia. Se puede asegurar que él solo llevaba la parte técnica de la sastrería, pues Paco y yo no hacíamos más que secundarle: Paco como técnico, aunque un poco verde dada su juventud, y yo en la parte administrativa y organizadora.

Pero atacamos con la misma valentía e ímpetu que Don Quijote los molinos de viento aquella delicadísima situación, sin pensar que nos pudiesen voltear las aspas. En aquellos momentos no había tiempo de pensar en nada más que en resolver las dificultades económicas y encauzar como fuese la sastrería. Así se presentó un militar a hacerse un chaquet para casarse en Badajoz. No sabíamos por donde nos andábamos pero, aunque creo que salió muy mal, el militar se lo llevó, se casó y, lo que es más importante, lo pagó.

Tengo que reconocer aquí el mérito y tesón de Paco, que en muy poco tiempo, se transformó de bisoño en un sastre de gran categoría, que sustituyó dignísimamente a Santiago, pues no se le resistieron en los primeros momentos ni las casacas de ujieres del Tribunal Supremo que acudieron en aluvión. También le hizo uniformes y ropa de etiqueta al general Aranda y quedó muy satisfecho.

Se estructuró pues la empresa pasando Paco a jefe técnico, auxiliado por mí y mi tío, que tuvo que reintegrarse al servicio activo cuando la delicadeza del trabajo lo requería.

Pero a mí seguía preocupándome mucho mi madre y mis hermanos. La vida en casa de mi padre había sido muy confortable; se estaba habituado a lo que se denomina vivir bien y, aunque se le entregaba a mi madre el dinero indispensable para los gastos de casa y se daba la sensación de que todo seguía como siempre, no se podía evitar en aquellos primeros momentos de estructuración una cierta penuria. Paco y yo fuimos los primeros en dar ejemplo de sacrificio retirando, cuando era posible, un sueldo de trescientas noventa pesetas, lo que me obligó a mí, para sostener mi casa, a dar a deshora de mi trabajo clases de Solfeo y Armonía, que las pagaban bien.

La dichosa inercia de la vida pasada, cuando vivía mi padre, no era olvidada por mi madre y hermanas y eso que solo se estaba prescindiendo de lo que no era indispensable. No se daban cuenta de la tremenda mutación que había supuesto la guerra. Me propuse que siguiésemos viviendo todos lo más parecido a como en vida de mi padre, como si casi no hubiese ocurrido nada, y logré conseguirlo pues jamás tuvo que trabajar ninguna de mis hermanas. Pero por lo visto esto no bastaba y había que ser antipático en beneficio de todos y decir no rotundamente -que es lo más desagradable que existe- en casos como el que promovió la inconsecuencia tan femenina de mi madre y hermanas al elegir el camino fácil para resolver lo que no era imprescindible: vender o malvender alguna finca o todas de Pozuelo "para seguir viviendo como antes".

Yo me opuse a esto de una manera resuelta. Creía que aquel patrimonio familiar había que salvarlo a toda costa y por el único procedimiento que había constituido el "leifmotiv" de mi vida: esfuerzo, sacrificio y trabajo. Esta inflexibilidad mía me acarreó muy serios disgustos, sobre todo con mi madre. Aquella tentación tan a la mano de deshacerse de las fincas encontró en mí, siempre que se planteaba, un obstáculo infranqueable. Tenía absoluta fe, y el tiempo me dió la razón, que el conservarlas

aseguraría la vejez de mi madre y tío, y contribuiría a mejorar el porvenir de todos. Menos mal que mis opiniones eran respetadas, aunque les pareciesen mal, pero si las circunstancias me habían convertido en jefe de la familia teniendo treinta años, era justo que asumiese igual que las responsabilidades las iniciativas. Esta situación me hacía implorar constantemente a Dios para que me iluminase en mis decisiones, pues aunque mi razón me las aconsejaba inexorablemente, había que pensar también que el hombre es falible.

Al quedar la guerra como una pesadilla lejana y estructurados los problemas económicos acuciantes, merced al revivir de la sastrería, en la que cada vez había más negocio, resurgieron en mí con mayor vitalidad las ilusiones y proyectos de mi niñez y juventud, que solamente habían permanecido dormidos, y se me aparecieron de pronto con una fuerza renovada y con un vigor casi desconocido las posibilidades y fe en mí con que tanto soñé. Se había extinguido el pavor de la preguerra y de los casi tres años que duró ésta y resurgido el hombre de siempre, aquel hombre que llevaba dentro de sí tanto deseo de cultura y de triunfo. Felizmente era el mismo que había sido desde la niñez, aunque ahora revitalizado con aquellos valiosos Premios Extraordinarios que había obtenido al final de mis estudios, y que me proporcionaron el espaldarazo en mi carrera musical. Aquel pobre miliciano cojo con guayabera se había extinguido totalmente. No quedó de él la más mínima huella.

Reanudé mi contacto con la vida musical, las visitas a mis maestros y la asistencia a conciertos dirigidos por el maestro Vega con la Orquesta de Conciertos Madrid, constituida con elementos de la Sinfónica y Filarmónica, y posteriormente por Cubiles que, a pesar de su pasado republicano, -la única colgadura que se colocaba en cualquier fiesta política anterior a la guerra en la plaza de Oriente era la suya- estuvo en zona Nacional y vino con unas ínfulas falangistas que dejaban atrás al mismo José Antonio, y echó de mala manera a Vega de dirigir aquella orquesta.

Es curiosa la vocación tardía de algunos buenos músicos por la dirección de orquesta. Yo no tenía noticia de que Cubiles hubiese dirigido jamás. Unicamente poseía una merecida fama de pianista, que sin duda era el mejor de España -había estrenado las "Noches en los jardines de España" de Falla- pero de pronto apareció, como Conrado del Campo, en la nueva faceta de director, y aunque ambos fracasaron en ella -Cubiles más ruidosamente aún pues dirigió, en el Teatro Español, una Heródica de Beethoven que se perdió en el primer tiempo, y la marcha fúnebre duró el doble de las indicaciones metronómicas establecidas por su autor- se creyeron de tal manera que eran grandes directores que, si a Cubiles se le decía que era un mal pianista o a Conrado del Campo un mal compositor, no pasaba nada, pero si alguien regateaba sus méritos como directores le tiraban a uno por el balcón. Curioso fenómeno pero absolutamente verdadero.

Como del Conservatorio se había expulsado a treinta y tres Catedráticos y profesores por desafectos durante la guerra, entre ellos a Bordas, García de la Parra, Monge -mi antiguo profesor que se suicidó- Sánchez Puerta, etc., se había constituido una Comisión para reorganizar el Centro, pues aunque habían reingresado automáticamente los expulsados, muchos habían fallecido y había que poner aquel en funcionamiento para el curso 1.939-40. Dicha Comisión la formaban Turina, Cubiles y García de la Parra, que era la encargada de proponer al Ministro profesores interinos para cubrir las bajas y completar la plantilla para que el Conservatorio pudiese abrir la matrícula oficial de aquel curso académico.

Se echará quizá de menos en dicha Comisión nombres como los de Conrado del Campo y Pérez Casas, artistas de enorme prestigio, pero es que ambos a más de no ser expulsados, hicieron alguna tontería durante la guerra, como organizar unos cursillos en el Centro -en el que como es natural no había clases- lo que se tomó por el Régimen de Franco, acuciado sin duda por profesores expulsados, como solidaridad con los rojos. Total: fue-

ron detenidos y juzgados en Consejo de Guerra en las Salesas. A Conrado le pedía el Fiscal ocho años de presidio por auxilio a la rebelión. Yo fui a declarar en su favor juntamente con Lemberg, otro alumno suyo. Dije que le conocía más de diez años y que siempre se había declarado monárquico y conservador -como era la verdad- y que aquellos cursillos que organizó fueron a propuesta, o mejor, por imposición de Castro Escudero, antiguo alumno suyo, y que durante la guerra fue nombrado comisario del Conservatorio a propuesta del partido Comunista al que pertenecía. Dije también que era peligrosísimo en aquellas circunstancias negarse a esa clase de requerimientos, y también algo relacionado con la casualidad geográfica de sorprenderle a uno la guerra en una zona u otra. Un comandante, vocal de aquel Consejo de Guerra, me interrumpió para preguntarme: ¿y por qué no se pasaron el procesado y usted a la zona Nacional?. Yo le hubiese respondido de buena gana: y usted ¿por qué no ha conseguido la Laureada de San Fernando, porque es muy difícil, no? pero solo dije que pasarse no era fácil. Al fin la causa del maestro fue sobreseida, pero no pudo evitar en el ambiente musical unos meses de incomodidad y aislamiento. Yo seguí prestándole mi gran afecto y compañía en aquellos momentos tan delicados y tristes por los que atravesó.



Continuaba mi vida en común con mi "suegrastro" y mi cuñada. No era una convivencia cómoda, pues en cualquier momento ponían de manifiesto su fobia; no habían perdonado el gesto de confianza que mi suegra depositó en mí. Yo me inhibía de aquel ambiente haciendo la vida con Mími y mi hijo, o refugiándome en mi despacho entre mis libros y partituras y evadiéndome de aquel ambiente de vulgaridad e insustancialidad que era la conversación con Agrícola, uno de los hombres más inanes y faltos de cultura que he conocido. Si Miguel Angel redivivo hubiese querido esculpir el símbolo del horterismo, le había elegido como el modelo perfecto.

Yo no vivía a gusto en aquel clima desagradable y hasta a veces me arrepentía del gesto que tuve, complicando mi vida, de amparar con aquella convivencia la situación de mi cuñada. Mi única esperanza era su boda. Tenía novio desde antes de la guerra, e incluso salíamos juntos los cuatro en aquella época, pero cuando estalló aquella se encontraba en Oviedo y por tanto en zona Nacional. Este muchacho era hijo de un republicano asturiano, muy amigo de González Peña, jefe socialista del levantamiento revolucionario de 1.934, pero a pesar de ello vino, cuando se liberó Madrid, de alférez provisional de Flechas Verdes, unidad adscrita al cuerpo de ejército de voluntarios italianos. Se presentó el primero de abril en la sastrería con su uniforme relumbrante, muy guapetón y me encontró a mí depauperado -pesaba solamente cuarenta y cinco kilos-; nos dimos un abrazo y pensé para mí al contemplarle y al contemplarme: ¿quién es el rojo, este republicano tradicional, combatiente en el Ejército Nacional o yo, que aún no había perdido mi fisonomía de miliciano?. De alférez provisional pasó a la Secretaría de Educación Popular y de esta al Ministerio de Información y Turismo. Así, como todos los que habían tenido esta graduación, hizo una buena carrera en la Administración, nombrado a dedo, y los que leales a los Nacionales habíamos estado en zona roja tuvimos que elegir para situarnos el difícil camino de las oposiciones a pecho descubierto. ¡Azares y tragedias de toda guerra civil!.

Por entonces le dió difteria a mi hijo. Fueron momentos angustiosos, pues por un malentendido con el doctor Martín Calderín, jefe del Instituto Antidiftérico Municipal, al entender que yo pretendía que se le hiciera la intubación que exigía gratis, discutimos vivamente y al decirle que estaba dispuesto a pagar lo que fuese preciso y contestarme que a mi hijo no se le intervenía allí a ningún precio, le cogí por las solapas y le dije que si se moría el niño, le mataba ... Fui con el chico y la médica Ramona en un taxi, recorriendo todos los otorrinolaringólogos de Madrid, incluso al doctor Tapia, y todos me dijeron que era muy delicada la colocación del tubo, que había que tener costumbre de hacerlo y que donde mejor lo efectuaban era en el mencionado Instituto. Volví a él con el niño casi asfixiado y pedí casi llorando que le intubaran. Salíó el doctor Lozoya, quien debió de apiadarse de mí, lo pasó al quirófano y en tres segundos, con habilidad pasmosa, le colocó el tubo. Lo llevamos a casa con una enfermera para que lo vigilase, si se le salía avisar inmediatamente al médico, que previamente me había dado nota detallada en la que indicaba minuto a minuto donde se le podía localizar. Como pasaron las cuarenta y ocho horas de peligro y el tubo no se salió, le dió el alta y el chico remontó aquella terrible enfermedad que pudo costarle la vida... Como quedó muy débil, el mismo doctor Lozoya me aconsejó llevarle a puerto de mar y a ser posible al norte.

Estuvimos en Santander más de un mes aquel verano. No había visto el mar hacía tres años y me causó una gran sensación y alegría pues ¡tantas veces pensé no volverlo a ver! ... Santander estaba normalizado al haber sido liberado más de un año antes de terminar la guerra. Aquellas mañanas en el Sardinero y aquellos paseos por la tarde, no solo recuperó al niño sino que Mími y yo mejoramos muchísimo del estado nervioso en que nos encontrábamos. Hasta engordamos.

De regreso a Madrid a primeros de septiembre me dediqué a indagar que rumores había sobre las actividades de la Comisión encargada de reestructurar el Conservatorio y que nombres sonaban como posibles elegidos para cubrir interinamente las vacantes. Saqué en limpio que se pensaba nombrar a gente muy prestigiosa y que nadie discutiese los nombramientos.

Visité a Conrado del Campo, pero no sabía nada de nada; luego a García de la Parra, que el muy zorro no soltó prenda; a Bordas, a Cubiles y nadie me aclaró nada. Solo que se trataba de hacer una selección muy objetiva considerando minuciosamente los méritos de cada uno.

Yo había días que estaba muy esperanzado, otros amanecía pesimista y lo veía todó negro, pues aunque tenía destacados méritos académicos, no había podido añadir ningún otro a causa de la guerra. En fin, como estaba hecho un lío me limité a esperar; la cosa no podía demorarse, estaba avanzado octubre y la Orden Ministerial tenía que aparecer todo lo más a primeros de noviembre. Cuando más desesperado estaba me llamó un día por teléfono el maestro Vega -con el que había estrechado relaciones desde que fuè miembro del Tribunal que me otorgó el Premio de Composición- y me dijo lacónicamente, como era su estilo, "suena su nombre para profesor interino del Conservatorio". Yo inquirí apremiantemente más detalles pero no hubo medio de que ampliase aquellas escuetas palabras. Me quedé perplejo. ¿Sería posible que a mi edad pudiese ser profesor del Real Conservatorio de Madrid? ¿Sería posible que se hiciese realidad el sueño que había acariciado toda mi vida?. Afanosamente adquiría el Boletín Oficial desde los últimos días de octubre y lo devoraba nerviosamente.

Por fin en el número 307 de tres de noviembre de 1.939, apareció la Orden Ministerial de fecha once de octubre: en efecto, era nombrado profesor ;numerario! nada menos de Solfeo. Realmente figuraban personalidades relevantes en la lista: el padre Otaño, Guridi, Joaquín Rodrigo,

## MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

**Orden de 11 de octubre de 1939 nombrando Profesores interinos del Conservatorio Nacional de Música y Declamación de Madrid.—Páginas 6187 y 6188.**

*ORDEN de 11 de octubre de 1939 nombrando Profesores interinos del Conservatorio Nacional de Música y Declamación de Madrid.*

Ilmo. Sr.: Con el fin de que las enseñanzas del Conservatorio Nacional de Música y Declamación de Madrid se realicen en el presente curso con la máxima normalidad, y de acuerdo con la propuesta formulada por la Comisión reorganizadora de los Conservatorios de España; sobre la base de reducir al minimum posible los nombramientos de interinos, ya que para en breve se prepara una reorganización general,

Este Ministerio ha tenido a bien nombrar:

a) Profesores numerarios interinos del referido Centro, con los dos tercios del sueldo de entrada del Escalafón de dicho Profesorado: De Solfeo, a D. Francisco Calés Pina; de Trompa, a D. Alvaro Mon; de Trombón, a D. Leopoldo Cuesta García; de Declamación Práctica, a D. Ricardo Calvo Agosti; de Solfeo, a D. Facundo de la Viña; de Piano, a D. Leopoldo Que-

rol; de Violín y Viola, a D. Enrique Iniesta; de Armonía, a D. Jesús Guridi; de Folklore, a D. José María Nemesio Otaño y Eguino; de Práctica de Folklore, a D. Joaquín Rodrigo Vidre; de Flauta, a D. Gumersindo Rodríguez Reina; de Contrabajo, a D. Sebastián Ruiz Pardo; de Solfeo, a D. José Moreno Bascuñana; de Armonía, a D. Victorino Echevarría López; de Solfeo, a D. Fernando Moraleda Bellver; de Música de Salón, a D. Juan Tellería.

b) Profesores supernumerarios interinos con el sueldo anual de 2.000 pesetas: de Solfeo, a D. Arturo Camacho y Velasco y a doña Adela Espallargar Gutiérrez; de Piano, a D.<sup>a</sup> Pilar Torrégros Torrégrosa, a D.<sup>a</sup> Antonia Garraus y a D.<sup>a</sup> Vicenta Figuera de Vargas; de Violín y Viola, a D.<sup>a</sup> Angela Velasco Gallástegui. La consignación de Esgrima se aplicará a Guitarra.

Durante el presente curso, los alumnos quedarán dispensados de asistir a las clases de Indumentaria y Esgrima.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Nombramiento como Profesor numerario.

Leopoldo Querol, Enrique Iniesta, Echevarría, Facundo de la Viña, Moraleda, que había hecho una gran carrera teatral en Zona Nacional, Tellería, autor del himno de Falage, etc.

Yo estaba loco de alegría. Mis ilusiones habían alcanzado su meta. Tantos sufrimientos como había padecido desde que me casé, podría decir que aquel notición me compensaba largamente. Unicamente sentía que mi padre no hubiese conocido este triunfo de su hijo que tanto deseaba; fui hasta el cementerio a "informarle" y volví confortado, me parecía que desde su lecho eterno sonreía con satisfacción. Pero no estaba triste; sabía muy bien que aquel hombre bueno no conocería el final de la guerra y no por su mala salud, sino porque entre julio y septiembre de 1.936 habían ido a detenerle seis o siete veces y sin duda lo hubiesen asesinado. Me contó el portero de la calle del Arenal que una de estas veces, al preguntar por él unos criminales e informarles que había fallecido, uno exclamó: ¡que lástima, con lo bien que habría hecho de fiambre!. Si, había que dar gracias a Dios de que se lo llevase oportunamente y que reposara en paz en una digna sepultura, antes de suponerle asesinado barbaramente y enterrado en cualquier basurero sin caja y sin cruz como Santiago, como tantos otros.

Mími y toda mi familia celebraron mucho el triunfo que cambiaba mi vida. El primer síntoma de ésta lo noté cuando asistí al Conservatorio a dar mi primera clase. Este radicaba ahora provisionalmente en varios pisos de la calle de Alcalá, encima del teatro Alcázar, que tuvo que habilitar el Ministerio porque los Jesuitas recuperaron el edificio de la calle Zorrilla. Iba muy emocionado el día de mi debut como profesor. Subí la escalera y en el primer piso me sorprendió con su saludo Esteban el conserje, que en mis años de estudiante me llamaba Pepito y decirme: enhorabuena don José. Le dije: ¿por qué no me llama como siempre y me tutea?, las cosas no han cambiado. Me respondió rápido: ¡ya lo creo que han cambiado!

ahora es usted un señor profesor. Sí, indudablemente habían cambiado pues era la primera vez en mi vida que se me recibía en un sitio como en aquella aula, repleta de alumnos, poniéndose en pie como un solo hombre cuando entré.

Este objetivo alcanzado abría un interrogante en mi vida y noté como si una hora solemne hubiese sonado en ella. Varios meses pasé reflexionando sobre sus consecuencias. El problema que se me presentaba era arduo: de un lado era profesor numerario del Conservatorio más importante de España -con cuyo sueldo podía mantener a Mimi y a mi hijo- pero es que este hecho, además me abría posibilidades inmensas en mi carrera que sabe Dios donde me conducirían, y de otro, estaban mi madre y mis hermanos, que me necesitaban imperiosamente, y la sastrería que también precisaba mi ayuda y consejo. Me podía emancipar de todo ellos y abandonarlos a su suerte, y esto hubiese hecho resueltamente otro que no hubiese sido yo sin pensarlo dos veces, en aquellas circunstancias en que se avecinaban complicados problemas entre mis hermanos al figurar en las disposiciones testamentarias de mi padre que la nuda propiedad de sus bienes -incluida la sastrería- la dejaba a todos sus hijos. Eramos seis hermanos y resultaría de una complicación casi insoluble el distribuir equitativamente y sin disgustos la cuarta parte de los beneficios de aquella, única fuente de ingresos, que es la que nos correspondía; la otra cuarta parte era de mi madre y la restante mitad propiedad de mi tío, y con la agravante de que solo Paco y yo trabajábamos en el negocio y los cuatro hermanos restantes figuraban solo como socios capitalistas. Ante el confusionismo y discusiones a que todo esto iba a dar lugar, la solución conveniente para mi era abandonar por completo la sastrería y que liquidasen mi parte cuando fuera posible. Que se pusiesen a trabajar mis hermanas si era preciso; que vendiesen si querían las fincas de Pozuelo, menos la legítima que me correspondía por herencia de mi padre y resolviesen sus problemas como yo había resuelto los míos. Yo al fin y al cabo tenía mi mujer y mi hijo. En este

posible abandono tampoco se me podía reprochar que mi carrera respondiese a un trato preferencial por parte de mi padre, pues ya he dicho y ahora reitero que aquella no había significado jamás el más mínimo sacrificio económico para el acerbo familiar; la estudié por mi cuenta, sin ayuda material ni moral de nadie y sacrificando para ello solamente las horas que todo mortal dedica al descanso y al sueño.

Esta decisión era tentadora, ella me inhibiría de gravísimas preocupaciones de todo tipo y me permitiría dedicar todo mi tiempo y energías a mi vida profesional. Podía vivir tranquilo con los míos, componer, viajar por el extranjero, hacer una vida intensa de relación y preparar las oposiciones a cátedra de Armonía, que eran mi objetivo definitivo y que tenían que convocarse a muy pocos años vista. Repito que este camino lo hubiese tomado cualquiera en mi caso sin vacilar, pero yo prefería meditarlo profundamente.

No sabía si mis obligaciones de jefe de la familia en que me había erigido el destino me permitían honestamente pensar solo en mi propia conveniencia. No sabía si era decoroso desentenderme o desertar de mis obligaciones, que moralmente me imponía la desaparición casi simultánea de aquellos dos puntales que representaban mi padre, como encauzador de la familia, y Santiago como alma de la sastrería. Desconocía si mi padre, que sabía cercana su muerte, descansaba en la tranquilidad de que yo le sucediese al faltar en las responsabilidades de la familia, en la dirección de tantas cosas como quedaban pendientes, ni si me indicaba desde el Cielo cual era mi obligación.

De otro lado no olvidaba que yo había prometido a mi madre, el día que terminó la guerra, mi ayuda en la difícil situación que quedamos y que ella, al seguir viendo en mí el hombre fuerte y emprendedor para el que no existían dificultades, confió en mí como una tabla salvadora. Tam-

bién le había prometido a mi tío, cuando le ví llorar el día que fuimos a Pozuelo, que todo aquello se reconstruiría con "nuestro" trabajo, en el que implícitamente se incluía el mío.

De mi larga meditación sobre el camino a seguir salió el elegir el más acorde con mi conciencia y el más contrario a mi conveniencia y a la de mi mujer y mi hijo: el seguir simultaneando mi trabajo en la sastrería con mis obligaciones en el Conservatorio. Reconozco que esta determinación fue el triunfo de mi hombría de bien (y perdóneseme la inmodestia) y de mi enorme cariño a mi madre y hermanos.

Sabía que a la larga esta histórica decisión me acarrearía grandes disgustos, que pude haberme ahorrado. Tuve que enfrentarme peligrosamente con Rufino, el marido de mi tía Concha y héroe de la guerra -pues estaba en la cárcel cuando terminó ésta- y con Gregorio, sobrino de la mujer de mi tío, a los que tuve que expulsar de la sastrería en la que los dos eran empleados; al primero por sinvergüenza (se puede ser franquista y sinvergüenza como cojo y de Palencia), y al otro por ladrón, con la consiguiente indisposición con mis tías que jamás me perdonaron mi decisión. Tuve que pechar a lo largo de los años con múltiples altercados con mis hermanas e incluso con mi madre, desbaratando insensateces que se les ocurrían. Tuve asimismo que sufrir humillaciones con empleados del Ayuntamiento de Madrid y con jefes de la Casa Militar del Generalísimo para allegar trabajo a la sastrería de estas dos entidades y tuve que ayudar durante muchos años, con aportación económica propia, a los graves problemas de este orden que se sucedían continuamente en la Sociedad, así como enfrentarme a los inspectores de Hacienda que anualmente nos visitaban. Treinta y siete años duró esta situación, durante la cual me había llenado de hijos. ¡Ocho nada más!



Durante ella hubo de reformarse la escritura de constitución de la Sociedad dos veces; una para separar de ella a cuatro de mis hermanos, pues era imposible mantener socios capitalistas y a los que se les liquidó correctamente pidiendo asesoría para hacer la tasación justa de las partes correspondientes a dos amigos de la familia imparciales: César Ranz y Antonio Chamorro, y otra para comprarle a mi tío su parte Paco y yo.

La separación de la Sociedad de mis hermanos se compensó aumentándole a mi madre su consignación mensual. Al fin y al cabo los gastos de ellos salían de la misma nodriza. Lo que se pretendió con esto es que como socios no pudieran exigir derechos, sobre todo mi hermana Isabel, que se había casado con un hombre bueno, pero que tenía el fallo de administrarse mal y trabajar muy poco.

Por lo expuesto se puede suponer las gravísimas preocupaciones e incontables disgustos que tuve que sufrir en tan largo período. Menos mal que contaba con la importante colaboración de Paco y con su asentimiento a todas mis decisiones. Y todo esto ¿para qué?. Yo no tenía sueldo en el negocio, pues mi dignidad y mi sentido innato de la justicia creía que debían impedirlo, ya que las obligaciones de mi profesión me obligaban a ausentarme algunas veces. Solo lo tenía mi hermano Paco. Por ello únicamente percibía de tarde en tarde algo de la mitad de los beneficios de la Sociedad. De todas formas, y como la situación económica de aquella siempre era difícil, los últimos cuatro años de su existencia renuncié a estos beneficios y solamente me resarcí de los préstamos que, sin interés, había aportado, y que colocados de una manera lógica me hubiesen reportado buenos intereses.

¿Mereció la pena este sacrificio de mi vida y mi carrera en aras de mi madre y mis hermanos?. Hoy contesto resueltamente que no. Tengo infinitas pruebas de que tales sacrificios no se agradecieron nunca. Enton-

ces ¿es que fui bobo? No, fuí sencillamente consecuente con mi ética y con mi conciencia. Soy hombre que por un impulso del corazón soy capaz de hacer cualquier disparate; son, repito, la frase de Pascal "razones del corazón que la razón no entiende". No obstante ¡cuanto he lamentado elegir este camino!. ¡Que estupidez cometí por dejarme llevar de mi sensiblería y del cariño a mis hermanos que nunca me fue correspondido!. En el argot castizo podría decir ¡que monumental primada!.

Menos mal que esta dedicación -en un ambiente obligadamente mercantil y horteril- no embotó mis sentimientos artísticos, ni encanalló mi alma respecto a la música. Seguía practicándola intensamente con el objetivo enfocado hacia las oposiciones a Cátedra de Armonía, así como preocupándome de mi formación cultural.

Tenía por entonces una tertulia todos los lunes en el café Calatravas. Asistían asiduamente Angel González Palencia, eminente arabista, Catedrático de Literatura de la Universidad Central y Académico de la Española; los maestros Vega, Martín Domingo, Padilla -autor de Valencia y El Relicario-, Luis Astrana Marín, famoso cervantista, Parada y algunas veces Conrado del Campo. Una parte de mi cultura la debo a esta tertulia. Yo he tenido la virtud de saber escuchar y me extasiaba oyendo hablar a aquellos hombres eminentes. Se trataban temas de filosofía, literatura, historia, arte ... que muchas veces, después de haberlos meditado yo, los planteaba como inicio de conversación para obtener los datos que deseaba. Parada y yo, mucho más jóvenes que todos, eramos los revoltosos de la reunión; entre bromas y veras provocabamos a aquellos eminentes contertulios para sacar el fruto que deseabamos de las discusiones, a veces acaloradas que habíamos provocado. Conrado del Campo y el maestro Vega tenían una inmensa formación filosófica y literaria y González Palencia y Astrana Marín una gran cultura musical. Cuando estos llevaban la voz cantante se hablaba de Aristóteles, Platón, Descartes, Hegel, Kant y se aseguraba que Sócrates

era el creador de la filosofía occidental; otras veces de Schopenhauer, de Husserl, de Ortega, y cuando se trataba del tema musical, Conrado y Vega eran los ponentes. Calcúlese la altura de estas conversaciones. Ambos conocían al dedillo toda la literatura musical, desde las Cantigas de Alfonso X el Sabio y Martín Codax, hasta la más reciente producción de Alban Berg y Webern.

No quiero relatar las muchísimas materias y matices que se abor-  
daban en aquellas históricas reuniones, que duraron varios años, por no  
hacer prolija y complicada esta pequeña historia citando nombres que nada  
dirían al lector, pero me salta a la pluma referirme a una polémica que se  
suscitó un día comparando los genios musicales con los literarios. Astrana  
Marín -shakesperiano y cervantista hasta la médula- sostenía que el puesto  
que ocupaba Mendelssohn en la música era similar al de Goethe en literatu-  
ra. Esta curiosa aseveración me hizo meditar mucho y terminé dándole la  
razón.

También nos reíamos muchos con los cuentos y dichos de Martín Do-  
mingo, a la sazón director de la Banda Municipal de Madrid, y con la gra-  
cia de Parada. Aquel era madrileño castizo y bohemio, siempre tocado con  
su célebre capa -como el Estupiñá de Galdós- además de un musicazo innato.  
Aunque era hombre de vida familiar y propia muy desarreglada -que escribía  
en el café sus números que se hicieron famosos como "La Cirila", "La Toma-  
sa", el pasodoble "Marcial" y tantos otros- no desentonaba cuando se tra-  
taba de música seria, porque era muy agudo y de mucho saber, ni le daba  
rubor contar anécdotas de su vida, como la siguiente: "Siendo Músico Mayor  
y estando destinado a un regimiento de guarnición en Canarias, solicitó  
los seis meses reglamentarios para casarse en la Península y regresó, cum-  
plido aquel, con ¡cuatro hijos!".

Se esbozó la idea de escribir unas óperas de cámara con libros de González Palencia y Astrana Marín, con música de Vega, Parada y yo. Trabajé bastante en el libreto que me correspondió del primero de aquellos, perfectamente escrito pero muy poco teatral. Al fin y cuando ya íbamos casi por la mitad, no recuerdo por qué causa, se abandonó el proyecto.

El maestro Vega y yo teníamos una amistad entrañable -es curioso, mis grandes amigos eran siempre muchísimo mayores que yo- y aunque tenía la coquetería de aparentar desagradable, su fondo era de gran bondad y de sentimientos elevados y humanitarios. Me agradeció profundamente que le acompañase asiduamente durante la enfermedad y muerte de su mujer, acaecida durante la guerra en la calle de Lombia, donde estaba evacuado, por vivir en la calle de Noblejas que era zona militar. Yo le quería muy de veras aunque se manifestaba enemigo irreconciliable de mi maestro Conrado. Para quererle había que conocerle muy bien pues la primera impresión era de hombre caústico y desagradable. Cuando perteneció al Cuerpo de Alabarderos estaba indispuesto con todos. Claro que aquella corporación, formada por sargentos del ejército, que era la premisa indispensable para acceder a él, Vega era un islote de cultura en aquel mar de vulgares y anodinos. Iba muchas mañanas a buscarme a casa; nos marchábamos de paseo y nos hablabamos de comer tarta -los dos éramos muy golosos- y hablabamos incansablemente de temas musicales. De pronto se paraba y como recordando lo que constituía su obsesión, me decía: "Pepito, irá usted el domingo al Monumental a ver arrastar la culera a su maestro por el podio de la Sinfónica". Otras veces me decía que aquel dirigía "ganapanesicamente". Yo me enfadaba con él, pero enseguida trataba de reconciliarse y me decía con sus acostumbrados razonamientos: "usted que es tan inteligente tiene que reconocer que dirige muy mal". En el fondo era cierto; ya he dicho que Conrado fracasó en la dirección de orquesta, pero emplear aquellos adjetivos ... Era un auténtico espectáculo verlos enzarzados en aquellas reuniones de Calatravas. Yo que conocía sus disensiones me reía de verlos discutir tan

agriamente de fondo como cortésmente de forma. Pero aunque se odiaban mutuamente, sin haber descubierto jamás el porqué, manifestaban sus buenos sentimientos recíprocos cuando llegaba el momento. A Conrado le sentó muy mal que Cubiles desplazase a Vega de la orquesta que se formó al terminar la guerra. Me decía: "Ya yes, sustituir un gran maestro por un aficionado"; y cuando a raíz de juzgar a Conrado en Consejo de Guerra y tener que ocupar este un atril de viola en la orquesta que dirigía Vega, al comenzar el primer ensayo dijo éste: "Es inadmisibile que yo tenga que dirigir a esa eminente personalidad que está sentada entre la orquesta y ¡hasta le invitó a ocupar su puesto!"

Un día de estos paseos íbamos por la Castellana Vega, Alvarez Ayucar -que había sido teniente coronel de Alabarderos y con el único del Cuerpo que mantenía amistad- y yo, nos topamos de frente con el compositor Julio Gómez, que pasado el tiempo sería Catedrático de Composición del Conservatorio y académico de Bellas Artes; nos pusimos a hablar, naturalmente, de música. Julio Gómez dijo en el curso de la conversación -con ese tono más caústico aún que el de Vega, tan característico en él- que en España, en primer lugar, estaban las obras de Falla e inmediatamente las suyas. Se le quedó mirando Vega y ante nuestro estupor le dijo: "usted es un aficionado y sus obras no son más que moñigas". Gómez que era pendenciero cogió a Vega por una manga del abrigo y lo zarandó; Vega se defendió del mismo modo y allí estábamos Alvarez Ayucar y yo tratando de separarlos, lo que logramos tirando de sus brazos. Al fin Julio Gómez se marchó. Nadie en el mundo era capaz de decir a este lo que Vega le espetó.

Otra anécdota famosa le ocurrió antes de venir la República, cuando era director de la Banda de Alabarderos, que acreditaba la mezcla de honradez y desagradabilidad de aquel hombre. Con ocasión de formar parte del tribunal que había de juzgar unas oposiciones a profesor de música del Colegio de la Paloma, el teniente general Cavalcanti, Comandante Gene-

ral de Alabarderos, le llamó para interesarse por Alvarez Cantos, opositor a aquellas. Se celebraron estas y obtuvo la plaza Alvarez Cantos; Vega pidió audiencia el General Cavalcanti que le recibió cordialmente agradeciéndole su intercesión, pero Vega lo dejó parado diciéndole: "mi general, no me agradezca nada, vengo a decirle que a su recomendado yo no le he votado y que le aconseje que estudie porque no sabe nada". Cavalcanti voladísimo no supo que decir; al fin exclamó "su postura me parece dignísima y le agradezco su gesto de honradez". Pero hay que ver lo que pensaría de Vega cuando se fue. Yo le reproché su visita; ¿por qué ha pedido esa audiencia?, así hubiese usted tenido agradecido a su jefe. Pero me contestó: "hay que ser honesto en la vida, Pepito".

Celebró mucho mi ingreso en el Conservatorio; dijo (me da rubor repetirlo) que por una vez se había hecho justicia en España y que lo que tenía que hacer es preparar bien las oposiciones a Cátedra de Armonía en las que me auguraba éxito.

Cuando se enteró en los primeros meses de 1.940 que Mími estaba embarazada se me ofreció a apadrinar a mi próximo hijo. Decía que deseaba que fuésemos compadres como Telemann y Bach.

En el Conservatorio estaba contentísimo pues le había caído muy bien al Claustro de Catedráticos. Tenía la clase muy numerosa a las cuatro de la tarde y desde allí me iba a la sastrería a uncirme a la carreta de las preocupaciones. Donde no las tenía era en mi actividad musical en la que todo me sonreía. Me hice amigo de todos los Catedráticos y profesores, que a algunos solo conocía de vista y, por ejemplo, Ruíz Caxaus que tenía treinta años más que yo y siempre le llamé don Juan, exigió que le tutease sopena de retirarme el saludo pues me dijo "ahora somos compañeros". Todo esto me satisfacía mucho ya que me consideraba casi un estudiante...

El director del Conservatorio era nuevamente, desde la liberación, Fernández Bordas, violinista de muchísimo prestigio y hombre de gran

empaque. Me recibió muy cariñosamente, me animó para las oposiciones y, en prueba de afecto, me regaló las partituras de las nueve sinfonías de Beethoven, aunque casi todas las tenía. Y la misma deferencia tuvieron conmigo todos aquellos grandes artistas que componían el Claustro: Turina, Pérez Casas, Forns, Ana Martos, Gabiola, Conrado del Campo, García de la Parra, Cubiles, Lucas Moreno, Sánchez Puerta, etc..

Yo, que estaba acostumbrado a mirar a aquellos señores con el respeto propio de un alumno y que me parecían pirámides inaccesibles, ahora me trataban como uno más entre ellos. No cabía en mi de gozo y de satisfacción; rememoraba las dificultades y soledad con que había estudiado mi carrera y me convencí que todo hombre puede triunfar si pone en el empeño el sacrificio, el tesón y la fe en sí mismo que yo había puesto desde joven, o mejor, desde niño.

El Padre Otaño, ingresado conmigo, era hombre de prestigio universal; una auténtica personalidad, a cuya grandeza y empaque coadyuvaba su prestancia personal y el pertenecer, como figura sobresaliente, a la Compañía de Jesús. Era correcto y afable, aunque un poco pintoresco; tenía enorme influencia política y como era ambicioso comenzó a intrigar para desplazar a Bordas de la Dirección del Conservatorio. No sé que medios empleó, pero cuando aún le faltaban a Bordas unos meses para jubilarse forzó su cese y fue nombrado Director. Aquella desatención y falta de paciencia para no esperar que aquel llegase cayó, en principio, bastante mal en el Claustro, pero como el Padre Otaño era potencia formidable todo el mundo pensó en que su influencia podía resolver fácilmente los grandes problemas del Centro -entre ellos conseguir una sede aparente- y se puso a su lado.

Debo confesar sin reservas que a mí, desde que le visité en su despacho como Director, me dispensó simpatía y afecto. Me abrumó bastante encontrarme en su presencia, pues era hombre sin ningún concepto del humor

y, como buen vasco, era tardo y hasta no entendía, no ya las bromas, sino ese estilo festivo que se suele emplear en las conversaciones entre gente culta y bien educada. Jamás le ví reirse. Esta seriedad de palo acompañaba muy bien a su enorme estatura y a la negrura de su sotana.

Pero el viejo refrán de "más vale caer en gracia ..." puede aplicarse a mis relaciones con él desde el primer momento. No sé que vió en mí pero me distinguía más que a muchos profesores; me hacía revelaciones rayando en la imprudencia y me encargaba comisiones delicadas. Tenía inmensos proyectos para el porvenir y hasta me hizo acompañarle -existiendo una Junta de Gobierno, a ver al Ministro Ibañez Martín en su gestión para adquirir el Estado el palacio Bauer, en la calle San Bernardo 44, para instalar fastuosamente el Conservatorio.

Yo algunas veces, y con mucha discrección, le hacía ver que ese trato tan íntimo podía crear celos en algunos profesores, particularmente en los del Senado -como denominábamos a los Catedráticos Numerarios- y sobre todo porque yo no tenía ningún cargo en la Junta de Gobierno, pero siempre me respondía que se encontraba muy cómodo en mi compañía y porque valía más que muchos. Para mí era molesta aquella situación. Algunas veces informaba de ello con gran sigilo a mi maestro García de la Parra, que conocía al Padre Otaño hacía muchos años, y me decía: "da gracias a Dios que le hayas caído bien, pues si fuese al contrario no le conoces hasta que extremos llega". En fin, que estaba de enhorabuena.

Ya he dicho que era un poco pintoresco. Tenía hechos desconcertantes que desentonaban de su gran valía. Cuando presidía los Claustros desde aquella tarima tan alta con un bonete a modo de solideo, se ponía a hablar con gran prosopopeya. Como no llevaba nunca preparado lo que iba a decir, sus discursos eran siempre de una divagación tremenda; comenzaba hablando de Glinka, por ejemplo, y terminaba por el bacalao a la vizcaína. Era muy frecuente en él decir: "y esto, por tres razones". Decía la primera y jamás mencionaba la segunda ni la tercera.



Era muy presumido e imprudente. En un acto que se celebró en el Círculo Medina, de la Sección Femenina de Falange, para entregar el premio de armonización de canciones populares que había obtenido García de la Parra, se descolgó con un discurso preliminar, que no pecó de corto, en cuyo curso dijo: "¿y sabeis por qué no hay un himno nacional que ponga a los españoles en pié?, porque yo estoy muy ocupado y no he tenido tiempo de escribirlo..." ¡Y esto delante de Pilar Primo de Rivera, hermana ni más ni menos que del autor de la letra del Cara al Sol!.

Pero no quedó aquí toda la inconsecuencia. Como el homenajeado era García de la Parra se le situó en un sillón preferente, delante de todo el público. Lolita Rodríguez Aragón iba a cantar las canciones premiadas. Pero antes de la interpretación continuaba hablando el Padre Otaño y cuando llegó el turno de referirse al premio y al premiado, dijo textualmente: "Es un acierto de la Sección Femenina haber convocado este concurso. En España hay músicos que armonizan muy bien las canciones populares, y ¿sabeis cuál es el mejor? ..." (todos esperabamos el nombre de García de la Parra, en honor de quien se hacía el homenaje y, este mismo, con una sonrisita, lo esperaba). Pero el Padre Otaño continuó: "Guridi".

Parra puesto de esta manera en ridículo, se levantó e intentó marcharse. Le detuvimos Pilar Primo de Rivera y varios de los que estábamos entre el público. Se cantaron las canciones, muy mal acompañadas por cierto, y salió disparado Parra. Le acompañé a su casa. Iba descompuesto e indignadísimo, aunque traté de calmarle diciéndole que eran cosas del Padre Otaño. Nada más llegar a su casa le llamó por teléfono éste para disculparse, pero García de la Parra, que le tenía un gran respeto, le llamó grosero y le mandó a la mierda. De resultas de este disgusto estuvo el Padre Otaño ocho días en cama.

En la sastrería, con muchas dificultades, particularmente económicas, las cosas marchaban relativamente. Me puse en contacto con el nuevo jefe de la Policía Municipal, Rodríguez Fontela, que representaba el auténtico falangista endiosado, que hizo muchas barbaridades hasta que lo destituyeron, pero por el cual logré que se empezase a vestir en la sastrería el mencionado Cuerpo, éxito material muy significativo. Y como había por otro lado cierta paz con mi madre y mis hermanos, estaba por este lado bastante tranquilo.

El día tres de agosto de 1.940 nació, en la calle Mayor 11, mi hijo Javier María. Este natalicio fue el reverso del de mi primer hijo. Aquella tragedia horrible del año 1.937, con su acompañamiento de bombardeo, era sustituido ahora por la mayor felicidad; la criatura pesó mas de cuatro kilos y Mimi, que llevó el embarazo muy normal, dió a luz con entera naturalidad. Yo estaba contentísimo; de aquella forma que ocurrió todo era lo que soñé siempre. Dios concedió este espléndido fruto al cariño que nos unía.

El maestro Vega cumplió espléndidamente su ofrecimiento de apadrinar al niño. Al preguntarme qué nombre le iba a poner y contestarle que Javier María Emilio -este último era el suyo- contestó lacónicamente: gracias. La madrina fue mi cuñada. Constituían la pareja lo más antagónico y pintoresco que se pueda suponer; ella muy joven, muy moderna y hablando por los codos, como era su costrumbre, y Vega, con un traje negro a la moda de la "belle époque", su bigote extraño y despeluchado que le caía por los lados de la boca como una cascada que le saliese de la nariz y lanzando, cuando raramente hablaba, sus acostrumbradas sentencias. Yo creo que el único diálogo que mantuvieron entre ambos fue el confesarle Vega que dormía con sábanas de lana, lo que le produjo a mi cuñada grandes carcajadas que no le cayeron muy bien a aquel.

Fue un bautizo inolvidable: un niño nacido en la paz que reinaba en España, rodeado de toda mi familia y de mis mejores amigos, como Conrado del Campo, Martín Domingo, Padilla, Parada, etc, -había algunos ausentes por la fecha- llevó mi felicidad hasta el extremo de coger la más extraordinaria borrachera, la primera y la última de mi vida, que me tuvo después en cama dos o tres días.

Por aquella alegría que me rebosaba por todos mis poros valió la pena de estar varios días enfermo. El padrino se reservó la organización del bautizo así como todos los gastos. Estuvo de una esplendidez inusitada. Jamás he visto juntas tantas botellas de Champan y tanta tarta, pasteles, canapés, jamón, etc.; fue un verdadero derroche.

Lo que sucedió hace falta verlo para creerlo, porque no me emborraché yo solo. Había que ver a medios pelos a Conrado del Campo, sentado en el piano tocando y haciéndonos cantar a un inmenso y malísimo coro, formado por todos los asistentes, el de peregrinos del "Tanhäuser". Lo repetimos muchas veces y cada vez salía peor. Después de este número se empeñó Padilla que cantásemos acompañándonos él su canción "Valencia" y el "Relicario", y por último el "número" bomba: dijo Martín Domingo que él no era menos y que teníamos que cantar ¡a varias voces! su cuplet "La Cirila". ¡Había que ver a Conrado y a Vega, que ya estaban muy cargaditos de champan, entonar el bajo de esa canción!. Yo he contado después esto y nadie me ha querido creer, pero tengo testigos.

A todos hubo que llevarlos a casa en taxi, a los que metía a empujones el portero de la casa. ¿Y yo?, al otro día me contó Mimi que a última hora ya estaba casi inconsciente, que antes de acostarme decía: "si yo no me caigo es que me tiro al suelo, dándome unos trastazos que no sé como no me rompí el alma; también exclamaba en algún momento de lucidez: "¡si me viera el Padre Otaño!.

En cuanto se reanudaron las reuniones del Calatravas, pasado el verano, Parada les contó a González Palencia y a Astrana Marín lo ocurrido y que hasta el circunspecto maestro Vega terminó agarrado a un farol de la calle Mayor cantando fandanguillos. Yo le apoyaba y Vega bramando de ira decía que eso no era verdad y que eramos unos deslenguados sinvergüenzas. Aquellos se reían mucho y González Palencia le decía: pero ¿es posible que un hombre tan serio como usted haya hecho eso?. Vega se ponía fuera de sí; habló de matarnos por embusteros; pero nos pusimos tan pesados con la broma en sucesivas reuniones que, pasado más de un mes, en ocasión que estábamos solos Vega y yo, me preguntó bastante preocupado: "Pepito, no será verdad que yo canté fandanguillos agarrado a un farol". ¡Lo dudaba!, ¡como estaría!.

En el año 1.941 se estrenó mi obra "Preludio y danza", con la que obtuve el Premio Extraordinario en una de la serie de conciertos que daba la Orquesta Sinfónica, dirigida por Conrado del Campo, en el Monumental Cinema; tuvo una gran acogida por el público y la crítica; me obligaron a subir al estrado tres veces. Era mi primer estreno y estaba emocionadísimo y expectante pues aunque esta misma obra la había tocado la misma Orquesta cuando el Concurso, no era lo mismo, ahora había que enfrentarse a un público que pagaba su localidad; pero quedé tranquilo y satisfechísimo. Además se había tocado mucho mejor porque hubo varios ensayos minuciosos a los que yo asistí y el ojo clínico de los profesores de la Orquesta, que no falla nunca, me tranquilizó al decirme que tendría un gran éxito. Fue un buen tanto que me apunté en mi carrera, sobre todo de cara a las oposiciones a Cátedra de Armonía. Es lástima que entre los recortes de periódico, programas y datos que he conservado de mis varias actividades no se hallen los referentes a este concierto para haberlos incluido aquí, pero sin duda en uno de mis cambios de domicilio se debieron extraviar.

En octubre de este mismo año nos trasladamos a vivir a la calle Arrieta 4, estrenando un bonito ático que se había construido sobre una casa antigua. Era un poco pequeño pero tenía una gran terraza, calefacción central y, sobre todo, que vivíamos solos. El motivo de este traslado fue la boda de mi cuñada. El mismo día que se casó se marchó sin decir palabra Agrícola a vivir con ellos. Yo esto lo esperaba; lo que nunca creí es que se produjese de manera tan poco elegante y, menos aún, que me dejase colgado para pechar yo solo con la fuerte renta del piso de la calle Mayor que habíamos acordado pagar por mitad. ¡Cuanto me pesó dejar mi pisito de la calle de Leganitos por hacer aquel gran favor a mi cuñada!. Pero la vida es así: a la gentileza y el sacrificio se suele corresponder con el desagradecimiento y la grosería. ¡Claro que no me apuré! depender y tener que agradecer algo a Agrícola hubiese significado llegar él a lo mas y yo a lo menos. Si nunca necesité de nadie ¿podía creer este majadero que necesitaba algo suyo?.

A mí me sonreía la vida ya que todo iba por buen camino, tanto la sastrería como mi vida profesional y privada, pues tuve la inmensa alegría de que el veintiseis de enero de 1.942 naciese con toda felicidad mi hija María del Carmen, con quien, desde pequeña he mantenido y mantengo una fraternal amistad, independientemente de la obligada por el parentesco. También hubo un espléndido bautizo, siendo sus padrinos García de la Parra y su hija Carmen.

Como se dice que cada hijo trae un pan debajo del brazo, así el año 1.942 que tuvo un comienzo tan halagüeño, fue en el que se estrenó "Las mocedades del Cid" en cuya música había colaborado y mi obra "Cumbres de Gredos", el veinticinco de julio, por la Orquesta Nacional bajo mi dirección.

La primera tuvo lugar en el Teatro Español en función de gran gala, a la que asistió el Generalísimo. Colaboramos en su música, para orquesta de instrumentos de viento metal, Muñoz Molleda, Parada, Salvador Ruíz de Luna -que fuè hasta su muerte uno de los amigos y compañeros que más he querido- y yo. De aquel suceso solo conservo la foto en la que aparecemos los cuatro con Felipe Yuch, director de escena, Cayetano Luca de Tena, subdirector, y el decorador Burmann.



Estreno de "Las mocedades del Cid".

DELEGACIÓN NACIONAL DE P. P. Y P. DEL S. E. U.  
SECCIÓN NACIONAL DE MÚSICA

# TEATRO MARIA GUERRERO CONCIERTO DE GRAN GALA

POR LA ORQUESTA NACIONAL Y LEOPOLDO QUEROL

## PROGRAMA

### 1.ª PARTE

**Preludio de Pepita Jiménez** \_\_\_\_\_ Isaac Albéniz

**La Promesa** \_\_\_\_\_ Dámaso Torres  
(Barítono, Andrés Artalejo)

**Concierto para piano y orquesta** \_\_\_\_\_ J. Muñoz Mollada  
(Concertista, Leopoldo Querol)

### 2.ª PARTE

**Cumbres de Gredos** \_\_\_\_\_ J. Moreno Bascuñana

**Tres momentos charros** \_\_\_\_\_ Manuel Parada

**Orgía** \_\_\_\_\_ Joaquín Turina

**Homenaje a la Tempranica** \_\_\_\_\_ Joaquín Rodrigo

**El amor brujo** \_\_\_\_\_ Manuel de Falla

Introducción danza.—En la cueva. La noche.—  
Canción del amor dolido.—El aparecido. Danza del  
Terror.—El Círculo mágico. Romance del Pesca-  
dor.—Danza ritual del Fuego.—Escena. Canción  
del fuego fatuo.—Pantomima.—Danza del juego de  
amor.—Final. Las campanas del amanecer.

**NOTA.**—La primera y las tres últimas obras de este programa serán dirigidas por el camarada José Cubiles, y las demás por sus autores respectivos. Este concierto ha sido organizado con la cooperación de la Dirección General de Propaganda, Dirección General de Bellas Artes y con la colaboración del Distrito Universitario de Madrid.

Piano Bechstein, cedido por la casa HAZEN.

Programa del estreno de "Cumbres de Gredos"

# JOSE MORENO BASCUÑANA

Nació en Madrid el año 1909.

Cursó sus estudios en el Real Conservatorio de Madrid, obteniendo primer premio de armonía por unanimidad el año 1929 y primer premio de composición 1934, también por unanimidad, del mencionado Centro.

Es autor de varias obras sinfónicas, teatrales y de cámara. Recientemente fué estrenada por la Orquesta Sinfónica de Madrid su obra en dos tiempos "Evocación castellana".

Moreno Bascuñana es en la actualidad catedrático del Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid.

## CUMBRES DE GREDOS

(Impresión sinfónica)

Aunque escrita sin intención descriptiva, es indudable que el autor se ha inspirado en los rudos contrastes que se suceden en esta sierra de Castilla. Paz de cumbres nevadas y furor de ventisca, que estremece los valles como danza brutal de los elementos embravecidos.





La segunda se estrenó en el teatro María Guerrero en la presentación de la Orquesta Nacional. Esta impresión sinfónica es obra a la que tengo gran cariño. Todas las sensaciones que desde pequeño me produjeron los grandes panoramas, las sierras, los tortuosos valles, unas veces a pleno sol y otras bajo la penumbra de los crepúsculos, quedaron reflejadas poéticamente en esa obra. Su filiación puede considerarse postromántica, con grandes atrevimientos armónicos y contrapuntísticos. Todas las obras de Falla están encuadradas entre el postromanticismo y el impresionismo francés. Mi obra apunta más a la técnica germana aprendida en Conrado del Campo que tiene por base el cuarteto de arco.

Tuvo una feliz acogida; Francisco León Tello, el ilustre musicólogo, me dijo que en ella se percibía hasta el "frescor del rocío" y al maestro Vega le entusiasmó tanto que me animó a hacer una transcripción para la Banda Municipal de Madrid porque la juzgaba apropiada para ello; y es cierto, en la parte más bravía de la danza suena mejor en banda que en orquesta. Le ocurre -salvando las distancias- como a la transcripción de la marcha fúnebre de "El ocaso de los dioses", de Wagner. Richard Klattowsky -alemán y entrañable amigo- se llevó la partitura a Alemania para darla grabada en la radio de Berlín.

Pero el verdadero suceso de aquel año se produjo en el verano; pero es necesario hacer antes un poco de historia. El Padre Oblato Anta, santo varón, que regentaba la Parroquia del Carmen de la estación de Pozuelo, me rogó encarecidamente que formase parte de la comisión de las Fiestas de aquel año para "engrandecerlas con mis sugerencias". Acepté a pesar de lo ocupado que estaba pues era imposible desairarle. En efecto: una de las atracciones culturales que se me ocurrieron fue hablar con Alberto Alcocer, Alcalde de Madrid, y solicitarle la Banda Municipal para que diese un concierto en Pozuelo. Yo había leído el reglamento de la Banda; en un apartado decía que "podía ser cedida gratuitamente a los pueblos

cercanos a Madrid" y con esta disposición en vigor que le mostré convencí a Alcocer, explicándole de lo que se trataba y muy gentilmente accedió y se comprometió a que el día quince de julio tuviese lugar el concierto.

Cuando les conté al Padre Anta y a mis compañeros de comisión, entre los que estaban el médico titular Andrés Arrojo y el teniente coronel Salcedo, todos creyeron que se trataba de una broma. Yo insistí: y vendrán los músicos de uniforme y la tarima donde actúe la Banda la colocará el Ayuntamiento de Madrid. Siguieron dudando, pero la noticia se difundió por todo Pozuelo. Los comentarios eran diversos: "que Pepe Moreno Bascuñana va a traer a la estación la Banda Municipal de Madrid"; otros "esto es una broma de ese guasón" o aquellos "yo conozco a ese señor y es capaz de ello". Y así los diez días antes del concierto. Aún se semidudaba pero cuando todo el mundo se convenció fue el día quince por la mañana al traer la tarima en varios camiones con muchos obreros para montarla y, sobre todo, al llegar una hora antes del concierto en dos autocares todos los profesores de la plantilla con el Director Martín Domingo correctamente uniformados y otro camión para el instrumental.

El concierto obtuvo un éxito monumental. En el programa figuraba mi obra "Cumbres de Gredos" dirigida por mí y la ovación que llevé duró varios minutos. Como ocurre siempre al comprobar la certeza de lo que se ha puesto en duda, ya no se volvió a oír ni un susurro de los escépticos. Solo se comentaba: "ya dije yo que era verdad", etc. Las cosas normales de los pueblos.

También el Padre Anta se empeñó que se cantase en la iglesia una Salve que yo había escrito antes de la guerra, con motivo de la entronización de la imagen de la Virgen de las Angustias en la Capilla de la Colonia de San José. Era para coro, solista y órgano y me animó a hacer una versión para órgano y cuarteto de arco, dejando las voces como estaban; no

era tarea fácil, hice el arreglo en poco tiempo, y así se ejecutó el día dieciseis. Esta Salve le gustaba mucho al padre Anta por haberla oído varias veces. Se hizo tan popular que todo el mundo la cantaba, aún estando en latín.

Yo invité al concierto y a la Salve a mi maestro García de la Parra; tenía, me dijo, mucho gusto en tocar la parte de órgano. Pero el Padre Anta se empeñó en ser él el organista, aunque lo hacía bastante mal, pues sobre todo con la mano izquierda no daba una nota en su sitio. Con mil rodeos y después de que que en los ensayos aquello no marchaba le dije que mi maestro tenía el gusto en ser el organista y por fin le cedió el puesto. Cuando se enteró Martín Domingo de lo ocurrido exclamó con su gracejo castizo: "pues es el único cura que conozco que no tiene mano izquierda".

Almorzó en mi casa García de la Parra y durante la comida se comentó mi éxito en el concierto del día anterior y de la Salve. Quedó un momento callado, como si no quisiese decir lo que estaba pensando. Al fin se decidió. Y aquí viene el suceso a que me he referido, pues dijo: "como no hay dos sin tres, te voy a informar de tu tercer triunfo en el día de hoy. Como Presidente de la Sociedad Didáctico Musical voy a proponer tu ingreso en ella como socio activo y, no tengas temor de que se exija que la votación sea por unanimidad de los que la componen, porque ya he hablado con ellos".

Se me cayó el tenedor de la mano. Fue tan grande la sorpresa que hasta se me saltaron las lágrimas.

Yo tenía una vaga idea de lo que era la Sociedad Didáctico Musical y de su funcionamiento, pero sabía que sus componentes era autores de los libros de enseñanza musical que se utilizaban en todos los Conservato-

rios de España y, por algunos comentarios que había oído, que estaba compuesta por un pequeño grupo de Catedráticos cuidadosamente seleccionado entre los más ilustres del Conservatorio de Madrid. Todo el mundo la consideraba coto cerrado al que casi era imposible el acceso. Este extremo me lo corroboró García de la Parra al informarme de que para ingresar se necesitaba el voto unánime de los que la formaban. También me indicó que aparte del honor que significaba pertenecer a ella estaba el beneficio económico que reportaba y cuyo derechos pasivos, una vez desaparecido el socio, se transmitían automáticamente a la esposa y en defecto de esta a los hijos, extinguiéndose el derecho al fallecer el último de estos. Es decir, que aunque desconocía la cuantía de los beneficios que repartía anualmente, ello significaba que se iban a incrementar los míos y que a mi muerte los seguirían disfrutando mi mujer y mis hijos.

No supe que contestar; estaba tan emocionado que únicamente se me ocurrió dar un abrazo a mi maestro, agradecerle aquel gesto y repetir ¿a mí?, ¿y por qué a mí se ha elegido entre tanto Catedrático de valía como hay en el Centro?, si yo soy muy joven. Pero me atajó enseguida: "precisamente por eso se te ha elegido, porque eres de los que valen". Eres de los que valen; estas mismas palabras ya me las había dicho mi maestro cuando estudiaba y me corrégia los trabajos. Lo recordaba muy bien y parece que desde muy tempranamente y como cariñoso profeta descubrió lo que yo podía dar de si.

Se celebró la Junta General en la que iba a ser oficialmente admitido. Me asusté al ver quienes la componían: Antonio Cardona, José Guervós, Conrado del Campo, Pérez Casas, Arbós, Fernández Bordas y García de la Parra, que era Presidente desde el fallecimiento de Fontanilla, aquel que me echó poco menos que a patadas de su clase cuando ingresé en Armonía y por entrar en la suya. ¡Quien le iba a decir a este señor que aquel alumnito tímido y maltratado iba a ser recibido con todos los honores en la Sociedad que él presidió dieciseis años después de aquel incidente! ¡Ironías y paradojas del destino!.

Todos aquellos eminentes maestros me recibieron con extremada cordialidad, pero estaba un poco azarado; el más joven tenía treinta años más que yo. Pronuncié un discursito de agradecimiento, que a pesar de la emoción no me salió mal, y que consta en el libro de actas. Pero no quedó aquí la cosa: en aquella Junta presentó su dimisión de Secretario-Contador Cardona, que era muy viejecito y fui nombrado yo. Así es que no ingresé solo como socio activo, sino que entré a formar parte de la Junta Directiva desde aquel mismo día.

Mi ingreso en la Sociedad Didáctico Musical marcó un hito muy importante en mi vida, pues aparte de mejorar notablemente mi situación económica -cosa que en aquél momento era lo menos importante- estaba el enorme honor y ¿por qué no decirlo? el reconocimiento a mis cualidades profesionales y humanas, que en verdad, sino hubiesen existido ¿cómo se habían puesto de acuerdo aquellos ilustres maestros para designarme? porque en el Conservatorio quedaban personalidades como Cubiles, Joaquín Rodrigo, Calés padre, Lucas Moreno, Querol, Gabiola, Julia Parodi, Sainz de la Maza, Sedano, Ruíz Caxaus, y tantos otros que no pertenecían a ella.

Perdóneseme en aras de la euforia que casi por primera vez en mi vida me sintiese orgulloso de mí. A los treinta y tres años había conseguido lo que muchos que tenía por eminentes no alcanzaron hasta los cincuenta o nunca. Y no se argulla que tuve padrinos ni antecedentes musicales familiares; en estas conquistas nadie se casa con nadie, ni nadie favorece porque sí. Mi mismo maestro, que en las próximas oposiciones mantuvo una honestidad e imparcialidad dignas de su caballerosidad, me tenía indudablemente afecto pero también se lo tenía a otros muchos.

Una vez más rememoré mi modesta mesita de la calle de Chinchilla, donde se labraron entre un frío horrible y una fe inquebrantable, aquellos triunfos que ya había obtenido en mi carrera.

Aunque recién ingresado y debido a mi espíritu inquieto manifesté en la próxima Junta de la Sociedad mi deseo de enterarme a fondo, como Secretario Contador, del real funcionamiento de la misma. El Presidente dijo que aparte de mi deseo era una obligación. Visité el archivo que radicaba en la plaza de los Ministerios y que regentaba un tal Tomás de Aquino. Me presenté por sorpresa y pedí se me informase de todo y que se me mostrase la contabilidad. Noté en este hombre un gran nerviosismo y no me satisficieron las contestaciones, un tanto evasivas, que daba a mis preguntas. Le conté la mala impresión que había sacado y mi preocupación a García de la Parra, quien ordenó inmediatamente que el Tesorero, el maestro José M<sup>a</sup> Franco -ingresado simultáneamente conmigo- y yo hiciésemos una investigación a fondo. Durante varios días estuvimos revolviendo todo y sacamos en consecuencia que el tal Tomás de Aquino había cometido un desfalco.

Se reunió precipitadamente la Junta General y se acordó autorizarnos, mediante un amplio voto de confianza, resolver la cuestión de la forma menos onerosa para la Sociedad. Pero poco pudimos hacer, aparte de destituirle, porque intentar resarcirse aquella de la cantidad sustraída significaba un proceso judicial por desfalco que la Junta estimó que a la Sociedad no le convenía el escándalo que tal asunto hubiese supuesto, teniendo en cuenta además que el interesado era insolvente.

¡Buena la hice con mi ocurrencia de indagar y de descubrir aquello!. García de la Parra presentó su dimisión, que no le fue aceptada, y tras una larga conversación con él, me convenció para que me encargase del archivo como Director Comercial de la Sociedad, además de Secretario-Contador. Esta decisión del Presidente aprobada por aclamación, me convirtió de buenas a primeras poco menos que en el factotum de la Sociedad. Yo no sabía que tiempo me iba a ocupar mi nuevo cargo, solo que tenía asignada una gratificación importante para aquellos tiempos independientemente de los beneficios como socio activo, y esto tenía una gran significación para mi economía particular.

Pero no quedó esto aquí. Del local que ocupaba la Sociedad en la plaza de los Ministerios fue desahuciada por sentencia judicial. Nuevo conflicto y nueva reunión de la Junta. Como aquellos señores tan viejos todos no estaban para asumir esta nueva complicación, me pidieron encarecidamente que resolviese urgentísimamente el difícil asunto. Yo pedí veinticuatro horas para reflexionar, durante las cuales hablé con mis hermanos y les propuse que en unas habitaciones interiores que no se utilizaban en la sastrería se instalase provisionalmente el archivo. Como no pusieron inconveniente al otro día dí cuenta a la Junta de esta solución provisional que había hallado y que fue aprobada con entusiasmo.

A mí me convenía que el archivo estuviese en la sastrería ya que como tenía ocupaciones en ella resultaba cómodo despachar los asunto de la Sociedad, en los que colaboraron en el trabajo material mi hermana María del Pilar, y hacían los paquetes los empleados de ella a deshora. Siguiendo las costumbres de España, en la que se destituyen los Secretarios perpetuos y lo provisional dura toda la vida, también aquella provisionalidad se mantuvo más de treinta años.

Como contaba con la confianza incondicional del Presidente que delegaba en mí todos los asuntos, reestructuré la Sociedad a mi modo estableciendo una nueva contabilidad, que apenas si existía anteriormente, y visité la imprenta del Colegio del Sagrado Corazón, en la calle de Juan Bravo, donde se imprimían nuestros libros. Hablé con el Hermano Germán, gerente de la misma, y le encargué varias ediciones que estaban agotadas; pero me dijo que hasta que no se liquidase la deuda que teníamos no editaba ni un libro. Le expliqué lo ocurrido con el anterior archivero, lo del desfalco y me comprometí a que todo se liquidaría si colaboraba la imprenta con nosotros imprimiendo libros que nos solicitaban los clientes y que estaban agotados, única manera de poner la Sociedad en marcha.

No sé si estuve afortunado en mis argumentos o vió claramente que la única manera de liquidar la deuda era ayundándonos; el caso es que aceptó mi encargo de cuarenta mil libros. Claro que luego me enteré por el Director del Banco Hispano Americano, que era muy buen amigo, que el Hermano Germán había solicitado informes personales míos de aquella entidad. Es más, hasta este amigo llegó a confesarme los términos de aquella solitud en la que le dijo: "me ha visitado un chico joven, nuevo Secretario de la Sociedad Didáctico Musical que se llama ..." al oír mi nombre el Director del Banco le atajó: "a ese chico como usted le dice dele lo que sea, es hombre serio y solvente y tiene toda mi confianza".

Por este procedimiento y estas gestiones se reconstruyó la Sociedad. Se liquidaron las deudas y comenzó su funcionamiento normal. Ahora debemos en ocasiones hasta diez millones de pesetas y no nos molesta la imprenta para nada. ¡Qué negocio es la seriedad y la rectitud!.



Las gestiones del Padre Otaño en el Ministerio para hallar un alojamiento digno al Conservatorio dieron rápidamente su fruto. Adquirió aquel el palacio de los Bauer, banqueros judíos que atravesaban una difícil situación, y se efectuaron obras considerables de acondicionamiento con la habilidad de respetar el salón de Actos -antiguo comedor donde se instaló un magnífico órgano- y los varios y valiosos artesonados del palacio; las obras duraron mucho y durante ellas no sosegó el Padre Otaño con su sotana manchada de yeso ni me dejó en paz; casi todos los días me llamaba para consultarme algún detalle. Eramos una especie de arquitecto y aparejador de aquellas obras. ¡Con decir que hasta yo coloqué los Crucifijos en las aulas!.

Por fin se procedió a la inauguración. Tuvo lugar el dieciseis de mayo de 1.943, presidida por el Ministro de Educación Nacional José Ibáñez Martín. El programa que para ello elaboró el Padre Otaño incluía un concierto por la Orquesta Nacional, dirigida por Conrado del Campo, con obras



de profesores de la Casa. Para seleccionar los autores y las obras a ejecutar, ya que había muchas presiones por existir entre aquellos varios compositores, se nombró una comisión integrada por el Padre Otaño, Turina y Pérez Casas.

Cual no sería mi sorpresa al verme seleccionado para figurar en el concierto. Yo no lo esperaba ya que entre los profesores estaban Pérez Casas, Facundo de la Viña, Joaquín Rodrigo, Echevarría, José M<sup>a</sup>, Franco, Guridi y alguno más, todos mucho más viejos que yo y, creía, con mayores méritos. Pero no es solo que se seleccionase mi obra "Evocación castellana" sino que se colocó en el programa en el sitio de honor, al final del concierto. Obtuvo un gran éxito y me felicitó efusivamente hasta el Ministro. Yo tenía verdadero interés en que fuese así pues allí estaban congregados los Catedráticos y profesores del Centro, el Subsecretario y todos los Directores Generales del Ministerio, Académicos de Bellas Artes, la crítica en pleno, el Rector de la Universidad y un sin fin de personalidades del mundo del arte.

Fue un suceso ¡en el que yo era actor destacado! que me tenía loco de alegría. Aquello significó un impacto considerable ante mis compañeros y ante los representantes más caracterizados del arte y la cultura. Desde entonces ganó varios enteros mi prestigio en el Conservatorio y ante mis alumnos, aunque ya hacía dos o tres cursos que era nombrado por el Director Vocal de los Tribunales de concursos a Premios, sobre todo en las enseñanzas de Armonía y Composición, aunque yo sólo era profesor de Solfeo.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

Dirección  
General de Bellas Artes

*Inauguración oficial del nuevo  
edificio del Real Conservatorio  
de Música y Declamación de  
Madrid, Calle Ancha de San  
Bernardo, 44, con la asistencia del*

*Excmo. Sr. Ministro de Educación  
Nacional, D. José Ibáñez Martín*

*Domingo, día 16 de Mayo de  
1943, a las 12 del mediodía.*

*El Director del Real Conservatorio*

*tiene el honor de invitar a usted  
al acto inaugural.*

Programa de los actos de inauguración del nuevo Conservatorio.

## A las once — EN LA CAPILLA

Misa rezada con cánticos y órgano y bendición del Edificio.

## A las doce. — EN EL SALON

1.º Descubrimiento del cuadro de S. E. el Jefe del Estado (obra de D. Elías Salaverría).

Himno "Franco, Franco", para coro y orquesta,  
P. N. Otaño, S. J.

2.º Discurso del Excmo. Sr. Director del Conservatorio,  
P. N. Otaño, S. J.

3.º Concierto por la Orquesta Nacional, dirigida por el  
Catedrático y Maestro D. CONRADO DEL CAMPO.

- A) Scherzo del borriquillo  
(de los Bocetos Castellanos), C. del Campo.
- B) Tríptico Gallego, B. García de la Parra.
  - a) Canción.
  - b) Ñoranza.
  - c) En la aldea están de fiesta.
- C) La Oración del Torero, J. Turina.
- D) Evocación Castellana, J. Moreno Bascuñana.
  - a) Preludio (amarecer).
  - b) Danza.



Pero estaba asustado. Estaban a punto de convocarse las oposiciones a Cátedra de Armonía cuya interinidad ocupaban Guridi y Echevarria. Y estaba asustado porque si después de tanta consideración y triunfos como había obtenido en el Conservatorio no las gano o hago mal papel, quedaría desairadísimo y yo no estaba habituado a esto.

Unas oposiciones a cátedra son de una dificultad enorme y llegado el caso no se puede confiar en nada absolutamente más que en el propio esfuerzo. Es cierto que tenía amistad con todos los Catedráticos, entre los que tendría que componerse el Tribunal, más alguno de los Conservatorios Profesionales de provincias, pero era amistad de orden general y casi todos los interinos o los que no pertenecían al Centro aspiraban a los mismo. Yo que después he estado como Presidente de tribunales de oposición o como miembro de ellas más de treinta veces, puedo asegurar categóricamente que jamás influyó lo más mínimo en los fallos ni las amistades ni las recomendaciones; y no hablo solo por mí, es que nunca he observado a lo largo de mi vida que ningún componente de tribunales de los que he formado parte tratase ni una sola vez de posponer a los méritos del opositor cualquier interés bastardo. Eso de que las oposiciones están ganadas o dadas de antemano es una vil calumnia propagada por los que no se atreven a afrontarlas o por perdedores que no poseen la capacidad necesaria para ganarlas. Es el clásico derecho al pataleo.

A propósito de esto ocurrió una anécdota graciosísima que vale la pena reserñar. Me encontré una tarde a Conrado del Campo a mitad de la calle de Hortaleza. Iba a la Academia. Nos paramos a charlar y en ese momento apareció Lemberg. Después de cambiar unas impresiones le preguntó Conrado: "te presentarás a las oposiciones de Armonía porque si no ¿a qué esperais?. No me presento porque esas plazas estan dadas, contestó aquel sabiendo o no que el maestro estaba en el tribunal. ¿Cómo has dicho? le dijo fuera de sí. Repitió Lemberg que estaban dadas y le cogió violentamente

por el brazo y hecho un energúmeno le dijo ¡al juzgado de guardia! ¡al juzgado de guardia! allí me haras bueno lo que has dicho, y tiró de él en busca de un agente de la autoridad. Lemberg se arrodilló en la acera pidiéndole perdón ¡había que ver la escena en medio de la calle-. Se arremolinó gente y nos costó Dios y ayuda a Lemberg y a mí disuadir al maestro de que le detuviera. Al fin se calmó y se conformó con llamarle sinvergüenza, cretino, incapaz, etc. Lemberg pasó un susto monumental.

Estando así el ambiente dediqué muchas horas y hasta noches enteras preparándome. Deseaba ante todo quedar bien para no defraudar a los que pusieron en tantas ocasiones su confianza en mí y también para quedar asimismo bien ante mí mismo, que en verdad es lo que más me preocupaba. Yo me había propuesto llegar a todo por mi exclusivo esfuerzo y tesón y entrar en todas partes por la puerta grande, como me ocurrió hasta entonces, y tenía fé en que con las inminentes oposiciones seguiría el mismo camino. Me había propuesto llegar a todo sin deberle nada a nadie, salvo el obligado agradecimiento a los que me enseñaron aunque esto sea un proceso biológico que nunca tiene fin; las generaciones más antiguas enseñan a las modernas, como los padres enseñan a los hijos. Acometí pues, el trabajo con el mismo entusiasmo que en mis buenos tiempos de estudiante. Adquirí los tratados de Armonía que se habían publicado recientemente y consulté todos los libros de literatura musical y musicológica para lo que me tuve que desplazar varias veces a la Biblioteca Nacional y a las del Conservatorio y Monasterio de El Escorial y realicé infinidad de trabajos de Armonía. Aspiraba en suma a estar lo más preparado posible.

Estando en el fragor de estas actividades me llegó la noticia de la repentina muerte del maestro Vega. Lloré de corazón a este fraternal amigo del que tanto había aprendido a pesar de no ser jamás alumno suyo. Había pasado con él ratos muy agradables y me había dado en todo momento pruebas de afecto y estímulo. Le conocía a fondo y le entendía muy bien,

por eso le quería tanto; para los que desconocían los recónditos sentimientos de su corazón bueno y noble - que siempre pretendía disimular- parecía persona desagradable, y bien quedó esto patente en su entierro al que solo asistimos contados amigos. Asimismo la crítica musical ignoró -creo que a sabiendas- la desaparición de un gran maestro que lo fue de casi todos los directores de banda de España.

A los pocos días de su fallecimiento me visitó Alvarez Ayucar. Me leyó un testamento ológrafo que habían encontrado entre sus papeles en el que le nombraba albacea de sus bienes -que exclusivamente consistían en su magnífica biblioteca- y en una de cuyas cláusulas decía: "lego a mi queridísimo amigo José Moreno Bascuñana la tercera parte de mi biblioteca musical"; las otras dos terceras partes se las dejaba a Dámaso Torres, director de la Banda Municipal de Córdoba y su alumno predilecto y a un sobrino también director de otra en Valencia. Este gesto de mi inolvidable amigo me produjo gran emoción, aparte del valor material del legado de libros que me correspondió, entre los que figuraba una primera edición del "Cancionero de Palacio", conocido por el de Barbieri, por haber hallado este tesoro en la Biblioteca del Palacio Real.

Debió tener pensado hacer esto desde hacía tiempo pues recuerdo que una vez estuvo enfermo unos días y no pregunté por él; cuando se puso bueno me llamó por teléfono explicándome su leve enfermedad y me dijo: "se va usted a enterar de mi muerte por las mandas de mi testamento". Lo que tomé a broma se cumplió.

Durante los últimos años se habían reconstruido con nuestro esfuerzo en la sastrería casi todos los hoteles de Pozuelo afectados por la guerra. Como acometió la fiebre de la reconstrucción en España a todos los niveles, el año 1.943 presentaba la Colonia un aspecto muy parecido al de antes de la contienda y allí pasabamos el verano. En aquella época la gente solía veranear en la sierra o en pueblecitos cercanos. Lo de hacerlo en las playas era un poco inasequible para las economías medias y sobre todo para los que teníamos que trabajar diariamente en Madrid. Un ejemplo: Sánchez Pardo, un amigo de mi padre, veraneaba en la Ciudad Lineal, lo que es ahora la calle Arturo Soria.

Aquellos años fueron particularmente gratos. En ellos hice nuevas amistades no musicales como las familias Aznar, Chamorro, Olivera, Ugarte, etc., que se habían afincado en Pozuelo para pasar el verano. Se reconstruyó también el teatrillo "Corral de la Pacheca" que edificaron veinte años antes mi padre y mi tío y en el que se hicieron muchas funciones teatrales figurando como actores casi todos los vecinos de la Colonia que formaban una piña de fraternal amistad. Mi padre era un buen actor y enorme aficionado. Recuerdo de niño haberle visto hacer el "Tenorio", "La mala ley", "Fantasmas", "Bataclán" y otras muchas y la impresión que conservo es la de que era un actor consumado. Hasta mi madre trabajaba y bastante bien.

Yo quise rememorar aquellos tiempos aunque acomodándolos a los presentes. Por ello se hizo el "Corral de la Pacheca" con fisonomía de casino. Se celebraban normalmente bailes y descubrí un procedimiento para hacer aquellos amenos a los mayores que consistía en representar en el escenario a las dos de la madrugada, una piececita con música a la que denominábamos "números". Duraban estos como una hora pero al no existir literatura de este género, yo mismo escribí estos intercalando música conocida. Así resultaban mucho más fáciles los ensayos de aquellos nutridísimos

repartos, pues puede asegurarse que ni un solo joven o niño un poco mayor de las Colonias de San José, La Espaciación, Benítez y Aravaca dejaron de participar en aquellas representaciones. Los números estaban escritos en verso octosilábico un tanto macarrónico que los chicos aprendían de memoria al tercer ensayo. Se hicieron popularísimos "En un puerto del Cantábrico", que incluía canciones populares montañesas y la canción "Tatuaje" de Quiroga, "Del rastro a los Alpes bávaros", "El castillo de Cheste", "Boda en el Sebegal", "Amores de emperatriz" con el que debutó como cantante la que luego sería eminente soprano Angelines Morales y en el que cantaba el "Bridis" de "La traviata", la romanza de "Sadko", la marcha de granaderos del "Desfile del amor", etc., "En el Madrid de Espronceda", "La vaca lechera" y otras que no recuerdo.

No me resisto a transcribir un fragmento de aquellos versos, para que se vea su estilo y facilidad que tenía de versificar a vuela pluma: pertenece a "Amores de emperatriz" y se refieren a la presentación a la gran duquesa Tatiana del embajador de Antolia por el gran duque Sergio:

Sergio	Os presento a vuestra alteza al embajador de Antolia que con sus dos secretarios representaran ahora a su rey don Gumersindo en esta corte imperial. La gran duquesa Tatiana tía de su majestad.
Tatiana	Y ¿no os conocía aún? Cosa tal no se me alcanza.
Secretario	Por ello no os extrañéis. Es que es nuevo en esta plaza.



Como a aquellos números acompañaba un vestuario lujoso y decorados apropiados que se alquilaban resultaban bastante espectaculares y gratuitos al público, en su mayoría familiares de los actores como yo que se me caía la baba viendo a mis hijos trabajar.

Era también el director artístico y el pianista acompañante y los ensayos, menos el general que se efectuaba en el escenario, eran en la terraza de mi casa. Sin terminar de cenar se presentaban los chicos al ensayo. Estaban todos entusiasmados y puedo decir sin rebozo que hice feliz a aquella juventud durante varios años. Ya podían estar orgullosos y agradecidos los papás de que un hombre tan ocupado como yo lo estaba perdiese el tiempo en hacer grato el veraneo a sus hijos y a ellos mismos. Creo que esto no me lo supieron agradecer. Pero la vida es así.

También se hicieron obras en serio a beneficio de las obras de reconstrucción de la Capilla en las que yo era el primer actor, como el "Tenorio" que repetimos cinco o seis veces, una en Madrid, en el teatro Beatriz, y por nuestro repertorio desfilaron "La enemiga", "Quien soy yo", "Cancionera", "Fantasmas", "Don Quintín el amargao", entre otras.

El ambiente era muy cordial y, para mí, enjaretar aquellos números cada semana y dirigir los ensayos era un sedante a mis preocupaciones profesionales.

Y llegaron las temidas oposiciones. Comenzaron los ejercicios a mediados de junio de 1.944. Había sonado para mí la hora más decisiva de mi vida. Eramos doce los firmantes pero solo se presentaron siete para cubrir dos cátedra en Madrid y una en Córdoba: Echevarria, Muñoz Molleda, Angel Mingote, Olmos Canet, el padre Lázaro y una señorita de La Coruña que solo recuerdo se llamaba Margarita.

Antes de comenzar los ejercicios me llamó el Padre Otaño. Todo el afecto y confianza que me tenía demostrados se desmoronó ante lo que me dijo. No es que yo esperase que como Presidente del Tribunal se mostrase "a priori" su benevolencia, pero tampoco esperaba que me hiciese aquella proposición pintoresca pues me pidió ni más ni menos que me retirara de la oposición porque tenía un "compromiso", creo que con Angel Martín Pompey, uno de los firmantes, y no quería que quedase "por lo mucho que me quería" como un fracasado. Me quedé helado. No supe que contestar o no recuerdo que contesté y salí del despacho. Pero cuando solo anduve tres pasos reaccioné vivamente y volví a entrar. Me encaré con él y le dije que aquella oposición era la meta de mi vida, que me consideraba perfectamente preparado y que como él no tenía derecho a impedirme que me presentara, que lo pensaba hacer le pareciese bien o mal y que ante el Tribunal del que él representaba un voto mediríamos nuestras fuerzas públicamente su "compromiso" y yo. Solo me contestó malhumoradamente: "tienes razón, pero deploro tu decisión".

Me llevé un enorme disgusto. Aquello significaba que iba de entrada a opositar en contra del Presidente del Tribunal, pero no cedí. ¡Estaría bueno que por la inmoral proposición de aquel señor tirase por la ventana sin más los sueños de toda mi vida y el sobrehumano esfuerzo que había realizado!. Porque los últimos días dormía solo una hora, como mi mujer puede testificar.

Cuando me tranquilicé resté importancia a aquel hecho. Sería seguramente una de las salidas de pata de banco a que nos tenía tan acostumbrados. Confié en el Tribunal que lo formaban él como Presidente, Conrado del Campo, García de la Parra, José M<sup>a</sup> Franco y un Catedrático de Valencia, Pedro Sosa, a quien no conocía. También me tranquilizó el que el tal Martín Pompey -gran amigo mío por otra parte y condiscípulo- no compareció a la presentación el día señalado.

Todo el mundo sabía la amistad que me unía a Conrado del Campo y García de la Parra, pero esto no obstó para antes de comenzar las oposiciones me dijeran ambos muy finamente que una cosa eran éstas y otra la amistad. Que su honor y ética estaban por encima de todo y que las plazas se adjudicarían, si procedía, con el que más lo mereciese en justicia. Me pareció muy bien esta postura y les añadí que yo no había confiado jamás más que en lo iluminado que me concediese estar Dios y en mi capacidad. Esto se lo debieron decir también a Muñoz Molleda y a Echevarría, que al igual que yo se habían formado con ellos.

Las oposiciones produjeron gran revuelo en el mundo musical -eran las primeras que se celebraban después de la guerra- y gran expectación como demostraba el estar abarrotado el salón de Actos en los ejercicios orales. Todos los opositores teníamos nuestros "fans"; yo contaba con muchísimos entre los que sobresalía Pedro Puig Adam, eminente matemático, Catedrático de la Escuela Superior de Ingenieros de Caminos y tan aficionado a la música que llegó a dar clase de Armonía conmigo. No se perdió ni un ejercicio oral y acudió a la votación. Todos ellos se desvivían por darme ánimos.

Los ejercicios fueron rudísimos. Los cuatro escritos consistían en componer y realizar con tema dado por el Tribunal un Bajo melódico-armónico para coro "a capella", realizar y armonizar para piano y cuar-

teto de arco una difícilísima melodía basada en los modos eclesiásticos, análisis técnico y estético de tres obras de distintas épocas y componer una Fuga para cuarteto con tema dado; para el primero se concedió en principio siete horas que fue ampliado a nueve por un ruego que elevamos Muñoz Molleda y yo; para el segundo un tiempo máximo de treinta horas seguidas ¡que dificultad no tendría!, para el tercero siete y para el cuarto doce.

Los orales, y públicos por lo tanto, eran también cuatro. Primero: establecer la diferencia estética entre una Cantata de Bach, una sinfonía de Mozart, una sonata de Beethoven, un tema con variaciones de la época romántica, una obra impresionista y otra de la nueva escuela vienesa de carácter dodecafónico, todas estas obras como es natural las elegía el Tribunal. Segundo: corregir en el encerado un Bajo realizado con faltas. Tercero: impartir una clase a alumnos de primero y de cuarto curso. Cuarto: defensa de la Memoria presentada por el opositor y contestar a preguntas del Tribunal, y quinto: (el ejercicio más difícil de la oposición) desarrollar tres temas sacados a la suerte de un escueto y lacónico cuestionario. Para los cuatro primeros el tiempo era libre pero para el quinto había que hablar como mínimo una hora por tema.

Este ejercicio me traía de cabeza. Ensayaba con Mími en casa y cuando me cansaba de hablar le preguntaba el tiempo transcurrido y me decía: veinticinco minutos ¡aún faltaban treinta y cinco! pero me dije: alcanzaré el tiempo, yo me suelo crecer en las situaciones difíciles y Dios proveerá.

Y comenzamos los siete borreguitos a cubrir aquel difícil calendario.

Fueron primero los ejercicios escritos, como es natural en clausura y no podíamos recibir visitas ni ponernos al teléfono aunque podíamos hablar entre nosotros. Para vigilarlo estaba siempre de guardia un miembro del Tribunal. A mí me correspondió el aula del último piso con un balcón a la calle de San Bernardo y otro a la del Pez.

De vez en cuando salíamos al pasillo a descansar y charlar un poco unos con otros. El que se lo tomaba más filosóficamente era Mingote, padre del célebre caricaturista, el que además tenía muchísima gracia. Insultaba ferozmente a los autores de los trabajos en los que sus madres salían mal paradas.

En el encierro para el quinto ejercicio, el de la melodía en dos versiones, ocurrió una anécdota que se hizo famosa. Minutos antes de iniciarse aquel apareció un sacerdote con dos botellas de manzanilla que se las llevaba al Padre Lázaro "para hacerle más gratas las treinta horas de encierro"; cogió estas botellas y las metió en su aula. Serían las cuatro de la madrugada cuando coincidimos en el pasillo Muñoz Molleda, Echevarría y yo. Los tres estábamos desesperados ante la dificultad de aquel ejercicio pero de buen humor. De pronto preguntó Molleda ¿qué habrá sido de las botellas del Padre Lázaro? ¿se las habrá bebido sin invitarnos?. Vamos a preguntárselo, indicó Echevarría. Nos encaminamos los tres a su aula y el espectáculo que vimos nos dió pena y risa. Estaba la habitación tan llena de humo que apenas se distinguía a Lázaro sentado a su mesa con una enorme barba negra que le había crecido y con la sotana y la camisa desabrochados hasta la cintura; parecía un presidiario. Le preguntamos por las famosas botellas y nos contestó lastimosamente: ahí las tienen ustedes, estoy tan preocupado que ni me he acordado de ellas, bébanselas. Las sacamos al pasillo y empezamos a beber; como armamos ruido con los brindis a morro y las risas, salieron de sus aulas Olmos y la señorita y se unieron a nosotros. Cuando estábamos en lo mejor de la juerga se abrió la puer

ta de Mingote y muy lastimosamente nos dijo: ¡señores, por favor! yo añadí: es verdad, no le dejamos trabajar, pero Mingote con mucha gracia me atajó: ¡que no me dejan ustedes dormir!. El tío se había hecho una cama con ocho sillas y estaba durmiendo a pierna suelta.

Repito que el ejercicio del cuestionario era el más difícil de la oposición; tener que hablar durante tres horas sin apartarse del contenido del tema, sin interferir otros distintos pues sonaba irremediamente el campanillazo del Presidente, y sin decir, por supuesto, tonterías, requería una lucidez y una organización mental muy acusadas.

Cada opositor ocupaba una mañana o una tarde entera. A mí me correspondió en el sorteo de actuación el número tres detrás de Molleda que se consideraba una estrella de la oposición. Era muy presumidillo y no se recataba de decir a cada momento que él tenía asegurada la plaza; había sido Premio de Roma, tenía siete años más que yo y era un compositor muy estimado. Los demás nos mostrábamos con más modestia y ninguno presumía de su seguridad como él. Para mí era un mal puesto actuar después de Molleda, que suponía daría el mitin en el ejercicio, pero la Providencia dispuso que fuera una ventaja.

Cuando tenía que actuar un opositor quedaba el siguiente de imaginaria el tiempo que estimaba el Tribunal, por si aquel no terminaba. Yo estaba, pues, recluido cuando le nombraron, pero como se trataba de un opositor con cierto prestigio, salió el Secretario José M<sup>a</sup> Franco y me dijo que como era Molleda el actuante que me podía marchar. Salí corriendo pero no a mi casa sino al Parque del Oeste. Consideraba, con la angustia febril del momento, que aún me quedaba por reflexionar un poco en alguno de los temas, y allí me senté en un banco a ejercitar mi memoria.

Mi sorpresa fue cuando llegué a casa. Me dijeron que me habían llamado varias veces de parte del Tribunal para que me presentara con toda urgencia y por alguno de mis hermanos, que yo les había rogado que fuesen para que me contasen como había estado Molleda, me enteré de que éste se había retirado del ejercicio sin siquiera abrir la boca durante un larguísimo cuarto de hora en medio de un silencio sepulcral por parte del numerosísimo público, y que aquel hecho había producido una gran conmoción.

¡Que inspirado estuve al no ir a mi casa! quería el Tribunal que actuase en su sustitución, pero como se me dió permiso para ausentarme hasta las cuatro de la tarde, aproveché la espléndida mañana para reflexionar y contemplar los árboles y césped que significó un sedante para calmar mis nervios. Pero por otro lado pensé: si Molleda se ha retirado ¿no me podía ocurrir a mí esta tarde algo parecido?.

Encomendándome a todos los santos y sin apenas comer me fuí con Mími y algunos familiares al Conservatorio. Escuché al llegar muchos comentarios sobre la retirada de Molleda y ví a Antonio Iglesias que sin saludarme me dijo: "están tomadas por compañeros todas las puertas del salón. Si se te ocurre abandonarlo te metemos en él a patadas" y me dió un fuerte abrazo en el momento que me llamó el Tribunal. Entré en él y tuvieron que hacerme paso los que por no tener asiento ocupaban hasta los pasillos, sentados algunos en el suelo.

Avancé hacia el estrado en el que no había más que a un lado un piano, un encerado, una mesita con su silla, aquella con una jarra de agua y un vaso y enfrente ... el feroz Tribunal con cara de palo. Parecían aquellos cinco señores Torquemada y sus secuaces. Extraje las tres bolas y escribí lo títulos de los temas. Era el único papel que se permitía tener sobre la mesa. Estaba totalmente prohibido llevar cualquier nota o apunte. Eran las cuatro y veinte cuando el Presidente me ordenó que comenzara.

Me senté en aquella silla que me pareció la eléctrica, me santi-  
gué e iba a comenzar cuando de pronto se me nubló la memoria de tal modo  
que no recordaba ni como me llamaba. Duró el desagradable fenómeno uno se-  
gundos en los que permanecí con la cara tapada con las manos. En ellos y  
con esa celeridad que actúa el pensamiento me dije: en estos instantes se  
está fraguando tal vez tu porvenir ¡ánimo!. Instantáneamente reaccioné y  
comencé a hablar. No se oía en el salón ni el vuelo de una mosca. Quizá  
por la transcendencia del momento o por mi habitual crecimiento ante las  
dificultades, el caso es que me venían a la imaginación no solo las ideas  
capitales sino la consecuencia de estas. Estuve elocuente y los ejemplos  
que escribía nerviosamente en el encerado surgían como si me los estuvie-  
sen dictando. Todo mi potencial cerebral se puso en marcha y, es curioso,  
hasta me sentí tranquilo al notarme aquella inspiración y aquel recordar  
términos complejos que a borbotones brotaban de mi imaginación.

Cuando creía que iba por la mitad del tiempo -no miré el reloj ni  
una sola vez- me interrumpió el Presidente: "ha transcurrido una hora.  
Puede el señor opositor pasar al tema siguiente mediante un descanso de  
quince minutos". Dejé de hablar y me quedé en el mismo sitio sentado. Pedí  
permiso que se me concedió para fumar un cigarrillo mientras el Tribunal  
se ausentó unos momentos y hasta mí llegaban las toses contenidas y los  
murmullos del salón.

En el segundo tema estuve aún más afortunado. Trataba de la modu-  
lación cromática que sabía muy bien y trasladé al encerado pasajes comple-  
jos de obras con la mayor facilidad y clarividencia. Cuando terminé uno de  
estos del primer acto del Lohengrin, difícil de retener, miré al Tribunal  
y ví que prestaba asentimiento con la cabeza algunos de sus miembros.  
Transcurrió la otra hora y también se hizo otro descanso. Miré en el  
transcurso de este por primera vez al público y noté semblantes de aquies-  
cencia en los que estaban sentados en las primeras filas, entre los que ví



a Antonio Iglesias y a Moraleda aplaudir en silencio y darme ánimos con la vista.

Comencé el tercer tema y en este si que me crecí. Trataba de la pedal y después de explicar detalladamente su función a través de la historia de la música diciendo que era el elemento de composición más antiguo y más moderno a la vez -definición que noté gustó al Tribunal- citando algunos ejemplos. Cuando terminé me interrumpió el padre Otaño para decirme que había omitido uno muy importante, el del preludio del "Oro del Rhin", de Wagner. Tan tranquilo y tan dueño de mí estaba, que me encaré con él: "no he citado ese ejemplo porque entiendo que no es una pedal, es un solo acorde de mi bemol que persiste todo lo largo del preludio sin modificación de la armonía y en el que recuerdo que los contrabajos hace Wagner la advertencia de bajar el bordón un semitono ya que no tienen ese sonido". Persistió tercamente el Presidente y noté que Conrado del Campo le cuchicheaba al oído y dijo aquel "bueno, bueno, continúe el señor opositor pero eso es una pedal" que era una manera de recoger velas. Yo estaba admirado ¡atreverme a enfrentarme al Tribunal! pero estaba tan seguro.

Por fin a aquella larga tarde que nunca olvidaré le llegó el final. Dijo el Presidente: "si quiere puede continuar el señor opositor pero el tiempo reglamentario ha transcurrido". Dije dos o tres cosas más y abandoné el estrado y el salón.

Salí y todo el mundo sin excepción me felicitó. Puig Adam me dijo que él habituado a presenciar oposiciones, reconocía que había estado sensacional. Me llamaron algunos sabio, buen orador, etc. etc. Me felicitó hasta Mingote que había actuado antes que yo; nobleza que agradecí profundamente.

Ya solo quedaba el ejercicio de la Memoria al que no tenía ningún miedo por ser el más corto y sencillo. Recuerdo que cuando subíamos los opositores a encerrarnos para él acompañados de Pedro Sosa, a quien ya he dicho que no conocía, emparejó discretamente conmigo y me dijo a modo de susurro: "va usted el primero en todos los ejercicios". Me dió un vuelco el corazón. Yo sabía por mí mismo que en los orales de los que habían actuado posteriormente a mí y que por tanto los había oído, que había estado sensiblemente mejor; pues hasta Echevarría del que esperaba mucho estuvo muy flojito y vulgar en el cuestionario. Claro que hablar durante tres horas es muy difícil no repetirse para llenar el tiempo. Creo sinceramente que su ejercicio fue un auténtico latazo que tuvo hasta su anécdota, pues como estaba tan nervioso escribiendo en el encerado, borrando con el trapo lleno de polvo, sacando el pañuelo, secándose la frente, una vez se equivocó y se pasó por la cara el trapo de borrar y se la puso blanca como un harinero. Surgieron risas del público que el Presidente cortó pero como Echevarría no se había dado cuenta y seguía hablando muy serio con la cara blanca como un payaso, tuvo un miembro del Tribunal que advertirle y entonces se volvió de espaldas y se limpió.

Esto sabía de los ejercicios orales pero de los escritos no conocía nada más y nada menos que lo que había dicho el señor Sosa por la escalera. Pero pensaba ¿y si solo era un opinión personal? porque no me aclaró si era solo la suya o la del tribunal; pero a pesar de ello aquella noche, víspera de la votación, me la pasé en claro dándole vueltas a aquellas palabras.

Como el ejercicio de la Memoria duró media hora escasa lo despachamos en aquella mañana. Yo, envalentonado por lo bien que me había dicho la gente que había estado en los otros orales, me crecí en este pensando también en las para mí históricas palabras del señor Sosa. Si era cierto que iba el primero quería cerrar brillantemente la oposición. Creo que es-

tuve afortunado y recuerdo que terminé con estas palabras: "resumo diciendo que la misión del Catedrático de Armonía es formar tan profundamente al alumno que consiga que vea con los oídos y oiga con los ojos". Estas fueron mis últimas palabras en la oposición.

Terminado el ejercicio se puso el Tribunal en pie y todo el público y el Presidente manifestó: "Han terminado las oposiciones a Cátedras de Armonía. Mañana a las once tendrá lugar la votación pública. Se levanta la sesión".

Había dado fin el suplicio que entre encierros y ejercicios orales nos trajo por la calle de la amargura quince días.

Al otro a las diez llegué al Conservatorio. Ya estaban ocupadas todas las butacas por los madrugadores que querían tener buen sitio para el espectáculo de la votación. Allí estaban o fueron llegando amigos, familiares, condiscípulos, fotógrafos de Prensa y todos los opositores ¡hasta Molleda! que aunque se había retirado de un ejercicio y confiando en lo que él denominaba su prestigio aún tenía esperanzas. Llegó Puig Adam que recuerdo me dijo "Le falta a usted el ejercicio más difícil de todas las oposiciones: la votación". Yo no sabía si estaba esperanzado o no, si estaba triste o contento. Tenía tal lío en mi cabeza que no sabía que pensar; menos mal que aquella incertidumbre tenía que aclararse en breves minutos pues eran las once.

Con el salón y sus accesos repletos de gente apareció por la puerta del estrado el Tribunal. Tomó asiento tranquilamente y el Presidente tras dar un campanillazo, se puso en pie y dijo solemnemente: "Se va a proceder, con arreglo a la ley, a la votación de las oposiciones a Cátedras de Armonía. Votarán los señores Catedráticos que forman el Tribunal públicamente y en voz alta, del más moderno al más antiguo del escalafón,

y por el orden de adjudicación de plazas, según los vaya nombrando". La expectación llegó al límite. Prosiguió: "votación del número uno: ¿Don José M<sup>a</sup> Franco?, este respondió: don José Moreno Bascuñana. ¿Don Pedro Sosa?: don José Moreno Bascuñana. ¿Don Benito García de la Parra?: don José Moreno Bascuñana (con tres votos ya era Catedrático, casi me desmayo) ¿Don Conrado del Campo?: don José Moreno Bascuñana. Y yo como Presidente también voto a don José Moreno Bascuñana, dijo el Padre Otaño, y añadió queda proclamado por unanimidad para ocupar el número uno: don José Moreno Bascuñana. Una larga ovación que duró varios minutos acogió este fallo. Cuando se hizo el silencio continuó la votación. Echevarria, que tenía once años más que yo y que estaba interino de Armonía ocupó el número dos y la Cátedra de Córdoba quedó desierta.

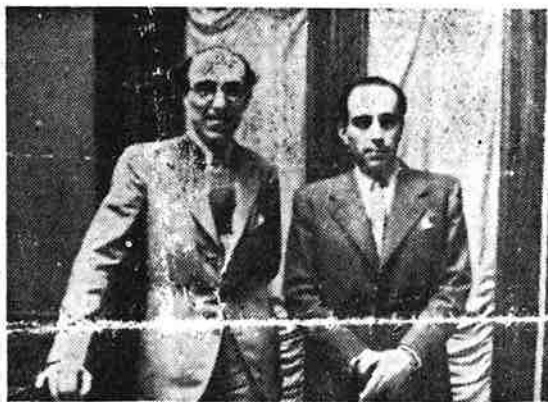
Igual que abrazan y se suben sobre él los compañeros del jugador de futbol que mete un gol trascendente, así me estrujaron mis amigos, casi me derriban. Me felicitaron efusivamente cientos de personas, algunas no recordaba quien eran; Forns me llamó para posar con Echevarria para la Prensa. Me felicitaron los opositores fracasados afectuosamente ¡hasta Mollada! que me dió una mano fría, estaba desencajado y desapareció al momento. Recuerdo la nobleza de Mingote, que como tenía el número uno oyó todos mis ejercicios, cuando me dijo: "por usted da gusto ser derrotado". Le abracé con toda mi alma. Mími y mi familia estaban emocionados. Ahora tienes que descansar, hijo, me dijo mi madre llorando.

Pasé al despacho del Padre Otaño a dar las gracias al Tribunal. Abracé a todos y les dije a mis maestros que todo lo que había conseguido se lo debía a sus enseñanzas. García de la Parra le dijo al Padre Otaño: "ya tenemos un joven Catedrático". Esta coña de don Benito se propagó de tal forma que todo el mundo en el Conservatorio me llamaba en broma así. El Padre Otaño me manifestó con un poco de intención "estoy muy contento, quiero que lo sepas". Se me había olvidado totalmente la conversación que

tuvimos. Fui a despedir a don Pedro Sosa a la estación, pues regresaba aquella misma noche a Valencia, y le llevé unos bombones a su señora. Le mostré mi agradecimiento y recordé aquella alegría que me dió en la escalera. Me dijo cariñosamente: "no me agradezca usted nada, se ha ganado la plaza porque ha estado fenomenal. Lástima que no fuese aquella para el Conservatorio de Valencia".

# LAS CATEDRAS DE ARMONIA Y ORGANO DEL CONSERVATORIO

Los nuevos profesores de Armonía.-Guridi, catedrático de Organo



Los maestros Moreno Bascoñana y Echevarría, nuevos catedráticos de Armonía del Real Conservatorio de Madrid.

Con la votación de esta mañana ha terminado la primera serie de concursos - oposición convocados para cubrir vacantes de la Sección

Moreno Bascoñana ha estudiado toda su carrera en el Real Conservatorio, obteniendo primer premio de Armonía como discípulo de Gar-

cia de la Parra, y primer premio de Composición en el año 1933 como discípulo de Conrado del Campo, y amplió sus estudios en Alemania. Desde 1939 era profesor interino de Solfeo en este mismo Centro, y tanto la Orquesta Sinfónica como la Nacional, han dado a conocer obras suyas.

Victorino Echevarría también en el Conservatorio de Madrid obtuvo primer premio de Armonía, y el mismo año 1933, como discípulo asimismo de Conrado del Campo, alcanzó el primer premio de Composición. Más tarde fue pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, y en 1936, tomó parte en unas oposiciones precisamente a la cátedra de Armonía, en las que obtuvo dos votos, siendo recomendado para ocupar cátedra. Esta votación se da la coincidencia de que tuvo lugar exactamente hoy hace ocho años. El maestro Echevarría era actualmente profesor interino de Armonía.

•••

De la época de Esclava data igualmente la creación de la cátedra de Organo en el Real Conservatorio,

Echevarría y yo el día de la votación de las oposiciones.

Ya había conseguido la meta de mi vida. Era Catedrático Numerario de Armonía del Real Conservatorio Superior de Música, el más importante de España, cargo al que había accedido con el número uno por unanimidad de votos. Ya pertenecía al llamado senado y tenía derecho a lucir la Medalla correspondiente. Esto de ingresar con el número uno a más de constituir un honor tenía mucha importancia a efectos de escalafón pues me colocaba delante de Echevarria, lo que podía tener suma importancia respecto a los ascensos.

Este estaba disgustado de que le hubiese antecedido y más cuando Conrado del Campo comentó cáusticamente que se había cubierto plaza y media. Se enfadó conmigo hasta el extremo que me saludaba friamente. Cuando transcurrieron unos días fuí a su casa a aclarar las razones de aquel enfado; le dije que no era justo que se mostrase así conmigo porque había estado mejor que él, añadiéndole que le tenía gran afecto pero que si persistía en esa actitud me quedaba tan fresco mandándole a paseo y retirándole el saludo. Reaccionó muy bien. Me dijo que era muy desagradable haber quedado en segundo lugar ante los compañeros y sus alumnos considerando además que era mucho más viejo que yo, pero que honradamente reconocía mis méritos. Me dió un gran abrazo y quedamos para siempre como fraternales amigos.

Cuando me quedé tranquilo en mi casa, repasé la trayectoria de mi vida: mis afanes, mis sueños, mi sed de triunfo y consideré aquello como un justo premio a mi heroico esfuerzo y a mi vocación mantenidos casi desde niño. Recordé a mi padre que quizá no hubiese podido resistir aquella alegría, aquel deseo satisfecho de no sentir envidia por el padre de Cubiles. Le visité en el cementerio y estuve largo rato rezándole y ofreciéndole mi triunfo a aquel hombre bueno que aún por caminos demasiado materialistas, que yo critiqué tanto, deseó siempre lo mejor para su hijo.

Los amigos de Pozuelo me ofrecieron un homenaje cordial en forma de banquete que estuvo concurrendísimo; allí había hasta amigos de mi niñez como Juan Herreras que me recordó los tiempos en que yo soñaba con aquello. Presidieron conmigo mi mujer, mi madre y mi tío que estaban felices pues siempre pusieron en duda (menos Mími) que yo pudiese alcanzar aquello. A partir de entonces se afianzó en mi familia la antigua creencia de que yo era poco menos que infalible y que conseguiría lo que me propusiese. Terrible sanbenito y tremenda responsabilidad era aquello para el porvenir.

De allí a poco se celebró el primer Claustro al que asistí de pleno Derecho. El Padre Otaño dió la bienvenida a los nuevos Catedráticos haciendo una semblanza mía muy precisa y cariñosa, pero me encontré sorprendido con su propuesta al decir sin contar conmigo: "puesto que se ha jubilado Tomás García López que ocupaba el cargo de Tesorero de la Junta de Gobierno, desearía se aprobase por aclamación del Claustro nombrar para sustituirle a Pepe Moreno Bascuñana". Pedí la palabra para protestar y decir que qué era aquello, pero apenas me dejó hablar, "es una decisión que ha tomado la Junta por unanimidad". Esta la formaban con el Padre Otaño, García de la Parra, Subdirector de Música, Sánchez Puerta igual cargo de Declamación y Fuster como Secretario.

Se aprobó la propuesta por aclamación, claro que sí, y de buenas a primeras me encontré integrado en la Junta de Gobierno del Centro. Era por lo visto mi sino de formar parte de órganos directivos nada más ingresar en las Corporaciones, como me ocurrió en la Sociedad Didáctico Musical.

Me quejé a García de la Parra de que no se me hubiese consultado previamente. Lo consideraba un honor pero desconocía cual era el cometido de aquel cargo. Me lo explicó en pocas palabras: se trataba de administrar



los varios millones de pesetas que tenía el Centro como subvención del Estado y que lo único que se necesitaba era que lo desempeñase una persona activa y honrada. Hace meses, añadió, que se debía de haber cubierto pero yo pedí al Padre Otaño que demorase el nombramiento hasta conocer el resultado de tu oposición, ya que tiene que recaer reglamentariamente en un Catedrático Numerario. Entonces ¿ha sido la propuesta de usted?. Contestó con su acostumbrada zorrería: "hombre, yo lo insinué, pero quiero que sepas para tu satisfacción que la Junta se mostró unánime con mi insinuación".

Desde luego aquello era una prueba de confianza que agradecí. Además de pertenecer a la Junta de Gobierno tenía la ventaja de colaborar en la marcha del Centro, "estar enterado de todo" y percibir una gratificación que unida a lo se me incrementó el sueldo al pasar a Catedrático Numerario, redondeaba mi presupuesto familiar. No me podía quejar de como habían discurrido las cosas.

Al ganar las oposiciones me volví a plantear mi doble actividad en el Conservatorio y en la sastrería. Con lo que percibía tenía ampliamente resuelta mi situación económica para vivir con mi mujer y mis tres hijos. Quizá fue este el momento apropiado para emanciparme de la sastrería con todos los problemas y preocupaciones que originaba, y de mi familia. Medité esta decisión nuevamente con mucho detenimiento e incluso hablé con mi madre y mi tío. Yo de un lado deseaba no tener más ocupación que mi carrera ya que el puesto que había alcanzado me abría grandes posibilidades. Pero de otro estaba mi dichosa conciencia, que tantos disgustos me ha dado, que me dictaba el deber de continuar en la sastrería porque sin presunción, era indispensable en ella aunque ni era sastre ni actuaba como tal. Pero aquel negocio necesitaba un administrador y sobre todo una especie de relaciones públicas; había que tratar con el Ayuntamiento de Madrid, del que era proveedor, intentar entrar en la misma forma en la Casa Militar del Generalísimo, lo que se consiguió; hacer los presupuestos, escribir infinidad de cartas algunas difíciles, llevar el pulso económico de la empresa mediante balances parciales que le mostraba a Paco; el de fin de ejercicio me tenía preocupado todo el mes de diciembre hasta que le dictaba al contable como se debía plantear; esperar a los inspectores de Hacienda; efectuar múltiples visitas en las que muchas veces tenía que tratar con gente poco honorable como el director del Servicio de Acopios del Ayuntamiento. En fin, aquel negocio requería indispensablemente una persona, que al margen de mi hermano -que ya tenía más que suficiente con llevar la parte técnica y bregar con los obreros- se encargase de todo lo mencionado y mucho más que no recuerdo.

En la conversación que tuve con mi madre y mi tío saqué la consecuencia esperada: mi madre veía en mí el indispensable sostén y equilibrio de la familia y mi tío -que debo decir que me admiraba- opinaba que si yo me marchaba vendría un desastre. También pensé que mi hermano no podía solo con la enorme complejidad de la empresa.

Esta iba muy bien. Se ganaba dinero hasta el extremo de que casi todos los hoteles de Pozuelo se reconstruyeron a su costa, pues el crédito que concedió el Estado en magnánimas condiciones -al tres por ciento de interés y amortización en treinta años- para la reconstrucción de aquellos se aplicó íntegramente en otra ocurrencia mía: en construir en el Paseo de Extremadura, en un solar que poseían mi madre y mi tío un edificio donde se instalaran los Almacenes Moreno, que se inauguraron el trece de noviembre de 1.945.

Yo que estaba en todo quise resolver el porvenir de Jaime, el hijo de Santiago, proyecto que no veía claro siguiendo en la sastrería donde estaba, entre otras razones porque sus relaciones con Paco no eran lo indispensablemente cordiales. No obstante hablamos con Jaime y le preguntamos, cuando tenía dieciocho o veinte años, que si quería estudiar una carrera -parecía que le gustaba la de aviación- pagaríamos todos los gastos del fondo común, pero si optaba por ser sastre tenía que cumplir en la sastrería lo mejor posible. Se decidió por esto último. Así al abrirse los Almacenes dispuse que pasara a regentarlos, lo que me ocasionó un disgusto con mi hermana Margarita, que llegó a decirme que eso significaba expulsar a su hijo de la sastrería. Pero yo no hice caso porque tenía mi plan. Como la vida en común no era posible entre mi sobrino y mi hermano y por otro lado se merecía en conciencia como hijo de Santiago tener el porvenir que le hubiese dado su padre de no malograrse, aquella decisión mía lo arreglaba todo pues en la indispensable testamentaria que había que hacer al desaparecer mi madre, se le adjudicaría aquel negocio a su madre o a él, como pasado el tiempo ocurrió.

Es cierto que de todos estos problemas familiares me pude desentender, pero opté una vez más por las razones del corazón y en perjuicio de mi carrera. Si hice bien o mal solo puede juzgarlo Dios y si el sacrificio que hice en aras de mi madre y mis hermanos no fue agradecido, me tiene sin cuidado. Yo solo he aspirado a morirme con la conciencia tranquila, que no es poco.

Tuve que dejar a un lado por esta decisión la composición que necesita de ánimo tranquilo, mucha paz y mucho tiempo. Por otro lado las técnicas composicionales habían evolucionado drásticamente en pocos años. Se había abandonado totalmente el proceso tonal tradicional a las que pertenecen las obras de Wagner, Ravel, Falla, Strauss, el primer Strawinsky, etc.. El desconcierto que se inició y continua imperando ha llegado a límites de snobismo desenfrenado. Voy a citar un solo ejemplo que me contó el maestro Oscar Esplá. En un teatro de Bruselas con taquilla se estrenó una "obra" que consistía en lo siguiente: salía un señor al escenario con un taburete alto en el que colocó un muñeco al que dió cuerda y se puso a tocar unos pequeños platillos. Cuando se le acabó la cuerda al muñeco el señor saludó y se retiró. Había terminado la obra.

Estos procedimientos que es un eufemismo tildar de estéticos han creado un clima de desorientación en el que nadie sabe que hacer. Si la obra se acerca a los fundamentos eternos del arte se la encasilla como tradicional y si se escriben obras como la señalada se pierde la dignidad profesional. Conozco infinidad de llamados compositores que fueron alumnos míos que ni terminaron los estudios, algunos están considerados como "geniales" por esa minoría estúpida que se autodenomina nueva ola. El gran público está por supuesto de espaldas a estos modos o jeroglíficos del nuevo arte. Desde la Scala de Milán al Convent Garden y no digamos en el teatro de Bayreuth, el repertorio operístico sigue estando en manos de Wagner, Rossini, Verdi, Puccini, Bizet, etc., y en cuanto a música sinfónica es elocuente que el mejor director de orquesta de todos los tiempos, Herber von Karajan, rehuya en rotundo interpretar música de la llamada moderna. A mí se me podían aplicar -salvando las distancias- aquellas palabras de Litz refiriéndose a Chopin en su libro dedicado a este: "Los sólidos estudios que había hecho, las costumbres reflexivas de su juventud, el culto por la belleza clásica en que fue educado le evitaron malgastar fuerzas en tanteos desdichados y en éxitos a medias, como le ha ocurrido a más de un partidario de las nuevas ideas".

A este respecto voy a citar unas palabras de Manuel de Falla, nuestro músico más excepcional y glorioso: "Creyendo, como firmemente creo, que el fin del Arte no puede ni debe ser otro que el de producir la emoción en todos sus aspectos, sufro el temor, fundado en la experiencia, de que alguien usando del medio como fin, convierta el Arte en artificio y crea cumplir con su misión de artista realizando por medio de los sonidos algo así como un problema de ajedrez, un jeroglífico u otro inocente e inútil pasatiempo...".

Ante este panorama yo me limité a escribir fugas, algunas para órgano, y corales para mi disfrute personal y a armonizar canciones populares, cuatro de las cuales figuran en el primer curso del Tratado de Solfeo de la Sociedad Didáctico Musical convirtiéndome así en lo que yo más deseaba: en hombre de Conservatorio.

Para que se vea hasta donde llega la estupidez de los que se califican de "entendidos", en una tertulia que por entonces teníamos en el café Sajonia de la calle del Arenal a la que acudíamos Echevarria, Arias Macein, Ramirez Angel, Parada, Gombau, Cales, Lerma y algunos más, surgió la idea de escribir una pieza para cuarteto de arco de cien compases en tres por cuatro, componiendo por separado cada parte en su casa, uno la de violín primero, otro la de segundo, yo la de viola y otro la de violoncello, sin más normas que las de duración y compases. Ramirez Angel se encargó de unir las en partitura de cuarteto y aquello resultó un galimatías. Se nos ocurrió al travieso de Gombau y a mí enseñarle aquella "obra" al Infante Don José Eugenio de Baviera, Presidente a la sazón de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, diciéndole Gombau que era un apunte de cuarteto de un músico danés que se lo había regalado en un viaje a Copenhague. Miró y remiró el Infante aquel engendro y manifestó: "Se ve que su amigo vale mucho, creo que es buena esta música !!". Nos costó trabajo contener la risa.

Por entonces me llamó Pilar Primo de Rivera para formar parte de Jurados en los Concursos y Danzas de la Sección Femenina de Falange que se celebraban anualmente. La labor cultural de estos Concursos fue una de las glorias del régimen de Franco. Todos los pueblos de España fueron removidos para extraer su mejor folklore, su sentir autóctono y sus trajes regionales guardados en las arcas por las abuelas. Se llegó a una perfección tal de año en año de los coros y de los grupos de danza que llegó el impacto a rebasar nuestras fronteras. Con esta misión recorrí España entera. Salvo Almería, Ciudad Real, Huesca y Gerona, estuve en todas las capitales sin exceptuar Ceuta, Melilla y las provincias insulares durante varios años.

Así discurrieron aquellos en los que entre mi Cátedra, la Tesorería del Conservatorio, el cargo en la Sociedad Didáctico Musical y administrador de la Sociedad Moreno y Bascuñana, no tenía apenas tiempo para la distracción ni aún siquiera los domingos. Además me gustaba tanto la enseñanza que daba varias clases particulares, sobre todo a aspirantes al Cuerpo de directores de Bandas Civiles. Se había difundido mi éxito en las oposiciones y estaba considerado como uno de los más prestigiosos maestros de Armonía y Contrapunto y Fuga y a mí acudían gran cantidad de opositores a los que no podía atender y me veía obligado a hacer una selección entre los más capacitados. Por entonces dí clase a Puig Adam, el famosísimo matemático. Era hombre muy inteligente, un verdadero superdotado y sin embargo la Armonía se le resistía. Me decía que era más difícil que las matemáticas. No obstante y como le interesaba solo como diletante, aprendió lo suficiente para las piecitas que escribía a piano. Nunca olvidó estas clases que le dí desinteresadamente. La prueba es la dedicatoria que me haría después en el folleto de su discurso de ingreso como Académico en la Real de Ciencias Exactas y Naturales, el cinco de marzo de 1.952.

A mi buen amigo y profesor  
honorario Jn<sup>e</sup> Manuel Bascoman  
dedica con todo afecto este ejemplar  
el eterno aspirante a ingeniero en  
su atrayente catedra

P. Puig Adam

## DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO PUIG ADAM

TEMA: MATEMATICA Y CIBERNETICA

A pesar de estas múltiples ocupaciones dedicaba a mis hijos todos los ratos que podía. Les contaba cuentos que me inventaba sentados en semicírculo que escuchaban con la mayor atención los domingos de invierno durante tardes enteras. Hubo personajes de ficción que se hicieron famosos y familiares como "Evaristo y Baldomero", "Cayetano y Tanito", "Betunita", "Pedrito el del pito", "Jenaro patas largas", "Cleto", etc. Llegó a tal extremo su credulidad ante aquellas historietas y se las contaba con tal lujo de detalles que a aquellos protagonistas los consideraban en su mentalidad infantil como criaturas vivientes. Luego comentaban entre ellos las peripecias de aquellos cuentos y se solidarizaban de tal forma con ellos que un día la "Pista" -una señora que iba a casa a coser- al escuchar de Mími que eran muy traviosos José y Javier, exclamó: "no debería usted consentir que jugasen con esos Evaristo y Baldomero". Pero mujer, dijo Mími, si esos son los héroes de un cuento que les cuenta su padre.

Siguiendo la tradición también les ponía todos los años un nacimiento con movimiento de las figuras de una variedad increíble que llegó a tener después efectos de luz y hasta un río con cascadas de agua de verdad. Asimismo les hacía el tres de mayo el altarcito con la tradicional Cruz de Mayo, donde toda la familia depositaba unas monedas.

Siempre he tratado de educar a mis hijos entremezclando la realidad con la fantasía y tradición. Creo que los niños deben ser un poco soñadores; esto redundará siempre en su bondad.

Esta ha sido siempre mi vida: mis hijos, mi casa y mi trabajo. Al ser casi abstemio no he perdido el tiempo ni el dinero en bares ni he hecho amistades de taberna. Fuera de aquellas tertulias a que me he referido de contenido intelectual en las que solo tomaba café, raramente he entrado en un establecimiento de bebidas. Nunca estuve de acuerdo con esos hombres que dilapidan su tiempo y su dinero en largas sesiones de bar antes de las



comidas y en las que generalmente menudean los chistes verdes y las bromas sin ingenio que tanto colaboran a su adocenamiento. No me tengo por hombre perfecto y buenecito; tengo muchísimos defectos pero siempre he huído instintivamente de las cosas soeces o de mal gusto. Creo que hay que saberse educar el alma, y perdóneseme esta que puede parecer cursi filosofía.

Cuando tenía dieciocho o veinte años, por un amigo de Santiago entraba libremente en el teatro Martín, que era por entonces el espectáculo más desenfadado y grosero que había en Madrid. No fui más que dos veces porque no podía aguantar aquellos diálogos carentes de ingenio y plagados de obscenidades. Estas son si acaso para hacerlas uno pero no para oír las contar. Y allí estaba aquel público embrutecido riendo aquellas procacidades y disfrutando a placer su sensibilidad embadurnada de alquitrán. Parecían bestias.

Por el año 1.945 se vendió una casa de corredor que tenían proindiviso Mimi y su hermana en la calle del Aguila, cuya renta líquida no alcanzaba las trescientas pesetas mensuales. Correspondió a cada una noventa y tres mil pesetas que junto a unos ahorros que yo tenía compré, a mi madre, tío y hermanos una parcela del Hacha que, tan delicado como he sido siempre, fijaron el precio dos amigos comunes a la familia: Antonio Chamorro e Isidro Aznar, y se comenzó a edificar mi actual chalet. Yo hice los planos y hasta una maqueta de cartulina a escala. Tenía mucho interés por vivir en Pozuelo pero en un chalet confortable y mayor que los que teníamos. En verdad que resultó precioso. Las puertas de castaño macizo y casi todos los muebles los hizo Agustín García, gran ebanista y amigo. Se hizo un decorado de escayola en las principales habitaciones y un oratorio en nuestra alcoba en estilo románico que resultó un acierto. Fue pintado por Casa Díaz que hizo una obra de arte. Y allí con su magnífica calefacción, nos fuimos a vivir en 1.948 nada más nacer mi cuarto hijo, Ignacio Nicolás.

Yo me desplazaba a Madrid en tren. Fueron los años de la escasez en España, terminada la guerra mundial, y no existía medio de adquirir un automóvil. No había gasolina ya que sufrimos un bloqueo intenso por parte de todas las naciones con excepción de Argentina y Portugal. Fueron años terribles en los que casi todos los españoles pasábamos hambre, hasta que muy poco a poco fueron cayendo de su burro algunas naciones y comenzaron los intercambios comerciales, particularmente con el Oriente Medio, gran productor de petróleo. Me compré una moto Soriano que parecía de juguete, pero que me resolvió por un tiempo mis desplazamientos a Madrid y después un coche Renault viejísimo que se estropeaba a cada momento. Recuerdo que un día planeé una corta excursión y cuando ya estábamos todos montados y la cesta con la comida al arrancar se le partió nada menos que la transmisión.

El año 1.950 se jubiló el Padre Otaño pero por su enorme amistad con el Ministro Ibañez Marín siguió como Director del Conservatorio. No obstante tenía un poderoso enemigo, un enemigo sagaz y de inmensa ambición que sin pertenecer al Centro aspiraba al cargo: Federico Sopeña, que tras ser crítico de "Arriba" y novio de Lola Rodríguez Aragón tuvo la vocación tardía de hacerse cura. Fue al Seminario de Vitoria y con cierta rapidez, por convalidación de varias asignaturas de su carrera de Filosofía y Letras, cantó misa. Este hombre siempre ha sido peligroso por su ambición inmensa, como digo, su enorme capacidad para la intriga y su proceder no de buena persona. En música no pasaba de ser un simple aficionado.

Su radiografía más exacta es quizá la que hizo de él el Padre Ballester, Obispo de Vitoria y preconizado para el Arzobispado de Santiago de Compostela de cuya sede no llegó a tomar posesión por sorprenderle la muerte. Era muy amigo de García de la Parra y una vez que fue a visitarle a Vitoria le dijo: tiene usted a Sopeña en su Seminario a lo que contestó rápido el Padre Ballester: "si, aquí está estudiando para Padre Otaño".

Sopeña se encontraba a primeros de 1.951 en Roma en no sé que misión y tenía una amistad entrañable con Joaquín Ruíz Giménez, Embajador de España en el Vaticano. No encontraba por el momento los medios para desplazar al Padre Otaño de la Dirección pero como ha sido siempre hombre de mucha suerte se produjo en aquella fecha una crisis en el Gobierno y fue nombrado Ministro de Educación Nacional Ruíz Giménez. Sopeña debió ver el cielo abierto cuando por aquella amistad que le unía al nuevo Ministro se lo trajo con él a España y le nombró Delegado del Gobierno en los Conservatorios, no como Director como dice y la gente cree pues puedo asegurar y estoy muy bien informado que jamás tuvo tal nombramiento. De todos modos la suerte del Padre Otaño estaba echada. Se instaló Sopeña sin la más mínima consideración en el despacho de aquel y tuvo que pasar Otaño a una habitación contigua desde la que me contó que aún tenía esperanzas porque

esperaba una carta del Ministro contestando a la suya, que nunca llegó. Se creó una situación de confusión en el Centro donde el Delegado del Gobierno ocupaba el despacho de dirección y el verdadero Director, que oficialmente era el Padre Otaño, pasó relegado a otro por lo que nadie sabía quien dirigía el Centro. Por fin y como no llegaba noticia alguna del Ministerio ni contestación a su carta, optó este harto de soportar desaires y humillaciones, por empaquetar sus libros -que pensaba donar a la Biblioteca del Conservatorio- y tras decirme textualmente "que le habían dado una patada en el culo", se marchó a San Sebastian a la residencia de los P.P. Jesuitas.

Fuimos todo el Claustro a la estación y con lágrimas en los ojos se despidió de todos. Con aquella arrancada del Talgo había terminado una época histórica del Conservatorio en la que se había instalado más que decorosamente y ganado prestigio dada su enorme personalidad.

De esta forma ruín, descortés y desconsiderada ocupó la dirección Sopeña -reitero que nunca tuvo el nombramiento como tal- cuya ocupación cayó como una bomba entre el profesorado, de un lado por la forma tan poco digna como se hizo y de otro porque Sopeña no era más que un chiquillicuatro intrigante en cuyo expediente académico del Conservatorio sólo figuraba haber cursado dos años de Solfeo.

Todo el mundo suponíamos que tras el Padre Otaño accediese a la Dirección un Catedrático de prestigio como Turina, Pérez Casa, Conrado del Campo, Guridi, García de la Parra, Forns, Fuster, etc, pero nadie supuso en modo alguno que fuese Sopeña. Coincidió días después, en la recepción que se celebraba en la Palacio Real el día del Caudillo -para la que todos los años era invitado- con alguno de estos maestros y todos manifestaron que era una humillación colectiva.

Yo en realidad conocía poco a Sopeña. No era ni amigo ni enemigo suyo, si acaso más esto último por un altercado que tuvimos hacía tiempo en el Ateneo. Daba una conferencia-concierto en la que intervenía el Quinteto Nacional y a lo largo de la misma criticó duramente al Conservatorio y encomió encendidamente al Quinteto. Cuando terminó el acto nos congregamos en la herradura que circunda el salón de Actos del Ateneo varios asistentes. Apareció Sopeña y delante de todo el mundo me encaré con él y le dije que carecían de razón sus críticas al Centro y que no tenían sentido, pues daba la casualidad que todos los que componían el Quinteto tanto Antón, Iniesta, Meroño, Ruíz Caxaus y Aroca a los que había enaltecido tanto, se habían formado en aquel Centro. Le añadí que todo el que habla mal del Conservatorio o no tiene ni idea de lo que es o desea entrar en él. Se armó un revuelo en el que nos cruzamos palabras duras.

No le volví a ver hasta pasados varios años. Me lo encontré vestido de cura, gordísimo y con una teja fenomenal, por la calle de Zorri-lla. Ya estaba en el Seminario de Vitoria y había venido a Madrid en unas vacaciones. Estuvimos ambos muy afectuosos y no nos referimos ninguno a aquel incidente; solo hablamos de nuestros respectivos proyectos y me preguntó como iba el Conservatorio a lo que respondí que yo al menos estaba muy contento; me felicitó por mis oposiciones y yo le mostré mi curiosidad por verle por primera vez con sotana. Se quedó pensativo y al fin dijo: "ha sido una vocación tardía; ya hablaremos despacio de esto, porque quiero que sepas que te aprecio mucho". Nos despedimos y no supe más de él hasta que se marchó definitivamente de Madrid el Padre Otaño.

Pasados unos días me llamó telefónicamente para rogarme que le viese si era posible al otro día. Le felicité por su nuevo cargo añadiéndole que yo tenía interés por verle para, entre otras cosas, presentarle mi dimisión de Tesorero de la Junta. Le dije que deseaba darle facilidades para organizar el Centro a su gusto. Lo primero que me dijo es que la dimi

sión no me la aceptaba porque contaba con toda su confianza y porque no deseaba remover a ningún miembro de la Junta; que venía en son de paz y que lo único que se proponía era engrandecer la Casa con la colaboración de todos los profesores mejorando si era posible su situación económica; que esperaba de mí, como Catedrático joven y valioso, que le ayudara a crear en su entorno un ambiente grato, pues sabía que había caído mal su nombramiento. Yo le dije con toda sinceridad que era cierto, pero quizá solo por no pertenecer al Claustro, aunque existía el precedente de Cecilio de Roda. Me hizo le indicase mi opinión descarnada sobre el Conservatorio, que le hiciera una sinopsis de como le veía yo. Este es un punto que me interesó mucho pues estaba muy descontento con alguna inmoralidad que observaba en los exámenes; esto, le manifesté, debía cortarse a rajatabla.pues había hasta recomendaciones de los porteros del Centro que sin ningún recato pasaban notas suyas o de algún profesor a los tribunales delante del público. También le dije que para algunos profesores era un saneado negocio los exámenes de la matrícula libre a cuyos examinandos daban un par de clases particulares por las que cobraban mucho dinero y les garantizaban el aprobado con lo que por culpa de unos pocos se desprestigiaba el Centro. Me escuchó con mucha atención mientras tomaba notas cuando le dije que estimaba que el Conservatorio necesitaba una proyección al exterior como órgano capital en la cultura de Madrid.

De pronto me preguntó ¿tú crees que se benefició el Padre Otaño con fondos de la casa?. Alto ahí, le dije; desde mi cargo de Tesorero que controlaba y ordenaba los pagos, puedo asegurarte por mi honor que no se lucró ni en un solo céntimo. Es que me han dicho que algunas veces pedía dinero, continuó; es absolutamente cierto, respondí, a mí me pedía alguna vez y hasta creo que me debe algo pero se lo daba porque me daba la gana, era mío y no tenía que dar explicaciones a nadie. Se interesó mucho por mi situación personal en el Centro. Le dije que estaba muy satisfecho. Todos los profesores eran amigos y como era hombre al que no le gusta pedir

favores ni solicitar nada, no tenía que estar agradecido a nadie. Hablamos aún mucho más y llenó una cuartilla con notas. Al fin me dijo: "he sacado de tí la magnífica impresión que esperaba, eres todo lo honrado y serio que me figuraba y como además eres un gran músico creo que serás mi hombre de confianza y mi colaborador para elevar el Conservatorio a la grandeza que merece. Te prometo que seguiré al pié de la letra tus apreciaciones y como hombres jóvenes que somos nos entenderemos muy bien, ya lo verás".

Salí muy satisfecho de aquella entrevista. Se habló de engrandecer y moralizar el Centro -falta hacía meter en cintura a algún profesor- y hasta de un incremento de sueldos. ¿No se daría la paradoja de que Sopena a pesar de ser un advenedizo dignificase al Centro? ¿No necesitaría el Conservatorio una renovación juvenil en su tradicional estructura y quietismo? ¿No sería la hora de que los "Meistersinger" tomaran la antorcha de los "Monnesingers"? Estas preguntas me las repetí insistentemente tras aquella conversación. Además Sopena era hombre de muchísima influencia. Tenía al Ministro en el bolsillo. Pretendía que el Conservatorio ejerciese una amplia proyección hacia la cultura general; me habló hasta de reconstruir el Teatro Real -cerrado desde 1.925- y habilitarlo nuevamente para ópera.

Todas estas ideas que eran también mías terminaron por catequizarme. Honestamente había que ser sopeñista y lo fui con todo mi entusiasmo, buena fe y lealtad. Lo que más estimaba, fuera de afectos familiares, era el Conservatorio y tenía que alegrarme de que alguien, fuese quien fuese, tratase de engrandecerlo. Por ello en aquella circunstancia colaboré estrechamente con Sopena en forma que iba "en crescendo" según transcurría el tiempo. Todo me lo consultaba y no daba paso sin conocer previamente mi opinión.

Se me encomendaron por orden del Ministro muy difíciles comisiones con plenos poderes en los Conservatorios Profesionales de Zaragoza y Murcia de los que habían llegado al Ministerio graves denuncias. Del primero hube de proponer el cese del Director y del segundo del Secretario y estuve a punto de incluir también en este dictamen al Director. Eran gestiones muy delicadas que exigían gran integridad pues existieron conatos de soborno, sobre todo en el de Murcia, de las que fui objeto; sería escena largo de contar y no vale la pena. Yo informé de todo al Ministro y a los pocos días aparecieron en el Boletín Oficial los ceses que había propuesto. Me convertí en el hombre de confianza no solo del Conservatorio de Madrid sino del propio Ministerio.

Se organizaron con mi colaboración actos inusitados en el Centro, como los conciertos del cuarteto Berg que interpretó los seis de Bela Bartok y los de Wolf que ejecutó completo el "Clavecín bien temperado" de Bach. Asimismo se hizo un ciclo Beethoven sobre todas las facetas de éste en el que me correspondió hablar sobre sus cuartetos de arco, ejecutándose tras la conferencia el op.131 en do sostenido menor por el Quinteto Nacional.

García de la Parra, que seguía de Subdirector, se me quejaba a veces de que se encontraba postergado. Realmente sus ideas eran un poco anacrónicas y yo, con mucha dificultad trataba de paliar aquella situación entre la evolución del Centro -idea con la que comulgaba- y la amistad entrañable con aquel hombre. Era para mí difícil hallar el equilibrio en esas circunstancias a más de que sabía que Sopeña consideraba a Parra no como un colaborador sino como un lastre que entorpecía sus planes. Llegó un día a decirme que pensaba destituirle para nombrar a otro Catedrático que le ayudara más. Yo me opuse de una manera resuelta; le dije que si hacía eso dimitía de mi cargo de Tesorero y que no podía seguir contando con mi amistad ya que García de la Parra había sido maestro mío y le quería de



veras. Le recordé que en el primer Claustro que presidió había dicho que no pensaba variar a ningún miembro de la Junta. Quedó pensativo un rato ... pero no se produjo la destitución.

En el verano de 1.952 estando bañándome en la piscina de mi casa me llamaron por teléfono para transmitirme un telegrama.

POESTE GRATUITO  
TELEGRAMA  
(RECIBIDO POR TELEFONO)

Morena Basconians  
Ave Janarsi Mola 32

NUMERO

Recibido en el grupo telefonico  
El EMPLEADO DE LA COMPANIA,

Para *Pazuelo* de *Madrid* num. *1594* palabras *22* depositado el *18* a las *13*  
(POR TELEFONO)

*En nombre de Ministro le comunico haberle sido concedida encomienda  
orden Alfonso Sabir - Abrados - Sopena*

Ya era Comendador de la Orden de Alfonso X el Sabio; ya tenía tratamiento. Casi no me lo podía creer pues era honor en el que nunca había pensado. Yo sabía que esta condecoración se solía conceder a personas con muchos méritos en el campo de la cultura y aunque no menospreciaba los míos, mi mentalidad estaba habituada a los logros ganados solo a fuerza de tesón y esfuerzos y por ello me llenó de alegría y orgullo al concederme este premio para el que ingenuamente creía no haber hecho nada. Pero tenían que existir los méritos aunque yo no los valoraba; el Reglamento de la Orden es muy estricto y no se concede esta Encomienda así como así.

Nuevamente eché un vistazo retrospectivo a mi vida, a aquellas largas vigiliias tan frías que arropado en una manta que olía a tufo de brasero dediqué al estudio, a la lectura y a labrarme una cultura, estaban dando sus frutos. Es cierto que en ellos había soñado mucho, pero mis ambiciones se colmaron al alcanzar la Cátedra y esto que me concedía S.E. el Generalísimo por añadidura era un galardón que suele concederse para premiar méritos contraídos a lo largo de toda una vida, pero yo solo contaba cuarenta y tres años y tenía mucha actividad académica por delante. ¿Hasta donde tenía Dios dispuesto que llegase?.

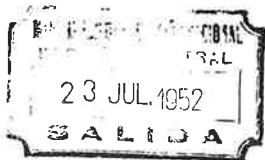
A los pocos días recibí el oficio del Ministerio y el Título firmado por el Ministro como Canciller de la Orden.

Pensaba: ¿no sería que yo había subestimado mis méritos? La verdad es que aparte de mi actividad propiamente musical, tenía fama de hombre culto, organizador y buen orador, cualidad esta que había puesto de manifiesto en innumerables ocasiones, la más trascendente acaso en un homenaje que se hizo a Conrado del Campo con asistencia de Ibáñez Martín, en que pronuncié unas palabras en representación de sus exalumnos y que merecieron unánimes elogios como el de Echevarria que me dijo: "has estado fenomenal. Tienes talla de Director de Conservatorio".



MINISTERIO  
DE  
EDUCACION NACIONAL

SECCION CENTRAL  
Cancilleria.



Ilmo. Sr.:

El Excmo. Sr. Ministro del Departamento me dice con esta fecha lo siguiente:

"Ilmo. Sr.: De conformidad con lo prevenido en la letra a) del artículo 2º del Reglamento de 14 de abril de 1945 y en atención a los méritos y circunstancias que concurren en D. José Moreno Bascuñana,

Este Ministerio ha dispuesto concederle el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio con la categoría de Encomienda."

Lo que traslado a V.I. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V.I. muchos años.  
Madrid 18 de Julio de 1952.

EL SUBSECRETARIO,

Ilmo. Sr. D. José Moreno Bascuñana.

Notificación oficial de la concesión.

S. E. EL JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL

GRAN MAESTRE DE LA ORDEN CIVIL DE ALFONSO X EL SABIO

Y EN SU NOMBRE

EL MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL

GRAN CANCELLER DE LA MISMA

EN CONSIDERACIÓN A LOS MÉRITOS  
QUE EN VOS CONCURREN HE TENIDO  
A BIEN CONCEDEROS POR ÓRDEN  
de 18 de julio de 1952, la

*Encomienda*

DE ALFONSO X EL SABIO

MADRID, 26 DE mayo DE 1958

*José Lario*

EL CANCELLER,

*re. Lario*

Ilmo. Sr. Don José Moreno Bascuñana

La verdad es que nunca que tenía que intervenir en un acto o dictar alguna de las muchas conferencias que he dado leía ni utilizaba guión. Esta facilidad para improvisar yo notaba que había creado entre mis compañeros un cierto respeto hacia mi persona. En las reuniones de Claustro se hacía el silencio si yo pedía la palabra y jamás fui abucheado como ocurría con algunos. Allí no se perdonaba divagaciones ni premiosidades; había que ser buen polemista, como yo lo era, de contestaciones rápidas y certeras o lapidarias cuando el caso lo requería.

La imposición de la Encomienda se llevó a cabo en el Centro por el Ministro en un acto académico.

Prosiguió la racha de buenas noticias: comenzó en la Dirección General de Bellas Artes a tratarse del viejo proyecto de organizar el Teatro Real. Dicho proyecto constituía una exigencia cultural de la capital de España, huérfana de este espectáculo desde hacía veintisiete años. Hubo varias reuniones con el Ministro y de todo ello resultó el constituir dos Entes rectores, una Comisión Organizadora y una Delegación del Ministerio en el Teatro Real, con funciones de inspectora de material y servicios escénicos. De ambas Comisiones fui nombrado Secretario el diecisiete de noviembre de 1.952. La Organizadora era muy nutrida: formaban parte pintores, escultores, músicos, una representación de la Real Academia de Bellas Artes, aristócratas -entre ellos el duque de Alba- y antiguos abonados al Teatro presidida por el Director General Gallego Burin. La Delegación la constituíamos el Infante Don Eugenio de Baviera, el maestro Pérez Casas, Antonio de las Heras y yo, igualmente presidida por Gallego Burin. El primer acuerdo de esta fué que me encargara de organizar unos cursos en el Conservatorio para ir preparando el coro y el ballet y yo mismo designé los profesores que iban a impartirlos.



Imposición de la Encomienda por el Ministro de Educación Nacional.

Este doble nombramiento de Secretario era de gran trascendencia para mí y mi carrera; suponía un reconocimiento de mis méritos además de facilitar el relacionarme con las grandes personalidades que constituían la Comisión en la que por el cargo que ostentaba, inmediatamente después en jerarquía a la del Director General, era escuchado siempre con atención y mis opiniones solían tener mucho peso.

Gallego Burin se encariñó conmigo y me consideraba mucho pero me hacía trabajar de veras. Teníamos la Delegación reuniones periódicas con el Ministro para informarle de la marcha de los cursillos de coro y de ballet, dirigidos por mí, que habían comenzado en el Conservatorio.

Por estos nombramientos y por concederme la Encomienda de Alfonso X el Sabio, mis amigos de Pozuelo me organizaron un homenaje que consistió en un concurridísimo banquete en el que me ofrecieron un pergamino.

Así transcurrió el curso 1.952-53 durante el que tuve que multiplicarme para atender a tantas obligaciones como tenía. Volvió a insistir Sopeña en destituir a García de la Parra encontrando en mí el valladar que nunca pudo franquear. Ahora su razón se basaba en la mala salud de este. Padecía una insuficiencia cardíaca que le producía asma en cuanto daba dos pasos. A propuesta mía la Junta de Gobierno acordó que el Centro sufragase los gastos de taxi para llevarle de su casa a clase. Le visité por última vez el veintitres de julio; le encontré muy animado y me dijo que como era su mejor amigo dentro de unos días y cuando lo tuviese madurado me iba a confiar un secreto. Salí de su casa un tanto intrigado sobre lo que pensaba decirme, pero tal secreto lo sería ya para siempre pues a las cuatro de la mañana del día siguiente me despertó una prolongada llamada al timbre. Era Esteban el conserje que me dió la fatal noticia de su fallecimiento hacía unas horas y que su hija le encargó que fuese a buscarme.





MINISTERIO  
DE  
EDUCACION NACIONAL

DIRECCION GENERAL  
DE  
BELLAS ARTES  
Sección 10  
=====

Por Orden Ministerial de 20 del pasado mes de octubre, ha sido V.S. nombrado para tomar parte de la Delegación del Ministerio en el Teatro Real, con funciones de inspectora del material servicios escénicos y Museo, en la que actuará como Secretario.

Lo que comunico a V.S. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V.S. muchos años. Madrid, 17 de noviembre de 1952

EL DIRECTOR GENERAL,

*Eni Campy*



52

Sr. Dn. José Moreno Bascañana, Catedrático del Real Conservatorio de Música de Madrid.

Nombramiento de Secretario de la Delegación del Ministerio en el Teatro Real.



MINISTERIO  
DE  
EDUCACION NACIONAL

DIRECCION GENERAL  
DE  
BELLAS ARTES  
Sección 10

Por Orden Ministerial de 20 del pasado mes de octubre ha sido V.S. nombrado para formar parte de la - Junta organizadora del Teatro Real, en la que actuará como Secretario. Lo que comunico a V.S. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V.S. muchos años.  
Madrid, 17 de noviembre de 1952

MINISTERIO DE EDUCACION NAC.
SECCION 10. <sup>a</sup>
Fomento de Bellas Artes
18 NOV. 1952
2781 23 1952

EL DIRECTOR GENERAL,

Sr. D. José Moreno Bascuñana, Catedrático del Real Conservatorio de Música de MADRID.

Nombramiento de Secretario de la Junta organizadora del Teatro Real.



## BANQUETE-HOMENAJE

dedicado al

**Ilmo. Sr. Don José Moreno Bascuñana**

con motivo de su designación para los cargos de Secretario de la Delegación Oficial en el Organismo Ejecutivo del Teatro Real, y de la Junta Organizadora de nuestro primer Coliseo Lírico y de haberle otorgado el Gobierno la Encomienda de la Orden de Alfonso X, el Sabio.

*6 diciembre 1952*

*a las diez de la noche*

Banquete que me ofrecieron por los nombramientos y la Encomienda.



## D. JOSÉ MORENO BASQUEDA

como recuerdo del homenaje ofrecido por las coloradas de  
Bohelo con motivo de la imposición de la **Encarterada**  
de Alfonso X el Sabio concedida por su Excelencia  
el Jefe del Estado **Cesáralísimo Franco** e impuesta por  
el **Excelentísimo Sr. Ministro de Educación Nacional**

**D. Joaquín Ruiz Jiménez** el día 19 de ~~22~~ **octubre** de 1952.

Madrid, 6 de **Diciembre** de 1952.

*[Faint handwritten text, possibly a signature or address, including the name 'S. Valer' and some illegible words.]*



No pude contener las lágrimas al contemplar sin vida a quien había sido mi primer maestro y fraternal amigo. Le debía mucho: fue el hombre que siempre me animó en mis estudios, me votó en mis oposiciones y propuso mi ingreso en la Sociedad Didáctico Musical. Siempre le guardé un grandísimo afecto y bendecía mi ocurrencia de haber organizado un homenaje en su honor con motivo de ingresar como Académico en la Real de Bellas Artes de San Fernando.

Dispuse con su hija todo lo relacionado con el entierro, pues pensaba proponerle a Sopeña que fuese costeadado por el Conservatorio. A las siete y media de la mañana ya estaba instalada la capilla ardiente y llamé por teléfono a Sopeña que se quedó perplejo cuando le dí la noticia; le añadí que había ofrecido a su hija que el entierro sería por cuenta del Centro ya que, aparte de Subdirector, había contraído muchos méritos hacia aquel y que sabía que su situación económica no me parecía bollante. Prestó conformidad a todo y me dijo que en cuanto se arreglase iría al domicilio mortuorio. En efecto, a las ocho y media llegó. Después de rezarle unos momentos llamó a los medios informativos, encargó una corona y estuvimos hablando un rato. Le dije que me gustaría que el entierro se detuviese ante el Centro donde un grupo de profesoras con las que ya había hablado, le ofrecieran unas flores. Le pareció muy bien este plan. Me dijo que tenía cara de cansancio, preguntándome cuando había llegado a la casa. Al decirle que a las cinco me invitó a que fuésemos al Conservatorio a tomar café para que descansase un poco.

No se anduvo con rodeos; en cuanto no sentamos y mientras desayunábamos me explicó su proyecto: muerto García de la Parra pensaba aquél mismo día proponer al Ministro mi nombramiento como Subdirector. "Mis planes los ha dispuesto el destino" me dijo. A la Tesorería pasó Javier Alfonso.

Acta de posesión al cargo de Sub-director  
del Real Conservatorio de Música, de D. J. J. J.  
Jovencos Barcunani -

En Madrid a dieciséis de agosto  
de mil novecientos cincuenta y tres,  
el Sr. Director dio posesión del cargo  
de Sub-director de este Centro, a Don  
J. J. Jovencos Barcunani, nombrado  
en fecha de ayer.

Y en fe del acto se levantó lo pre-  
sente que firman el Sr. Director, el  
interesado y el Secretario que suscri-  
be en la fecha y lugar suscritos.

El Secretario

*J. J. Jovencos Barcunani*

El Director

*J. J. Jovencos Barcunani*

El interesado

*J. J. Jovencos Barcunani*

*so pena director/subdirector*

Me quedé sorprendido. Pensaba que la sustitución de García de la Parra recaería en un Catedrático viejo de los muchos con gran prestigio que había. "Estoy harto de vejestorios, me dijo, y para la labor que pienso desarrollar y que aún apenas ha comenzado necesito un hombre joven como tú en quien delegar las funciones propias de la enseñanza y yo encargarme de la proyección del Conservatorio hacia el exterior. Lo tengo pensado esto desde hace tiempo y cuando te hablé de destituir a Parra era para nombrarte a tí. Y ya ves, esta desgracia viene a resolver el problema".

Así, el tres de agosto de 1.953 apareció en el Boletín Oficial mi nombramiento como Subdirector del Conservatorio.

Un año antes se había desglosado de este la Sección de Declamación que pasó a llamarse Real Escuela de Arte Dramático y Danza, siendo nombrado para dirigirla Guillermo Díaz Plaja y se estableció en unos pisos de la calle del Pez.

Yo estaba contentísimo y muy orgulloso con aquel nombramiento que sabía era apetecido por muchos Catedráticos. No me podía creer el haber llegado tan joven a desempeñar ese cargo cuya noticia difundió la Prensa y la Radio a los cuatro vientos. Se iban cumpliendo poco a poco los sueños de mi niñez y juventud.

Comenzó en el Conservatorio una etapa eficaz. Se moralizaron los exámenes. Se estableció un control de asistencia de los profesores. Llamé a mi despacho a la profesora numeraria de Solfeo, América Peñaranda, que llevaba muchos años delegando su clase en otra persona y que al inquirirle las razones de ello me dijo que tenía permiso indefinido de García de la Parra para no dar clase. Le manifesté que aquella situación terminaba en ese momento; le destiné cuarenta alumnos y le indiqué que pensaba visitar continuamente su aula para comprobar como los atendía. Se llevó tal susto

en la conversación que sostuvimos que a los dos días pidió la separación del servicio como profesora. Hubo otro caso de un auxiliar de Solfeo, cuyo nombre no recuerdo, que tenía la clase de una y cuarto de la tarde a dos y cuarto. La consecuencia de este horario era que no tenía más que un alumno. Le llamé la atención sobre esta anomalía intolerable y me contestó: "para lo poco que cobro". Ah ¿si?, le contesté, pues si no le conviene pida la baja que hay muchos que desean ocupar su puesto. Mientras esté como profesor del Centro cumplirá usted las horas de clase como todo el mundo en las horas que le designaré y atenderá a los treinta alumnos que figuran en esta lista desde mañana. Este profesor se lo tomó más dramáticamente; se puso enfermo y fui a su casa a comprobarlo; en efecto, estaba grave según me dijo su médico y a los veinte días se murió. Claro que su muerte no fue del susto sino de una diabetes en muy avanzado estado.

En los exámenes libres dí la orden de prohibir durante los mismos toda visita de cualquier profesor a los Tribunales y amenacé severamente al personal subalterno si entregaban notas a aquellos. Con estas medidas y otras muchas se convirtió el Conservatorio en un Centro serio y digno. Había terminado la época de hacer cada uno lo que le diese la gana. Sopeña estaba muy satisfecho de mi gestión diciéndome que me temían más que a él. Pero todo no consistió en dejar las cosas en su lugar con medidas disciplinarias; también a propuesta mía se instituyeron los "Premios Conservatorio" dotados económicamente para los finales de Grado o de Carrera en todas las enseñanzas.

Dedicaba al Centro una gran actividad. Después de mi clase que terminaba a las doce me metía en mi despacho -cuya decoración y mobiliario reformé- para resolver asuntos y recibir visitas o iba al de Sopeña a informarle y cambiar impresiones. Luego le solía llevar a su casa en mi coche y los días de concierto de la Orquesta Nacional íbamos juntos así como a múltiples cócteles en Embajadas o instituciones.



Así discurrieron aquellos años durante los cuales no abandoné ni mi actividad de gestión en la sastrería ni en la Sociedad Didáctico Musical. A la primera dedicaba las tardes que no tenía compromiso y a la segunda las noches.

En el año 1.953 fallecía en noviembre mi queridísimo amigo y maestro Conrado del Campo. Padecía desde hacía meses un horrible cáncer de recto que le fue depauperando poco a poco hasta quedar extenuado. Todos esperabamos el fatal desenlace de aquella traidora enfermedad pero cuando llegó sentí casi el mismo dolor que cuando murió mi padre. Era después de este al hombre que mas quería y a cuyo inigualable magisterio debía una gran parte de lo que soy. Su inmensa sapiencia, su noble generosidad para transmitirla, su envidiable eclecticismo para enseñar -simultáneamente fueron alumnos suyos Jacinto Guerrero y Salvador Bacarise- sus consejos y su fuerza arrolladora para dar ánimos y provocar optimismo cuando veía a uno desalentado, acompañaron nuestras fraternales relaciones durante veinticuatro años. Estoy seguro de que si no hubiese conocido a ese hombre eminente y providencial no hubiese llegado quizá a nada, pues aparte de los estudios musicales, la formación cultural y filosófica que le debo no la hubiese podido asimilar ni explicada por todos los Catedráticos juntos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Allí yacía exánime aquel gran hombre como un guiñapito. Su robusta complexión física fue minándose hasta quedar en aquel estado lamentable. Como iba a verle casi todos los días una de aquellas noches me acompañó mi hermano Paco, que también le apreciaba mucho, y en ese momento, rodeado de sus familiares y de los padres Massó y Alonso y de nosotros, expiró aquella personalidad, una de las más eminentes que ha dado España. Le lloré con lágrimas de pena y de agradecimiento. Le velamos toda la noche y al entierro que se efectuó al otro día, auténtica manifestación, asistió el Ministro Ibáñez Martín en representación del Generalísimo. La huella que dejaba aquel hombre, sobre todo para mí, era indeleble.

El mismo día del entierro nos reunimos varios exalumnos para formar la "Asociación de exalumnos y amigos de Conrado del Campo", con objeto de difundir su obra y cuya presidencia ocupo actualmente. El primer fruto de las gestiones de ésta fue colocar una lápida que descubrió el Director General de Bellas Artes, Gallego Burin, en la casa de la calle de la Aduana donde nació. También se consiguió un Decreto-Ley por el que se denominaba la Cátedra de Composición Cátedra Conrado del Campo mediante una placa enorme de mármol que yo mismo diseñé y se colocó en el salón de actos del Centro.

Por entonces, hacia finales de 1.954, hice la quijotada más grande de mi vida por mi fraternal entrega y cariño hacia mi familia.

Por el paquete de acciones que poseía heredadas de mi padre y porque César Ranz, Secretario Perpetuo del Consejo de Administración y mayor accionista de "Pañerías La Unión, S.A." establecidas en calle del Arenal, quince, me propuso hacia unos años por ser "un chico listo" como decía, para Consejero de dicha Sociedad. El Consejo lo presidía mi tío desde 1.929.

Por esas evoluciones que por cambio de mentalidad se producen en el comercio y por la mala gestión del gerente Víctor Moreno tal Sociedad se vió afectada por una crisis económica muy grave que la puso al borde de la suspensión de pagos. Todos los accionistas, sastres en casi su totalidad, echaban la culpa a mi tío sin ser ello cierto. Los causantes fueron el gerente y la dispendiosidad de César Ranz que había efectuado compras de existencias que se encontraban almacenadas y a cuyo pago no se podía hacer frente.

En una Junta General de accionistas extraordinaria que se convocó al efecto arreciaron las críticas contra el Presidente. Harto de tanta injusticia y tanta tontería pedí la palabra y me despaché a mi gusto. Puse las cosas en claro; dije sinceramente porqué y por quien se había llegado a aquella situación; llegué a decir que se había sorprendido la buena fe de mi tío y resumí la solución del problema, que creía la tenía, en cuatro puntos: 1º = Destitución fulminante del gerente. 2º = Efectuar una liquidación de las existencias. 3º = Efectuar con su producto una reparación total en el local que presenta el aspecto anacrónico a los que describe Pérez Galdós en el siglo XIX y liquidar a los acreedores. 4º = Darle una faz nueva a la Sociedad. Allí había capital suficiente para ello, lo que faltaba es liquidez. Se devolvería a los fabricantes fardos de géneros aún sin abrir y se pediría a estos una bonificación en las deudas para liquidarlas rápidamente.

Nunca hubiese hecho la propuesta. La asamblea puesta en pié acordó no solo mi plan sino que como si estuviesen todos previamente de acuerdo se me pidió unánimemente que ocupara la presidencia del Consejo de Administración para llevarlo a cabo.

Me quedé aturdido pues no había pensado jamás en tal evento. Recapacité unos instantes: el aceptar aquella sugerencia era echar sobre mí un terrible compromiso con lo escaso que andaba de tiempo pero -y ahí la quirotada- era la única solución para que mi tío quedase airoosamente. Me insistió tanto César Ranz, cuya familia ya he dicho que poseía la mayoría del capital, diciéndome que yo era el único salvador de aquella grave situación; miré a mi tío y le ví tan alicaído que terminé por aceptar. Una estruendosa ovación acogió mi decisión, pero me apresuré a añadir que lo hacía con una condición: que se me concediese plenos poderes de carácter dictatorial por un año para tomar las decisiones que estimase oportunas aunque estas fuesen muy graves. Así se acordó por aclamación y así consta en acta.

Disolví el Consejo de Administración y me erigí en presidente absoluto; solo recabé la colaboración de César Ranz, no como Secretario que había dejado de serlo, sino para que llevase al banco la recaudación que produjese la liquidación pero advirtiéndole que en cuanto no se cumpliesen mis órdenes también prescindiría de él. Me tenía tal miedo que un día hablando con mi hermano le hizo una sugerencia para que me la transmitiera como cosa suya; Paco dijo "dígaselo usted" pero contestó: "de ninguna manera, ayer me arreó Pepe un sarténazo ...".

El cargo de Presidente del Consejo de "La Unión" era de los más importantes entre los sastres. Lo habían sido Alberto Ranz, padre de César, Manuel Cimarra y mi tío, los tres de enorme prestigio.

El plan propuesto por mí tuvo un éxito completo. La liquidación, anunciada con gran lujo de propoganda, prendió en el público de tal manera que se formaba cola antes de abrir. Se agotaron casi las existencias y, lo que son las cosas, algunas se vendieron a precio superior al normal y otras a precio de coste. Escribí a todos los acreedores y especulando con el argumento de que aquella Sociedad pertenecía a los sastres de Madrid y que les convenía ayudar a salvarla, les pedí descuentos en las deudas hasta de un treinta por ciento que fueron aceptados. Como en el mundo del comercio corre como la pólvora tanto el prestigio como el desprestigio, todos confiaron en mí, era un Moreno Bascuñana con gran solvencia en la Banca.

Se hizo una reforma suntuosa en el local que costó entonces dos millones de pesetas; se liquidó a todos los acreedores y nombré nuevo Consejo incluyendo a César Ranz pero dos meses antes de inaugurarse la nueva instalación con parte del personal antiguo -se prescindió del inservible- y otro nuevo, falleció Ranz. Fue una gran desgracia para la Sociedad y para mi obra. Era fanático admirador mío y publicó varios artículos encomiando mi gestión en la revista de la Sociedad "La Confianza". Le sustituí por su hija y comenzó a funcionar la Sociedad con nueva fisonomía.

Pero no pasó mucho tiempo sin que comenzasen las intrigas de un cuñado de Ranz, el doctor Mínguez, uno de los mayores accionistas que estuvo agazapado durante mi difícilísima etapa de reconstrucción, para imponerme a un hijo suyo, completamente retrasado, como Consejero. Me opuse resueltamente y ello dió lugar, aprovechando la vulgar mentalidad de los sastres, a constituir una camarilla contra mí con la fuerza de los votos de sus acciones. Convoqué una Junta General en la que después de poner a caldo, sobre todo a los que vivían de la familia Ranz, presenté olímpicamente mi dimisión con carácter irrevocable. A mí ¿que me importaba aquello? solo acepté aquella aventura para salvar la dignidad de mi tío y lo

había conseguido. Quedó todo el mundo perplejo con mi determinación pero yo aseguré que desde ese momento no pisaría más la Sociedad que me debía su salvación y abandoné la Junta.

Con mi salida empezó aquella a dar tumbos y a los pocos años desapareció. Pero llegó la porquería de la familia Ranz a tal extremo que vendieron sus acciones a más del doble de lo que dieron por las nuestras. Un asco, que no me estuvo mal empleado por meterme a redentor y de cuyo resultado me advirtió Humet, fabricante catalán y muy amigo de mi padre y mío, que me dijo: "Que cada palo aguante su vela, no se meta usted en esto que los Ranz es mala gente".

Así terminó la mayor idiotez que he hecho en mi vida, pero yo satisfice lo que me propuse. Quedé además delante de aquella gente como hombre emprendedor e inteligente pues el impacto de mi desinteresada actuación llegó hasta los fabricantes catalenes entre los que adquirí un gran prestigio. Y a la familia Ranz, tan presumida y engreida como desagradecida se les torció la estrella hasta el punto de tener que deshacerse de la famosa sastrería que tenía en la calle del Arenal fundada en 1.840 y hoy están en la misera. "¡Dios escribe derecho con renglones torcidos!" dijo Santa Teresa de Jesús.

Entre los años 1.948 y 1.954 me nacieron cinco hijos: Ignacio Nicolás, del que ya he dado cuenta; Fernando María, el dieciseis de octubre de 1.949; Gonzalo Amadeo, uno de abril de 1.951; María del Milagro, veintiseis de julio de 1.953 y Roberto María, el diecinueve de septiembre de 1.954 (en este mismo día hubiese cumplido mi padre ochenta años). Este aluvión de hijos que me convirtió en el hombre más feliz me creó sin embargo algunos problemas -en verdad y gracias a Dios ninguno de carácter monetario- pero tuve que efectuar una reforma en mi casa para ampliarla. No podía hacer con ella el milagro de los panes y los peces. Como la primitiva se comenzó a edificar a finales de 1.946 cuando la pequeña de mis hijos tenía casi cinco años y durante 1.947 no se aumentó la familia, yo creí de buena fe, y pensando con lógica que tras casi siete años de infelicidad habrían cambiado las posibilidades de Mimi y como la casa tenía solo cuatro dormitorios más el de servicio, al aparecer en pocos años aquel enjambre de chicos hube de buscar acomodo adecuado para cada uno. Así se convirtió la casa en una especie de hotel de viajeros con un largo pasillo en el piso superior y muchas puertas que para que se asemejase más a aquello solo faltaba colocar un número sobre el dintel de cada puerta.

Construí también unos años antes una piscina de ocho metros y medio por cuatro y medio en la parte posterior. Consistía en la piscina propiamente dicha y una edificación donde había vestuarios y una gran habitación donde coloqué un acuario con dos grandes vitrinas adornadas con piedra y cemento y muchos peces. En la parte trasera se construyó un invernadero para los geranios, un lavadero con dos pilas (entonces no había lavadoras) y un gallinero donde Mimi llegó a tener cuarenta gallinas que por cierto, pasado algún tiempo se murieron en un días más de treinta y allí terminó con un fracaso rotundo nuestra experiencia de granjeros avícolas. A este edificio le puse el nombre de "Miramar", aunque todos le llamábamos el cuarto de los peces. La piscina tuvo un éxito inenarrable y no solo para nosotros sino para mis amistades. Era la primera que se construyó en la

Colonia y allí, a la hora del baño, se congregaban las familias Chamorro, Olivera, Sánchez Albornoz, mis hermanos con sus hijos y mucha gente más. Se convirtió para todos en el mejor aliciente del veraneo. Claro que los gastos de agua, limpieza, conservación así como los aperitivos eran por mi cuenta. Un negocio parecido al de la famosa granja avícola.

Pero el ambiente era muy grato y yo al fin y al cabo presumía de anfitrión de aquellas diarias reuniones. Pero aquellos amigos no sabían corresponder a mis esplendideces en pro de su distracción en mi piscina ni a mis desvelos en el casino. (Los Chamorro por ejemplo que después de bañarse largos años en mi casa construyeron mucho tiempo después una en la suya, jamás, ni mis hijos ni yo fuimos invitados a bañarnos). Pero hay que tener en cuenta dos razones: la primera es que yo era muy feliz viendo a mis hijos Menchu y Javier trabajar en el teatro, sobre todo en mi obrita "Amores de Emperatriz" que representaron también los pequeños más de diez veces, sustituyendo lo que cantaba Angelines Morales por solo la música. Así es que mi trabajo en el casino estaba largamente compensado. Y la segunda razón, acaso la más importante, es que toda aquella gente —muy simpática, eso sí— carecía de elegancia y consideraciones que solo proporciona la cultura. Todos eran comerciantes o empleados que en cuanto se presentaba una conversación un poco profunda se ponía de manifiesto su escasa altura intelectual. Eran personas para reírse con ellos pero nada más; en seguida se notaba su procedencia horteril y el abismo que mediaba entre el dueño de los almacenes "El Perú" en la calle de la Magdalena (caso de los Chamorro) y un Catedrático como era yo.

Pero como no debe uno dedicar la vida entera a abstracciones meditativas, no viene mal de vez en cuando alternar con personas de poca calidad. Yo me reía mucho con ellos y me ocurría lo que dice el Quijote sobre aquella gran dama que se enamoró de un gañán y la recriminaban diciéndole: "¿cómo va vuesa merced a casarse con un hombre que no sabe filosofía?" Tanto insistieron en este argumento que contestó al fin la dama: "para lo que yo le quiero sabe más filosofía que Aristóteles".



Por entonces me dí una de las satisfacciones de mi vida: me compré un coche Citroën con carburador Stromberg que, aunque usado pues era imposible adquirir uno nuevo, hizo las delicias mías y de mi familia los once años que estuvo en mi poder. Siempre me ha gustado viajar en coche y este era pintiparado para ello. Le dí a Mími una sorpresa fenomenal el día que sin previo aviso me presenté en casa con él; al principio le dije que me lo había prestado mi amigo Humet, pero al decirle que era nuestro se llevó una alegría indescriptible. Fui con él muy feliz; todos los domingos nos íbamos toda la familia a la sierra, Segovia, Avila, Toledo, etc. Hicimos un viaje inolvidable por el norte; partimos de San Sebastian y por la costa recorrimos las Vascongadas, Santander, Asturias, Galicia hasta llegar a Pontevedra. Ibamos Mími, José, mis hermanos Paco y Carmen y yo. Pernoctamos en San Sebastian, Santander, Gijón, Luarca, Santa Marta de Ortigueira, La Coruña, Vigo y Pontevedra. Fueron quince días memorables. Recuerdo que en Santa Marta nos hospedamos en casa de Juanito. Como no había hoteles nos encaminaron allí la gente a quien preguntamos. Dejamos el coche en la ciudad y andando por la orilla de la maravillosa ría llegamos a casa de Juanito Paco y yo. Era este un gallegazo joven de apenas veintitantos años y reflejando en su mirada la desconfianza de la raza. Estaba completamente solo en una tienda medio bar muy grande y profusamente iluminada con una baraja en las manos haciendo solitarios. Le preguntamos si tenía habitaciones para dos matrimonios y un chico. No contestó nada y siguió con las cartas. Reiteramos la pregunta comentando entre nosotros si sería sordo, pero nos atajó enseguida y nos dijo con un marcadísimo acento que no era sordo que lo que le ocurría es que no estaba su señora para preparar las camas y añadió lo que repitió varias veces: "y si no viene a las diez, no viene en toda la noche". Nos miramos Paco y yo con el estupor consiguiente -pensando que buena prójima sería la señora- y ante aquella salida le dijimos que como venían nuestra mujeres ellas podrían hacer las camas. Al fin accedió a tal solución, nos fuimos a cenar a Santa Marta y quedamos en volver a las once. Cuando volvimos el hombre, muy alegre, nos

dijo que había llegado su señora y que estaba todo preparado. En efecto, la señora era una chica joven bastante mona. Subimos al piso superior con el marido indicándonos las habitaciones. Al llegar a la mía que fue la última le dimos las buenas noches y cuando iba a cerrar la puerta la sujetó un poco y me dijo muy serio con su marcadísimo acento: "conste que mi señora estaba en la aldea con sus padres ¿eh?". Yo le contesté: "¿y por qué me tiene usted que dar explicaciones?" y él me atajó rápido y desconfiado: "por si acaso, por si acaso". Y cerró la puerta. Fue la mejor anécdota del viaje.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Era uno de esos inefables días gallegos. Nos dimos cuenta de la situación de aquella casa: estaba situada su terraza baja como a unos diez metros de la ría. Todo era paz, sosiego e inmensa belleza. Había un perfume leve de tierra mojada -que huele a Dios- y a mar. Le dijimos a Juanito que nos colocase una mesa al borde de la ría y allí desayunamos unos huevos fritos con jamón que me supieron a gloria. Aquella paz, aquel paisaje me hizo bendecir a Dios por haberme traído al mundo. Sólo por aquel momento valía la pena el haber nacido. Sintiendo el perfume, la quietud y la inefable belleza, recordé a Rosalía de Castro:

Antr'as pedras, alelixes;  
antr'os, campanillas;  
por antr'os musgos, violas;  
regos por antr'as curtiñas.  
Rio abaixo está o muiño.  
Rio arriba, ou rio abaixo  
todo e calma n'a campia.

El año 1.954 hice otro viaje memorable a los Pirineos franceses para presenciar alguna etapa del Tour de Francia. Vinieron mis hijos José

y Javier y Gonzalo Chamorro. Hicimos noche en el Coll del Tourmalet dentro del coche; acomodamos a los chicos en la parte de detrás en una cama que les hicimos con mantas y cojines y Gonzalo y yo delante sentados; echamos una lona que cubría las ventanillas y en aquellas posturas incomodísimas pasamos la noche. A las ocho de la mañana me despertó un ruido ensordecedor; levanté la lona por mi lado y vi un espectáculo increíble; llamé a Gonzalo y bajamos. Había miles y miles de automóviles y autocares. Fue algo así como lo que describe Conan Doyle en su novela "Estudio en escarlata" que le ocurrió a John Ferrier cuando al despertar vió convertido el desierto que había cuando se durmió en aquella ingente masa de Mormones.

Los miles de personas que habían subido al Coll y que se desparrramaban por todas las laderas armaban aquel ruido que me despertó; era una auténtica muchedumbre. Ya es sabida la aficción gala por el ciclismo y el espectáculo nacional que constituye el Tour; además el Tourmalet es un punto estratégico para ver subir a los corredores ya que las rampas se divisan sin solución de continuidad desde varios kilómetros. Nos sentamos sobre una peña a modo de mirador con las pellizas puestas pues hacía un frío helador (es región de nieves perpetuas) pero al poco tiempo, y como fenómeno natural de las grandes alturas, se trocó en fuerte calor.

Al fin aparecieron en lontananza los primeros corredores. Aquel año participaba Bahamontes que ganó el Premio de la Montaña. Comenzó a correr el rumor entre la muchedumbre de que Bahamontés, como dicen los franceses, subía el primero destacado. Pero pasada media hora arreció el rumor, ya incluso le veíamos. Pasó por la cima casi un cuarto de hora antes que sus seguidores. El momento fue apoteósico: cientos de miles de franceses exclamaron ¡¡Bahamontés!! ¡¡Bahamontés!! A nosotros como españoles, nos producía una emoción intensa y como un remusguillo patriótico aquel triunfo del toledano. Levantó los brazos al pasar la cima entre aplausos atronadores y se lanzó como una exhalación por la bajada hacia los Coll

Aspen y Pyrouisir, incluidos en la etapa. En enorme caravana bajamos tras los ciclistas hacia Pau, Lourdes y pernoctamos en Olorón. En esta población adquirí unos repuestos para el coche: un juego de pistones y camisas y una cadena de distribución ya que no las había en España y si se encontraban eran carísimas. Al pasar la frontera de Hendaya de regreso un guardia civil me preguntó si llevabamos algo, pero dió la casualidad de que era gallego y mi coche tenía matrícula de Pontevedra nos tomó por paisanos y aunque le dije que llevaba en la maleta algunas cosillas para el coche contestó: "siendo paisanos, pase". Pero en ese momento Javier apostilló "si nosotros no somos gallegos, somos de Madrid". Te voy a dar una bofetada, bocazas, le dije ante la posición embarazosa que me creó con aquella salida; pero el guardia añadió sonriente "no se puede mentir delante de los chicos; ande pase usted". Y así regresamos a España.

Al final de aquel mismo verano nació el último de mis hijos.

El año 1.955 se iba a producir una efemérides importante en mi vida. Falleció en febrero el eminente director de orquesta y Catedrático del Conservatorio Bartolomé Pérez Casas que desde la muerte de García de la Parra ocupaba la presidencia de la Sociedad Didáctico Musical. Se celebró una Junta General para nombrar nuevo Presidnete que duró escasos minutos. Después de las obligadas palabras de condolencia que pronuncié como Secretario se iba a proceder a la votación cuando como un solo hombre dijeron todos los socios que quien más merecía ocupar ese alto puesto era yo. Plá hizo un caluroso elogio mío que fue secundado por todos y así, por unanimidad que era la norma de todos mis triunfos fui nombrado Presidente. Este cargo lo habían ocupado relevantes personalidades -todos académicos- y era a perpetuidad. Revestía por tanto un gran significado moral por constituir un reconocimiento a méritos artísticos considerables por lo que lo solía ocupar una persona muy mayor. Yo tenía solo cuarenta y cinco años y pasaba a ser el más joven de todos los que accedieron a la Presidencia.

Constituyó para mí una enorme alegría y orgullo alcanzar otro triunfo tan importante en mi carrera. Recordé a Pedro Fontanilla que ocupando este cargo me trató con tanta desconsideración en el comienzo de mis estudios. ¿Cómo iba a suponer que aquel alumnito imberbe tan maltratado iba a ocupar andando el tiempo su puesto?. Mi primera determinación como Presidente fue nombrar Secretario a Roberto Plá.

Cuando se enteró Sopena quedó muy sorprendido de que no se hubiese nombrado a Cubiles que era Académico, pero le remaché que había sido por unanimidad incluyendo como es natural a este. Es que valgo mucho, Federico, le dije en broma. No, no, ya lo veo.

Continuaba la cordialidad entre Sopeña y yo al frente de los destinos del Conservatorio, aunque arrastrando aquel el terrible handicap de no ser Catedrático que le ponía frecuentemente en evidencia sobre todo en los Claustros. Un día se quedó azaradísimo cuando Forns le dijo: "Me parece muy bien como lleva el Centro el señor Sopeña, pero me disgusta profundamente estar presidido por quien no es Catedrático", y cosas por el orden.

Realmente Sopeña no podía ocupar una Cátedra; sus nulos estudios musicales lo impedían. Si acaso por similitud con su carrera podría aspirar a la de Estética e Historia de la Música que regentaba Forns -ganada en brillantes oposiciones- pero Forns tenía cincuenta y cuatro años; le faltaba la friolera de dieciseis para jubilarse.

Pero como ya he dicho que Sopeña era hombre afortunado pues quien le estorbaba como García de la Parra se moría, salió Forns para Ginebra con una delegación de la Sociedad de Autores a un congreso. A los dos días de llegar murió repentinamente. Nadie esperabamos este fin fulminante de un hombre joven que parecía rebosar salud.

La consecuencia no se hizo esperar: a los pocos días fue nombrado Sopeña Catedrático interino de Estética e Historia de la Música. Esto legalizaba en parte su situación como Director.

En este momento comenzó a dar la medida de su ambición y de su descaro para conseguir las cosas. Informado de que en la Reglamentación del Centro había una cláusula en la que dice que en casos muy especiales y mediante razones ampliamente motivadas se podía nombrar a personalidades destacadas Catedráticos extraordinarios (lo que significaba sin tener que efectuar oposición) Sopeña, importándole un bledo que las hubiesen efectuado un Conrado del Campo, un Guridi y hasta un Padre Otaño -por referir-

me solo a verdaderas personalidades- empezó a intrigar en el Ministerio para que se le nombrase por ese procedimiento extraordinario. En estos casos preceptuaba la ley que se necesitaba ser propuesto por el Claustro del Conservatorio más los informes favorables de la Real Academia de Bellas Artes y del Consejo Nacional de Educación.

Desconozco la presión que se haría ante estas dos últimas Corporaciones, pero sí la que se hizo sobre el Conservatorio. Me llamó a su despacho el Ministro Ruiz Giménez. Después de encomiar mi gestión como Subdirector en términos cordialísimos me dijo: "que era necesario que hubiese una propuesta del Claustro en favor de Sopeña y que encomendaba a mi habilidad el conseguirlo; que le constaba que yo era capaz de hacerlo". Yo noté enseguida la pretendida alcaldada y que se me elegía a mí para legalizarla y salvar el inmenso escollo de la propuesta del Claustro. Algo así como el encargo que dió Felipe II a Don Juan de Austria para resolver la papeleta de Lepanto. Me quedé perplejo ante aquella incongruencia del Ministro que por el tono que fue hecha era más una imposición intolerable. Así se lo hice ver de la manera más correcta. Le dije en primer lugar con toda sinceridad que Sopeña tenía pocas simpatías en el Claustro y que no existía precedente de algo parecido y en segundo que yo como Subdirector no tenía atribuciones legales para convocarlo habiendo un Director en plenas funciones. A esto último le dió poca importancia "yo como Ministro le doy la autorización para convocarlo", me dijo. Aún me resistí diciendo que presumía poco éxito en que la propuesta fuese firmada por mayoría. "Usted, señor Ministro, desconoce el clima del Conservatorio hacia Sopeña", le indiqué; "si la conozco y por ello le encargo a usted tan difícil cometido", contestó. Hubo una pausa y cambiando su cara y su gesto y desapareciendo la cordialidad que había presidido hasta entonces la entrevista, me soltó estas increíbles palabras que juro por mi honor ser textuales: "Resumamos, Bascuñana; si lo hace usted se lo agradeceré siempre, pero si no lo hace y no firman los profesores será peor para ustedes. Sopeña va a ser nombrado

Catedrático extraordinario de todas formas y ustedes son los que van a quedar mal además de que esto no lo olvidaré nunca". Nos pusimos en pié y cuando nos estábamos despidiendo debió leer mis pensamientos y agregó: "Y si piensa usted dimitir no lo aceptaré".

¡Menuda papeleta! Había habido en la conversación primero lisonjas y después coacciones y amenazas. Yo me pregunté ¿Y si no le importa al Ministro el dictamen del Claustro, por qué su insistencia tenaz para que yo lo consiguiese? ¿Y por qué sus amenazas?. Claro que le interesaba si no no hubiese echado toda la carne en el asador.

Este era el político Ruíz Giménez en aquella época: dictatorial, coaccionador y amenazante, aunque ahora se haya convertido en el Atlante que sujeta el derecho, la legalidad y la democracia. Pero de su trayectoria política, de la que yo conozco de cerca solo este hecho, no se han debido olvidar los españoles cuando no ha cosechado posteriormente más que desastres tales como el fracaso al presentar su candidatura a Decano del Colegio de Abogados en 1.971 y ya en la democracia, el ridículo que hizo en las elecciones de 1.979. Y ello es lógico porque ¿cómo puede suponerse a un San Agustín ocupando la Secretaría General de un Partido Comunista o a Lenin ingresando en la Trapa? No se puede evolucionar tan metamorfóticamente como Ruíz Giménez pretendió.

Salí del Ministerio indignado y preocupado. Se habían puesto las cosas de tal modo que me ví obligado a convocar el Claustro ante la sorpresa general de que lo hiciese yo. Asistió aquel en pleno y debí estar tan afortunado en mi discurso -en el que dejé traslucir las amenazas del Ministro- que firmó la propuesta más de la mitad del profesorado. Recuerdo que al final me dijo Enrique Massó: "no pensaba firmar, pero en vista de lo bien que has estado lo he hecho por tí".



Elevé la propuesta al Ministerio y al poco tiempo recibí la siguiente carta de Ruíz Giménez redactada en unos términos de descaro inauditos, pues daba la sensación de que la propuesta había surgido espontáneamente del Claustro y no mediante presiones y amenazas. Pero me parece elocuente para dejar al descubierto la trama y la anormalidad jurídica manifiesta que supone dirigir la carta al Subdirector de un Centro que no era la primera autoridad del mismo ni lo dirigía.

Ya había conseguido Sopeña por procedimientos poco ortodoxos ser Catedrático Numerario. Yo creí que aquí terminaban sus ambiciones, pero si, si. Nada más recibir el nombramiento salió a concurso la vacante de Académico de Forns en la de Bellas Artes de San Fernando. Tuvo una larga conversación conmigo en la que me expuso su deseo de aspirar a entrar en la Academia ya que de los doce Académicos de que consta la Sección de Música, cuatro plazas están reservadas a músicos no profesionales, esto es a musicólogos, historiadores e incluso mecenas; y como Forns ocupaba una de estas, creía llegada la ocasión de pretender el ingreso. Yo le dije que como dicho ingreso era por votación del pleno de la Academia, ahí poco podía hacer el Conservatorio. Pero sí a crear un ambiente propicio, me contestó. ¿Y cómo? le inquirí. Pues visitando un grupo de profesores presididos por tí a varios Académicos, respondió.

La trama estaba urdida ya entre él y el Ministro, pues este me volvió a llamar a su despacho y me aconsejó lo mismo que me había dicho Sopeña respecto a la comisión de profesores pero añadiendo que me convenía mucho colaborar en que ingresase, ya que era un ferviente deseo suyo. (Del Ministro). Aquella conveniencia entrañaba tanto de sutileza como de chantaje pues agregó "tiene usted un gran porvenir en el Conservatorio, etc.". Total que por segunda vez me colocaba el Ministro en la encrucijada de acceder a lo que me proponía o mandar a la mierda a él y a Sopeña. Ya me estaba jorobando estar haciendo el papel de muñeco manejado por los hilos de los Maese Pedro en que se habían convertido ambos.

Madrid, 4 de febrero de 1955

Sr. D. José Moreno Bascuñana  
Subdirector del Conservatorio de  
MADRID.

*El Ministro de Educación Nacional*

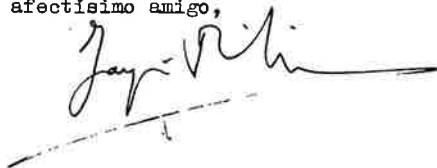
Mi distinguido amigo:

A título oficioso, me es muy grato anunciarle que este Ministerio ha tomado en consideración el escrito elevado por el Claustro de ese Real Conservatorio y en el que solicita el nombramiento de D. Federico Sopeña Ibáñez como Profesor extraordinario de Historia de la Música.

De acuerdo con lo señalado en el artículo 11 del Decreto de 15 de junio de 1942, se ha solicitado el oportuno informe de la Real Academia de San Fernando y del Consejo Nacional de Educación.

Tan pronto como obren en poder de este Ministerio las oportunas cumplimentaciones, se les resolverá este asunto.

Con este motivo, le saluda muy atentamente su afectísimo amigo,



Medité mucho esta nueva situación. Cambié impresiones con varios profesores sobre lo que se pretendía. Hablé concretamente con Lola Rodríguez Aragón ("tiffosi" de Sopeña), Rodríguez Sedano, Luis Antón, Gombau y algunos más. Todos coincidieron en que procedía efectuar la gestión ante algunos Académicos, pues Sopeña se lo merecía ya que el binomio que habíamos formado para encauzar el Conservatorio por derroteros sin precedentes le hacia digno a él de tal intento y a mí de presidir la comisión. Me quedé perplejo ante este cambio producido en elementos significados del Centro.

Visitamos a varios Académicos; yo hablé con los que pertenecían a la Casa como Cubiles, Pérez Casas, Conrado del Campo y Guridi. Salvo el primero que me ofreció su voto los demás me lo negaron pues había surgido otro candidato con grandes posibilidades, el famoso musicólogo José Subirá, al que pensaban votar. Se celebró la votación en la Academia y a pesar de nuestras gestiones y de la presión del Ministro, salió elegido Subirá. Sopeña se quedó con tres palmos de narices aunque tuvo los votos que había conseguido el ambiente que creó la comisión.

Encajó mal este fracaso y le produjo un desinflamiento con relación a los problemas del Centro.

Pero no iban a quedar aquí los reveses. En febrero de 1.956 ocurrió en la calle Alberto Aguilera un grave enfrentamiento entre falangistas y estudiantes en el que murió uno de estos. Acostumbrados los españoles a que no ocurriesen incidentes de orden público produjo el suceso una gran conmoción. El Generalísimo no se anduvo con bromas: destituyó fulminantemente a los Ministros de Educación y del Movimiento, Ruíz Giménez y Nemesio Fernández Cuesta; para Educación se nombró a Jesús Rubio.

El cese de Ruíz Giménez creó a Sopeña una situación embarazosa. Me pidió consejo sobre lo que debería hacer, yo lealmente, recordando como había sido nombrado y lo que por él había hecho Ruíz Giménez, creía que lo digno era dimitir tanto él como yo. Eso mismo me han aconsejado Joaquín Rodrigo y un Jesuita -cuyo nombre no recuerdo- que son las tres personas con quien únicamente he consultado, me contestó.

Se reunió el Claustro y ante él presentó la dimisión y yo quedé en funciones de Director, pues aún cuando ya había enviado al Ministerio la carta de la mía, me llamó el Director General y me rogó encarecidamente que me mantuviese en mi puesto para llevar el Centro hasta el nombramiento de nuevo Director.

Es francamente incómodo ocupar un puesto en precario. Me limité a despachar los asuntos de trámite pero no obstante me cogieron de lleno los exámenes oficiales de mayo y los libres de junio en los que tuve que nombrar los Tribunales y resolver todas las contingencias que surgen en estas complicadas épocas. Es cierto que yo lo venía haciendo esto en cursos anteriores pero contaba con la anuencia del Director. Ahora toda la responsabilidad era exclusivamente mía; tuve que presidir todos los concursos a Premios y representar al Centro en varios actos oficiales.

Durante este período de interinidad -que duró cinco meses- tuvieron lugar en el Conservatorio unas reuniones de Catedráticos y Profesores que fueron para mí muy gratas. De ellas surgió una comisión que visitó al Ministro y al Director General solicitando que fuese nombrado Director. La comisión la componían Lucas Moreno, Julia Parodi, Luisa Menárguez, Roberto Plá y Calés. De estos hechos no conservo más que la siguiente carta dirigida por Moraleda a Lucas Moreno, presidente de la comisión como Catedrático más antiguo.

SR. D. ANTONIO LUCAS MORENO.  
Real Conservatorio de Música y Declamación.  
MADRID.

Querido Antonio:

Ha llegado a mi conocimiento, que un grupo de Catedráticos y Profesores del Real Conservatorio de Música, - pensaban reunirse para proponer al Excmo. Sr. Ministro de Educación, el nombramiento de Director de dicho Centro, al Catedrático de Armonía, mi particular amigo Pepe Moreno Bascuñana.

Por si dicha reunión se celebrase momento que mis ocupaciones me impidieran asistir a ella, quiero con estas letras proclamar mi entusiasta adhesión a dicha idea y desde mi modesto puesto de Profesor Especial de Solfeo, pedir a los poderes públicos se lleve a cabo dicho nombramiento ya que na die como él, defendería al Profesorado y llevaría las materias pedagógicas con gran brillantez, dentro de un marco de realidades, a la altura que nuestro Conservatorio se merece.

Quiero, con este motivo, testimoniarte mi sin cera amistad, deseándote la más completa salud y los mayores éxitos.

Tuyo,

*Fernando Moraleda*

Fdo.- Fernando Moraleda.

Agradecí mucho este gesto que significaba lo satisfecho que estaba el Centro con mi gestión de Subdirector y con la categoría que me suponía, pero yo sabía que no había llegado el momento de acceder a la Dirección. Tenía enfrente a Sopeña; sí señor, a Sopeña, aunque parezca mentira. Ya dije que no era buena persona. Desde que dimitió había dado un giro de ciento ochenta grados en la amistad y consideración que me debía y que creía me tenía. Por lo visto, en un colmo de vanidad, tenía a menos que yo le sucediese en el cargo y me consta que, en contra del sentir del profesorado, hizo todo lo posible para impedirlo.

Vino a remachar esta situación el que en el mes de abril falleció el Padre Otaño en San Sebastian. Como Director en funciones nombré una comisión formada por Fuster y Massó para asistir al entierro. Le sentó muy mal lo que hice, pero vista la actitud que tuvo con el fallecido y la que había adoptado conmigo, no me dió la gana que fuese en representación del Conservatorio. Que fuese por su cuenta si quería que bien informado estaba del hecho por los medios de información. Le sentó muy mal esta ausencia a los Padres Jesuitas "ni mandar una tarjeta siquiera" como me dijo el Padre Rector.

Fue en esta ocasión cuando comencé a conocer su verdadero fondo. Es persona que utiliza al hombre que necesita en cada momento y cuando ya no le es válido lo desprecia y se convierte en su enemigo. A mí, que soy hombre de buena fe, me engañó como luego hizo con muchos otros. Me necesitó imperiosamente durante su gestión como Director porque no sabía por donde se andaba; me necesitó para ser una especie de puente y de enlace entre los Catedráticos viejos, todos muy amigos míos, y él; me necesitó para que le nombrasen Catedrático extraordinario y para tratar de que ingresase en la Academia. pero una vez desposeído de la Dirección ya no me necesitaba y comenzó a encizañar para que el nuevo equipo del Ministerio desoyera el clamor del Claustro a mi favor aprovechando que el único Direc

tor General que se salvó del equipo de Ruíz Giménez, tras sufrir múltiples humillaciones, fuese Gallego Burin, que siguió en Bellas Artes y era uña y carne de Sopeña.

Me llamó Jesús Rubio por mi condición de Secretario de las Comisiones nombradas por Ruíz Giménez para la reconstrucción del Teatro Real. Me dijo que la idea de su antecesor la pensaba llevar adelante, pero no sé que dubitativo noté en sus palabras que me hizo pensar que lo que me decía no era verdad. Rubio fue Subsecretario con Ibáñez Marín muchos años, llegando a decir públicamente que cuando cesara éste él sería el Ministro, pero como las resoluciones del Generalísimo eran siempre inexcrutables, cuando aquello ocurrió nombró a Ruíz Giménez sin duda porque a la política exterior de España le convenían ministros muy católicos y Ruíz Giménez, como ya he dicho, era Embajador en el Vaticano y muy beato. A Jesús Rubio le produjo aquello mucha amargura y como la política y los hombres son así, al ocupar el Ministerio trataría de desbaratar toda la labor de su antecesor. Pensando esto y a pesar de las medidas palabras que me dijo Rubio, dentro de mí entoné un Requiem por los proyectos del Teatro Real, y así fue: no nos volvimos a reunir aquellas Comisiones y tuve que desmantelar los cursillos que había montado para preparar el coro y el ballet en el Conservatorio. Continuaron las obras del Real, pero no como había dispuesto Ruíz Giménez, sino para sala de conciertos con lo que se siguió manteniendo a Madrid sin teatro de ópera con gravísimo daño para su prestigio cultural. Y así seguimos.

Por entonces, creo que en el mes de mayo, tuve un incidente con Gallego Burin. Me llamó por teléfono uná mañana "ordenándome" que me presentara urgentísimamente en su despacho y que si podía en helicóptero, mejor. Me intrigó aquella llamada angustiada. A los diez minutos estaba ante él y de una manera descompuesta me dijo: "Ha recibido el señor Ministro una denuncia de un capitán de Fragata, amigo suyo, en la que dice que se

ha insultado a su hermana por el profesor de Acompañamiento al Piano. Necesito un informe esta misma mañana y si es necesario, hágale expediente inmediatamente a ese profesor". Como se había salvado Gallego Burin de la crisis por milagro, se le cayeron los pantalones en cuanto recibió aquella nota del Ministro y quería castigos inmediatos y ejemplares. Yo, muy tranquilo, le dije que era imposible presentarle el informe con esa rapidez. Que me informaría del caso y se lo comunicaría. Le pregunté ¿y cuando ha ocurrido eso? Me contestó que en noviembre último. Y ¿ha esperado ese señor seis meses desde que ocurrió y ha esperado también a que nombrase a su amigo Ministro?. Me parece muy raro, y en todo caso como en aquella época era Director Sopeña, será a él a quien deba usted pedir explicaciones; yo estoy al frente del Centro provisionalmente porque usted me lo pidió pero no olvide que estoy dimitido. Y ¿por qué ha dimitido usted? me preguntó de no muy buenos modos. Porque fui propuesto por Sopeña y entiendo que al marcharse lo digno es que haga yo lo mismo, contesté. Y entonces totalmente desenchajado me preguntó insolentemente: ¿quiere usted darme lecciones de ética política porque no he dimitido al cambiar de Ministro?. Yo no doy más que lecciones de Armonía, señor Director.

Total: sin las prisas que Gallego Burin quería, sin inmutarme y sin perder la serenidad llamé a mi despacho a Gombau y al capitán de Fragata. De aquel saqué en limpio que su auxiliar Luis Izquierdo, un gallegazo bastante borrico había llamado a aquella alumna gorda; y al capitán le eché en cara que esperase tanto tiempo y la circunstancia de nombrar Ministro a su amigo Jesús Rubio para denunciar lo que había sido más una broma de mal gusto que un insulto. Salió el marino muy volado de mi despacho y allí acabó el incidente.

En el mes de junio se celebraron unas oposiciones a Cátedra de Armonía para el Conservatorio de Valencia y formábamos parte del Tribunal Sopeña y yo. En la última sesión en la que se procedía a manifestar el vo-



to de cada miembro para luego hacerlo públicamente se dividieron los votos: Echevarria y Massotti proponían que se adjudicase la plaza y Sopena y Cristobal Halffter, que no. Me correspondía con mi voto dirimir aquel empate aunque yo tenía formado mi juicio solo por el hecho de que el opositor hubiese dicho que estaba el primer preludio del Clavecin de Bach ¡en re menor! y no identificase en la audición en disco el preludio de "Tristán e Isolda". Estos dos fallos garrafales impedían votar a nadie para Catedrático de Armonía. Pero antes de manifestar cual iba a ser mi voto se permitió Sopena coaccionarme con un largo alegato sobre la técnica armónica. Tanto me hartó que no me pude contener y le dije: "¿y tú sabes de eso?; sabrás de Historia pero de Armonía lo que te haya soplado Halffter, porque como músico no pasas de ser un simple aficionado". Nadie le había dicho a Sopena públicamente nada parecido. Me dijo airadamente que aquéllo era una falta de consideración pero yo le repliqué, más airadamente aún, que estaba hasta la coronilla de oírle decir tonterías. Terminó la reunión como el Rosario de la aurora. Y desde entonces me la tuvo jurada para toda la vida. Pero a mí aquello ¿qué me importaba?. Yo no necesitaba a Sopena para nada y aunque estuve perfectamente informado de todo lo que estaba tramando con Gallego Burin para que se desoyese en el Ministerio el clima casi unánime que había a mi favor en el Conservatorio -habían ido dos comisiones más a ver al Ministro- pensé que si estaba de Dios ocuparía la Dirección con Sopena y en contra de Sopena.

En el mes de julio -como estaba previsto por mí- fue nombrado Director Guridi. Me llamó inmediatamente para pedirme que retirara la dimisión como Subdirector. Me dijo que me necesitaba a su lado porque él no entendía de eso; que me lo rogaba por favor y si es que tenía algo contra él que se lo dijera ya que estaba dispuesto a hacer todo lo que yo quisiera.

Yo le dije que por supuesto no tenía nada en contra suya, al contrario, que le quería como amigo y le admiraba como músico, pero como opinaba que no era Subdirector de profesión debía dejar el cargo en cuanto abandonase la Dirección quien me propuso. Que no se lo tomase a mal pues mi decisión era irrevocable. Aún insistió por teléfono durante dos o tres días. Se empeñó en que debía estar enfadado con él y que pensaba que yo llevase en su totalidad el Centro porque él se consideraba incapaz. Estuve por preguntarle: "y ¿por qué ha aceptado usted?". Me costó Dios y ayuda el convencerle que no había nada personal y le reiteré que mi profesión era Catedrático de Armonía y no Subdirector. Que este cargo se era una sola vez, con una persona determinada y ahí acababa la cuestión. Le sentó muy mal mi dimisión que, después de reiterarla, me fue aceptada y se nombró Subdirector a José M<sup>a</sup> Franco.

Guridi era un gran músico pero un hombre pintoresco. Su paso por la Dirección no fue un fracaso porque como nadie esperaba nada de él, así es imposible el fracaso.

El día de su toma de posesión dijo la primer patochada al mencionar al nuevo Subdirector: "Ustedes creeran que, como es costumbre, yo he propuesto al señor Franco; pero no es cierto. No he intervenido para nada; él solo ha trabajado el nombramiento con el Ministro". Franco se quedó blanco. El Claustro comenzó a reír ante tan grotesca declaración.

Un día le visité en su despacho; estaba sentado ante su mesa, sobre la que no había ni un papel, jugueteando con un lápiz. Le mostré mi extrañeza al verle tan desocupado y me dijo "no tengo nada que hacer. Bueno, salvo que en mi casa tengo una habitación llena de cartas sin contestar". Es decir, que cualquier carta o expediente que recibía lo trasladaba a la famosa habitación donde dormía el sueño de los justos.

Otro día informados Calés y yo de que se había dado sobresaliente a un alumno de cuarto de Solfeo que no compareció al exámen, fuimos a informarle de tan intolerable anomalía. Le dijimos que debería llamar a los que formaban el Tribunal para reconvenirles y que creíamos que procedía anular dicho exámen. Al decirle los nombres de los que le constituían y comprobar que todos pertenecían a Radio Nacional -como el examinado- exclamó como si descubriese al Mediterráneo: "ya está, el Tribunal lo ha nombrado el Ministerio". Pero ¿sin conocimiento de Vd. como Director? repliqué yo. "Debe ser cosa de las alturas y yo ni me meto en nada ni anulo el exámen, no quiero disgustos" respondió.

Bien han tomado el pelo al pobre Guridi, dijimos a la par Calés y yo cuando salimos del despacho.

Sus anécdotas fueron famosas. En la votación de un concurso a Premios, en la enseñanza de Piano se procedió, como es costumbre, a ir opinando de los alumnos por orden de actuación. En todos coincidimos el Tribunal punto más o menos; pero al llegar al número ocho, una Srta. de San Sebastian, que estuvo fatal, el que más la calificamos con un 2. Le tocó hablar a Guridi y dijo: "yo tengo un 9 largo". No es posible, replicamos el resto del Tribunal, se debe Vd. haber confundido de número. No, no aseguró, ha sido el número 8. Pero estrechado a preguntas para que nos dijese porqué la había calificado tan alto, exclamó ingenuamente: "Sí, ha estado muy mal, pero me la han recomendado tanto ....".

Otra vez se dilucidaba un concurso cuyo premio consistía en un Piano que había donado no sé quien. De los seis o siete alumnos participantes hubo dos que estaban empatados en méritos. Se discutió largamente para aquilatar estos. Como no había acuerdo propuso Guridi muy convencido una solución salomónica: ¡dividir el premio!. Ya nos veíamos el Tribunal tirando de serrucho para partir en dos el piano. ¡Sencillamente inefable!.

Guridi

Jamás pasó el Conservatorio por una época tan inane y nefasta como bajo la dirección de Guridi, pero así estuvo hasta 1.959 que murió ocupando el cargo, quedando de Director interino José M<sup>a</sup> Franco que se mantuvo en esta situación hasta 1.962.

Yo me había quedado tan tranquilo al margen de toda responsabilidad directiva y dediqué a la composición, tantos años relegada, el tiempo que me dejó libre aquella actividad. A finales de 1.956 se convocó un concurso por el Centro Gallego para obras sinfónicas, corales, de cámara y de canciones. Era obligatorio el empleo del folklore gallego. El que instituyó los premios, Juan Gallego Cortizas, gallego residente desde hacía muchos años en Nueva York, sintetizó en las bases del concurso sus deseos: "Harto de oír en la famosa romería de los Caneiros música de Jazz, quería restituir la gloriosa tradición de la música gallega". El premio para obras sinfónicas se denominaba "María" y estaba dotado con veinte mil pesetas, cantidad muy importante entonces.

Me encerré en mi despacho y a los tres meses estaba la obra terminada. La titulé "Sinfonía Rural" y está dividida en cuatro tiempos: "Allegro ma non tanto", "Andante apasionatto", "Allegro-Adagio-Allegro" y "Allegro molto vivace". Su forma se asemeja, con grandes libertades, a la sinfonía clásica y su técnica consiste en una armonía y un contrapunto muy insinuante y moderno. Creo sinceramente que es una obra considerable.

El Tribunal de este concurso lo formaban Guridi, como Presidente, y Antonio Iglesias, Odón Alonso, Mili Porta y José Fernández, como Vocales. Se presentaron catorce o quince obras y tras sendas reuniones del Tribunal se me concedió el Primer Premio por unanimidad de obras sinfónicas quedando desiertas las demás.

Me dió la noticia de la concesión Antonio Iglesias a las dos de la madrugada cuando ya estaba en la cama. Me puse contentísimo porque se había premiado un gran esfuerzo y porque este triunfo demostraba que seguía en forma como compositor. Me fue entregado en solemne acto académico que tuvo lugar en el salón de Actos del Centro Gallego por Manuel Fraga Iribarne, vicepresidente a la sazón de dicha entidad.

Por cierto que la inmensa dificultad que existe para estrenar toda obra sinfónica estuvo a punto de resolverse con mi "Sinfonía Rural". Hablé con Antonio de las Heras, Secretario de la Comisaría de Música, con el que me llevaba muy mal y como esperaba no me puso mas que pegas. Entonces me decidí a visitar a Ataúlfo Argenta, Director de la Orquesta Nacional, en su casa de la calle de Alfonso XII y le mostré claramente mi deseo. Me recibió cordialísimamente a pesar de una vieja discusión que tuvimos relativa a nuestra guerra civil. Sin mencionar nada sobre ello, me dijo textualmente: "¿y por qué has ido a ver a las Heras?; el que dispone soy yo. Acepto tu obra sin verla porque me consta que eres un buen compositor". Me dió la orden por escrito para que fuese copiado el material en la "Sociedad de Autores" y me aseguró que la estrenaría en uno de los cuatro conciertos que iba a dar en el mes de abril (estabamos en diciembre).

Salí muy satisfecho y llevé la partitura a la copistería de la Sociedad de Autores. A últimos de enero la recogía para corregir el material. Pero a poco, en los primeros días de febrero se produjo la gran tragedia: falleció Argenta de una manera estúpida en su finca de Los Molinos. Fue una noche a ella con una chica francesa muy guapa, se metieron con el coche en el garaje y como hacía mucho frío debieron dejarle en marcha para tener calefacción y murió axfisiado y la chica se salvó de milagro. Fuí a Los Molinos cuando me enteré y casi ví como le hacían la autopsia en el tétrico depósito del modesto cementerio.

# Moreno Bascuñana, premio "María" del Centro Gallego

## 20.000 pesetas llegaron de Nueva York

DON Juan Gallego Cortizas es un gallego—no porque lo diga su apellido—residente en Nueva York. Impulsado por la nostalgia o «morriña», decidió crear unos premios que estimularan la producción de obras musicales de ambiente gallego. El Centro Gallego de Madrid se encargó de la organización. El concurso ha sido triple: obras sinfónicas, de cámara y canciones. Los nombres de los respectivos concursos: «María», «Mugardos» y «Pinchoires».

Treinta y siete compositores presentaron sesenta y siete obras. O bien el Jurado ha resultado «hueso», o los concursantes no han afinado la puntería: Dos premios han quedado desiertos.

El Jurado estuvo compuesto por Je-

sús Gúridi, Antonio Iglesias, José Bernárdez, Odón Alonso y Mili Porta, profesora del Conservatorio.

El premio «María», para obras sinfónicas, ha sido adjudicado a José Moreno Bascuñana, catedrático de Armonía del Conservatorio de Madrid, ex subdirector del citado centro. Está en posesión de la Encomienda de Alfonso X el Sabio. Nació en Madrid: 1911.

### PREMIO «MARIA»: 20.000 PESETAS

—Mi obra se titula «Sinfonía rural». Consta de cuatro tiempos.

—¿Duración?

—Unos veintidós minutos.

El Centro Gallego gestionará el es-

treno de la obra premiada. Este ha sido el primer concurso al que se presenta el señor Moreno. Desempeña un importante cargo en la Sociedad Didáctico-Musical, encargada de escribir y editar libros de texto para los Conservatorios.

—Se dice que los Conservatorios están anticuados. ¿Usted qué cree?

—Es absurdo. Es como decir que las Universidades o Escuelas de Bellas Artes están anticuadas. La cuestión de los Conservatorios depende del cariño que le profese el Estado en cada momento.

—¿Sospecha lo que hará con las 20.000 pesetas del premio?

—Tengo ocho hijos y...

—¡Comprendido!

H. S. M.

## Música! Entrega del premio concedido al compositor Moreno Bascuñana

En el acto académico, celebrado con toda solemnidad en el salón de actos del Centro Gallego y mucha concurrencia de socios de esta entidad, amigos del señor Moreno Bascuñana y entusiastas de la música, que presidió el señor Fraga Iribarne, vicepresidente de esta entidad, al que acompañaban otros miembros de la Junta directiva y el maestro Gúridi, con quienes formaron parte del Jurado del referido concurso, fué hecha la entrega de las 20.000 pesetas, en que consistía el primer premio, adjudicado a la obra

«Sinfonía rural», de la que es autor el señor Moreno Bascuñana.

Después de los discursos pronunciados por el señor Fraga Iribarne, en el que puso de manifiesto la labor ingente del Jurado, debido a la gran cantidad de obras presentadas y al valor de éstas; por el señor Moreno Bascuñana, que dió las gracias al mecenas de este concurso, ilustrísimo señor don Juan Gallego Cortizas, a la Junta directiva del Centro Gallego y al Jurado calificador, se entregaron también al maestro Gúridi y a los señores doña Milagros Porta de Navarrete, don Antonio Iglesia, don José Fernández y don Odón Alonso, de sendos títulos de socios de mérito del Centro Gallego, con los que esta Sociedad ha querido corresponder a la altruista cooperación de tan ilustres musicólogos.

Entrevista con motivo del premio "María" y comentarios de Prensa.

Esta desgracia impidió el estreno de mi obra cuando estuvo a punto de comenzar a ensayarse por la Orquesta Nacional. El material tuve que devolverlo a la Sociedad de Autores -donde duerme el sueño de los justos- y la partitura original se la entregué a Gallego Cortizas -promotor del premio- en un acto que se celebró en su honor en el Centro Gallego con motivo de un viaje que hizo a España.

Con parte del producto de este premio adquirí un magnífico tocadiscos -el amplificador era aún de lámparas- y comencé a formar mi discoteca que luego adquiriría gran importancia.

Lo instalé en mi despacho y allí entre mis libros, pasaba largas veladas oyendo a Beethoven, a Bach, a Wagner -en una magnífica grabación del "Lohengrin" hecha en el teatro de Bayreuth-, a Verdi, etc. etc. En este clima bello y elevado y en el silencio y soledad en que yo estaba era el hombre más feliz del mundo. Aquellas noches de invierno tan calentitas en mi cuarto y oyendo música de tanta categoría, daban ganas de bendecir a Dios en los términos que lo hace Santa Teresa en su "Libro de mi vida". El verdadero placer del hombre es siempre espiritual y no creo que lo haya mayor en tantas diversiones como la Humanidad ha discurrido para sentir la felicidad de fuera adentro de los hombres hueros -los juegos, las fiestas, las comilonas- cuando la verdadera felicidad actúa a la inversa, de dentro afuera, como yo la sentía. Entre el amor a mi familia y aquellos "banquetes de oído y de sensibilidad", que decía, Mozart, he creído alcanzar la máxima dicha que en el mundo está al alcance del hombre.

En el año 1.959 solicité una beca de la "Fundación March" para componer una obra. Había solo cuatro aquel año y las solicitudes eran muy cuantiosas. Estaban dotadas con cincuenta mil pesetas, casi un capital en aquella época.

Durante una comida que se dió a Oscar Esplá por su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando coincidí con Guridi -que había formado parte del Tribunal seleccionador- y me comunicó el notición de que una de las cuatro becas se me había concedido por unanimidad. La alegría me quitó hasta el apetito; pues estas becas o premios tenían la particularidad de que no se concedían por una obra ya hecha sino por la solvencia y prestigio que tuviese "a priori" el elegido para componerla a juicio de los que formaban el Tribunal. Es decir, que se premiaban las posibilidades para crear el objeto y no el objeto mismo. Esto ponía de manifiesto la credibilidad profesional que yo merecía.

Compuse un tríptico dedicado a San Francisco de Borja. El primer tiempo lo titulé "el guerrero" en recuerdo de los grandes servicios militares que el Santo prestó a Carlos V; el segundo "el Duque de Gandía" que recoge la vida cortesana de este como Virrey de Cataluña y el tercero "la conversión", especie de camino de Damasco de San Pablo que representó para San Francisco el traslado de los restos de la emperatriz Isabel desde Toledo a Granada. La partitura la entregué en el plazo previsto y se halla depositada en los archivos de la "Fundación Juan March".





Entrega de la Beca de la Fundación Juan March. Detrás de quien me entrega el premio, el Dr. Marañón.

José M<sup>a</sup> Franco seguía de Subdirector del Conservatorio en funciones de Director. En esta incómoda situación estuvo como se ha dicho más de dos años. No se sabía lo que ocurría en el Ministerio pero el Director no se nombraba o mejor dicho sí se sabía, porque de un lado Franco estaba realizando una campaña a su favor a lo Adolfo Suárez, por otro las turbias maniobras capitaneadas por Sopeña y Lola Rodríguez Aragón para impedir que yo lo fuese y por otro Javier Alfonso trabajándose su candidatura. El profesorado harto de tanto confusionismo colocó en conserjería unos pliegos de firmas pidiendo mi nombramiento que pensaban entregar al Ministro. Cuando habían firmado casi todos, retiró Franco los pliegos de manera violenta y no se pudieron entregar. Al reprocharle esta acción Lucas Moreno, Calés y algunos más les dijo que el aspiraba a la Dirección y que por ello no consentía campañas en contra. ¡Buen demócrata!.

Volvieron a visitar al Director General y al Ministro por cuarta o quinta vez varios profesores, siempre presididos por Lucas Moreno, insistiendo en mi nombramiento pero se conoce que en el Ministerio había muchas dudas por las varias presiones que recibía.

Por fin "parió la burra" en octubre de 1.962. Se desentendió el Ministerio de las súplicas de José M<sup>a</sup> Franco, de las maniobras de Sopeña y de las aspiraciones de Javier Alfonso y nombró a un independiente alejado de aquellas maquinaciones: a Cubiles. Cubiles era una personalidad a quien yo quería mucho por haber sido mi maestro, pero con toda su personalidad era quizá el menos indicado para el cargo. En primer lugar por su mala salud, estaba casi ciego y sordo pero lo peor es que efectuó una política de venganza con profesores de su promoción y por rencillas del año de la nana. Lucas Moreno fue el blanco preferente de ellas pues se odiaban recíprocamente. Luego era hombre muy despegado con el Conservatorio, apenas asistía a los Claustros y por ello no tenía ni idea de lo que era dirigirlo. Era para colmo muy suspicaz y desconfiado. Todos preveíamos una época para el Centro peor si cabe que la de Guridi.

Yo le llamé por teléfono para felicitarle y me lo agradeció de tal manera que me llegaron a comentar varios compañeros que había dicho: "hasta Bascuñana me ha felicitado cordialmente". El sabía de sobra la disposición del Claustro a mi favor y creyó sin duda que me había molestado su designación y de ahí su extrañeza de que le felicitara efusivamente. Debió interpretar mi gesto de obligada gentileza como el que efectúa el Presidente de los Estados Unidos derrotado al triunfador.

Quiero declarar aquí una especie de paradoja: que los comentarios del Conservatorio, las idas y venidas de las comisiones al Ministerio y todo lo relativo al nombramiento de director me tenía sin cuidado y lo tomaba deportivamente. Yo personalmente nunca aspiré al cargo; me resultaba muy grato ¿por qué no decirlo? saber que contaba con la simpatía de casi todo el profesorado. Pero eran ellos los que se reunían e iban de acá para allá mientras yo estaba muy tranquilo en mi casa totalmente ajeno a las especulaciones y proyectos que se hacían a mi costa.

Yo era totalmente feliz, se me consideraba muchísimo profesionalmente y mi situación económica cada vez iba a más. Había construido dos chalets, que los alquilé muy bien a miembros de las fuerzas de los Estados Unidos en dos de las parcelas que en 1.959 convencí a mi madre y a mi tío que nos las cediesen en vida a los seis hermanos ya que tenían dispuesto testamentariamente que seríamos sus herederos. Tocamos a cinco parcelas cada uno mediante sorteo de los seis lotes en que se incluían una en la carretera y otras de valor similar en metros cuadrados. Yo mismo hice previamente y sin ayuda de técnicos la parcelación del enorme terreno del Hacha. Salieron treinta y cuatro parcelas de las que nos repartimos treinta y cuatro; quedaron cuatro en reserva por si necesitaban disponer de ellas mi madre y mi tío.

Esta ocurrencia exclusivamente mía de parcelar y repartir los terrenos supuso para mis hermanos y para mí -sobre todo para mis hermanos- una posibilidad económica que ni habían soñado ni como de costumbre supieron agradecer. Antes de escriturarlas me vendió Paco la que le correspondía lindando con mi casa. Isabel y Fernando me permutaron otras dos de más valor cuyas diferencias les aboné al contado y estos mismos me vendieron, después de insistirme mucho, las dos que tenían en la carretera en las que con el tiempo construí "el chalet Virgen de Valvanera" y "El restaurante Candanchú".

Yo creí que estos bienes mejoraría la situación de mis hermanos, pero con alguna excepción las malvendieron casi todos quedándose sin ninguna Margarita, Isabel y Fernando; conservan una y media Pili y una Paco.

El patrimonio tan trabajosamente amasado por mi padre y mi tío a lo largo de su vida, pasó a manos extrañas, en la mayoría de los casos, a precio de saldo. Yo conservo actualmente además de mi casa ocho parcelas y siete edificaciones.

Por eso, repito, yo era totalmente feliz. Mis ingresos por sueldo, rentas, Sociedad Didáctico Musical y algo de la Sastrería, me permitieron llevar una vida espléndida, dar carreras universitarias a mis muchos hijos, tener un buen coche y efectuar largos veraneos. Por el lado profesional era extremadamente considerado y mi intensa vida interna, entre libros, partituras, composición, conciertos, audiciones con mi tocadiscos se daba por satisfecha mi vida. ¡Que más podía pedir! ¡Ser Director del Conservatorio!. Si estaba de Dios lo sería pese a todo. Por ello repito que el nombramiento de Cubiles lo tomé deportivamente.

En diciembre de 1.960 fallecía mi tío Vicente. Aquel hombre que me amargó mi juventud con sus creencias materialistas fue evolucionando

poco a poco en mi afecto hasta convertirse en mi mejor amigo y admirador. Desde la muerte de mi padre pasó a ocupar su puesto. No podía vivir sin mí; me consultaba hasta sus más recónditos secretos; era su hombre de confianza. Como veía en mí al luchador nato que conseguía triunfo tras triunfo, que todo era capaz de solucionarlo se entregó a mí y a mi criterio con tal decisión que llegó a admirarme y a dejar de pensar para que yo lo hiciese por su cuenta. Nos vendió a Paco y a mí su parte en la Sociedad "Moreno y Bascuñana" y cuando llegó la hora de hacer el testamento me consultó antes si me parecía bien; yo le dije: "si es tu voluntad, hágase". Dejó todo su capital a mi madre, que era dejárnoslo a mis hermanos y a mí -excepto el chalet los Palancares que se lo dejó a un hijo de Jaime- y únicamente reservó una pequeña cantidad en pesetas a los sobrinos de su mujer que una vez muerto yo les pagué. Pero a los hijos de su hermano no les dejó nada; y puedo asegurar que esto lo hizo por el inmenso cariño que me tenía a mí y porque cualquier observación que yo le hacía la tomaba como si fuese un segundo Decálogo.

Físicamente fue un hombre de suerte. Jamás tomó medicinas y desconoció los efectos de la aspirina. Era gran bebedor y fumador, solo estuvo tres días enfermo y murió a los ochenta y cuatro años. Descanse en paz tan inteligente y buena persona a quien quise con toda mi alma.

Pasados unos días me citó Cubiles. Me produjo una gran curiosidad esta llamada. Me presenté en su Despacho y me dejó anonadado su pretensión: deseaba proponerme para el cargo de Subdirector. Me dijo que pensaba renovar toda la Junta de gobierno y que había pensado en mí para el cargo de más confianza para colaborar a su lado. Se deshizo en elogios hacia mi persona y terminó por confesar que como se encontraba mermado de facultades necesitaba imperiosamente que le ayudase. Yo le hubiese dicho de buena gana como a Guridi ¿y por qué ha aceptado Vd.? pero me contenté con decirle que se lo agradecía mucho pero que no podía aceptar: ya había sido Subdirector con Sopeña y esto se es una sola vez; además que quería vivir tranquilo sin ostentar ningún cargo directivo. Me insistió de una manera extremada y llegó a decirme que como exalumno estaba en la obligación de ayudar a mi viejo maestro. Todo en vano; le dije que no rotundamente y abandoné el Despacho.

La cosa estaba muy clara. Se preveía una gestión desastrosa para el Conservatorio durante el mandato de Cubiles y él mismo, a pesar de su desbordada ambición por figurar, lo sabía perfectamente y por ello pretendía recoger él los laureles del cargo y yo la responsabilidad del Centro. Es cierto que era muy amigo mío y le guardaba el agradecimiento de alumno, pero ni aún teniendo esto en cuenta estaba dispuesto a sacrificarme inútilmente. Conocía de sobra su forma de ser y que estaba dispuesto a desahogar desde el cargo su bilis -contenida según él durante muchísimos años- sobre el profesorado, en particular con los de Piano. Había sido nombrado hacía años Catedrático de Virtuosismo del Piano con la justa indignación de sus compañeros ya que en realidad esa Cátedra era absurda. Estaba bien que todos los Catedráticos impartiesen cursos superiores de Perfeccionamiento pero que no existiese la de Virtuosismo, pues esto relegaba a un segundo plano a los demás teniendo todos los mismos derechos administrativos. Lucas Moreno le llamaba "el virtuoso" y tal apodo cundió inmediatamente.

También en aquella entrevista me convencí de las barbaridades que pensaba hacer comenzando por la sustitución de toda la Junta de Gobierno, hecho que no tenía precedente en los distintos cambios de Director.

Me volvió a llamar para insistirme y averiguando quizá mis pensamientos me dijo que si removía la Junta era por razones de mucho peso. No quería tener de Subdirector a José M<sup>a</sup> Franco porque había estado de Director en funciones casi tres años y esto era un gran handicap para tenerlo ahora a sus ordenes; además -me contó- que en las reuniones de despacho que había mantenido con él le llegó a decir: tú no tienes más que firmar de lo demás me ocuparé yo. "Y en estas condiciones, añadió enfurecido, quedando yo relegado a figura decorativa no tengo más remedio que prescindir de él". En cuanto al Secretario Fuster -que llevaba en el cargo casi veinte años- era un cacique de tomo y lomo que estaba acostumbrado a hacer la distribución de alumnos en favor de su propia Cátedra; los que tenían posibilidades para pagar clases particulares eran destinados a su clase. Y en cuanto a Javier Alfonso -Tesorero de la Junta desde que yo fuí Subdirector con Sopeña- le dijo poco más o menos en la primera reunión de Junta Económica que celebraron que como no entendía nada de cuentas que le dejase hacer a él libremente. ¡Buena ocurrencia la de Javier Alfonso con lo desconfiado que era Cubiles!.

Como comprenderás -me dijo en esta segunda entrevista- en estas condiciones tengo que relevar la Junta. Necesito colaboradores de valía y de honradez intachable como eres tú y que me propongas quienes deben ocupar la Secretaría y la Tesorería que, pareciéndote bien a tí, serán de mi agrado.

Le reiteré mi rotunda negativa y aunque recurrió a argumentos emocionales como era lo que más valía de la casa y lo mucho que me quería, no me convenció.

Pasaron unos días y se presentó con su mujer una tarde en mi casa de Pozuelo. Les invité a merendar y al final volvió al ataque de una manera desesperada. Me dijo que no pensaba marcharse sin obtener mi consentimiento; que en el Conservatorio se haría todo lo que yo dijese y llegó a agregar: ¿quieres que te lo pida de rodillas?.

¿Cómo resistir tanto acoso?. Acepté al fin y el día quince de noviembre de 1.962 fui nombrado nuevamente Subdirector proponiendo se nombrase Secretario a Paquito Calés y Tesorero a José Luis Lleret, como así se hizo.

Bien sabe Dios que acepté por conmiseración hacia mi viejo maestro pero sabía que mi decisión perjudicaría mi porvenir en el Centro y me enajenaría la amistad con Lucas Moreno. Pudiera resumir aquella etapa diciendo que mi éxito consistió en lo que no se hizo, o sea en no dejarle hacer a aquel hombre irascible las barbaridades que se le ocurrían. Sabía también que aquella etapa sería efímera pues Cubiles tenía que jubilarse dentro de dos años escasos y en ese tiempo ¿qué se podía hacer?.

No obstante se logró que aprobase el Ministerio una disposición que limitaba el derecho de los Catedráticos y profesores a conceder calificaciones superiores a Aprobado. Para otorgar Notable y Sobresaliente era necesario un Tribunal constituido por tres miembros. Esta era una vieja aspiración mía para terminar con ciertas inmoralidades. Con ella disminuyeron los sobresalientes en un ochenta por ciento. La disposición, como esperaba, cayó muy mal; hubo un Claustro bastante borrascoso en el que Cubiles estuvo muy desafortunado en la justificación de la medida. Sin previo acuerdo conmigo y al verse acorralado dijo de pronto: "Bascuñana les explicará mejor porqué se ha efectuado". Tomé la palabra para decir (había que ser político) que el dictar aquella disposición había sido obra de Gratiniano Nieto, Director General de Bellas Artes, ante las muchas de-



Acte de promotion del cargo de Subdirector, del Real Conservatorio de Música a Don Jne Moreno Barriana  
me -

En Madrid a diez y seis de noviembre de mil novecientos sesenta y dos, el Sr. Director de promoción del cargo de Subdirector de este Centro a Don Jne Moreno Barriana, nombrado con fe-  
che 15-

Conmoverse el interesado declara bajo  
firmamento aceptar los principales funcio-  
narios del movimiento al momento -

Y en fe del acto se levanta de presente  
que firmen, el Sr. Director, el interesado  
y el Secretario que describe -

El Secretario  
Francisco Calvo

El Director  
Don Jne Moreno Barriana



El interesado  
Don Jne Moreno Barriana

nuncias que había recibido al respecto. Que para mí -continué- no era honeroso el que dos compañeros de asignatura compartiesen la supervisión de la capacidad de mis alumnos; que creía que a todos los profesores les ocurriría lo mismo ya que tenían que formar parte del Tribunal obligatoriamente cuando sus alumnos se examinasen prevaleciendo su opinión, y que al que le pareciese mal la medida es que daba la razón a las denuncias a que había aludido el Director General.

Con esta explicación se apaciguó el Claustro en el que no hay que olvidar que había muchísimos partidarios de la medida. Y esta ¿cómo no? se llevó a efecto con todas sus consecuencias.

Cubiles se ponía enfermo a cada instante y el despacho lo tenía que efectuar con él muchísimas veces en la mesa camilla de su casa. Iba poco por el Conservatorio y tenía yo que pechar con casi todas las responsabilidades de la Dirección y despachar asuntos sobre la marcha dándole cuenta después. Menos mal que todas mis decisiones las aprobaba siempre. Lo que no podía evitar era su fobia contra algunos compañeros. Les hizo humillaciones increíbles sobre todo a Lucas Moreno a quien citaba y le hacía esperar varias horas hasta que lo recibía mientras le leía el periódico su hija que era su secretaria particular.

Como el Conservatorio ha sido siempre un lugar de chismorreo de pasillos, estas actitudes de Cubiles se criticaban constantemente. Llegó la marea contra él a tales alturas que tuve que plantearle mi dimisión que no me quiso aceptar. Yo no quería que el profesorado me hiciese responsable solidario de aquellas actitudes suyas que yo era el primero en lamentar y afearle; pero cuando me enfadaba con él reaccionaba como un chiquillo y me prometía enmendarse. Pero la enmienda duraba poco. En un Claustro famoso en el que se presentó un voto de censura contra él promovido por Sopeña y Lucas Moreno se indignó de tal manera que arremetió contra varios

profesores amenazándoles con incoarles expediente. Yo no hacía más que tirarle de la chaqueta pero me llegó a dar un manotazo que me hizo daño. Intervino Echevarria para no sé que, y como no oía ni veía bien, tuvo un lamentable lapsus y dijo encoraginado ¡cállese el señor García Matos que esto no le incumbe!. Matos se indignó como es natural, y yo le aconsejé a Cubiles que le llamase por la tarde por teléfono para pedirle excusas. Lo hizo, pero Matos no olvidó nunca esa grosería.

Al otro día me llamó el Director General para que le informase qué había ocurrido en el Claustro. Yo le dije la verdad: que el voto de censura era ilegal mientras Cubiles contase con la confianza del Ministerio pero que aquel había estado desafortunadísimo y muy grosero, lo que le produjo mucho disgusto a pesar que defendía a capa y espada a Cubiles por el hecho de estar enfrentado a Sopeña a quien no podía ver Gratiniario Nieto. ¡Los cambalaches de la política!.

Mi situación era cada vez más incómoda y estaba hipotecando el buen concepto en que me tenía el profesorado, pero me daba pena abandonar a aquel hombre enfermo que en el fondo estimaba muy de veras. Nunca comprenderá Cubiles ni casi nadie el inmenso sacrificio que estaba haciendo en aras del amigo y del viejo maestro aunque me consolaba el saber que algunos lo comprendían y sabían estimar el freno que representaba para sus impulsos. Hubo quien me dijo: Si no fuese por tí había que pedir la baja.

Para dar idea de lo injusto que era es necesario recordar lo que ocurrió en el último Concurso a Premios en la enseñanza de Virtuosismo de su mandato. Como tenía facultades delegadas, yo nombraba los Tribunales y designaba al vocal de los Concursos, que era preceptivo no perteneciese al Claustro. Así lo hice aquel año y al presentarle la relación de los vocales de los distintos Concursos, tachó solamente dos vocales Catedráticos y al vocal Competente, que así se llama el que no es profesor. Aquellos los

sustituyó por otros que le eran más adeptos y al Competente -que yo había designado a Luis Galve- lo cambió por Luis Rego, antiguo discípulo suyo que votaría lo que Cubiles ordenase. Total: se había amasado un enjuague de Tribunal que tenía que presidir él para otorgar el Premio Extraordinario a una alumna suya que tenía designada previamente. ¡Y eso que se mostró tan puritano al destituir a Fuster por cacique!.

Aunque estos manejos no trascendieran no se pudo evitar que las críticas arreciaran cuando se supo que Cubiles no había ido en una semana al Conservatorio porque estaba preparando a alumnos particulares para tomar parte en el Concurso. Yo, en vez de advertirle de esta inmoralidad porque se hubiese puesto como una fiera, le pedí audiencia urgentísima al Director General, cuando faltaban cuarenta y ocho horas para que se celebrase el Concurso. Me recibió inmediatamente pero se mostró ceñudo cuando le dije que le iba a hacer una consideración sobre Cubiles. Como yo no me intimidé por nada le expliqué pausadamente lo que podía ocurrir si Cubiles presidía ese Tribunal. Cuando le dije lo de los alumnos particulares que estaba preparando en su casa, le llamó inmediatamente por teléfono delante de mí. Le contestó un familiar diciendo que si no era muy urgente lo que deseaba que llamase a otra hora porque esta muy ocupado dando clase. El Director encargó que le dijese que al otro día por la mañana le visitase porque tenía que comunicarle algo urgente e importante.

No sé lo que ocurriría en la entrevista que tuvieron pero Cubiles me llamó a mi casa a mediodía y me dijo el muy zorro que estuviese preparado porque le había dicho al Director General que como le parecía poco elegante presidir ese Tribunal debía de hacerlo yo.

La alumna designada previamente por Cubiles para obtener el Premio Extraordinario tuvo la desgracia de perder la memoria dos o tres veces durante la ejecución de las obras y paró de tocar. Aunque era una gran

pianista esto no podía ocurrir en una prueba de esta envergadura y, durante la deliberación, aunque Rego argumentó que los fallos de memoria no tenían importancia, no tuvo más voto que el suyo porque todos los demás, y el primero yo, votamos en contra. *Cubiles Bravo*

Encajó bien el golpe Cubiles aunque estuvo muy serio conmigo varios días en los que no me dirigía apenas la palabra, pero de lo ocurrido nada me dijo. Bien sabía que con lo que le ocurrió a la muchacha no se le podía conceder el Premio Extraordinario.

En el Conservatorio, que ya se tenía conocimiento de lo que se tramaba con aquel Concurso, se quedaron todos sorprendidos de que lo presidiese yo y de piedra cuando se enteraron que la prevista candidata se quedó sin premio. Hasta mi llegaron comentarios como estos: ¡que tío es Bascuñana, enfrentarse a Cubiles! ¡tiene más valor que el General Romell!

Cubiles se jubilaba el día quince de mayo de aquel año pero cuando la jubilación está tan cercana del final de curso es costumbre prorrogarla hasta que éste termine a finales de junio. Siguió aquel mes y medio en la Dirección pero cuando me dijo que de acuerdo con el Director General pensaba continuar indefinidamente yo le escribí una razonada carta, que no vale la pena reflejar aquí, en la que con fecha treinta de junio presentaba mi dimisión irrevocable. Mis argumentos capitales fueron que si había sido tan difícil su gestión estando en activo cómo sería jubilado y que yo había cumplido escrupulosamente mi compromiso con él hasta el fin de su vida académica. Esta carta le decidió a dimitir y así el treinta de junio de 1.964 terminó mi segunda etapa de Subdirector del Conservatorio.

Con la vacante producida por Cubiles, se puso en marcha la fobia contenida durante aquellos dos años. Se creó un ambiente contra mí capitaneado por Sopeña, Lola Rodríguez Aragón y Lucas Moreno que me hacían res-

pensible de la actuación de Cubiles. Yo me quedé tan tranquilo; había cumplido con mi deber como asimismo entendían muchos profesores. Resultado de estas infames intrigas a las que no era ajeno Gratiniano Nieto, y como Sopena no podía ser otra vez Director ni querían dar la cara ni Lucas Moreno ni Lola, se buscó un hombre de paja por estos en la persona de Cristobal Halffter recién ingresado para ocupar la Dirección. Así manejarían aquellos el Conservatorio a su antojo sin ningún riesgo personal. Se pretendió crear una falsa psicosis de renovación juvenil que no dió resultado pues solo estaban a su lado los despechados de Cubiles, que, por lo menos los que dirigían aquel contubernio, no tenían nada de jóvenes. Todo fueron fracasos en aquel equipo formado por Lucas Moreno como Subdirector y Roberto Plá, uña y carne de Lola, como Secretario. Halffter no tenía idea de lo que significaba la Dirección ni sabía presidir Claustros. Yo había tenido con él un encontronazo en uno presidido por Cubiles a cuenta de una peregrina y utópica reforma de la enseñanza que presentó elaborada según dijo, por el crítico Ruíz Coca, que no pertenecía al Centro, y él. Como Cubiles no respondió adecuadamente a tanta tontería me encargué yo y le demostré cumplidamente que su proposición era absurda. Dije palabras fuertes sobre todo por la intervención de Ruíz Coca en problemas del Centro y desde entonces, aunque no llegasen a indisponernos permanecimos distanciados. Esta situación y el recuerdo de aquella intervención mía se puso de manifiesto al ser nombrado Director, pero como yo pertenecía a un Consejo de Dirección que creó compuesto por los decáanos de las enseñanzas y por los ex Directores y Subdirectores, yo formaba parte de él por doble motivo: Como decáano de la de Armonía, que lo era desde que murió García de la Parra y como ex Subdirector.

Las reuniones de aquel consejo fueron pintorescas; solo se empleaba el tiempo en hablar mal de Cubiles por parte de Sopena, Lola y Lucas Moreno. Recuerdo que en una de aquellas reuniones Roberto Plá -que era Secretario ilegalmente ya que el Reglamento dice que tiene que ser un Ca-

tadrático y el era solo Profesor Especial- hizo la propuesta de incorporar al Consejo un representante de los Conservatorios no estatales en la persona de Antonio Iglesias Director del de Orense. Yo me opuse resueltamente y no por Iglesias que era muy amigo mío sino porque consideraba que aquello significaba una intromisión indigna en los Conservatorios del Estado. Puesta a votación la propuesta fue aprobada con el voto en contra de Mili Porta y el mío. Yo dije que como era asunto delicado para mí por mi amistad con Iglesias, esperaba de la caballerosidad de todos que aquella votación quedase en secreto. Todos lo prometieron y el mismo Halffter me dió garantías pero al otro día recibí una tarjeta de Iglesias en la que se mostraba muy dolido conmigo por haber votado en contra. Le llamé por teléfono y le aclaré que mi negativa no era contra el huevo, sino contra el fuero. Se convenció y quedamos tan amigos, pero con la tarjeta en el bolsillo me presenté en el Conservatorio y pedí ver a Halffter; estaba en su despacho con Lucas Moreno y Plá y sin más preámbulos les dije: "Aquí hay por lo menos un maricón". Se pusieron los tres en pié y Halffter, lívido de ira me contestó: ¿a qué viene eso?. Mi respuestá fue mostrarles la tarjeta ¿No habíamos quedado que la votación de ayer era un secreto guardado entre personas de honor?. Como vereis alguno o algunos no lo tienen e informó a Iglesias pocos instantes después de la reunión. Y yo te hago responsable a tí, Halffter de esta indignidad como Presidente del Consejo y como garante que te hiciste de la reserva, agregué.

Se quedaron los tres blancos no sabiendo que contestar y dejándoles petrificados abandoné el despacho. No sé que ocurriría después pero Antonio Iglesias no fue nombrado.

Un mes después de serlo Halffter me citó Roberto Plá y nos vimos en su casa. Después de unos preámbulos muy titubeantes me dijo que hablaba como si pensara en voz alta; había tenido una conversación con Sopena en la que le indicó que como yo era persona non grata a la nueva administra-

ción del Conservatorio, que sería prudente y conveniente que relegase en José M<sup>a</sup> Franco la Presidencia de la Sociedad Didáctico Musical para evitar que el ir contra mi persona no se perjudicase a aquella. Creo que deberías hacerlo -continuó- para evitarnos complicaciones y perjuicios a todos, que pasados los tiempos malos que soplaban, volverían a nombrarme Presidente.

Yo no me inmuté; solo le dije que la maniobra era "made in Sopeña" pero que le comunicara a este que yo había sido nombrado Presidente de la Sociedad por unanimidad de sus miembros y que mientras estos no me retiraran la confianza no le daba el gustazo a Sopeña de dimitir y que si pretendía éste darme lecciones de ética que se las diese así mismo que bien las necesitaba.

Convoqué a la Junta General que se celebró en el domicilio de José M<sup>a</sup> Franco a quien nada más mirarle noté que estaba en el ajo ¡la ambición de los hombres!. Cogiendo el toro por los cuernos planteé la proposición de Plá como ingerencia intolerable de Sopeña en los intereses de la Sociedad. Recordé que como fui elegido por unanimidad para ocupar la Presidencia y el cargo de director comercial eran ellos los que, mediante un voto de censura, los únicos que me obligarían a resignar el cargo, no Halffter ni Sopeña. Pero advertí que si se me ratificaba la confianza tenía que ser también por unanimidad; con un solo voto en contra no aceptaría y que como consideraba indivisibles los cargos de Presidente y de director comercial, de cesar en uno lo haría en el otro.

Tomó la palabra Calés recordando los grandes méritos y extraordinarios servicios que había prestado y que seguía prestando a la Sociedad, ya que la Sociedad era yo y que los demás solo percibían los beneficios de mis mal pagados desvelos. Criticó duramente el chantaje de Sopeña; dijo textualmente que lo que se pretendía era una canallada, por lo que procedía renovarme la confianza por unanimidad como yo había solicitado. Se ad-



hirieron a estas palabras Cubiles, desamparados Fuster y Mili Porta, añadiendo esta última que no consideraba necesaria la votación ya que no había en la Sociedad nadie tan capacitado para regirla como yo. José M<sup>o</sup> Franco y Plá no dijeron ni pio pero se les notó el efecto que les produjeron aquellas intervenciones y la enorme responsabilidad que contraían si votaban en contra ya que se veía alguno de ellos asumiendo los cargos y como el Archivo estaba en mi casa sabían de sobra, porque conocían muy bien mis impulsos, que al otro día el Archivo estaría puesto en la calle.

Yo exigí la votación nominal y todos, incluidos Franco y Plá, me renovaron la confianza en unos términos calurosos que redactó Calés para que pasase el acuerdo al libro de actas.

Al otro día me tropecé con Sopeña que hizo que no me vió pero me acerqué a él y le dije: "sabrás que ayer me ratificó por unanimidad la Sociedad Didáctico Musical su confianza como Presidente. Díselo a Halffter". Y que te cuente Plá lo que ocurrió en la Junta porque certificó el Acta. Se quedó petrificado pero no me dijo nada.

Duró la gestión de Halffter en la Dirección un año y algunos meses. Su incapacidad tanto en esta como en su Cátedra era increíble. Sus alumnos le tomaban el pelo de una manera casi dolorosa. Un cura navarro de muy mala leche cuyo nombre no recuerdo, le presentó como escrita por él la exposición de una sonata de Brahms ¡y le hizo correcciones!. Ni que decir tiene las guasas que aquello produjo.

Cada vez estaba más manejado por Sopeña y Lola y no podía hacer nada que no pasase por el fielato y la aprobación de estos. Si tomaba alguna iniciativa y la llevaba a cabo no siendo a gusto de aquellos, inmediatamente daba marcha atrás y se retractaba. Quiso intentar una pequeña reforma en la enseñanza de Canto y en un Claustro se la echó abajo Lola,

advirtiéndole públicamente que dicha enseñanza era patrimonio exclusivo suyo, como decana de ella, y que no admitía interferencias del Director ni de nadie. Yo noté enseguida que las relaciones de Halffter con Lola ya no eran tan cordiales como al principio y que toda aquella humareda de diti-rambos que le hizo, incluso en la Prensa cuando le nombraron, se habían disipado por completo. Ya no era Halffter la "enorme personalidad a cuyo derredor se unieron verdaderos Catedráticos para trasformar el Conservatorio", como dijo. Ahora le tildaba de memo en cuanto surgía la ocasión. Se veía venir la caída estrepitosa de Halffter.

Al parecer le enviaron un anónimo en el que le decían que los directores del Centro eran Sopeña y Lola, y para demostrar su autoridad negó la entrada al Centro a Lola y a sus alumnas que iban a ensayar durante las vacaciones de Navidad. Lola se puso como una fiera con el portero que le prohibía entrar, pero este dijo que tenía orden expresa del Director y que no pasaba ni D<sup>a</sup> Lola ni nadie.

Hubo un Claustro al final de las vacaciones borrascosísimo. Lola que era y es de armas tomar le llamó hasta inepto. Agobiado este por las críticas de los profesores, de sus padrinos y de sus alumnos, optó no sólo por dimitir de la Dirección sino que pidió la excedencia en su Cátedra. Así terminó aquella gestión de "renovación juvenil" que se prometían tan feliz Lola, Sopeña y Lucas Moreno. No he visto en mi vida ridículo más espantoso que el paso de Halffter por el Conservatorio.

El año 1.963 marcó para mí una de las tristezas más amargas de mi vida. El día primero de agosto falleció mi santa madre. Un traicionero cáncer de estómago que se le presentó de improviso apagó en catorce días su vida. Fueron inútiles los medios que se pusieron; la vió hasta el Doctor Pallardo quien solo dijo que haciéndole una operación horrorosa de sacarle todo el estómago podría vivir tres meses más. Todos los hijos nos opusimos a tan drástico remedio y creyendo ella que era un cólico miserere se esfumó su existencia.

Recordé con un tristísimo dolor su vida y su último afán de ir al balneario de Puente Viesgo -viaje que tenía preparado para emprenderlo el mismo día que falleció y al que iba treinta años- y que creía que la curaría. Su vida fue un ejemplo de madre. Toda la importante labor de traer al mundo, criar y educar a seis hijos fue un modelo de bien hacer que habrá encontrado en el Cielo su merecido premio. Esposa modelo, vivió siempre al margen de los problemas económicos y normales de la vida; primero por la absorción que ejerció mi padre y a su desaparición por la que llevé a cabo yo. Su alma, con lo sencilla y pueril que era, contribuyó no obstante a reconocer en su personalidad por todos los hijos esa última instancia, ese valladar para las discrepancias entre hermanos. ¡Cuántos problemas se arreglaron para que no se enterase mamá!. Y si se enteraba y le tocaba aplicar soluciones, algunas veces equivocadas, era tal el cariño y respeto que nos producía que aunque no llevase razón se la dabamos por la buena disposición de que todo lo resolvía con la mejor intención y amor.

Su muerte nos puso a los hijos por primera vez en la vida en primera fila para opinar y resolver. Ya no existía ese Tribunal Supremo que ella significaba y bien claro se vió al proceder a su testamentaría que es cuando los egoismos -más de algunos conyuges que de los propios hijos- se pusieron de manifiesto y se abrieron grandes simas en los afectos de algunos hermanos que, aunque mitigados con el tiempo, han persistido toda la

vida. Para mí la muerte de mi madre me hizo conocer por segunda vez en mi vida el verdadero dolor. Todos los días rezo al Niño del Remedio por el eterno descanso de aquel alma buena si las hubo en el mundo.

Calés Director

Otra vez se puso en marcha con la dimisión de Halffter el tinglado de intrigas y presiones en el Ministerio, pero la voz de los profesores fue ahogada porque las disposiciones vigentes concedían exclusivamente a aquel la facultad de nombrar al Director. Ante aquel confusionismo de "sopeñistas" y "bascañanistas" se optó por una solución intermedia y se nombró a Calés que figuraba entre los segundos. Yo me alegré mucho porque siempre fue muy amigo mío y estaba opuesto a las esferas de influencia de Sopeña aunque reconocía que era hombre un poco desconcertante, pues a su honestidad y capacitación evidentes se unía una inflexibilidad desorbitada para tratar los asuntos con unas ínfulas que le hacía parecer un tanto ridículo. Su verbosidad era cursi, intercalando casi constantemente términos en latín. El "in situ" no se le caía de la boca. Recuerdo que siendo yo Subdirector y él Secretario con Cubiles se acercó a un Tribunal de Solfeo que yo presidía a decirme que llamase al Ministerio. Le cedí la presidencia y mientras buscaba unos papeles en mi cartera llamó a un alumno para examinarle y como no contestó bien a sus preguntas le dijo campanudamente: "se está Vd. metiendo en el terreno de las abstracciones". El pobre chico se quedó cortado porque no entendía una palabra de lo que le decía; como se produjeran algunas risas entre el público sonó un campanillazo al tiempo que decía: ¡silencio, o mando desalojar!.

Quien mejor hizo la semblanza de Calés quizá fue Guridi: "es un chico inteligente y serio, pero un poco jaimito".

Como no pensaba ser Director tan pronto al menos, se engoló de tal manera que en opinión de García Matos -hombre inteligentísimo y de mucha gracia- hasta le habían cambiado los andares.

Calés convirtió el Despacho de Dirección en un Kremlin. Ni recibía a nadie ni se le podía ver. Puso de secretaria particular a una antigua alumna suya, Encarnita López de Arenosa, y esta hacia admirablemente

de cancerbero inflexible. Hubo profesor de Conservatorio de provincias que vino a Madrid exprofeso para verle y después de permanecer ochos días se tuvo que marchar sin conseguirlo. Está muy ocupado; no puede recibir; era el sonsonete constante de Encarnita.

Esta actitud de creerse sentado en el trono del zar Nicolás II disgustaba profundamente al profesorado así como el parte de asistencia que impuso colocándolo en coserjería y que teníamos que firmar los Catedráticos y Profesores como si fuésemos obreros de una fábrica, y si alguno no firmaba recibía al otro día un comunicado, siempre por escrito, pidiendo se le explicase el porqué. También se le ocurrió colocar en los Claustros un magnetófono para que quedasen grabadas las palabras de los ruegos y preguntas de los profesores. Esto cohartaba las intervenciones y los Claustros se convirtieron en un inacabable monólogo a su cargo.

A mí, es preciso declararlo, se me trató en aquel régimen cuartero con la mayor consideración tanto por parte de él como de Encarnita. Si iba raramente a su despacho no daba en la puerta de secretaría ese previo toquecito con los nudillos que también había impuesto; preguntaba a aquella si estaba el Sr. Calés y si me lo afirmaba entraba en el despacho decididamente sin escuchar los pretextos de Encarnita de que no podía recibirme y jamás me puso mala cara y siempre me recibió con grandes muestras de afecto; sabía muy bien que yo era duro de pelar.

Como era natural este sistema autoritario de gobernar producía un efecto lamentable unido a que el salón de Actos estaba cerrado a cal y canto; no se celebraba ningún concierto, conferencia ni nada, que también era misión primordial del Conservatorio.

Quiso organizar un cursillo de Violín a cargo de Enrique Iniesta, Catedrático que fue de esta enseñanza pero que abandonó el cargo hacía mu-

chos años para marcharse a América donde se casó nuevamente aunque ya lo estaba en España. Iniesta era un gran violinista pero no tan superior a Sedano y a Antón como para encomendarle aquel cursillo para perfeccionar a los alumnos de estos. Como notó el malestar que esto causaba llevó el asunto al Consejo de Dirección -pues mantenía el invento de Halffter- y en él presentó un escrito Sedano como decano de la enseñanza por el que se oponía resueltamente en nombre de los compañeros al proyecto. Apoyamos este escrito todos los componentes pero le encoraginó esto de tal manera que dijo que él era el Director y allí se hacía lo que ordenaba. Entonces ¿para que sirve el Consejo y para que lo ha citado Vd.? le preguntó Sedano, pero respondió campanudamente que el parecer del Consejo no era vinculante para sus decisiones. Desde entonces dejamos de asistir a las reuniones de aquel.

Pero fueron Sedano, Antón y Angelina Velasco, los tres Catedráticos de Violín a visitar al Director General y éste echó abajo el proyecto del cursillo. como era increíble la capacidad de Calés para encajar golpes se quedó tan fresco. Esto le ocurría cuando recibía algún varapalo del Ministerio, pero en aquella ocasión hubo que oír los comentarios de Lola y las guasas de los profesores al saber que no se llevaba a cabo algo que él públicamente aseguró.

Cuando causó baja Halffter en la Cátedra reunió a la Comisión de Composición para, según decía la convocatoria, hallar una solución a tal problema. La componíamos los Catedráticos de Armonía, Folklore e Historia de la Música junto con él que, además de Director, lo era de Contrapunto y Fuga. Nada más abrir la sesión nos dijo que había dispuesto que él mismo se encargaría con Gombau de la Cátedra de Composición hasta que hubiese oposiciones. Para tomar esta solución sobraba la reunión ya que no hubo el menor cambio de impresiones. Dijimos todos amén y se acabó la reunión.

Por cierto que al convocarse las oposiciones se presentó Gombau y se retiró en el ejercicio de la Fuga. Este tropiezo le obligó por dignidad a renunciar a lo que venía haciendo con Calés en la Cátedra y quedó aquel solo en ella.

En el turno de ruegos y preguntas de un Claustro se le ocurrió a Lola plantear algo muy razonable: convertir la enseñanza de Canto en un departamento que abarcase todos los conocimientos que debe poseer un cantante para salir formado del Conservatorio, tal como contratar partiquinos para montar partes concertantes de ópera, dirección de escena, declamación lírica, otorrinolaringología para reconocer a los alumnos, etc;. Expuso el plan detalladamente con la aquiescencia de todos, pero tomó la palabra Calés y dijo que se oponía resueltamente al proyecto diciendo que para él era la clase de Lola como la de Flauta y otra cualquiera. Pero ¿no vale la pena estudiarlo siquiera? añadió aquella; no, contestó Calés, añadiendo que quedaba deshechado y que había terminado el debate. Arremetió Lola ferrozmente contra él y no había medio de que se calmase; en medio de sus voces se oyó decir a Calés: "que se calle la Srta. Catedrática" pero esta replicó "no me da la gana". No se atrevió a incoar el expediente que estas palabras exigía y se contentó con levantar la sesión.

Es cierto que Calés no obraba transgrediendo ninguna norma legal. El Reglamento dictado por Decreto 2618/1966, atribuía al Director, en sus artículos 32, 33, 34 y 35 poderes omnímodos. Este gobierna el Centro, a propuesta suya se nombran, o destituyen los miembros de la Junta de Gobierno y el Claustro es solo órgano de consulta y asesoramiento. Lo que no resultaba muy correcto era llevar estas atribuciones hasta el extremo de ahogar cualquier iniciativa del profesorado tan brusca y dictatorialmente; al fin y al cabo el Director era un Catedrático más y aunque "siempre se atenía a sus prerrogativas y facultades", como decía, se podía llevar a cabo esto de una manera más considerada, flexible y sobre todo más elegán-



te para con sus compañeros. Así al menos se leía entre líneas en la disposición mencionada y así lo haría cualquier persona bien educada y con un sentido de la ecuanimidad. Pero él seguía la táctica del Conde Duque de Olivares, como lo describe Marañón en su libro "La pasión por mandar".

Se dictó por entonces una disposición que obligaba a nombrar al Director por período de tres años mediante votación secreta de los profesores numerarios e interinos reunidos en Claustro. Se fijó la fecha de la elección y diríamos que comenzó "la campaña electoral". Mis amigos ¡hasta Sopeña y Lola! se las prometían muy felices pero no conocían bien a Calés. Mientras yo estaba tranquilo en mi casa desentendido de los apasionamientos de aquellos días, Calés desató una campaña de maniobras que fue desde ofrecer a los ocho Profesores Especiales de Instrumentos de Viento hacerlos Catedráticos -cosa totalmente imposible- hasta sobornar a los Auxiliares de Armonía organizándoles unas conferencias por las que les dió mil pesetas a cada uno. También abundaron las amenazas sobre todo a los profesores Auxiliares.

Como los hombres somos egoistas unos se dejaron comprar por un plato de lentejas, otros recordando sin duda el refrán de "que más vale lo malo conocido ..." y otros por intimidación, dió la votación a Calés treinta y cinco votos y a mí veintinueve. Hubo otros cuatro o cinco nulos o en blanco. Esta victoria pírrica de Calés le preocupó grandemente pues todos sabíamos lo que había ocurrido tan descaradamente. Gombau y otros muchos que le votaron le aconsejaron que dimitiese, que había perdido moralmente la votación, pues estaba expuesto a la destitución, pero como él disfrute del poder deber ser muy grato, se atuvo a las cifras exactas y continuó aunque sabía que casi todos los Catedráticos votaron en contra y que debía el triunfo a aquellas componendas e inmoralidades que efectuó antes de la votación y que todo el mundo conocía.

Yo pedí la palabra al final de aquel Claustro para felicitarle y a los veintinueve valientes profesores que "desoyendo las amenazas y coacciones habían tenido el valor de votarme". Me dió las gracias y me felicitó a su vez, pero su cara estaba desencajada.

Este resultado de la votación le colocó en posición desairada -el creía ingenuamente que alcanzaría cincuenta y cinco votos- y aunque las cosas siguieron igual ya no era lo mismo. Se encontraba moralmente desasistido.

Lola con sus muchas influencias presionaba en el Ministerio para llevar adelante su proyecto de convertir su clase en Departamento de Canto dentro del Conservatorio. Habló con el Ministro y le dijo que no se podía realizar mientras estuviese ese "imbécil de Calés" en la Dirección y que había que destituirle porque de otro modo hablaría con el Generalísimo y le propondría la creación de una Escuela Superior de Canto independiente.

Se trató de reunir el Consejo de Dirección sin la autorización de Calés pero todos los miembros recibimos un oficio de este redactado en términos desconsiderados y amenazando con incoarnos expediente por desacato a su autoridad. Fuimos a su despacho y no nos quiso recibir; pero la cuestión tomó tal alcance, estaban los ánimos tan exaltados que no tuvo más remedio que convocar un Claustro extraordinario monográfico en el que por parte de todos los componentes se me confió el que hablara en nombre del Consejo.

Y esta quizá fue la puntilla para Calés, hablé, según cronometración de Navarrete, tres cuartos de hora en medio de un silencio sepulcral; no se oía ni toser. Solo de vez en cuando me interrumpía Calés, yo me callaba y después continuaba. Fue uno de los mejores discursos que he pronunciado en mi vida. Después de desarrollar una tesis sobre las atribucio-

nes del Director en la que comparé este cargo con el de emperador de Alemania, cuya constitución disponía que el emperador sería el "primero entre iguales", refiriéndose a los príncipes federales, les demostré documentalmente su evolución en el trato de los profesores pasando desde la amabilidad de los primeros momentos de su actuación a los términos intolerables en que se había mostrado en el último oficio recibido.

Recuerdo que dije que si Lola Rodríguez Aragón llevaba a cabo su proyecto de crear una Escuela Superior de Canto, cosa que creía muy posible, que sería un gravísimo perjuicio para el Conservatorio y que el sería el único responsable por negarse a negociar y crear el Departamento de Canto que Lola proponía y que estimábamos casi todos necesario y posible. Que con el Reglamento en la mano, interpretado tan unilateralmente como él lo hacía podía oponerse a todo por muy constructivo que fuese, pero que no era lógico ni conveniente aplicarlo con el autocratismo que entendía. Que meditase bien pues unido este estado del Centro al desengaño de los profesores de instrumentos de Viento al sorprender su buena voluntad y verse frustrados y engañados por su mendaz ofrecimiento con fines electorales de convertirlos de la noche a la mañana en Catedráticos cosa que sabía él mejor que nadie que era imposible, podía presentarse un voto de censura con enorme posibilidades de triunfo que aunque tratase de impedirlo sería muy desagradable para el Ministerio saber que el Director que estaba imponiendo no contaba con el beneplácito del profesorado. Yo no pienso presentarlo dije, porque sigo considerando al Sr. Calés como un buen amigo; solo le ruego con todo afecto que reflexione sobre su comportamiento y sobre el daño inmenso que estaba haciendo al Centro y el que aún podía hacer. Si por esta intervención, terminé, me incoa el Sr. Director expediente administrativo lo admitiría con la misma serenidad con que aceptó la muerte aquel capitán de Napoleón después de ganar una batalla desobedeciendo las órdenes del emperador. Un atronador aplauso acogió mis últimas palabras que ni trató Calés de acallar con la campanilla.

Blanco y desencajado no contestó a mis argumentos ya que es hombre que no se retracta nunca, pero aquella intervención mía -que sintetizo para no alargar este relato- abrió un profundo surco en la sensibilidad de todo el profesorado.

Pasaron unos pocos meses -estábamos en mayo de 1.970- durante los cuales apareció un Decreto en el Boletín Oficial creando la Escuela Superior de Canto independiente del Conservatorio. El daño estaba consumado.

Lola removi6 todo lo removible con su proyecto; vi6 hasta a la Princesa Sofia, gran aficionada a la música y convenció primero a Florentino Pérez Embid y a Falc6n, Director y Subdirector de Bellas Artes, respectivamente, y luego al Ministro Villar Palasí. A este le dijo claramente que tuvo que tomar esa determinación vista la tozudez e inflexibilidad del Director del Conservatorio. No sé como se las arregló pero triunfó en toda la línea. A mí llegó a decirme: "si tu hubieses sido Director en vez de el mamarracho de Calés, no se hubiese creado la Escuela de Canto.

Se inauguró el curso a mediados de octubre sin ninguna ceremonia y la actitud del profesorado era de una calma tensa. No hubo reunión del Claustro ni a Calés, encerrado en su despacho como siempre, se le vió por parte alguna. Parecía que huía de hablar con la gente.

El día diez de diciembre de aquel año me mandó llamar Falc6n. Yo creía que quería hablarme, como lo había hecho otras veces, de algo relacionado con mi cargo de Delegado del Ministerio en el Conservatorio de La Coruña para el que había sido nombrado el doce de septiembre de 1.967, con la gratificación de cien mil pesetas anuales y que me obligaba a desplazarme a aquella capital cada dos meses por lo menos.

Pero no fue así; la conversación fue un tanto extraña; me dijo que me encontraba muy joven y suponía que con gana de trabajar. Le conté que sí, que gracias a Dios me hallaba muy bien y siempre con afán de laborar en pro de los Conservatorios como lo estaba haciendo con el de La Coruña. Me preguntó como distraídamente qué opinaba del de Madrid. Le dije que yo no tenía queja personal de ninguna clase aunque me parecía que el régimen que se llevaba era un poco cuartelero, pero que reconocía la personalidad de Calés como Catedrático y que aunque habíamos tenido algunas diferencias, siempre de carácter profesional, éramos buenos amigos.

Bueno, pues me alegro, terminó. Se puso en pié y nos despedimos con el mayor afecto.

Yo me quedé un poco intrigado con aquella entrevista tan rara. Lo comenté con Mími; le dije que me había extrañado el que a fin de cuentas no me llamase para nada concreto, pero como los políticos son para mí unos entes incomprensibles, se me olvidó aquello fácilmente. Bah, dije, cosas de Falcón.

Pero el día veintiocho de diciembre a las nueve y media de la mañana me llamaron a casa la secretaria particular del Ministro diciéndome que este quería hablar conmigo aquel mismo día a las doce. Esta llamada no sé porqué la relacioné con la sosa entrevista con Falcón. No cabía duda que era importante lo que el Ministro me quería decir y que tal vez había sonado un momento solemne en mi vida. Pero también pensé socarronamente ¿no será una inocentada dado el día que era?.

Me presenté en su despacho en el que estaban reunidos con el Ministro el Subsecretario, Pérez Embid y Falcón. Me invitó aquel a sentarme y me dijo con la mayor sencillez: le he llamado para decirle que ha sido Vd. nombrado Director del Conservatorio. Me quedé perplejo; pedí tímida-

mente algún tiempo para pensarlo pero agregó rápidamente el Ministro: no tiene Vd. nada que pensar puesto que el nombramiento ya está firmado. Lo hemos hecho, recalcó, porque sabemos que Vd. es la personalidad que necesita el Ministerio para dirigir y reorganizar ese importante Centro. Así es que enhorabuena. Y así terminó aquella histórica entrevista que me convirtió en Director del primer Conservatorio de España.



MINISTERIO  
DE  
EDUCACION Y CIENCIA  
DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES

Con esta fecca el Ilmo. Sr. Subsecretario del Departamento por delegación del Excmo. Sr. Ministro, ha resuelto lo siguiente:

" Ilmo. Sr.:

En uso de las atribuciones conferidas por el artículo 14 de la Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado, el artículo 32 de la Reglamentación General de los Conservatorios de Música, de 10 de septiembre de 1966 y los concordantes de la Ley General de Educación de 4 de agosto de 1970.

ESTE MINISTERIO ha resuelto nombrar Director del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid a D. JOSE MORENO BASCUÑANA, Catedrático numerario de dicho Centro "

Lo que traslado a V.S. para su conocimiento y efectos  
Dios guarde a V.S. muchos años  
Madrid 28 de diciembre de 1970

EL JEFE DE LA SECCION

*J. J. C. Cortés*

Sr. D. José Morono Bascuñana.

Nombramiento de Director.

# Moreno Bascuñana, nuevo director del Conservatorio Superior de Música de Madrid

*El profesor don José Moreno Bascuñana ha sido nombrado nuevo director del Conservatorio Superior de Música de Madrid.*

*Don José Moreno Bascuñana nació en Madrid en 1909. Cursa sus estudios musicales en el Real Conservatorio con los maestros Parra, Conrado del Campo, Espla y Cubiles.*

*Obtiene primeros premios en las enseñanzas de Armonía y Composición. En 1939 es nombrado profesor de Solfeo del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y en 1944 obtiene con el número uno una cátedra de Armonía en dicho centro. Ha sido dos veces subdirector del mismo en 1953 y 1964.*

*En 1959 se le otorga el Premio María, del Centro Gallego de Madrid, por su obra "Sinfonía rural", y una ayuda de la Fundación March para la composición del tríptico "San Francisco de Borja".*

*Es autor de numerosas obras para orquesta, teatro, de cámara y corales, estranadas algunas por la Orquesta Nacional—en su concierto de presentación—, Orquesta Sinfónica, Banda Municipal de Madrid, etcétera.*

*Está en posesión de la Encomienda de Alfonso X el Sabio.*



## CUARTA PARTE

### MI EVEREST

Con este nombramiento se habían satisfecho todas las aspiraciones y ambiciones de mi vida. Me sentaba en el sillón que habían ocupado Piermarini, Carnicer, Eslava, Monasterio, Arrieta, Bretón, el Padre Otaño y muchas más personalidades durante los ciento cuarenta años de existencia del Real Conservatorio Superior de Música; primero de España y uno de los principales del mundo. Mi nombre se incorporaba así a perpetuidad a la Historia del Centro y de la Música patria ya que, además, mi permanencia en el cargo, por sucesivas reelecciones, tuvo una duración raramente superada: ocho años, dos meses y once días, cesando por imperio de la ley al cumplir la edad reglamentaria el ocho de marzo de 1.979.

Pasé unos días sin encajar tan magno acontecimiento creyendo que era un sueño aquel grandioso colofón de mi carrera. En el transcurso de los tres o cuatro días que mediaron entre el nombramiento y la solemne ceremonia de darme posesión el Director General de Bellas Artes, tuve tiempo para hacer hondas reflexiones y añoranzas de mis sueños de juventud tan llenos de triunfo que de pronto como un tremendo alúd que se desprende desde lo alto de una montaña o como el último cañonazo del fin de una cuenta guerra, se convertía en realidad y en el acontecimiento más transcendente de mi vida profesional.

Repasé minuciosamente aquellos sueños locos a lo largo de mis estudios. Recordé emocionadamente mi primera entrada en el Conservatorio de la mano de Nemesio -el portero de barba blanca- y del susto que me producía ver a tantas insignes personalidades que formaban su Claustro; en la decisión que tomé al oír por primera vez en el Teatro Real el "Lohengrin", de Wagner, decisión que se convertiría en irrevocable al escuchar posteriormente la sinfonía "Heróica" de Beethoven allá por el año 1.925, cuando sólo contaba dieciseis; mis vigiliias de miles de noches trabajando con la mayor fe ante mi mesita del lóbrego cuarto de la calle de Chinchilla; mis estudios con García de la Parra; mi descubrimiento de lo que necesitaba de complemento de mi vocación al conocer al maestro Conrado del Campo que con su sapiencia supo modelar aquella materia que latía dentro de mí de un modo bastante confuso e inconcreto. Rememoré asimismo el terrible handicap contra el que tuve que luchar por mi escasa formación cultural en mis principios y el coraje con que afronté y vencí tan magno obstáculo a fuerza de sacrificio y de interminables veladas de estudio; las enormes dificultades que se oponían en mi carrera por la situación de mi familia al terminar la guerra y que hubiesen desmoralizado a cualquiera y de las que también triunfé gracias a mi voluntad de hierro con que afronté la vida, guiada aquella por mi seguridad inquebrantable que siempre me acompañó de llegar muy lejos. Pensé en las crisis que me asaltaron cuando aprendía el oficio de sastre en aquel tugurio -material y espiritualmente- de la calle de Lope de Vega tan parecido su ambiente brutal y miserable al de la casa de la calle Mira el Río que tan diestramente describe Galdós en "Fortunata y Jacinta". Pensé en los años que siguieron a aquella época, en mi trabajo en la sastrería, tan repletos de vulgaridad y tan proclives a anular toda fantasía y que logré que no encanallasen mi sensibilidad. Pensé en el deseo ferviente de mi padre de verme profesor auxiliar del Conservatorio, de su envidia al de Cubiles. Recordé, en fin, tantas y tantas acechanzas que me salieron al paso a lo largo de mi vida para impedir que alcanzase el puesto para el que había sido nombrado, suprema meta de todo músico español.

Todos estos hechos y sensaciones de mi existencia agitada desfilaron en mi memoria como cinta cinematográfica de rancio celuloide en aquellos primeros días en que me costaba trabajo aún convencerme de la realidad. Pero esta era cierta. Ya no entré el día veintinueve de diciembre -siguiente al del nombramiento- en el Real Conservatorio de la mano de nadie como el niño de ocho años temeroso y desorientado de antaño. Ahora entré con paso firme por la puerta grande a ocupar nada menos que su Dirección, como héroe que supo triunfar de sí mismo y de las enormes dificultades que tuvo que vencer a lo largo de su vida. ¿Qué hados ocultos y misteriosos rodean a algunos hombres para llegar a alcanzar el triunfo que obsesivamente desearon desde niños?. Porque la verdad, cuando era muy joven y soñaba, no existía ninguna razón objetiva que avalara seriamente aquella seguridad de triunfo porque nadie estaba peor preparado que yo para aspirar a semejante triunfo. Era un alumno de Conservatorio un poco sobresaliente pero ¡había tantos en idénticas condiciones! y en el terreno cultural, por aquellos años juveniles, estaba poco menos que a cero.

No había estudiado bachillerato ni por supuesto ninguna carrera universitaria. Es cierto que acudía como oyente -mejor dicho, me colaba, como maletilla que huye de su casa empujado por irresistible vocación- en algún aula de la Facultad de Filosofía y Letras particularmente en las de Literatura, Historia y Románicas, donde oía con suma atención las explicaciones de los catedráticos que luego con ayuda de mis libros lograba desentrañar las dudas que me quedaban, pero este procedimiento no era el idóneo para conseguir una formación seria. El inmenso bache lo tuve que salvar con mis interminables lecturas y con mis conversaciones con amigos eminentes como Puig Adam, González Palencia, Conrado del Campo, Emilio Vega, etc.

Sin embargo, y a pesar de la indigencia de los medios en que se produjo mi formación casi autodidacta y entre las dificultades que encon-

traba a cada paso la fe no me abandonó jamás; una fe ilógica, casi irracional; veía siempre algo así como ese dedo rígido e imperativo que indica la salida en pasillos de edificación complicada, que me señalaba ciega e inexorablemente la Providencia el futuro, el triunfo. Estoy convencido que la fe, ayudada por estímulos que engendran los severísimos estudios y reflexiones que uno se imponga, mueve montañas. Es como una materia amorfa que une los complejos deseos de la voluntad. Es el "ayúdate y te ayudaré", evangélico.

El cargo de Director del Conservatorio de Madrid reviste excepcional importancia. Es el potente faro que ilumina e irradia su influencia en el contexto de la enseñanza y en el panorama musical de España, además de ejercer una altísima influencia en el ambiente cultural. Su radio de acción influye poderosamente en los casi noventa Centros similares esparcidos por toda la geografía española por lo que con respecto a ellos se asemeja a la autoridad que ejerce sobre la Universidad el Rector magnífico de la de Madrid. En cuanto a su representación cultural y social es de altos vuelos; tiene que mantener relación íntima con los Agregados Culturales de todas las Embajadas y aún con los propios Embajadores. Es vocal nato de cuantos concursos musicales tanto del Estado, Municipio o simplemente particulares se organizan. Es en fin, un cargo altamente representativo y diríamos que hasta de una gran popularidad. Ignora el público el nombre de los Decanos de Facultad pero el de Director del Conservatorio lo sabe todo el mundo. Tiene tratamiento.

Como he dicho, el veintinueve de diciembre cuando visité el Centro nada se sabía de mi nombramiento. Encontré a algunos profesores con los que no comenté nada. Recuerdo que un portero, creyendo que iba a ver a Calés me dijo: si viene a ver al Sr. Director no está; pensé, ¡si tu supieras quien es el Sr. Director!. Fui porque tuve la tonta curiosidad de contemplar el Conservatorio desde una nueva perspectiva; como se contempla

algo importante que aún conociéndolo ya ha pasado a propiedad de uno. Todo aquel profesorado y personal subalterno que ví, aunque no lo sabían, ya estaban a mis ordenes.

El día tres de enero de 1.971 se efectuó la toma de posesión, que resultó muy solemne. Aunque estábamos en vacaciones de Navidad, se avisó telefónicamente al profesorado y a varios Jefes del Ministerio. No faltó ni uno de aquellos que comentaban un poco sorprendidos el discurrir de los acontecimientos y la destitución de Calés. Es infrecuente que ocurra esto pues desde Fernández Bordas, destituido para nombrar al Padre Otaño, no se había dado otro caso.

Estaba todo el mundo invadiendo el despacho de Dirección y sus aledaños donde iba a tener lugar el acto cuando entramos el Director General y yo y sonó una calurosa ovación. Dió orden aquel al Secretario del Centro, que era López Gimeno, forofó calesista, para que leyese los Decretos de cese y nombramiento que habían aparecido en el Boletín Oficial aquel mismo día. Luego tomó la palabra y haciendo esos equilibros a que tan proclives son los políticos, dijo que el Gobierno estimaba aquella sustitución en aras de los altos intereses del Conservatorio y de la Música en España. Dedicó unos descoloridos elogios a Calés e hizo de mí una cálida semblanza, subrayando, para que no cupiesen dudas que contaba con la máxima confianza por parte del Ministerio y del Gobierno. "Tenemos toda la fe puesta en el Sr. Moreno Bascuñana y la seguridad de como hombre de Conservatorio que es, elevará este Centro a la categoría y dignidad que merecen. Pido a todos Vds. que le presten la colaboración más decidida para no dar lugar a que él se la pueda exigir. En nombre del Excelentísimo Sr. Ministro de Educación y Ciencia -terminó- doy posesión del cargo de Director del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid al Ilustrísimo Sr. D. José Moreno Bascuñana".

Calés tenía la cara verde y unas ojeras profundísimas. Dijo en sus obligadas palabras que aceptaba con disciplina la decisión tomada por el Ministerio; que dejaba el cargo con la conciencia tranquila y que deseaba al Sr. Moreno Bascuñana -no a su buen amigo como cabía esperar- el mayor éxito en su gestión. Se le notaba el profundísimo disgusto que tenía; claro que la situación no era para menos; nunca es agradable que le destituyan a uno; además en esta ocasión no faltó la anécdota, pues por un lapsus del Ministerio Calés recibió mi nombramiento y yo su cese, así que la sorpresa debió ser morrocotuda ;como para felicitarle el Año Nuevo!. Yo agradecí al Ministerio la confianza que se ponía en mí y el alto honor que significaba el nombramiento. Recuerdo que dije que las dos visitas más emocionantes al Centro fueron cuando entré la primera vez de niño a estudiar Solfeo y esta para tomar posesión de su Dirección, ambas en este mismo local. Añadí que la puerta de mi despacho estaría siempre abierta a los señores profesores y que en el inmediato Claustro que pensaba convocar desarrollaríamos el programa y los proyectos que estaba madurando para llevar a cabo mi gestión. Terminó el acto con unos aplausos que se me dedicaron y dando la mano a cada uno de los asistentes y al Director General un fuerte abrazo. Ya era con todas las de la ley Director del Conservatorio.

Mi nombramiento conmovió a Mími y a toda la familia. Recibí cientos de cartas y telegramas de grandes personalidades, compañeros y hasta de amigos de mi niñez, pues como la Prensa, Radio y Televisión difundió ampliamente la noticia, ésta se esparció de forma que toda España se enteró. Fueron particularmente emocionantes las felicitaciones de mi viejo maestro Oscar Esplá, del Director del Conservatorio de Barcelona Eduardo Zamacois y de la Vda. de Puig Adam. No me cambiaron los andares -como decía Matos de Calés- pero no pude evitar una sensación de orgullo de mi mismo que mi innata sencillez no tardó en refrenar. Visité la sepultura de mis padres, pues aunque sabía que por razones obvias no les hubiese sido posible contemplar el triunfo espectacular de su hijo, tuve gusto en efec-

tuar aquella visita para "informarles" que delante de ellos estaba en calidad de Director del Conservatorio aquel niño que tanto quisieron y que apenas sin saber leer ya copiaba partituras musicales que ellos premiaban con besos que tanto necesita el hombre en todas las edades de su vida y que ¡ay! cesaron para no volver jamás...

A los tres o cuatro días de la toma de posesión me visitó López Gimeno para presentarme la dimisión como Secretario, argumentando "que como tendría pensado el nuevo equipo con el que pensaba gobernar, debía dimitir". Le contesté que estaba equivocado, que "mi equipo" como decía era el Claustro en pleno, desde el Catedrático más antiguo al Profesor auxiliar más moderno, que como él era un miembro de aquel no veía motivo para dimitir y que por ello le rogaba que continuara. Se quedó sorprendido ante mi respuesta; dijo que lo pensaría y al día siguiente me daría la respuesta definitiva. Ante mi amabilidad debió creer que me era indispensable.

En efecto, al otro día volvió a presentarse diciéndome que persistía en su determinación y que dimitía, entregándome una carta para constancia oficial. Yo le respondí de distinta manera que el día anterior; le dije que igual que le había rogado que continuase le decía ahora que como los cementerios estaban llenos de hombres indispensables, se cubriría rápidamente su cargo.

Igualmente dimitió el suyo de Jefe de Estudios, Manuel Carra, pero este lo hizo en forma correctísima y con argumentos convincentes.

Haciendo uso de mis facultades propuse al Ministerio nombrar como Secretario a Fernando Puchol, Catedrático de Piano joven e inteligente, al que solo conocía por alguna intervención en Claustro que me había producido muy buena impresión; Jefe de Estudios a Enrique García Asensio, prestigioso director de orquesta y gran maestro. Sobre el Vicesecretario, que no

recuerdo si estaba cubierto, indiqué a Puchol que me propusiese un profesor de su confianza para evitar posibles fricciones entre ambos y demostrar de paso que no necesitaba nadie de mi confianza que supervisase su gestión. Fue designado Guillermo González, profesor de Piano recién ingresado al cual ni conocía. El mismo día de mi propuesta fueron nombrados los tres por el Ministerio. Continuaron en sus puestos de Subdirector, Tesorero y Tutor de Becarios, José Carlos Rodríguez Sedano, Javier Alfonso y José Ferrándiz, respectivamente.

Con esta ecuanimidad comencé mi gestión. A muchos sorprendió que los nuevos nombramientos recayesen en personas que apenas conocía. Como en las crisis políticas circulaban por el Centro varias candidaturas siempre integradas por entrañables amigos que todo el mundo conocía, pero todos los pronósticos fracasaron; obré así por tres motivos: primero, porque no quería a mi lado personas que supusiesen que tenía que estar obligado con ellas por apoyar mi nombramiento ya que esto suele mediatizar las decisiones y yo tenía la de asumir plenamente la responsabilidad del cargo tanto como la iniciativa; segundo, porque quería demostrar que no tenía equipo prefabricado, como suponía López Gimeno, y estaba dispuesto a ser el Director de todos sin excepción y, tercero, porque como estaba dispuesto a que absolutamente todos los asuntos pasasen por mi mano antes de decidir nada, lo mismo me daba un profesor que otro. Me tenía sin cuidado que el Tesorero, por ejemplo, fuese un ratero, pues sin mi firma no se iba a hacer nada ...

En la reunión de la nueva Junta que se celebró antes del primer Claustro les hice saber que lo único que pedía y casi exigía a todos era lealtad ya que "no soy hombre que me tiemble la mano al tomar determinaciones por drásticas que sean"; que esto lo advertía sobre todo a los que apenas me conocían; que todos los miembros de la Junta como el Habilitado Lastres contaban con toda mi confianza a lo que estaba seguro que sabrían



corresponder. También les advertí que tenían libertad para proceder y decidir en lo relacionado con sus cargos, pero que debía estar constantemente informado de todo lo que se hiciese. Nombré también a mi hija Menchu Jefe de mi secretaría particular.

En cuanto a que Sedano siguiese de Subdirector tiene una historia tan pintoresca como él mismo lo era. Había sido en su juventud un excelente violinista y a la sazón era el Catedrático más antiguo y quizá el más tonto también. Unos ocho meses antes de mi nombramiento me visitó un domingo en mi casa con su mujer para contarme pestes de Calés, llegando a decir que estaba dispuesto a gastarse cincuenta mil pesetas en propaganda para que en las próximas elecciones fuese yo nombrado Director, ya que era la persona con más categoría que había en el Centro. Pusieron el matrimonio a Calés verde, le llamaron maleducado, dictador, cursi, engreido, hue-ro, etc. etc. Yo que estaba con Mími les dije muy políticamente que exageraban algo y que la verdad no veía la forma de montar una propaganda a la que pensaban dedicar el dinero que decían. Que les agradecía mucho su adhesión a mi persona y el juicio que les merecía pero -lo que siempre decía- si estaba de Dios que fuese Director lo sería de todas maneras aún a costa de las maniobras que había hecho Calés en la reciente votación que moralmente perdió. A los dos días de esto se jubiló Lucas Moreno a quien Calés nombró Subdirector cuando accedió al cargo y quedó este vacante.

Justo al domingo siguiente en que tan arduosamente vituperaron a Calés y me ensalzaron tanto, se presentó nuevamente en mi casa el matrimonio Sedano. La decoración había cambiado de cabo a rabo. Muy torpemente me explicaron que el día antes le había ofrecido Calés la Subdirección, añadiendo su mujer que estaba dispuesto a aceptar "dijese yo lo que dijese". Pero ¿si yo no digo nada?, contesté. Lo único que teneis que hacer ahora es ver la manera de colocar las cincuenta mil pesetas que os pensabais gastar en propaganda y guardar en la caja fuerte los graves insultos que

le dedicasteis hace una semana, añadí sonriente y socarronamente. Se quedaron volados ;era tan considerable la metamorfosis producida desde su visita anterior!. Sedano quiso justificarse: me confesó que le tenía mucho miedo a Calés y que ésta coyuntura le haría vivir tranquilo los tres años que le quedaban para jubilarse. Su mujer estaba contentísima ;ser la segunda dama del Conservatorio!. Cuando se marcharon Mími y yo hicimos solo este comentario ;vaya par de cerdos!.

Al otro día de mi toma de posesión volvieron a ir a casa muy contentos a felicitarme efusivamente y a poner a mi disposición su cargo. Yo quedé elegantísimo: le dije que si no fuese Subdirector le propondría. El tontorrón de Sedano no vislumbró mi pensamiento interno: que mi Subdirector sería el hombre más memo del Claustro para evitarme mediatizaciones en mi actuación. Y como el más memo era él ....

Y llegó el día del primer Claustro. Había tan enorme expectación por escuchar mis palabras que mientras leyó Puchol el Acta de la sesión anterior en la que figuraba incorporado a ella un larguísimo escrito que leyó en Sevilla Calés, se puso de manifiesto la impaciencia de los profesores. Sopeña interrumpió la lectura para decir que ese largo escrito ya se conocía; yo le contesté que al haber sido incorporado al Acta por acuerdo del Claustro anterior había que leerlo entero. Miré a Calés y noté su satisfacción por escuchar aquel pesado alegato que era como el canto del cisne de su pasada gestión.

Como todo llega y todo pasa, como dijo Santá Teresa, llegó a su fin aquella estoposa disertación. Se oyó en la sala como un suspiro de alivio y tomé la palabra para enfrentarme al primero de las decenas de "miuras" que tuve que lidiar a lo largo de casi nueve años que ocupé la Dirección.

Copio del Acta suprimiendo algunos párrafos: "En este primer contacto oficial con el Claustro quiero reiterar lo que ya he dicho a aquellos profesores que en estos días me han hecho el honor de visitarme en mi despacho; que mi decisión irrevocable es que el equipo en mi gestión de Director lo constituirá el Claustro en pleno. Y esto no es una frase; es una convicción que siempre me ha acompañado a lo largo de mi labor en esta Casa desde los puestos directivos que he desempeñado y que ahora y por primera vez uniendo a la responsabilidad plena, la iniciativa que corresponde a mi cargo, he de llevar a la práctica en la extensión que lo permita vuestra colaboración. Porque sin la colaboración que solicito de todos, aquel principio de contar con todos no tendría sentido".

"Creo que todos ustedes me conocen y saben perfectamente que no traigo a este cargo apetencias materiales que, gracias a Dios, no necesito, ni vanidades que no cuadran con mi formación humana, ni mucho menos aspiraciones políticas. Vengo sencillamente a desempeñar la Dirección de este glorioso Real Conservatorio como un servicio más de mi vida a la causa de la Música y su enseñanza. Siendo esto así, ha de presidir mi gestión la mayor ilusión, objetividad y serenidad y también la mayor consideración hacia ustedes en un afán de aspirar a ser justo, esperando y, más que esperando, estando seguro que todos ustedes me van a corresponder en la misma medida".

"La obra a realizar es inmensa, pero es de todos; y si en ella van a quedar implicadas las ilusiones y sacrificios de los más, también quiero advertir lealmente pero con toda firmeza a los menos -si los hubiese- que no he de tolerar que la obra pueda malograrse".

"Quiero seguir en principio para la consecución de esta obra los cauces abiertos por las personalidades que me precedieron en el cargo aunque impregnándolas de mi ilusión y de mis puntos de vista personales.

Quiero que esa ilusión tenaz y heroica, como hija de una vocación que acompaña a todo artista en su difícil y hasta dolorosa formación, me acompañe, sin desmayo, en mi labor. Pero quiero que también me acompañe esa otra virtud del artista: su descontento con lo hecho, su afán de superación".

"Como hombre muy reflexivo que soy, incapaz de decidirme por nada que no esté muy madurado ya que después de resuelto a una decisión ni vuelvo la vista atrás ni me intimidan sus consecuencias, no os puedo traer hoy un programa concreto sobre lo que va a ser mi actuación. Aunque los proyectos son muchos y algunos no nuevos -porque son los de toda mi vida- ahora pueden tener cristalización. Solo quiero por tanto exponer las tres áreas sobre las que giraran aquellos y toda mi labor: el alumnado, el profesorado y el enaltecimiento de la Música".

"El alumno, razón de nuestra existencia como Corporación, será nuestra primera y mayor preocupación. Hemos de desvivirnos por formar a esta ilusionada juventud que se nos ha confiado entre la que se encuentran los compositores, concertistas, profesores de orquesta, cantantes, directores de orquesta y profesores de Conservatorio que han de continuar al salir de estas aulas la gloriosa historia musical de España".

"Este interés nuestro estará basado en la exigencia al alumno en cuanto a aplicación, conducta y respeto. Pero esta exigencia para con su conducta no deberá menoscabar sus derechos de asociación y de opinión reconocidas por la ley a los estudiantes de otras disciplinas, siempre que se produzcan dentro de la mayor legalidad. De esta postura mía de apertura ruego a todos ustedes que en sus clases vayan propagando este clima".

"La atención al profesorado ha de constituir otra de mis grandes preocupaciones. Sé muy bien al haz de personalidades que se cobija en este

Claustro y las consideraciones que merecen. Pueden estar seguros que me desviviré por intensificarlas. Como prueba inicial se ha suprimido desde hoy, tras inmenso forcejeo con el Ministerio, el firmar el parte de asistencia que siempre creí lesivo para la dignidad de un profesor. (Grandes aplausos). A este respecto me he hecho responsable ante aquel de la ética de todos ustedes. También se va a retirar el magnetófono utilizado en los ruegos y preguntas de los Claustros por estimar que cohartaba la libertad de expresión de los profesores. Se van a ampliar los restringidos plazos de cobro de haberes que venían rigiendo y he dado instrucciones al Habilitado para que aclare en cada momento lo que se percibe por haberes y complementos; saben ustedes que hasta ahora esto no estaba muy claro. Y en cuanto a los complementos presidirá su reparto la mayor equidad".

"El último enunciado: enaltecimiento de la Música, será otro punto capital de mi gestión. Estimo que el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid debe ser el organismo más sensible para canalizar la eclosión producida en favor de la música en España a todos los niveles. Por ello no debe bastar lo que con respecto a la enseñanza compete a este Centro, sino que es necesario que ejerza además una proyección hacia el exterior de tal magnitud que le haga ocupar la parcela que le corresponde en el contexto de todo lo relacionado con la música. Para que cristalice este anhelo se organizarán recitales, conciertos y conferencias en las que intervendrán en primer lugar todos los profesores que lo deseen, para que puedan dar testimonio público de sus posibilidades de artistas así como otros profesores invitados. Le es necesario al Conservatorio estar en vanguardia de todos los acaeceres y evoluciones de nuestro arte y abandonar su tradicional postura de estatismo. Para ello se piensa crear unas clases de técnicas contemporáneas para que el Centro no siga de espaldas a la enorme evolución actual del arte. Se piensa rescatar para el Centro la importantísima parcela de la Musicología que hoy anda en manos de centros privados y crear Cátedras de Clavicémbalo, Pedagogía Musical, Canto Gregoriano, etc."

"Debemos aspirar a que nada sea extraño a nuestras posibilidades y a que el Real Conservatorio ocupe el preeminente lugar en la cultura musical que le exigen su gloriosa historia".

Una prolongada ovación de todos los profesores puesto en pié acogió mis palabras. Indudablemente se deseaba un cambio de rumbo en el Centro y aquellos aplausos -rarísimos en un Claustro- mostraban la confianza que todos tenían en mí para efectuarlo.

Presentando a los nuevos cargos directivos y suplicando se me hiciesen ruegos pero no preguntas -nadie pidió la palabra- se levantó aquella, para mí histórica, sesión.

Y comencé al otro día la labor desde mi despacho, el más lujoso que pueda imaginarse, que iba a durar, como ya he dicho, hasta el final de mi vida académica.

Como no es posible ni adecuado relatar aquí minuciosamente lo que hice en tan larga permanencia en la dirección, sólo me referiré a los momentos culminantes de ella. Lo que si puedo adelantar es que con toda ilusión ejercité mi labor sin regatear horas de trabajo y dejando tal vez en el empeño mi vida y mi salud, pero mi deber y mi vocación así me lo exigían. Nunca hice nada esperando agradecimiento; pero me puedo enorgullecer de haber dejado una estela inolvidable que me hará morir con la conciencia tranquila, que no es poco en estos tiempos.

El primer problema urgente era ensanchar el edificio que ocupaba el Centro. Hablé con el Director General y le planteé la idea de ocupar dos plantas del mismo Teatro Real a las que se accedía por la calle de Felipe V, en las que se encontraban los "Amigos de los castillos" y varias habitaciones ocupadas con viejos decorados y utensilios de cuando funciona

ba como teatro de ópera. El Director General acogió calurosamente mi idea y en aquel mismo momento llamó por teléfono al Arquitecto conservador del edificio que se presentó inmediatamente. Era este José Manuel González Valcárcel, señor antipega con el que hice muy buena amistad. Quedamos citados al otro día en el Conservatorio para visitar aquellas grandes habitaciones. Tomó durante unos minutos medidas con un aparejador que le acompañaba saltando, como si estuviese haciendo una carrera de obstáculos, entre tanto trasto que había con un polvo de años. Después de trazar unos esquemas y hacer unos números en un papel me dijo que aquellas dos plantas se podían convertir en tres haciendo nuevos forjados y que saldrían unas quince aulas; que la obra era considerable pero que le había llamado el Ministro la tarde anterior diciéndole que venciese como fuese las dificultades que hubiese porque había que hacer lo que yo dijese.

Así, en el plazo record de seis meses, se efectuó aquella importante obra, incluso sin respuestos. Recuerdo que me dijo el Director General "vamos a ir a la cárcel Vd. y yo porque no ha habido trámites legales previos para efectuar esta obra".

Aquel arquitecto, auténtico mago de su profesión, se sacó de la manga las quince aulas que me prometió más unas oficinas, anchísimas escaleras, servicios y hasta dependencias para guardar instrumentos. Parecía mentira que viendo aquel local en planta se pudiese sacar tan inmenso partido. Visitaba las obras casi diariamente, sobre todo los primeros momentos, porque me dieron una buena tabarra los "Amigos de los castillos" hasta que se marcharon. Me dijeron que se les deshuciaba sin contemplaciones a lo que yo contesté que aunque yo era también muy amigo de los castillos, una entidad particular no podía ocupar propiedades del Estado necesitando para un Centro de Enseñanza; que alquilasen un piso como era lo lógico.

Inmediatamente trascendió al profesorado que las obras iban a gran ritmo y empezaron los comentarios de pasillo: "Bascuñana es un tío" o "ha sido capaz de resolver en un mes lo que no se había hecho en años".

Queriendo dar al Conservatorio la proyección más al exterior que me había propuesto y en la que era cuestión "sine qua non" informar a los altos estamentos del Estado de su importancia y necesidades, no me anduve por las ramas y se me ocurrió lo que ningún Director anterior había hecho: solicitar una audiencia nada menos que a Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos. Sabía que era muy difícil entrevistarse con Franco, sobre todo individualmente. Solo recibía en audiencia civil los miércoles a unas cinco o seis personas, independientemente de las comisiones que era lo más frecuente, presididas por el Ministro correspondiente. Como en verano y navidades no había audiencias quedaban para celebrarlas unos treinta y seis miércoles, por lo que solía recibir al año, aproximadamente, ciento ochenta personas individualmente. Era, como se verá por estos datos, difícilísimo, por no decir imposible, que se me concediera. Pero yo, con el coraje que ponía siempre en todo, y sin encomendarme a Dios y al diablo, dirigí una carta el once de marzo de 1.971 al Jefe de la Casa Civil del Generalísimo en la que solicitaba, basando su motivo en agradecer personalmente a Su Excelencia mi nombramiento.

Todos los que se enteraron de mi pretensión me tomaron por iluso, pero yo estaba optimista ¡tantas veces en mi vida se me tachó de tal!

El quince de marzo recibí carta del Conde Casa de Loja, redactada en términos muy cariñosos y de la que se desprendía la esperanza de que se me concedería la audiencia, sobre todo por el contenido de su párrafo segundo. No obstante no se me decía ni aproximadamente cuando se me concedería, si dentro de días o de meses.





*El Jefe de la Casa Civil  
de S.E. el Jefe del Estado  
Generalísimo de los Ejércitos*

Madrid, 15 de Marzo de 1.971.

Ilmo. Sr. D. José Moreno Bascuñana  
Director del Real Conservatorio Superior de Música  
Madrid.

Mi distinguido amigo:

En contestación a su carta de 11 del actual, en la que solicita audiencia con S.E. el Jefe del Estado, he de significarle que he tomado nota de ello y oportunamente le tendré al corriente sobre el particular.

Cualquier ausencia de la capital, deberá comunicarlo a esta Casa Civil con la debida antelación, a fin de que en la Sección de Audiencias (Telf. 247-53-50) tomen nota a los efectos de la citada audiencia, que siempre se celebran los miércoles de cada semana.

Con este motivo le envío mi felicitación por su nombramiento, saludándole cordialmente su affmo. amigo,

*El Conde de Casa de Loja*

f/. El Conde de Casa de Loja.

Carta del Conde de Casa de Loja.

Pero pronto se aclararon mis dudas. A los dieciséis días de esta carta recibí la notificación.



Casa Civil de S. E.  
al Jefe del Estado  
y Generalísimo de los Ejércitos

Chaqué o Uniforme  
de diario, Condecoraciones

La Excelencia el Jefe del Estado  
y Generalísimo de los Ejércitos se ha  
servido señalar la hora de las 12,10  
del día 31 de Marzo de 1971  
para recibir a V. I. en audiencia  
en el Palacio de El Pardo

Dios guarde a V. I. muchos años

Madrid, 26 de Marzo de 1971.

El Jefe de la Casa Civil de S. E.

El Conde de Casa de Sotomayor



**Ilmo. Sr. D. José Moreno Bascuñana**

**Director del Real Conservatorio Superior de Música.**

¡Me recibía el día treinta y uno, sólo veinte días después de solicitarla, cuando había gente que llevaba meses o años esperando!. Debo ser mucha personalidad, pensé, entre orgulloso y sorprendido, pero la cosa no tenía duda.

Aquel histórico miércoles me embutí en mi correcto chaqué, me coloqué la Encomienda de Alfonso X el Sabio y la Medalla de Catedrático y un poco intranquilo y nervioso por lo que le diría a Franco me encaminé en mi coche Dodge -llevando como chofer a mi hijo Fernando- al Palacio de El Pardo.

Nos pararon a la entrada de este los centinelas y soldados a caballo del Regimiento de la Guardia. Les mostré el comunicado anterior, nos dejaron paso libre y me apeé en la puerta principal del Palacio, después de abrirme la puerta del coche un ujier muy galoneado. Me acompañó un capitán de la Guardia por la suntuosa escalera en la que había cada tres metros un guardia de gran gala con alabarda, hasta la sala de espera: un espectacular salón con maravillosos cuadros y muebles en la que solo estaban tres señores ataviados como yo; me indicó el capitán que me llamaría el introductor de la Casa Civil. Fueron unos minutos de gran nerviosidad que supe dominar como en tantas ocasiones importantes de mi vida; pensaba que no podía hacer el ridículo en momento tan trascendente y ello fue bastante para que se produjese en mí esa metamorfosis tan habitual y me quedé muy tranquilo confiando en mis posibilidades que nunca me habían abandonado.

Llamaron al primer señor que esperaba, al poco rato a otro y unos instantes después al tercero. Me quede solo -era por lo visto al último que recibía- y me puse a pasear por aquella inmensa estancia tratando continuamente de calmar los nervios pues aunque estaba tranquilo no pude evitar un recrudescimiento de aquellos ante la inminencia de la llamada. Por fin entró el introductor para acompañarme hasta el antedespacho donde

está el Conde de Casa de Loja. Me saludó muy cordialmente y me dijo que esperase unos segundos -que aproveché para mirarme en un espejo que llegaba hasta el suelo frente al cual me retoqué la corbata y me dí un estironcito a los puños de la camisa- advirtiéndome que al entrar no tropezase en la gruesa alfombra. Transcurridos unos instantes abrió la puerta del despacho del Generalísimo y me anunció: "Excelencia: Ilustrísimo señor D. José Moreno Bascuñana, Director del Real Conservatorio Superior de Música".

Entré en el enorme despacho que había popularizado decenas de miles de fotografías. Allá muy lejos de la entrada estaba la famosa mesa con los dos sillones delante y en medio de ellos de pié y con uniforme de diario de Capitán General me esperaba el Generalísimo. No pude contener la emoción al verme frente a frente ante aquel hombre casi mítico y al contemplar aquella inmensa estancia donde se habían desarrollado los acontecimientos más importantes de la moderna historia de España. Me dió la mano con mucha amabilidad correspondiendo a mi inclinación de cabeza y sin quitarme de encima sus ojos vivos y penetrantes me invitó con un leve gesto a que me sentara en el sillón de la izquierda al tiempo que él ocupaba el otro. Se colocó una mano encima de la otra sobre su fajín de General y me invitó con la mirada a que comenzase a hablar.

Le dije en primer lugar que agradecía mucho el nombramiento y el honor de que había sido objeto. No dejó de mirarme todo el tiempo que duró la entrevista con sus ojos sagaces. Habló muy poco y solo para hacerme alguna pregunta aislada. Era hombre de tan pocas palabras que pecaba de soso. Le gustaba más escuchar que hablar por lo que no era fácil estar con él, ya que la conversación tenía que afrontarla uno solo con todas las dificultades que encierra el procurar que no decayera. Me referí largamente al Conservatorio y al alumnado y al preguntarme como opinaba de la juventud le dije algo que le agradó mucho "que en los Conservatorios se alojaba una

juventud sana que soñaba y que razonaba muy lejos de como lo hace la universitaria, que solo piensa en el beneficio material inmediato. Creo, Excelencia, que esa juventud soñadora y desinteresada constituye una gran reserva para España". Se sonrió levemente y asintió con la cabeza diciendo: "bien, bien".

Luego me explané en lo más difícil de la entrevista. Le dije: "antes de estar vuestra Excelencia apenas se ocupaban los Poderes Públicos de la Música, que estuvo francamente menospreciada a lo largo de muchísimos años; que las cosas habían mejorado sustancialmente con el nuevo Régimen pero que aún faltaba un poquitín para alcanzar el techo que la música merecía. Por ejemplo, las dedicaciones o complementos de sueldo del sueldo profesorado de Conservatorio, que ya disfrutaba el de la Universidad, aún no había llegado a nosotros y que los presupuestos para los Conservatorios del Estado eran escasos para desarrollar la importante función cultural que les estaba encomendada. Creo importante para España -continué- que se le reconozca a estos Centros su alta aportación en el contexto de la cultura patria".

Me miró atentamente e hizo un imperceptible gesto como si tomase nota mentalmente de cuanto le había dicho. Aún me extendí más sobre estos aspectos y como habían transcurrido casi diez minutos me apresuré a decirle intentando levantarme: "creo estar molestando la atención de vuestra Excelencia" pero me contestó rápidamente aunque de manera muy pausada: "continúe Vd. continúe, que le escucho con mucho agrado".

Se notaba a las claras que le era grata mi presencia pues aunque era la última audiencia de aquel día no daba la más mínima sensación de cansancio. Se conoce que como en las inmediatamente anteriores le visitaron entre otros el gerente de Hunosa y el Presidente del Consejo de Administración de la Empresa Nacional de Celulosa, S.A., además de cuatro co-

misiones numerosas en las que tendría que escuchar las consabidas cuartillas del que las preside, mi visita de tintes artísticos de la que naturalmente estaban ausentes cifras y problemas probablemente desagradables, le debió parecer un sedante y por eso dejó transcurrir el tiempo. Me atrevo a decir que casi estaba divertido o por lo menos muy a gusto.

Abordé temas generales de música, sobre el teatro de la Opera, las orquestas, los festivales, etc. etc. Recuerdo que me dijo que le gustaba mucho la música española y en particular la zarzuela y así transcurrieron otros cinco minutos hasta que al fin y por esos levísimos síntomas que se insinúan entre personas bien educadas que hablan, se dió fin a la entrevista que por muchos años que transcurran no olvidaré jamás. Después de darme la mano con una cordialidad no frecuente en el Caudillo, hice una reverencia y con paso firme atravesé la larga distancia que medía entre donde estábamos sentados y la puerta, desde la que me volví para inclinar nuevamente la cabeza, saludo al que correspondió con un simpático gesto, y salí del despacho.

Al tropezarme en la antesala con el Conde Casa de Loja me dijo textualmente: "Debía estar Su Excelencia muy gratamente con usted porque la audiencia se ha prolongado un tiempo desusado en su costumbre. Han estado reunidos catorce minutos y medio exactamente". Yo le dije que intenté terminarla antes y que no me dejó. "Pues eso no es muy frecuente en Su Excelencia", añadió.

Acompañado nuevamente por el capitán de la Guardia, que también estaba extrañado del mucho tiempo que estuve con el Caudillo, bajé la escalera y ya estaba mi coche en la puerta porque según mi hijo le habían avisado por un micrófono que salía.

Así fue aquella inolvidable jornada. Yo estaba muy extrañado porque sabía la muchísima vigilancia a que estaba sometido el Generalísimo. Nadie en absoluto me preguntó si llevaba armas o cualquier objeto con que pudiese agredirle. Ni aún siquiera se me advirtió que no apretase mucho la mano al estrechársela como se solía hacer. Nada de nada; entré en el Palacio de El Pardo como si entrara en mi casa. Estuvimos en su despacho completamente solos durante toda la entrevista. No sé si detrás de alguno de aquellos magníficos cuadros que había sobre la pared me estaría apuntando un guardia con una ametralladora, pero la verdad exacta es que yo no noté nada.

Conté en mi casa con toda clase de pormenores aquella inolvidable visita. Tanto Mimi como mis hijos estaban muy honrados de que hubiese conseguido algo tan difícil y como tanto la Prensa como la televisión informaban destacadamente de estas audiencias, todos el mundo se enteró y recibí infinidad de felicitaciones.

En Pozuelo, donde era conocidísimo, se convirtió este suceso en la comidilla del día, y al otro, cuando llegó la noticia al Conservatorio, me visitó en mi despacho la Junta de Gobierno para celebrar el acontecimiento que tantos beneficios podía reportar al Centro con una botella de champán. Sedano, como Subdirector, dijo que un Director que había tenido y conseguido una ocurrencia semejante honraba al Conservatorio que nunca había estado tan alto ni su pabellón tan prestigiado. En el próximo Claustro se acordó por aclamación que constase en Acta la gratitud del profesorado.

Pero no terminaron aquí mis deseos de informar a altas personalidades políticas. Aquel mismo día treinta y uno de marzo solicité audiencia a los actuales Reyes, entonces Principes de España, por conducto del Marqués de Mondejar, Jefe de su Casa Civil.

# AUDIENCIA CIVIL DEL JEFE DEL ESTADO

MADRID, 31.—En la mañana de hoy, en el Palacio de El Pardo, Su Excelencia el Jefe del Estado recibió la siguiente audiencia civil:

Ayuntamiento en pleno de Madrid, presidido por el alcalde, don Carlos Arias Navarro, y acompañado de don Tomás Garicano Goñi, ministro de la Gobernación.

Junta de Obras del Puerto de Bilbao, presidida por don Alvaro Delclaux Barrenechea y acompañada de don Gonzalo Fernández de la Mora, ministro de Obras Públicas, y de don Marciano Martínez Capena, director general de Puertos.

Comité nacional español de grandes presas, presidido por el Dr. don José Torán Peláez, presidente de la Comisión Internacional de Grandes Presas y acompañado del ministro de Obras Públicas.

Consejo provincial del Movimiento de Madrid, presidido por el gobernador civil, don Jesús López Cancio.

Don José María Martínez Sánchez-Arjona, marqués de Paterna del Campo, ex ministro y consejero del Banco de España.

Don Aurelio Valls Carreras, embajador de España en la República Dominicana.

Don Julio Iglesias de Ussel y Lizana, ministro del Tribunal de Cuentas.

Don Juan Pablo Martínez de Salinas y Biader, procurador en Cortes.

Don Xavier de Salas Boch, director del museo del Prado.

Don Eduardo del Río Iglesias, gerente de la empresa nacional Hulleras del Norte, S. A. (Hunosa).

Don Joaquín Targuetta Arriola, presidente del consejo de administración de la Empresa Nacional de Celulosas, S. A.

Don José Moreno Bascaña, director del Real Conservatorio Superior de Música (Europa Press.)

Comunicado de prensa sobre la audiencia.



Estos trámites fueron menos complicados que los que había que seguir para visitar a Franco. El día cuatro de abril recibí una llamada telefónica de la Casa Civil de los Príncipes en la que me dijeron que sería recibido por S.S.AA.RR. el día seis a las once de la mañana.

Cubiles había fallecido el día anterior y su cadáver trasladado a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la calle de Alcalá, de donde partiría el entierro a la una del día seis. Yo, como es natural, tenía que asistir, pero de ninguna manera podía faltar a la audiencia.

Lloviendo más que cuando enterraron a Zafra -según el dicho madrileño recordando al de un Ministro de la Guerra de Isabel II- me encaminé en mi coche, llevando al volante a mi hijo Fernando y sin ningún aparato etiquetero de vestimenta, al Palacio de la Zarzuela. Me apeé en la puerta donde había un ujier con un paraguas muy grande que me cobijó hasta que hube entrado. Esperé escasos minutos pues a poco apareció un teniente coronel ayudante de los Príncipes que me invitó a pasar a un salón donde se encontraban estos.

Me cautivó la sencillez de todo, desde las personas reales a la del Palacio. Después de saludarles nos sentamos la Princesa y yo en un sofá y Don Juan Carlos en una butaca del tresillo. Les dije poco más o menos lo que había dicho al Caudillo y en el curso de la conversación, que duró más de media hora, me hallé gratísimamente sorprendido de los vastos conocimientos musicales de la hoy Reina de España. Manejaba nombres y obras de compositores como un profesional destacado. Abordamos los cuartetos de Beethoven y recordaba admirablemente la "Cavatina" del número XIII, La "Canzona" del XV, el maravilloso "Adagio molto e mesto" del VII, y muchas páginas más. Su cultura sobre épocas y estilos, desde el Renacimiento a nuestros días era asombrosa.

Me prometió visitar el Conservatorio y me animó a seguir laborando desde mi puesto por el engrandecimiento y difusión del arte -dijo- que más engrandece y eleva a la Humanidad. Yo estaba encantado con aquella charla que transcurrió en un ambiente familiar y con una interlocutora de aquella magnitud cultural. Les dije que me había propuesto la productora de la película "Arthur Rubinstein" "El amor a la Vida" que patrocinase el Conservatorio su estreno en España en versión original, que tendría lugar el día veintisiete del actual mes en el cine Palace y que había accedido gustosísimo. Me permito -añadí- invitar a que honren con su presencia SS.AA.RR. dicho acontecimiento. Llamó el Príncipe a su secreta-rio y le preguntó si tenían algún compromiso adquirido para la noche de ese día; consultó esta una agenda y les dijo que no. Entonces la Princesa palmoteó de alegría y me aseguró que asistirían encantados al estreno. Rubinstein era uno de sus ídolos a quien consideraba un artista excepcional como lo era su hermana Irene, gran pianista. También hablamos de su hermana a la que yo había oído tocar en la Embajada de Alemania hacía unos años. Me pidió mi opinión sincera y se la dí; le dije que le ejecución de los estudios de Chopin de la opus 25, sobre todo el número once en "la menor", consideraba que muy pocos pianistas podían igualarla. Tiene usted razón, me dijo, mi hermana siente por Chopin una auténtica veneración.

Don Juan Carlos intervino poco en la conversación. Me dió la sensación de hallarse preocupado. De pronto me interrumpió: "Director, ¿qué piensa de mí la juventud usted que la trata tan de cerca?. Le contesté sinceramente: "Alteza, tenéis un gran ambiente entre los jóvenes por vuestras prendas personales y por vuestra sencillez". Parece que su preocupación era casi exclusivamente qué se opinaba de él, porque, aunque preguntándome de distinto modo, esta fue su obsesión durante la entrevista.

Salí muy satisfecho de aquella audiencia pues creo les causé grata impresión y aunque reconocía que como tales Príncipes no tenían poder

decisorio en nada, consideré muy importante que estuviesen informados de lo que era el Conservatorio y casi puedo decir que quedé amigo de los futuros Reyes de España. Era muy significativo que quedasen comprometidos a asistir al estreno de la película de Rubinstein como consecuencia de mi personal invitación.

Me fui rápidamente hacia la Academia de Bellas Artes para asistir al entierro de Cubiles. Llegué a la una menos diez y expliqué a la familia y al Marqués de Lozoya, que estaba organizando todo, el motivo de mi retraso, ya que tenía que presidir con él la representación oficial del entierro. Le agradó mucho a Lozoya que viniese de ver a los Príncipes y me dijo que suponía que algo muy importante motivaría mi retraso.

Yo sentí mucho la muerte de mi viejo maestro aunque poco tenía que agradecerle en mi formación profesional y menos aún en mi colaboración impagable cuando fue Director. Pero mi forma de ser me obliga a estar agradecido a todo el que me ha enseñado algo por poco que sea. No me sorprendió su muerte pues la última vez que le visité, dos días antes, estaba casi en estado de coma. Me senté en su cama y reaccionando un poco me dió un tremendo puñetazo en un brazo. Eran los extertores de aquel hombre de tan malísimo genio.

Dí también cuenta a la Junta de Gobierno de mi entrevista con los Príncipes y de su aceptación a asistir al estreno de la película que patrocinaba el Conservatorio. Todos estuvimos de acuerdo que era muy conveniente para el Centro esta campaña para que se le conociese bien en las alturas y cuya repercusión podría ser importante. Inmediatamente trascendieron estos hechos al profesorado y no hacía más que recibir visitas de estos para felicitarme y animarme a que no desalentase en seguir esta política de expansión, nueva en el Centro, y que tantos beneficios podía reportar.

Llegó el día veintisiete de abril, fecha de la función de gala, a la que acudieron casi la totalidad del profesorado y Mími fue la encargada de ofrecer el obligado ramo de flores a la Princesa cuando SS.AA. llegaron. Una ovación de todos los asistentes acogió la presencia de los Príncipes formando dos filas en el hall del cine; cuando se detuvo el coche en la puerta nos acercamos Mími y yo como anfitriones para recibirlos. Avanzamos los cuatro entre aplausos hasta llegar a nuestras localidades preferentes seguidos por los ayudantes y los guardaespaldas. Yo me senté al lado de la Princesa y Mími al mío.

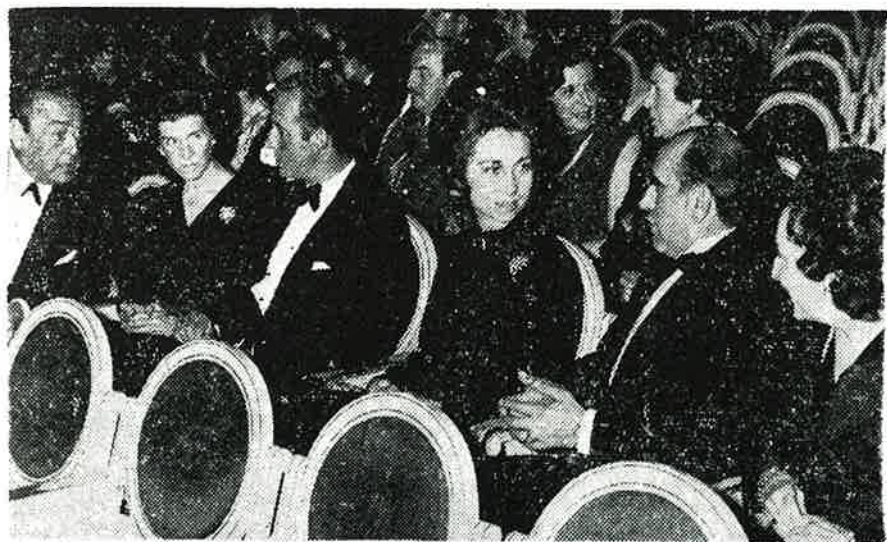
Durante la interesante película hablamos bastante con Doña Sofía; inmediatamente identificaba los pasajes que interpretaba Rubinstein y los varios intrincados dialectos -no ya idiomas- que se utilizaban en los distintos países donde se desarrollaba la acción. Quedé impresionado de su formidable cultura no solo musical. Recuerdo que en un momento en que yo no entendía absolutamente nada de lo que en un pasaje se decía, le pregunté si hablaban en ruso a lo que contestó: "no, es un dialecto muy extraño del norte de Lituania, mezcla de ruso, sueco y alemán". ¡Increíble!. Estas facultades unidas a su innata simpatía y sencillez me hicieron ya sospechar el gran papel que haría cuando fuese Reina, lo que después fue comprobado cumplidamente por todos los españoles.

Al final de la función les acompañamos hasta el coche y por el camino aún me dijo refiriéndose a todas las señoras que iban de traje largo: "las únicas que hemos acertado hemos sido su señora y yo que lo hemos traído corto, como procedía". Celebramos mucho este simpático comentario y estrechando afectuosamente la mano al Príncipe y besando yo la de Doña Sofía, arrancó el coche y volví con mis compañeros que estaban muy satisfechos con el honor que se había hecho al Centro.

**Estreno de gala en el cine Palace**

# **"ARTHUR RUBINSTEIN"**

**("EL AMOR A LA VIDA")**



Patrocinado por el Real Conservatorio Superior de Música, y en función de gran gala, tuvo lugar ayer noche el estreno, en el cine Palace, de la extraordinaria película «Arthur Rubinstein» («El amor a la vida»). Los Príncipes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, honraron con su presencia este gran acontecimiento cinematográfico. (Foto Cifra).

Foto del cine Palace en el estreno de la película sobre Rubinstein "El amor a la vida".

Como ya he dicho, Calés estaba regentando como acumulación y por propia iniciativa la Cátedra de Composición desde la baja de Cristóbal Halffter. Yo tenía desde hacía mucho tiempo el convencimiento de que había que reformar de cabo a rabo esa enseñanza ampliando su contenido. Consideraba imprescindible por prestigio del Conservatorio crear unos cursos de técnicas contemporáneas en la Composición que recogiesen la enorme evolución que había sufrido el arte musical en el presente siglo y sobre todo en sus últimas décadas. Estos planes los había expuesto reiteradas veces en reuniones de Claustro y de la Comisión de Composición pero siempre encontré la oposición de Arias Macein, de Massó y de Calés, que estimaban que el Conservatorio debía estar al margen de esas conquistas del arte porque su misión era enseñar con arreglo a la tradición y a la más pura ortodoxia. Esta postura mía puede parecer que mi credo estético lo constituye el vanguardismo cuando es todo lo contrario. Mis procedimientos compositivos han caminado por ese proceso tonal culminado por el fecundo armonismo de Wagner, el primer Strawinsky, Max Reger, Ravel, Ricardo Strauss ... y se acabó; porque me parece absurda esa composición vanguardista que no es que guste o no, es que habiéndose pasado uno la vida entre partituras no se entiende.

Escrito esto se dirá ¿entonces, por qué defender la incorporación de la enseñanza de esa música que no entendía ni sentía?. Sencillamente porque una cosa es el punto de vista personal y otra el despreciar un llamado arte que tanto tiene de insincero pero que queramos o no se ha impuesto universalmente, desde la óptica de un centro de enseñanza de la importancia del Conservatorio de Madrid que tiene la sagrada obligación de recoger todas las tendencias estéticas, parezca bien o mal.

El problema más delicado para llevar a efecto la reforma en la enseñanza de Composición pasaba en primer lugar por la sustitución de Calés pues entendía que en primer lugar la Cátedra debería regentarla, hasta

que se convocaran oposiciones, un compositor en activo de gran prestigio. Ese problema me lo dió resuelto Calés antes de darme tiempo a pensar en el sustituto, pues a los ocho días de tomar posesión de la Dirección me visitó para presentar su renuncia, desde ese mismo día, según dijo.

El asunto de su sustitución no podía resolverse en horas, por lo que le rogué que considerando el grave perjuicio que se irrogaba a los alumnos continuase hasta junio, recordándole la forma en que se había autonombrado para regentar la Cátedra. Como insistiese mucho con esa cara de circunstancias tan propia de Calés diciendo que tenía decidido no dar una clase más y se puso tan pesado me obligó a decirle: "por lo visto supeditas la permanencia en la Cátedra a asumir la Dirección; pues es muy sospechoso que dimitas de ella al cesar en esta". Le sentaron muy mal estas palabras; quedó callado un rato y al fin me dijo que continuaría hasta junio pero que hiciese el favor de solucionar rápidamente este asunto.

¡Claro que lo resolví!. Primero llamé a Halffter como titular de la Cátedra en situación de excedente para explicarle mis proyectos. Le dije que antes de llevarlos a efecto quería consultar con él por si entraba en sus cálculos reintegrarse, ya que si no, pensaba nombrar un interino y forzar en el Ministerio que se convocase rápidamente la oposición. Que lo pensara bien porque al no existir más que una Cátedra de esa especialidad, si se cubría por oposición ya no podía reintegrarse probablemente nunca. Me dijo que no pensaba volver a "no ser que yo le dijese que valía para desempeñarla" (textual). ¿Cómo quieres que yo diga eso cuando eres Catedrático por oposición, excedente?, le indiqué. Pero insistió tan tercamente en que únicamente accedería si yo le decía que valía que me hizo explotar en un arranque de sinceridad y le manifesté que puestas las cosas así creía honradamente que no valía pero en cambio me parecía totalmente idóneo para ocupar en calidad de profesor contratado una de los tres cursos permanentes que pensaba crear de Técnicas contemporáneas en sus tres esta-

mentos de "Composición", "Análisis e instrumentación" y "Nuevas grafías". Se puso a palmotear como un chiquillo y se mostró encantado con que hubiese tenido esa feliz e histórica idea que tan descomunal importancia iba a tener para el Conservatorio. Aceptó de plano y dándole a elegir uno de los tres apartados optó por el de "Análisis e instrumentación". Los otros dos se los ofrecí a Luis de Pablo y Carmelo Bernaola, que aceptaron muy complacidos.

Pero lo difícil era encontrar la persona adecuada para ocupar la Cátedra de Composición propiamente dicha pues las Técnicas contemporáneas no dejaban de ser como un apéndice de los estudios tradicionales que requerían una gran figura para impartirlos, por lo que me creé una especie de escalafón de prioridades.

Descartados Oscar Esplá y Joaquín Rodrigo por la avanzada edad del primero y la ceguera de este, fui a parar a Muñoz Molleda con el que tuve dos entrevistas. Al fin en la segunda me pidió un plazo de quince días para reflexionar tras el cual me contestó que me lo agradecía mucho pero que no podía (¿qué no se atrevía?) y descendiendo en el escalafón que tenía "in mente" llegué a Antón García Abril, quizá el candidato ideal por sus enormes merecimientos como compositor y por su edad. Siendo muy joven ganó brillantísimamente la oposición a Auxiliar de Solfeo, pero tuvo que pedir la excedencia por graves discrepancias con Calés. Como eramos muy amigos -fui testigo de su boda- al reprocharle que pidiese la baja en el Conservatorio me contestó: "o tenía que matar a Calés o marcharme".

Le agradó mucho mi proposición y aunque estimaba la enorme responsabilidad de la misión, aceptó.

Con los nombramientos de García Abril como Catedrático interino y Halffter, de Pablo y Carmelo Bernaola como Profesores Especiales de "Técnica contemporáneas" se culminó el año 1.971 mi proyecto de dar nueva y moderna estructura a los estudios de Composición. El hecho tuvo una gran



trascendencia y difusión por su novedad dentro del Centro y por mi acierto en elegir a los cuatro profesores pues todos eran compositores de primera fila. Extraigo, en demostración de como encajó la opinión pública la atrevida decisión, el comentario de Fernández Cid, tan refractario a este tipo de innovaciones, que publicó el diario A B C.

A B C. DOMINGO 26 DE DICIEMBRE DE 1971. EDICION DE

## NOTICIARIO MUSICAL

### LA COMPOSICION, EN EL CONSERVATORIO

*Por cuanto supone de apertura y voluntad de progreso, de inquietud y afán de acomodarse a las más modernas tendencias, sin menoscabo de las inmutables tradicionales, recogemos gustosos la noticia. En el Conservatorio madrileño se ha hecho cargo de la cátedra de composición, como interino, el profesor del Centro Antón García Abril, figura relevante, él mismo compositor de calidad, que con la mayor ortodoxia podrá acometer la tarea de formar a las jóvenes promociones de compositores y dotarles de la base necesaria para una eficiencia futura. García Abril, persona sensible, entusiasta y con clase probada, es figura idónea para el menester encomendado. Al tiempo—y por primera*

*vez en la historia del Real Conservatorio— se ha establecido un curso permanente de «Técnicas contemporáneas», impartido en sus tres estamentos de Composición, Análisis e instrumentación y Nuevas grafías por tres músicos: Cristóbal Halffter, Luis de Pablo y Carmelo Bernaola, nombres primerisimos en el acontecer contemporáneo, que como encargados de curso podrán ser la mejor guía en el camino difícil y de necesario conocimiento de las nuevas corrientes de vanguardia. Con lo que el cuadro se completa, dentro del más ecléctico de los criterios; el que mayor margen dará para la elección y hasta para el conocimiento conjunto, de conveniencia indudable. El adelanto ha de ser recibido con los más vivos plácemes.*

Como era de esperar el ala más conservadora y tradicional del Conservatorio quedó sorprendida y, diría, que atónita con mi decisión. Explicué detalladamente en un Claustro las razones que aconsejaba tal determinación; dije que el primer Centro de enseñanza musical de España no podía mostrarse ajeno al fenómeno mundial de la enorme evolución que había experimentado el arte en los últimos tiempos en cuanto a su estética y técnicas y que por ello, respetando en grado sumo los principios eternos y tradicionales de la enseñanza de la Composición, había creído oportuno instaurar unos cursos permanentes a modo de epílogo de estos estudios y cubrir con ello la enorme laguna que existía entre el bagaje de conocimientos con que el alumno de Composición terminaba sus estudios y el hecho real de la música contemporánea. Mi opinión como Director del Conservatorio -que nada tiene que ver con mis creencias personales que deben quedar siempre a la puerta del Centro- es que no puede estar marginado en esta Casa nada que tenga relación con el arte musical de la época que fuere; y si he decidido esto en cuanto a la música contemporánea también pienso crear una Cátedra de Clavicémbalo para que el inmenso tesoro de la literatura del Renacimiento y del Barroco propia de aquel instrumento, sea conocida y estudiada por el alumnado de este Centro.

Creo que lo entendieron los profesores, pero para que no se escandalizasen nuevamente dije que estaba dispuesto a modificar y actualizar los programas de todas las enseñanzas instrumentales, como así se hizo en años sucesivos, comenzando por las de Piano y Violín.

La contratación de Halffeter, de Pablo y Bernaola cubrió simultáneamente dos objetivos importantísimos. De un lado se dió al Conservatorio una imagen de actualización inusitada en sus procedimientos pedagógicos y de otro cesó automáticamente la tradicional fobia de que era objeto el Centro sobre todo por parte de los críticos musicales y demás musicólogos y musicógrafos de poca monta (pícola gente) durante largos años, en que se

le tildaba de reaccionario, anquilosado, antidiluviano, etc., pero con este hecho quedaron desarmados y mudos los censores y no volvió a producirse ninguna crítica. Esto, como es natural, me interesaba mucho, y más aún el cartel de eclecticismo que se creó en torno a mi actuación, como lo demuestra la entrevista que me hizo el periodista Heras Lobato.

Comenzaron a prodigarse solicitudes para que colaborase en concursos y oposiciones. Por la importancia y responsabilidad del objeto y por la calidad del firmante, que pasados los años ocuparía la Presidencia del Consejo de Ministros, destaco como muestra la carta en que se me invitaba a presidir el Tribunal para cubrir diversas vacantes en la Orquesta de Radio-Televisión.

Asímismo se me hicieron varias entrevistas periódicas y radiofónicas grabadas en mi despacho para que explicase los propósitos de mi labor al frente del Centro. También fui invitado por Televisión Española a intervenir en el espacio "Estudio abierto" que dirigía José M<sup>a</sup> Iñigo, dedicado a música pop, en el que estaban presentes varios conjuntos más o menos melenudos y desharrapados. Se pretendió, por lo visto, poner en un brete al Director del Conservatorio ante aquellos jóvenes silbantes y "cantaautores" pero se llevaron buen chasco. Destacaré entre varias preguntas del presentador la referente a qué opinaba de los "compositores" que no saben música. Dije que creía que estaban dilapidando estúpidamente el tesoro de la inspiración que alguno poseía, pues canalizada esta por medio de unos estudios técnicos conseguirían la perfección melódica y armónica de que esas canciones adolecían. Que me parecía admirable que la juventud cantase como siempre lo hizo a través de la historia; recordé la Viena de las primeras decenas del siglo XIX -los comienzos y cristalización de aquel movimiento también juvenil, que fue el Romanticismo- presidido por el genio de Schubert que inundó, como ahora lo hace la juventud, aquel ambiente de canciones sin más aparente alcance que llenar con su li-

# «Una guitarra eléctrica en la casa..., ¿por qué no?»



## MORENO BASCUÑANA, NUEVO DIRECTOR DEL CONSERVATORIO

El nuevo director del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, profesor Moreno Bascuñana, es hombre de carácter abierto. Convencido de que la música necesita la colaboración de todos, y capaz de hablar de ella de forma que todos le entiendan. Es catedrático del Centro desde 1944, y antes, desde el 39, había sido profesor de solfeo. Tiene sesenta y un años Casado, con ocho hijos.

—¿Es una papeleta difícil la que le han encomendado?

—Es una gran preocupación. Creo que lo mejor que puedo aportar al cargo es mi buena voluntad y el reconocerme un hombre de honor.

—El Conservatorio, con la evolución de la música, ¿no se ha quedado, digamos, desfasado?

—Mi gran preocupación es atemperar esta casa, que lleva el pulso del aspecto pedagógico, a las nuevas exigencias de la evolución del arte de la música.

—Se ha quedado desfasada entonces...

—No. Las cosas no llegan hasta ese extremo. Decir eso sería una ofensa injustificada. Otra cosa es que haya que procurar dar carta de naturaleza a las nuevas corrientes estéticas musicalistas.

—¿Veremos algún día una guitarra eléctrica en el Conservatorio?

—¿Por qué no? Aquí deben recogerse todos los aspectos vitales de la música.

—Lo que usted dice, ¿no

escandalizará a nadie?

—No, no... Es muy cierto que siempre, a lo largo de la Historia, la música del momento ha ido por delante.

Queda un momento pensativo y afirma con fuerza:

—No puede haber música prohibida en ninguna parte, y menos en un Centro donde se enseña.

—Parece usted demasiado abierto, ¿qué tiene de conservador?

—¡Buena!, no creo que sea ser excesivamente conservador el decir que cualquier profesional ha de partir de una formación exhaustiva, basada en los principios eternos.

—La música intuitiva, la de esos conjuntos que se lanzan al mercado de la noche a la mañana, ¿está perjudicando a lo que se ha dado en llamar música seria?

—Habría que canalizar la vocación de esos profesionales que dice usted, y creo que eso es obligación nuestra. Hay que aprovechar esa intuición, muy importante en algunos casos. Yo siempre he dicho que lo importante es que la juventud cante y baile. El cómo lo haga es casi lo de menos.

—¿Y quién va a convencer a esa juventud de que venga a formarse a esta casa?

—Es difícil. Ellos ven, en ocasiones, que sin haber estudiado nada se hacen millonarios. Y claro, se preguntan: ¿para qué vamos a ponernos a estudiar ahora?

—¿Cuántos alumnos tiene el Conservatorio?

—Oficiales, unos cuatro mil.

—¿Quiere decir eso que empezamos a valorar la música en España?

—Sí, se está mejorando considerablemente en este aspecto.

—A pesar de eso, ¿se puede decir que somos un país musicalmente inculto?

—Por desgracia... Entre nosotros hay cierto aldeanismo. Consiste en creer que sin saber nada de música se puede tener una gran cultura. Y en eso están equivocados. Mire, yo me he dedicado a la música toda la vida y, sin embargo, soy capaz de saber dónde está el Rhin. No soy un geógrafo, pero puedo hablar de dónde está tal o cual país. Pero es frecuente encontrar gente, muy competente en sus profesiones, que no sabe quién es Mozart. Y lo dicen tan tranquilos, casi orgullosos de no saberlo. Esto es intolerable.

—¿Puede estar la causa en una despreocupación tradicional del Estado por los problemas musicales?

—El Estado, hasta hace un tiempo, se ha desentendido de estos problemas. Ahora se preocupa de ellos, pero son muchos los frentes que hay que cubrir, y se tropieza con el inconveniente de siempre: el dinero. Lo más importante, creo yo, es buscar consumidores. Porque la música, no lo dude, necesita de consumidores sobre todo. Cuando los tenga en abundancia, y ellos pidan música, todo mejorará. Está bien claro: si no hubiera demanda de langostinos, los langostinos no los pescaría nadie.

—¿Tampoco escandalizará a nadie la comparación?

—No tiene por qué escandalizar.

—Su abierta manera de pensar, ¿puede deberse a sus ocho hijos?

—Indudablemente. Convivo con ellos. Soy su amigo. Y algunos son ya universitarios.

—También los hijos pueden educar a los padres...

Heras Lobato



EL DIRECTOR GENERAL DE RADIODIFUSIÓN Y TELEVISIÓN

Madrid, 29 de julio de 1971

Ilmo. Sr. D. José Moreno Bascuñana  
Director del Real Conservatorio Superior  
de Música de Madrid  
Pza. de Isabel II  
Madrid 13

Distinguido amigo:

Para cubrir determinadas vacantes en la Orquesta Sinfónica de la R.T.V. Española, se ha anunciado la convocatoria correspondiente en la Prensa, Radio y Televisión al objeto de poder realizar las pruebas en los primeros días de setiembre.

Por tal motivo, mucho nos gustaría, dado su gran prestigio profesional, que presidiera Vd. el Tribunal para efectuar estas pruebas con el resto de los componentes del mismo insistiendo le solamente en que nos preste su valiosa colaboración.

Atentamente le saluda,

Adolfo Suárez

Carta de Adolfo Suárez.

rismo las famosas reuniones juveniles en las tabernas vienesas (las discotecas de hoy) y que por ser aquel compositor el alma de ellas recibieron el nombre de "Schubertiaden". Pero que no olviden estos jóvenes que me escuchan que aquellas canciones que no tenían más propósito que divertir, por su inspiración y su técnica han pasado a la historia como obras inmortales, pues la obra artística únicamente se produce por el calor del corazón y la frialdad de la mente.

Cuando me preguntó Iñigo al final opinión sobre los "Beatles" contesté que su música me parecía romántica y bastante mal armonizada, como demostré con algún ejemplo, disimulado estos aspectos por una instrumentación a base de guitarras eléctricas con amplificadores y una emisión en el canto, consecuencia de los experimentos realizados a partir de 1.948 por Pierre Schaeffer y P. Henry, que consisten en manipular aparatos eléctricos (distorsión, filtros, aceleramientos, etc.) sobre un "ente sonoro", sonido, ruidos. Es decir, una especie de lo que se entiende por música concreta.

Todos aquellos jóvenes que formaban los conjuntos me escucharon con gran atención y respeto, quedando muy extrañados de que el Director del Conservatorio conociese tan bien "su" música. Me felicitaron todos y el mismo Iñigo quedó un poco cortado ante mis explicaciones; esperaba por lo visto que saliera del paso diciendo escuetamente que o no entendía de ese tipo de arte o cualquier tópico por el estilo. Salí tan bien parado de aquella entrevista televisiva que recibí en días siguientes un sin fin de felicitaciones, entre ellas la de Gombau que me dijo: "te he puesto un diez".



Foto con José M<sup>a</sup> Iñigo.



En la labor propia de mi cargo conseguí del Ministerio que se en-  
viasen al Centro dos clavicémbalos y una enormidad de instrumentos -que  
costaron muchísimo dinero- para la clase de Percusión que la convirtieron  
en la más importante de los Conservatorios europeos.

Pero lo más destacado en aquel primer año fueron sin duda las  
gestiones que hice ante el señor Segú, Director General de Presupuestos  
del Ministerios de Hacienda, sobre las dedicaciones del profesorado y que  
significaban una elevación considerable en sus emolumentos. Por la consi-  
deración con que se me trató en dicho Ministerio al abordar tan arduo  
asunto y por el pleno éxito que alcanzaron mis gestiones, deduje claramen-  
te que era todo consecuencia de lo que le dije al Caudillo en la audiencia  
que me concedió. Debió sin duda hacer alguna indicación sobre este viejo  
problema en un Consejo de Ministros al de Educación y todo el mundo anduvo  
en un pié hasta que nos concedieron las dedicaciones y nada menos que con  
carácter retroactivo.

Entre los homenajes que se hicieron a lo largo de mi permanencia  
en la Dirección: Cubiles, Conrado del Campo, Eslava, Tomás Luis de Victo-  
ria, Falla, Chopin, Beethoven, Amadeo Vives, etc., etc., destaco el de es-  
te último en el que pronunció una charla Federico Romero, colaborador de  
aquel, y al que corresponde la foto en la que aparezco en el momento de  
presentar al conferenciante.

A finales de 1.971 fallecieron Mili Porta y Gerardo Gombau, dos  
queridísimos e insignes Catedráticos a los que tenía encargada la misión  
importante de crear un laboratorio de electrónica en el Centro. Fue una  
gran desgracia. Mili expiró estando yo a su lado y Gombau, cuyo cadáver  
estuvo expuesto en el Centro, le acompañé hasta Salamanca donde fue ente-  
rrado.



Foto con Federico Romero.

Con la contratación de varios profesores auxiliares que se adscribieron a las Cátedras que carecían de él en la plantilla, terminó aquel año 1.971.

El siguiente no pudo comenzar con mejores auspicios: el día veintinueve de enero fué nombrado nada menos que Consejero Nacional de Educación y el nueve de febrero Inspector General de los Conservatorios españoles con rango de Director General, siendo la primera vez que se cubría este cargo desde su creación por Decreto 2618/1966.

No me podía quejar. Mi prestigio había alcanzado la máxima cota y quizá mi vida también, pues por primera vez y hasta ahora única en España, habían concurrido en una misma persona estos cargos junto con la Dirección de su primer Conservatorio. Se puede asegurar que con la Presidencia de la Sociedad Didáctico Musical acaparaba absolutamente todos los puestos rectores de la enseñanza musical en España estando en mis manos y en mi voluntad la jefatura y responsabilidad de la misma. Nunca nadie llegó a más en mi profesión. Era para estar orgulloso.

*ORDEN de 9 de febrero de 1972 por la que se nombra Inspector general de los Conservatorios de Música a don José Moreno Bascuñana.*

Ilmo. Sr.: Vacante la Inspección General de Conservatorios, establecida legalmente por el artículo 36 del Decreto 2618/1966, de 10 de septiembre, y en uso de las facultades conferidas por el artículo 14 de la Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado,

Este Ministerio ha tenido a bien nombrar Inspector general de los Conservatorios de Música a don José Moreno Bascuñana, Catedrático y Director del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, con los derechos y deberes inherentes al cargo expresado.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y cumplimiento.

Dios guarde a V. I.

Madrid, 9 de febrero de 1972.—P. D., el Subsecretario, Ricardo Díez.

Ilmo. Sr. Director general de Bellas Artes.

Nombramiento de Inspector General de los Conservatorios.



EL EXCELENTISIMO SEÑOR MINISTRO  
DE  
EDUCACION Y CIENCIA

De conformidad con lo dispuesto en el Decreto  
2763/1971, de 21 de octubre, ha resuelto otorgar el  
título de

**Consejero Nacional de Educación**

al Excmo. Sr. D. JOSE MORENO BASCUÑANA  
con las prerrogativas y honores inherentes al expresado  
cargo.

Madrid, 16 de noviembre de 1972

El Presidente  
del  
Consejo Nacional de Educación,



El Secretario General,

El cargo de Inspector General me obligó a continuos viajes de inspección por toda la geografía española, incluidas las Canarias, Baleares, Ceuta y Melilla. Algunos de estos desplazamientos lo eran para resolver conflictos producidos en algunos Centros, como los ocurridos de alguna gravedad en el de Bilbao -donde estuve seis veces- y en el de Málaga.

En el fondo era viajes gratos. Me recibían todos los Gobernadores Civiles o Alcaldes de las provincicas en que había Conservatorio y siempre al otro día de llegar daba la Prensa local la noticia de mi visita. Se aumentaron por mi gestión los emolumentos del profesorado de los Centros dependientes de las Corporaciones locales y sobre todo impuse por las buenas o por dictar normas de obligado cumplimiento mi criterio sobre programas de estudio que había impuesto Madrid. Jamás me fue recusado por el Ministerio ningún informe que preceptivamente tenía que entregar sobre cada viaje o decisión. También hubo algún profesor expedientado, pero estas medidas extremas las apliqué rara vez.

Como Consejero -cargo que desempeñé desde enero de 1.972 a septiembre de 1.980 después de varias reelecciones- tuve que ser ponente en cientos y cientos de expedientes. El más sobresaliente sin duda fue el que me obligó a informar desfavorablemente el que provocó Roberto Plá -Consejero por la Escuela de Canto a su vez- que pretendía ser nombrado Catedrático extraordinario de dicha Escuela. Hubo enormes presiones de Lola Rodríguez Aragón para que lo consiguiese, pero no era justo y no se hizo. Conservo copia de la documentación con la que argumentaba mi postura y como mi ponencia fue aprobada por el Pleno del Consejo, quedé tranquilo pues había obrado con arreglo a mi conciencia.

Entre el Conservatorio, la Inspección, el Consejo, la Didáctico y ¡ay! la sastrería, en la que seguía como administrador, no tuve momento libre. Hasta los domingos tenía que aprovechar para preparar proyectos, expedientes y mis clases que no abandoné ni un solo momento.

Entre las muchísimas actividades que el nuevo estilo que dió al Conservatorio se ejercieron, figura la serie de ocho conciertos de piano impartidos por Profesores del Centro que tuvieron lugar en marzo de 1.972. Actuaron en tan desacostumbrado suceso Conchita Rodríguez, M<sup>a</sup> Teresa de los Angeles, Ana Bogani, Guillermo González, Manuel Carra, Pedro Lerma con Enrique García Asensio, que tocaron las "Noches" de Falla con la colaboración de la Orquesta Sinfónica, Fernando Puchol, López Gimeno así como el "Concerto para Clavicémbalo" -primera vez que se interpretaba en el Conservatorio- interpretado por Carmen Díez Martín, Franciso Maganto, Salvador Tudela, José Vicente Peñarrocha, Luis Antón y Ricardo Vivó, dirigidos por Vicente Spiteri.

En marzo de 1.973 comenzó a actuar uno de mis grandes empeños: la Orquesta del Conservatorio de Madrid. Fue este logro el resultado de múltiples gestiones en las Direcciones Generales de Bellas Artes y de Seguridad, en esta última por el carácter de Asociación que tenía que tener. Tras muchísimas visitas que hube de efectuar; tras una reunión con los profesores a quienes informé de mi proyecto y tras otra masiva con los alumnos más capacitados y ex titulados, por fin el veintiocho de febrero se dió el primer concierto del ciclo de cinco que tuve interés en que se dedicase enteramente a la figura del músico más admirable de todos los tiempos: a Ludvig van Beethoven. Se tocaron los cinco conciertos de Piano ejecutados por Puchol, Lerma, Carra, López Gimeno y Javier Alfonso; el de Violín por Hermes Friales; las dos Romanzas en Sol (op.40) y en Fa (op.50) por Luis Antón y el Triple Concierto por Carmen Díez Martín, Wladimiro Martín y Ricardo Vivó además de las Oberturas de "Egmont", la "Leonora número tres" y las sinfonías primera y séptima, para completar los programas. Los cuatro primeros conciertos dirigidos por García Asensio y el quinto por Odon Alonso como invitado.

Me exime de más datos la nota que apareció en el programa general en la que quedan explicados los fines de la Orquesta.

La ORQUESTA DEL CONSERVATORIO DE MADRID tiene el honor de efectuar su presentación por medio del presente ciclo de conciertos. El viejo sueño de que el Real Conservatorio de Madrid contase con una orquesta, se ha convertido al fin en gozosa realidad.

Aunque configurada como Asociación —al igual que la de otros Centros y Universidades musicales del extranjero— la ORQUESTA DEL CONSERVATORIO DE MADRID estará vinculada a este Real Conservatorio y, por tanto, a la Dirección General de Bellas Artes.

La base de la ORQUESTA estará constituida por alumnos destacados de enseñanzas instrumentales del Real Conservatorio Superior de Madrid que hayan superado brillantemente las prácticas pedagógicas en la Cátedra de Conjunto Instrumental, así como por los titulados de las últimas promociones de dicho Centro, o en su defecto, de otros Conservatorios, y que aún no pertenezcan a conjuntos profesionales. Pues si le es indispensable al alumno dotado familiarizarse con urgencia en prácticas profesionales, también le es fundamental al recién titulado neutralizar o canalizar eficazmente esa difícil etapa que aún le separa del profesionalismo.

Pero la inmensa dificultad que siempre supone poner en marcha y a punto una orquesta, aconseja el que figuren también en ella en misión pedagógica y tutelar —y por el tiempo que las circunstancias aconsejen— los propios profesores del Real Conservatorio y hasta instrumentistas profesionales destacados, a quienes incumbe desde los atriles la difícil tarea de orientar, de crear el clima, el oficio, que requiere tanto el futuro profesor de orquesta como el ambicioso propósito de calidad a que la ORQUESTA aspira.

Por esta preocupación pedagógica de gran alcance que caracteriza los propósitos de la ORQUESTA DEL CONSERVATORIO DE MADRID, se espera que salgan de su seno los profesores que luego nutrirán las Orquestas oficiales del Estado, no estatales, agrupaciones de cámara, etc.

Será director titular el que desempeñe en el Real Conservatorio de Madrid la Cátedra de Dirección de Orquesta, pudiendo ser dirigida por maestros invitados, nacionales y extranjeros. También podrán colaborar concertistas de reconocido rango.

La misión que la ORQUESTA puede realizar en el contexto general del Conservatorio ha de ser de inmenso alcance: estrenos de obras de alumnos, de profesores, prácticas de dirección, experiencias límbicas, ejercicio de solistas en música concertada, etc. Y por otro lado, y aunque la ORQUESTA DEL CONSERVATORIO DE MADRID constituya preferentemente una extensión en las funciones formativas del Real Conservatorio, un Centro de esta categoría también debe sentir preocupación por el fomento y difusión de la Música mediante el instrumento adecuado que ejerza una proyección artística hacia el exterior, y muy concretamente sobre esa fraternal parcela que constituye la juventud universitaria, a la que nuestros conciertos tratará de calmar su sed de escuchar música. Igualmente será el vehículo apropiado para mostrar con regularidad los grandes valores artísticos que forman parte del Claustro de Profesores del Centro, un elevado número de los cuales —concretamente once Caedrátricos— intervienen, como director y concertistas, en el presente ciclo.

Por no perseguir ningún afán de lucro, la asistencia a todos los conciertos que organice la ORQUESTA DEL CONSERVATORIO DE MADRID será gratuita, quedando una parte del aforo reservado a los que por figurar como socios numerarios de la Asociación tengan plaza reservada. Todos los conciertos se celebrarán en el Auditorium del Conservatorio o en salas de actos o Colegios Mayores del Distrito Universitario de Madrid.

El fausto suceso que significa para el Conservatorio la presentación de su anhelada Orquesta se ha querido vincular en este su primer ciclo a la figura emperecedera de Beethoven y en el que se interpretarán, entre otras obras, los cinco conciertos para piano, el de violín, las romanzas y el triple concierto. Pero es firme decisión que todos los estilos, escuelas, épocas, y muy particularmente la música contemporánea, destilen por sus programas.

La ORQUESTA DEL CONSERVATORIO DE MADRID hace público su agradecimiento a la Dirección General de Bellas Artes que, en un alarde de toma de conciencia con los actuales problemas de la educación artística en España, ha prestado todo su calor y ayuda para que se convirtiese en realidad una tradicional utopía. También saluda cordialmente a la Crítica Musical y a todas las Orquestas de España, de las que la del Conservatorio se considera hermana menor.

Y por fin, el impercedero agradecimiento del que suscribe a los Profesores del Real Conservatorio Superior de Madrid —tanto a los que actúan como director y solistas como a los que desde los atriles van a ejercer la más generosa labor tutelar— que con su capacidad profesional, entusiasmo, comprensión, desinterés y unánime colaboración ha hecho posible colocar la primera piedra de un hito, quizá memorable, en la historia del Real Conservatorio.

**JOSE MORENO BASCUAÑA**

Presidente de la Asociación ORQUESTA DEL  
CONSERVATORIO DE MADRID

Nota aparecida en el primer concierto de la Orquesta del Conservatorio.

Constituyó un auténtico suceso el ciclo de conciertos y los que se repitieron a lo largo de mi vida de Director. Fue una sorpresa para los descreídos, para los que no me suponían capaz de organizar algo tan difícil; la opinión de la crítica fue minuciosa en resaltar el empeño. Por no hacer prolijo el incluir la de todos, espigaré entre ellos los comentarios aparecidos en los Diarios "Informaciones", "Pueblo" y "Ya".

Se comenzó en aquel curso el intercambio de alumnos con el Conservatorio de París. Envié a los Premios de Honor de Piano, Violoncello y Clarinete. Esta política de intercambios dió magníficos resultados sobre todo cuando se extendió a los de Londres y Bruselas. Tal empeño jamás se había realizado.

Nombre ciento cuatro profesores contratados a lo largo de mi mandato para atender la enorme demanda de matrícula que se producía y para lo que tuve otra ocurrencia muy importante: fundar por primera vez cuatro Conservatorios Elementales Filiales que comenzaron a funcionar en el curso siguiente en los Institutos de Segunda Enseñanza "Ramiro de Maeztu", "Beatriz Galindo", "Isabel la Católica" y "San Isidro". Allí mandé a los nuevos profesores bajo la vigilancia de otros tantos Delegados míos que nombré. Para este empeño se adquirieron cuarenta pianos y doce guitarras, pues en estas Filiales sólo se impartían los cursos elementales de las enseñanzas principales. Por la ubicación de estos Centros se cubría casi completamente el mapa de Madrid y se dejaba para los cursos Superiores la Central del Conservatorio en el Teatro Real.

Para dar cumplimiento a la Orden Ministerial que obligaba cada tres años a nombrar nuevo Director, tuvo lugar el día ocho de noviembre de 1.973 una reunión extraordinaria del Claustro para nombrar la terna que había que elevar al Ministerio. Se formó en el Auditorium la Mesa que presidía el Catedrático Manuel Carra y dos Vocales-Interventores que fueron Salvador Norte y Antonio Ramirez Angel.



# La Orquesta del Conservatorio de Madrid

Una vieja aspiración del Conservatorio de Madrid se ha hecho gozosa realidad: ya, nuestro primer centro docente tiene su propia orquesta, que ha de cubrir muy específicos fines de extensión de las funciones formativas que constituyen la esencia de todo conservatorio. Todo ha sido posible por la buena ambición de la dirección y catedráticos del centro, que, contando con el generoso apoyo de la Dirección General de Bellas Artes, han llevado a buen fin el antiguo propósito.

La orquesta está concebida como un escalón intermedio entre el conjunto instrumental que trabaja en las aulas y las agrupaciones profesionales. Tiende a ayudar al recién graduado que, incluso con los más importantes premios en su haber estudiantil, tropieza con graves dificultades para acoplarse a una profesionalidad que exige práctica y

## MUSICA

oficio. Por ello, la base de la nueva orquesta la forman alumnos seleccionados de las clases superiores y diplomados recientes. Pero lo más característico y peculiar es que los profesores y aun otros profesionales de gran prestigio, son los que encabezan y guían las varias familias instrumentales. El bisoño instrumentista da, así, sus primeros pasos arropado en la amistosa compañía de quienes prolongan las aulas ante la realidad de los atriles de cada día. Luis Antón, Hermes Kriales, Pedro Merroño, Ricardo Vivó, Martínez Lluna, Maganto, Norte, Martín y tantos otros, están o estarán, junto a los alumnos en estas sus primeras armas, bajo la dirección del catedrático titular de la especialidad, Enrique García Asensio, al que, a veces, sus-

tituirán en el "podium" nuestros invitados y aun alumnos distinguidos. Solistas serán, igualmente, profesores o discípulos. Unos emolumentos modestos e iguales para todos, desde el director hasta el último atril, aseguran en primer sentido de profesionalidad. Promovida y organizada la orquesta por una sociedad de protectores, se abrirá el curso próximo un abono parcial, reservando el resto del pequeño aforo del salón del Conservatorio a los estudiantes del distrito universitario.

Se comienzan los trabajos con un ciclo de conciertos beethovenianos, de los que ya se ha celebrado brillantemente el primero. Fue solista el catedrático de Piano Fernando Puchol, con García Asensio al frente de todos. Y los cálidos aplausos que les acogieron son augurio de los futuros éxitos.

Fernando RUIZ COCA

# PRESENTACION DE LA ORQUESTA DEL CONSERVATORIO

**PROGRAMA.—I:** «Egmont» (obertura) y «Concerto para piano y orquesta número 1, en do mayor, op. 15», de Beethoven (solista: Fernando Puchol). **II:** «Sinfonía número 7 en la mayor, op. 92», de Beethoven. Orquesta del Conservatorio de Madrid (director: Enrique García Asensio). Auditorio del Real Conservatorio Superior de Música. Madrid, 28-II-1973.

El día anterior al del concierto de presentación de esta orquesta, en rueda de Prensa convocada por el director general de Bellas Artes, don Ramón Falcón, subdirector general, nos explicaba que no se trata de una tercera orquesta oficial, ni mucho menos, sino de la siempre reclamada agrupación de, por y para los alumnos del primer centro pedagógico musical de España. Acaba de nacer gracias al animoso hacer del director del Conservatorio, don José Moreno Basquilla, y la realidad es debida a un impulso más que la vida de la música recibe, últimamente, de la mano de don Florentino Pérez-Embú. Recibámosla así, en la estimación de un conjunto con finalidad «fundamentalmente pedagógica» y, en esta dirección, la recién nacida agrupación, la saludamos con natural alegría por cuanto puede y debe significar en la formación de un aspecto que hasta la fecha se hallaba descuidado dentro de la cantera de los futuros músicos españoles.

Ahora bien, si la Orquesta del Conservatorio de Madrid, poblada de rostros bien reconocidos, y muchos de ellos admirados dentro de una profesionalidad acreditada por sus rayectorias musicales y solamente injerta con un escaso número de alumnos, persis-

tiera en sus apariciones públicas con la fisonomía de ahora —profesores de la O. N. E., del Conservatorio y de la Sinfónica de la RTVE., y ahí está el dato elocuente, por otra parte bien simpático, de la presencia en el primer atril de don Luis Antón y Hermes Kriales—, habría que exigirles un nivel interpretativo en consecuencia. Conocemos los esfuerzos de cualquier creación de este tipo y los riesgos que conlleva una «primera salida»; en principio, ahí está la añorada Orquesta del Conservatorio madrileño. Cuando se halle a punto y, sobre todo, cuando se cumplan aquellos requisitos bien señalados por don Ramón Falcón, será la ocasión de enjuiciar algo que, de momento, no puede ser más que recibido como noticia, que ojalá resulte venturosa con el paso del tiempo y, rápidamente, en razón de los altos fines a los que su creación aspira. El programa Beethoven —todo el anunciado ciclo se halla dedicado a esta inmortal figura— fue dirigido por el catedrático de dirección de orquesta, don Enrique García Asensio, colaborando como solista el profesor de piano del mismo Conservatorio don Fernando Puchol. Al término de la primera parte, la única que nos fue dado escuchar, hubo muchos aplausos de la sala,

llena. Digamos para finalizar que la sala no es la adecuada para esta clase de sesiones.

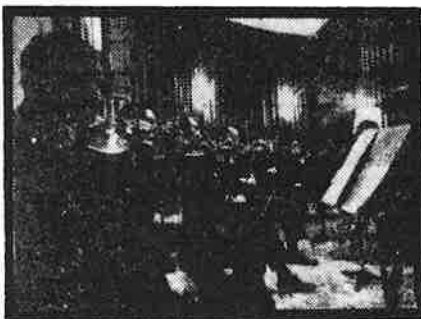
MUSICA

# EL CONSERVATORIO YA TIENE ORQUESTA

SU MISION ES PEDAGOGICA  
Y DE EXTENSION CULTURAL

«El viejo sueño de que el Real Conservatorio contase con una orquesta se ha convertido, al fin, en gozosa realidad», nos dice alborozadamente su presidente y director del centro. Al presentárnosla, también nos declara su configuración: alumnos destacados y titulados de las últimas promociones no integrados aún en conjuntos profesionales. Se aúnan así los fines didácticos al necesario adiestramiento pre-profesional. Pero constituida por entero con elementos tan inmaduros, ninguna orquesta llegaría a serlo por entero tampoco. Era forzoso apuntalarla —y cordialmente respaldarla— con los propios profesores del Conservatorio y con instrumentistas destacados que insuflaran a los bisoños no sólo su experiencia, sino, principalmente, la previa confianza. Así vimos en el primer concierto —abarrotada y caliente de expectación la sala— en los primeros atriles a Antón y Kriales, concertinos de la Nacional y de la Orquesta de la RTV. E., y a numerosos solistas de ambas; es decir, a los más firmes y sobresalientes puntales de nuestro instrumental ámbito. ¿En número excesivo? ¿Eran meramente simbólicos los instrumentistas novicios? Paso a paso, esperamos, éstos irán cubriendo los atriles de los profesores. De precauciones y caldo de gallina nadie se ha muerto aún.

Como misión, esta orquesta del Conservatorio se impone: «estreno de obras de alumnos, de profesores, prácticas de dirección» experiencias tímbricas, ejercicio de solistas en música concertada, etc.» Y una extensión musical universitaria, con audiciones en colegios mayores. Y siempre



gratuitamente. Su titular —y titular de la cátedra de dirección—, Enrique García Asensio, dirigirá los conciertos de este primer ciclo, dedicado a Beethoven, salvo el último, encomendado a Odón Alonso, director titular asimismo de la Orquesta de la RTV. E.

Como se ve, nada ha quedado desatendido. Los propósitos y el primer logro de esta orquesta, su propia creación, merecen todos los aplausos. Todos los parabienes. Y toda la buenaventura. La pedagogía musical y la misma música agradecen este esfuerzo y están de enhorabuena. Lo estamos todos.

El bautismo de fuego —de generoso fuego sonoro— de la orquesta fué más que prometedor. Bajo la batuta, siempre diligente, de Asensio, interpretó con bastante limpieza el primer programa beethoveniano: Obertura de «Egmont», la Séptima Sinfonía y el Concierto para piano y orquesta número 1, con Fernando Puchol de solista. Fogatas verdaderas llamaradas de aplausos; merecidos y alentadores. La sala del Conservatorio, repleta de público y de expectante entusiasmo. Buen día para la música.

Foto LLORENTE

Comentario de "Pueblo".

Como fui nombrado directamente por el Ministerio, tenía curiosidad conocer por el resultado de la votación -que era secreta- cual era la opinión del Claustro sobre mi actuación. Estaba por otro lado la votación -hacia cuatro años- que ganó Calés por escaso margen y desde entonces no sabía cómo responderían los que entonces le votaron, pero el resultado no pudo ser más favorable para mí. ¿Cómo es posible esta diferencia y cambio de criterio cuando además fui nombrado, como he dicho, por el Ministerio y llevaba tres años de Director no fácil?. No cabe más respuesta que casi todo el mundo estaba de acuerdo con mi titánica labor.

Con la mayoría aplastante lograda mi entusiasmo y mi moral se acrecentaron intensamente; contaba con la confianza del Ministerio y con la de los profesores. De ahora en adelante, ya que me sabía que era indispensable, todo sería más fácil; unas elecciones tienen mucho peso y me convirtieron en el Director insustituible. Ya podían decir lo que quisieran los "calesistas" López Gimeno, Encarnita, etc., porque yo haría no lo que me diese la gana -que no lo hice nunca- sino lo que creyese más oportuno en los tres años para los que se me había renovado la confianza.

Por entonces tuve una conversación con Falcón, Subdirector General de Bellas Artes, sobre mi Cátedra de Armonía. Tomando como argumento que la de Formas Musicales no tenía dotación, le propuse que se me nombrara. Realmente era más cómoda aunque me obligaba a preparar las clases; además -y este fue el motivo principal- yo no estaba a gusto con la enseñanza de Armonía. La encontraba un poco desfasada y aunque indiqué esto en una reunión que mantuve con los profesores -eramos ocho entre Catedráticos y Auxiliares- o no me entendieron o su afán conservador hacía muy difícil el cambio drástico que requería al no estar sincronizada su enseñanza con el discurrir actual del arte. Era luchar en balde; pues aunque se modificaron algo los programas no lo fueron en la medida que yo deseaba. Me desentendí por ello algo de la enseñanza de Armonía y dejé a los profesores



A las 13:15 horas del día ocho de noviembre de 1973 en el Auditorium del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y con asistencia en pleno del Claustro de Profesores de dicho Centro, se constituye la Mesa de votación, a propuesta del Director del Centro y con aquiescencia de los asistentes, presidida por el Catedrático D. Manuel Carra Fernández y como Vocales Interventores el Profesor Especial D. Salvador Norte Villar y el Profesor Auxiliar D. Antonio Ramírez-Angel Sorrosal, procediéndose a continuación mediante lista alfabética a la que constan todos los Catedráticos, Profesores Especiales y Auxiliares, numerarios e interinos, cada uno de los cuales depositan su voto ante la Mesa, notándose la ausencia de los Profesores D. Pedro Meroño y D. Julián Perera, los cuales hacen su presentación minutos más tarde, sin haberse levantado la sesión y, aceptado por la Mesa, Presidencia del Claustro y Profesores asistentes, proceden a emitir su voto.

Terminada la votación se procede al escrutinio que arroja el siguiente resultado:

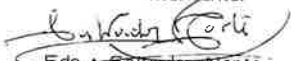
D. José Moreno Bascañana	50 votos ( cincuenta)
D. Francisco Caléaz Otero	4 votos ( Cuatro)
D. Manuel Carra Fernández	3 votos ( tres)
D. Pedro Lerma León	3 votos (tres)
D. Joaquin Soriano Villanueva	1 voto (uno)
D. Enrique Massó Ribot	1 voto (uno)
D. José Carlos Rodríguez Sedano	1 voto (uno)
Papeleta s en blanco	5 (cinco)

Comprobado por la Mesa el número de papeletas con el número de asistentes y estando estos extremos de conformidad, se levanta la presente Acta por triplicado, de todo lo cual damos fé en Madrid fecha "ut supra".

El Presidente de la Mesa

  
Fdo.: Manuel Carra

El Vocal-Interventor

  
Fdo.: Salvador Norte

El Vocal-Interventor

  
Fdo.: Antonio Ramírez-Angel

que la enfocaran a su antojo. Me quedaban pocos años de vida académica y ni quise enfrentarme con ellos ni ser cómplice de unos procedimientos con los que no estaba de acuerdo, como era el emplear la teoría del tratado de Arin y Fontanilla, trasunto del Durand francés. Cierto que era muy difícil modificar de raíz unos estudios que tienen su base en la Música tonal y que llegan como mucho hasta Wagner, Strauss, Ravel, etc., pero sí pudo entrar de lleno en los procedimientos que esboza el tratado de Koechlin y muy concretamente el de Schoenberg, que era mi punto de vista.

Total: por encontrarse el Ministerio conforme con mi deseo, fui nombrado Catedrático de Formas Musicales el diecisiete de septiembre.

En la segunda mitad del curso 1.973-74 se implantaron los conciertos para alumnos. Tenían estos conciertos la novedad del intento junto con el gran alcance pedagógico de actuar aquellos en recitales completos, huyendo de los que hasta entonces se hacía en forma de ejercicios colectivos que tanto recordaban a los de colegios de monjitas. Ahora, y mediante la autorización del profesor respectivo, se interpretaban recitales de Piano, Violín, Organo, etc., con su programa y su gacetilla en la Prensa. Tenían lugar en el Auditorium revestidos de la mayor solemnidad y las "notas al programa" eran redactadas también por alumnos, que aunque pasaban por mi aprobación previa, era con ellos extremadamente benevolente.

La idea de tales conciertos la lancé en un Claustro; pareció demasiado a los profesores el hacer uno cada semana como propuse, pero pasado un poco tiempo y debido a las muchas solicitudes hubo que celebrar dos y hasta tres. La idea tuvo tal éxito que se mantuvo mientras ejercí la Dirección. Muchos solistas que alcanzaron luego grandes triunfos hicieron sus primeras armas en estos conciertos de alumnos.



MINISTERIO  
DE  
EDUCACION Y CIENCIA

DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES  
Y CIENCIAS ESCENICAS  
Sección de Música y Danza Clásicas

Con esta fecha, el Ilmo Sr. Subsecretario, por delegación del Excmo Sr. Ministro, comunica al Ilmo Sr. Director General de Bellas Artes la siguiente Orden:  
"Ilmo Sr:

El artículo quinto, apartado tres, letra j), de la Reglamentación General de los Conservatorios de Música, aprobada por Decreto 2618/1966, de 10 de septiembre, establece la enseñanza de un curso analítico-teórico de Formas musicales, independiente de la asignatura de Composición, entre las que comprenden el Grado Medio de dichas enseñanzas. Este curso tiene que ser aprobado por quienes quieran obtener los títulos de Profesor relacionados en el artículo once de dicha Reglamentación, por lo que resulta necesario dotar convenientemente la plaza de Catedrático de la mencionada disciplina.

En su virtud, de conformidad con la disposición transitoria primera de la Reglamentación citada, y previa la conformidad del interesado,

ESTE MINISTERIO ha resuelto que el Catedrático de Armonía del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, D. José Moreno Escudiana pase a desempeñar la cátedra teórico-analítica de Formas musicales de dicho Conservatorio."

Lo que traslado a V.S. para su conocimiento y efectos.  
Dios guarde a V.S.

Madrid, 17 de septiembre de 1973.

EL JEFE DE LA SECCION



*Rafael Canty*

Sr. D. José Moreno Escudiana, Catedrático Numerario de Formas Musicales del Real Conservatorio de Música de Madrid.-

Nombramiento de Catedrático de Formas Musicales.

Así fueron transcurriendo los años en los que recorrí casi toda España con los viajes de Inspección; la presidencia de Tribunales de concursos u oposiciones; reuniones del Consejo Nacional; atender al constante visito de que era objeto en mi despacho; asistir a cócteles o comidas en embajadas y en fin, cubriendo los múltiples frentes de todos los cargos que ejercía.

En diciembre de 1.976, cumplido el segundo período de Director, volví a ser elegido con una gran mayoría y no tuve más remedio que continuar en la brecha hasta mi jubilación que por producirse en marzo de 1.979, no daba tiempo a celebrarse la votación correspondiente en diciembre de ese año.

Pero a partir de los últimos meses de 1.978 las ondas de la enorme conmoción política que se estaba produciendo en España tras la muerte del Generalísimo -época a la que hemos denominado "transición"- llegaron también al Conservatorio. Comenzó la etapa más difícil de mi gestión. El desconcierto que reinaba en la calle, en el Gobierno y en el Ministerio de Educación, trató de trasladarse al Centro. Se soliviantaron los alumnos -que siempre habían sido pacíficos- y aquellos profesores que yo había nombrado y que hasta me besaban los zapatos en mi despacho, se pusieron en jarras y trataron de saltarse el Reglamento a la torera. Pretendieron que los Claustros fueran asambleas, pero todo lo corté de raíz. Puedo asegurar que en tan difícil situación no se hizo absolutamente nada que no fuese legal. Para dar un ejemplo de la inhibición del Ministerio en tanto conflicto, basta apuntar lo que en los comienzos del curso 1.978-79 -en que todos los días había llamadas diciendo que se iba a colocar una bomba a las siete de la tarde- se me dijo: "que eso era responsabilidad mía"; ¿y si estalla alguna y me matan veinte alumnos?, dije al Director General. Pero siempre me repetía lo de mi responsabilidad. Ordené desalojar dos veces pero las demás llamaba a la policía, hacían un registro y las clases



De acuerdo con el escrito del Ilmo. Sr. Director General del Patrimonio Artístico y Cultural de fecha 30 de noviembre de 1976 por el que se ordenaba a este Centro efectuar la votación de la terna para el nombramiento de Director del Conservatorio, se constituyó a las 13 horas la Mesa de votación presidida por el Catedrático D. Enrique García Asensio y como Adjuntos el Profesor Especial D. Francisco Vialcanet Cervellón y el Profesor Auxiliar D. Hermes Kriales Castrillo.

La Profesora Auxiliar Srta. López de Arenosa propuso que se integrasen en el Claustro para emitir su voto los Profesores del Centro de contratación temporal. El Director del Centro contestó diciendo que la votación había que efectuarla o con arreglo a las normas establecidas por el Ministerio, O.M. de 26 de octubre de 1968 y Resoluciones de la entonces Dirección General de Bellas Artes de 11 y 20 de noviembre de 1968, o suspender la votación y solicitar de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural nuevas normas para que pudiese ser posible lo propuesto por la Srta. López de Arenosa.

Tras una deliberación de la Junta de Profesores se acuerda efectuar una votación secreta sobre si procedía celebrar la de la terna o no.

Por 42 votos a favor, 18 en contra, uno en blanco y una abstención, se acuerda proceder a la votación de la terna.

Efectuada ésta dá el siguiente resultado:

D. Francisco Calés Otero - Un voto

D. Manuel Carra Fernández - Cinco votos

D. José Moreno Bascuñana - Cuarenta y un votos

También obtuvieron un voto D. Ricardo Vivó Bazo, D. Federico Sopena Ibañez y D. Pedro Lerma León. Por acuerdo se incluye en la terna al Sr. Calés siguiendo el orden alfabético. Hubo 17 papeletas en blanco.

No asistieron no votaron por carta D. Manuel Carra Fernández, D. Vicente Spiteri Galiana y D. Pedro Moreno Gómez.

Finalmente se acordó proponer al Ministerio la modificación de las normas por las que se efectúan las votaciones de ternas, lo cual se estudiará en un Claustro extraordinario que se celebrará oportunamente.

Madrid, trece de diciembre de 1976

EL PRESIDENTE DE LA MESA

EL VOCAL

EL SECRETARIO

Acta de la nueva reelección.

continuaban. Fueron momentos muy tensos y yo no me quedaba tranquilo hasta que se cerraba el Centro a las diez y que o bien estaba en él o me llamaba a mi casa el conserje dándome las novedades.

En cuanto a régimen interior todos los días me visitaban comisiones de profesores contratados o alumnos para proponerme huelgas que yo no aceptaba. Mi autoridad la mantuve hasta el día de mi jubilación. Ni admití que los contratados y alumnos formasen parte de los órganos directivos ni consentí asambleas no autorizadas. Una de estas intentó celebrarse; me avisó el Secretario que se habían concentrado en el Auditorium unos doscientos alumnos y a pecho descubierto me planté en el estrado y les dije que o se disolvían o llamaba a la Fuerza Pública, que yo era el Director y era quien mandaba. A los diez minutos nombraron una comisión de unos ocho barbudos que fueron a visitarme en mi despacho. Entraron y los más se sentaron antes de hacerlo yo. Les dije de mala forma: "pónganse en pie hasta que yo me sienta". Como por un resorte se levantaron y no lo hicieron hasta que yo me senté. Me explicaron -muy cortésmente- que deseaban formar parte de los órganos directivos. Había entre ellos un tal Rosendo que era infiltrado del partido comunista, de unos veinticinco años, a quien pregunté: "y ¿de qué está usted matriculado?; de primero de Fagot, respondió. ¿Y con ese expediente pretende usted dirigir el Conservatorio?. Mientras sea Director ustedes ocuparan el puesto que les corresponde. Se acabó la entrevista". Se levantaron y se fueron.

Yo me marché después y al salir me dijo el conserje que estaban en la puerta los doscientos concentrados; que me iba a acompañar él y algunos porteros. Yo le dije: "de ningún modo, me voy solo". Salí y me encontré una masa de gente que interceptaba la puerta; me hicieron paso y al cruzar entre ellos les dije: "buenas noches, señores", y con mi cartera bajo el brazo me dirigí al aparcamiento. No se atrevió nadie a decirme lo más mínimo.

En el último Claustro que presidí, antes de comenzar las vacaciones de Navidad del año 1.978 se armó tal jaleo con los alumnos y no alumnos que se habían infiltrado que me ví obligado a levantar la sesión antes de entrar en el orden del día.

En estas circunstancias transcurrieron los últimos meses que faltaban para mi jubilación. La gente tratando de hacer lo que quería y yo lo que debía. En ningún momento se me subió nadie a las barbas ni padeció lo más mínimo mi autoridad que mantuve a rajatabla. Los Catedráticos y profesores de carrera acudían a mí asustados por la situación y temiendo lo que ocurriría cuando yo cesase. A todos les decía lo mismo: que mientras estuviera yo que no temiesen anda; que si el Ministerio apenas existía porque no tenía capacidad para ordenar nada yo me bastaba y me sobraba para controlar la situación y por su temor cuando yo cesase que con emplear mis procedimientos el que me sustituyera, todo marcharía como había marchado hasta entonces.

No sé porqué mi actitud le daba a todo el mundo una sensación de normalidad y sosiego que hacía que el Centro y sus Filiales funcionasen correctamente así como los actos que se celebraron en el Auditorium hasta el final de mi vida académica. Y es que no hay procedimiento para que las cosas marchen que una autoridad que obra en todo momento sin contemplaciones y obligando a todo el mundo a cumplir con su deber.

Así llegó el ocho de marzo de 1.979, último día al que asistí a mi despacho y fecha que cierra la enorme curva que comenzó con mis sueños infantiles de ser algo importante en mi vida. Con una serenidad increíble y una gran emoción pasé mi último día de Director. Después de recoger mis documentos y libros particulares me despedí de aquel majestuoso despacho que había ocupado casi nueve años y en el que trabajé con toda ilusión y entrega. Mi salida no pudo ser más airosa. Todos los profesores, sin ex-

cepción, me visitaron en aquellos últimos días para despedirse de mí, y en la clase que impartí aquella misma mañana me llevé la sorpresa y la alegría más grande de mi vida. Cuando subí a ella con mis libros y mis discos bajo el brazo ví un inmenso gentío a la puerta del aula; había más de cien profesores -todos los Catedráticos- mezclados con los alumnos. Pregunté qué ocurría y me dijo Lerma, el Subdirector, que tenían todos mucho gusto en acudir a mi última clase. Entré y sonó una cariñosa ovación de los alumnos y profesores puestos en pié, bueno, puestos en pié los que tenían asiento, pues aunque el aula era grandísima no cabía toda la gente que había. Me emocioné mucho ante aquel gesto de hidalguía de los profesores y así se lo dije en unas palabras que les dirigí diciéndoles que era el broche de oro con que el Claustro cerraba mis cuarenta años de servicios al Centro. Comencé a impartir la clase pero como casi todos permanecían en pié, a los quince minutos les dije a los profesores que agradecía de todo corazón su gentileza, pero que me parecía abusar de su cortesía el que estuviesen toda la clase. Nueva ovación y fueron desfilando hasta que me quedé solo con mis setenta y tantos alumnos.

Al final de la clase nueva emoción. Una alumna tomó la palabra y me hizo entrega en nombre de todos de una valiosa placa de plata como homenaje de cariño y lealtad.

Bajé muy emocionado a mi despacho y me estaban esperando en él todos los Catedráticos y profesores que habían colaborado conmigo en la Junta de Gobierno. Nos tomamos unas botellas de Champán y Fernando Puchol, como Secretario que fue más antiguo, después de unas palabras cordialísimas de despedida, me entregó una valiosísima bandeja de plata con el nombre de todos.

RECUERDO HOMENAJE

A

*D. José Moreno Bascuñana  
Los Alumnos de Formas Musicales  
Curso 1978-79*



Placa de los alumnos.

A. NUESTRO ILMO. AMIGO  
**DON JOSE MORENO BASCUÑANA**  
EN EL DIA DE SU JUBILACION  
COMO PRUEBA DE AMISTAD Y AFECTO  
DE QUIENES NOS SENTIMOS HONRADOS COLABORANDO CON EL  
EN SU DIFICIL MISION COMO DIRECTOR DE NUESTRO CONSERVATORIO  
FERNANDO PUCHOL, ENRIQUE GARCIA ASENSIO, GUILLERMO GOTZALEZ,  
JAVIER ALFONSO, JOSE FERRANDEZ, PEDRO LERMA, ANGEL OTIER,  
ANTONIO RAMIREZ-ANGEL, ANTONIO BARBERA, WLADEIRO MARTIN  
MANUEL ANGULO, MIGUEL DEL BARCO Y JOAQUIN PILDAIN.  
MADRID, 3 DE MARZO DE 1979

Yo que he visto jubilarse a muchos Directores, no recuerdo nada igual. Ni al Padre Otaño, ni a Sopeña, ni a Guridi, ni a Cubiles, ni a Halffter ni a Calés se les hizo homenaje alguno cuando cesaron, ni se asistió a su última clase, ni nadie movió un dedo para hacerles la más mínima prueba de agradecimiento. Si entré en el Conservatorio por la puerta grande salí de igual modo. Era para estar muy orgulloso. Las bedelas me besaron cuando abandoné el Centro a última hora de la tarde y Lolita, en nombre de todas, me dijo que jamás habían estado mejor mandadas y que no me olvidarían nunca. Los porteros formados en una fila me despidieron con iguales muestras de cordialidad; nadie se escabuyó para no dar la cara.

Así salí del Centro en el que pasé lo mejor de mi vida y así enjuicié la Prensa mi labor.

Cuando me quedé solo -que es cuando el hombre está más acompañado si tiene vida interior- hice un rápido balance de mi actuación. Iba meditando camino del aparcamiento: ya es extraordinario que habiendo sido un Director bastante autoritario mereciese aquella despedida cordialísima por mis compañeros y hasta por el personal subalterno. ¿Qué era aquello? ¿Era mi fondo humano que supo sobreponerse en todas mis decisiones? ¿Era el premio a una labor considerable?.

Por la noche en mi casa rememoré la labor realizada. Ningún punto importante fue olvidado. Había atendido a los alumnos hasta el extremo de que jamás ni los programas ni los medios materiales para efectuar una labor didáctica habían estado a la altura que los dejé. Creé las Cátedras de Musicología, Clavicémbalo, Flauta de pico, Canto Gregoriano, Formas Musicales, Pedagogía Musical, Saxofon, Acordeón, Técnicas contemporáneas, dotándolas de instrumental y material adecuado, amén de inaugurar cuatro Conservatorios Filiales. Organicé los conciertos de alumnos de los que se hicieron cerca de mil. Reorganicé la Biblioteca y Discoteca dándole nueva

En el momento de despedirse del Conservatorio, al que ha dedicado toda su vida, el señor Bascuñana se siente particularmente satisfecho de la proyección exterior que ha alcanzado el Real Conservatorio en los últimos años, a lo largo de los cuales se ha convertido en un hecho habitual los conciertos de la Orquesta del Conservatorio, creada durante el período de su dirección.

A lo largo de estos ocho años, se han creado once nuevas cátedras, entre las que destacan por su importancia las de Musicología, Canto Gregoriano, Formas Musicales y Pedagogía Musical.

«Pese a que ni siento ni me gustan muchos aspectos de la música contemporánea, me encuentro especialmente satisfecho de haber contribuido a que ésta haya entrado en el Real Conservatorio de la mano de personalidades como Halfter, Luis de Pablo o Tomás Marco.»

Moreno Bascuñana se define a sí mismo como «un hombre del Conservatorio» por encima de todo, lo que le ha impedido dedicarse con mayor intensidad a la composición, «aunque no he dejado de escribir cada día alguna nota sobre el papel pautado».

Entre sus obras, cita la *Suite castellana*, estrenada por el maestro Arbós con la orquesta sinfónica; *Cumbres de Gredos*, grabada en Alemania, y *Sinfonía Rural*, que obtuvo en 1959 el premio de la Confederación de Centros Gallegos.

## Moreno Bascuñana se ha jubilado

### Director y catedrático del Conservatorio de Madrid

Después de treinta y nueve años de servicios como catedrático y los últimos ocho como director del Conservatorio Superior de Madrid, se ha jubilado José Moreno Bascuñana. Han sido años, especialmente la etapa en que ha regido los destinos de la casa, duros y fecundos. Y generosos, ya que así hay que juzgar los trabajos de un profesor que, no siendo precisamente afín a las estéticas de vanguardia, ha sabido acogerlas en los planes de estudios, creando una cátedra de Técnicas Contemporáneas, por la que han pasado impartiendo sus enseñanzas Bernaldo de Siquiera o De Pablo. Esta amplitud de miras consiguió también la inclusión de otras asignaturas, incomprendiblemente abandonadas hasta ahora, con las nuevas cátedras de Canto Gregoriano, Clavicémbalo, Pedagogía Musical o Musicología. Los primeros titulados en esta última especialidad, por cuya implantación tanto hemos luchado con las débiles armas de la pluma, recibieron su diploma de manos de quien había hecho posible sus estudios en Madrid, el profesor Moreno Bascuñana. También durante su etapa de director se creó la orquesta del Conservatorio, en la que los alumnos de las clases superiores hacían sus primeras armas con sus maestros al frente. Y esto, en una época en que el aumento del alumnado ha sido espectacular, creando problemas de imposible solución con los escasos medios disponibles.

Ahora, Moreno Bascuñana, por haber cumplido la edad reglamentaria, ha de retirarse. Le ha llegado la hora del descanso y, probablemente, la de dedicar su tiempo a la creación personal, tanto tiempo abandonada por la entrega apasionada a la docencia. Pero deja atrás una obra bien hecha y las líneas señaladas para ampliarla. Y lo que más importa: una larga estela de amigos, entre los que me honra contar,me, unidos por el común amor a nuestro ingrato arte.

F. R. C.



estructura y las enriquecí de manera considerable mediante créditos extraordinarios que me concedió el Ministerio. Entre las adquisiciones figuraba la obra completa de Beethoven en discos. Esta nueva fase no me dió tiempo a inaugurarla en mi vida académica. Se hizo meses después a cuyo acto fuí invitado como autor de la obra. Asistió la Reina y me hicieron una foto hablando con ella.

Foto con la Reina.



En cuanto al profesorado cuando yo entré tenían un sueldo de trece mil quinientas pesetas más trienios y los dejé con Dedicaciones y Grado lo que supuso quintuplicar sus ingresos. Doté de profesores auxiliares a las Cátedras que carecían de él. Declaré sin consentimiento del Ministerio no lectivo los sábados, medida que produjo gran satisfacción. Nombré ciento cuatro profesores contratados y organicé conciertos, mejor dicho, ciclos de conciertos interpretados por ellos, de lo que es buena muestra del entusiasmo despertado lo que me escribió Puchol en el que dió.

Impuse la dignidad de las jerarquias, sobre todo revalorizando la de los Catedráticos, imponiendo su autoridad en todos los aspectos; y en cuanto a la proyección exterior del Centro continuamente aparecían en los medios de comunicación comentarios laudatorios de estas actividades. En primer lugar creé la Orquesta del Conservatorio que tantos laureles le dió. No había día sin que en el Auditorium hubiese un acto. Se hicieron intercambios con Conservatorios del extranjero; se mantuvo relación con todos los Agregados Culturales de las Embajadas. Asistí en representación del Centro a comidas en estas y a un sin fin de cócteles en los que por no beber alcohol me ponía la tripa llena de naranjadas y limones. Se hicieron cursillos especiales como los de Corostola y Eduardo del Pueyo, este sobre las sonatas de Beethoven, etc. etc.

Estaba contento. Había hecho una inmensa revolución. Mi nombre pasaría a la Historia del Conservatorio caracterizando la etapa más destacada acaso de su existencia.

Los avatares que se produjeron en el curso 1.978-79 fueron de carácter político inevitable en la famosa "transición". Quisieron algunos alumnos cumpliendo consignas comunistas sembrar discordias y salirse de la legalidad pero todo fue cortado de raíz. Así es que eso queda como un modesto dato anecdótico que no enturbió para nada mi gestión.

*Para mi querido  
D. José, único Director  
que yo admito, con todo cariño  
Fernando*

SEPTIMO CONCIERTO

Piano: Fernando Puchol

PROGRAMA

I

Fantasia en Re menor . . . . .	Mozart
Carnaval Op. 9 . . . . .	Schumann
Preámbulo. Pierrot. Arlequín. Vals noble. Eusebius. Florestan. Coquette. Réplica. Papillons. Letras danzantes. Chiarina. Chopin. Estrella. Reconocimiento. Vals alemán. Paganini. Confesión. Paseo. Pausa. Marcha de los «Davidsbündler» contra los «Filisteos».	

II

Funerales (armonías poéticas y religiosas) . . . . .	Liszt
Tres estudios Op. 25 . . . . .	Chopin
La bemol mayor	
Mi mayor	
Si menor	
Fantasia-impronptu Op. 66 . . . . .	Chopin
Balada en Sol menor . . . . .	Chopin

AUDITORIUM: Día 23 de marzo de 1972, a las siete y media de la tarde.

Dedicatoria de Fernando Puchol.

Quando se complicaron las cosas fue cuando cesé. Se hizo una asamblea el trece de marzo en la que se discutió si se nombraba nuevo Director o había una ¡Dirección colegiada!. Los alumnos y los contratados se encalabritaron y creo que el escándalo que se armó fue épico. Volvió a reunirse la asamblea el veinte de abril y por fin, con ochenta y ocho miembros del Claustro ausentes porque no se había citado para tomar esa decisión y por imposición del Ministerio que dijo que había que nombrar forzosamente Director a un Catedrático, se nombró un poco ilegalmente a Miguel del Barco, que había sido conmigo Jefe de Estudios. Este nombró una Junta de Gobierno al margen del Reglamento y para los puestos clave: Subdirector, Secretario y Jefe de Estudios a los profesores contratados más levantiscos, marginando a los Catedráticos, y una serie de delegados entre los alumnos (estaba el famoso Rosendo) y contratados. ¡En seguida iba yo haber aceptado una Dirección en estas condiciones!.

Las pocas noticias que he tenido después de la marcha del Centro es que es un desastre, pero he de reconocer que Miguel del Barco se portó muy elegantemente conmigo. He sido invitado de honor en Santa Cecilia, inauguraciones de curso y demás actos destacados sentándome siempre en la presidencia a su lado y recibiendo los saludos cordiales de todos los profesores y subalternos.

Yo sabía que se pretendía hacerme un homenaje por todos los Conservatorios de España. Miguel del Barco me dijo que estaba en contacto con los diversos Directores y por fin el cinco de enero de 1.982 me concedió Su Majestad el Rey la Encomienda con Placa de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio que me fue impuesta por el Director General en un magno banquete que se me dió en el hotel Victoria. Asistieron unas trescientas personas -casi el Claustro entero del Conservatorio de Madrid- comisiones de provincias, amigos, familiares, etc.. Al final del mismo y para dar las gracias pronuncié las siguientes palabras que las puedo reproducir por haberlas tomado taquigráficamente un funcionario de la Dirección General de Bellas Artes que asistió:

"Ilustrísimo señor Director General de Bellas Artes, Excelentísimos e Ilustrísimos señores, queridos compañeros, amigos todos: Yo querría en este momento solemne de mi vida poseer las cualidades de un Demóstenes o de un Castelar para poder expresaros fielmente lo que mi corazón siente en estos momentos. Es un complejo entresijo de diversas sensaciones: emoción, alegría, agradecimiento, que forman un todo, como los fabulosos temas de la sinfonía "Heróica", que siendo tan distintos, forman su unidad colosal".

"A esta unidad que forman tantos sentimientos distintos no puedo corresponder más que con una palabra escueta y vulgar: gracias, muchas gracias. Es lástima que el lenguaje sea tan insuficiente para poder expresar más acertadamente el estado en que se encuentra mi alma en coyuntura tan excepcional al sentir sobre mi pecho esta preciada condecoración que la sensibilidad de Su Majestad el Rey, tantas veces demostrada, ha tenido la gentileza de concederme y contemplar este salón con autoridades, compañeros, amigos y familiares, congregados aquí para honrar a un hombre sencillo que no tiene más mérito que haber dedicado su vida entera a la música y su enseñanza".

"No es frecuente patentizar en la forma que lo habeis hecho el recuerdo y reconocimiento de unos servicios que aún dentro de su modestia, como míos, se prestaron con el interés y entrega que merecía ese amor de mis amores que toda mi vida ha sido el Conservatorio de Madrid y por extensión todos los de España. Aunque mi vida musical comenzó por la composición con obras estrenadas por la Orquesta Nacional y la Sinfónica, al ganar con el número uno siendo muy joven la Cátedra de Armonía casi toda mi actividad musical se canalizó hacia el Conservatorio. Fuí muy joven también Subdirector con el Padre Sopeña y esto me hizo encariñarme prontamente no solo con mi vocación de profesor sino también con los problemas que la enseñanza planteaba. Esta comunión de ideas y actividades provenientes de la misma raíz me habían de convertir andando el tiempo en lo que tantas veces he repetido: en hombre de Conservatorio.

"Creo que es necesario que existan hombres de Conservatorio como es indispensable que existan hombres de Universidad volcados con tesón, con dedicación exclusiva -prescindiendo del carácter económico que hoy se da a estos términos- a los altos servicios a la enseñanza. Una dedicación exclusiva de carácter práctico, profesional y ético. Hay quizá en el mundo más abundancia de compositores mediocres que de buenos profesores de Conservatorio, porque la misión de estos es tremendamente más difícil que enjaretar una bora con ayuda de unos vasos de agua, una tuba, un flautín y unos golpes de Tam-tam. Nosostros tenemos una responsabilidad más alta. Somos componentes y artífices de unos complicados laboratorios donde se engendran los jóvenes artistas. Si es lógica y obligada la sucesión de generaciones que se van transmitiendo de unas a otras la maravillosa antorcha de la enseñanza del arte, debemos a los hombres de Conservatorio, mientras esa antorcha esté en nuestras manos, dedicar la vida entera sin escatimar sacrificios, para transmitirla al menos con la misma intensidad de fuego que la recibimos".

"No ha tenido en general buena prensa el profesor de Conservatorio. Desde tiempos de Albrecht hasta el mejor crítico musical que ha tenido España, Adolfo Salazar, se le ha solido desdeñar tildándolo poco menos que de maestro regleta. Y esto es una incomensurable falsedad. Ahí estan para demostrarlo desde Eslava hasta Hugo Riemann y desde Conrado del Campo hasta Gevaert. Lo que ocurre es que la labor callada del profesor de Conservatorio no suele ser espectacular. Pero ¿no se resentiría el pianismo actual en España si no hubiese existido un Cubiles o una Julia Parodi? ¿Y una escuela de violín sin un Monasterio y un Bordas? ¿o de violoncello sin un Mirecki y un Ruíz Caxaus? ¿o de órgano sin un Gabiola o un Guridi? ¿o de composición sin un Conrado del Campo, un Turina o un Julio Gómez?, por no citar más que los que no viven. Y todos fueron ante todo y sobre todo hombres de Conservatorio".

"Ya sabemos que los Conservatorio no se han hecho para fabricar genios, como no existen Universidades para crear Premios Nobel, ni academias militares para hacer laureados de San Fernando. Estos pertenecen a otra galaxia que nada tiene que ver con los centros de enseñanza. Por ello es evidente que no se puede enseñar en los Conservatorios a tocar el órgano como lo hacía Bach, ni el Piano como Listz, ni a componer como Beethoven, porque eso escapa a toda posibilidad humana, pero sí constituyen estos Centros la rampa de lanzamiento que conduce al alumno a este estado de gracia en que aquellos genios se encontraron en el albor de sus carreras. Esta es ni más ni menos la augusta misión posible e indispensable de los hombres de Conservatorio".

"La Providencia dispuso que tras ocupar en dos ocasiones la Subdirección fuese nombrado Director del primer Conservatorio de España e Inspector General de los Conservatorios españoles. Estas dos graves responsabilidades las asumí durante casi nueve años en la época quizá más difícil en la historia del Centro por coincidir los últimos tiempos de aquella con la "transición" ocurrida en España. No sé si lo hice bien o mal o regular. Lo que sí os puedo asegurar es que puse en el empeño mi vida entera; y si puse la vida, más creo que no se me puede pedir".

"Por eso es muy grato e inolvidable que después de haber tenido en mi mano durante tantos años la responsabilidad de la enseñanza musical en España, haya merecido de la benevolencia de S.M. el Rey y de vosotros este homenaje que me dedicais que me hace creer que cumpliré al menos con mi deber y que me hará el inmenso servicio de morir con la conciencia tranquila, que no es poco en estos tiempos".

"Mi gratitud eterna a S.M., al Ilmo. Señor Subsecretario, mi entrañable amigo Lago Carballo; a la ilustrísima señora Subdirector General de Enseñanzas Artísticas, la sin par Angelina Villegas que tanto me ayudó

en momentos difíciles; a los ilustrísimos señores Directores de los Conservatorios aquí presentes que tuvieron la gentileza de patrocinar este acto; a vosotros, mis entrañables compañeros, amigos y familiares; a todos quiero resumir el estado de mi alma con una palabra sencilla como la que se emplea en las grandes solemnidades, como ese "si quiero" que basta para unir de por vida a una mujer y a un hombre. Esta palabra es que Dios os lo pague. Muchas gracias".

Me regaló el Centro las insignias y una placa de plata de recuerdo.

Mis hijos me ofrecieron una comida en la que mi hija Menchu leyó la siguiente cuartilla y al final me entregaron otra placa de plata con las firmas de todos:

"Querido papá: Esta sencilla manifestación de cariño por nuestra parte no es más que el deseo de que la "nueva etapa de tu vida" sea muy feliz y muy tranquila y que aunque tú añores esos años de trabajo, esos largos años dedicados a la música que tantas preocupaciones, pero al mismo tiempo tantas satisfacciones y halagos te han dado y de la que nosotros tan orgullosos estamos, pienses que si a partir de ahora tu trabajo no va a ser tan poético como antes, sí va a ser para nosotros más humano y feliz".

"Tu sabes que los que estamos solteros pensamos en nuestras bodas y en poner en nuestras casas moquetas, cubrir paredes de madera y que nos tapices algunos sofás y por otro lado los casados tendremos alguna vez que reponer todas estas cosas y también necesitaremos tu ayuda".

"Por todo esto, papá, y pensando en que tu vas a poder descansar, pasearte con "Güela", viajar y ¿por qué no? jugar al "bingo" alguna vez, queremos que no te sientas triste sino todo lo contrario, muy, muy feliz. Felicidades".



**JUAN CARLOS I**  
**REY DE ESPAÑA**

GRAN MAESTRE DE LA ORDEN CIVIL DE ALFONSO X EL SABIO

Y EN SU NOMBRE

**EL MINISTRO DE EDUCACION Y CIENCIA**

GRAN CANCELLER DE LA MISMA

EN CONSIDERACION A LOS MERITOS  
QUE EN VOS CONCURREN HE TENIDO  
A BIEN CONCEDEROS POR ORDEN DE  
ESTA FECHA

ENCOMIENDA CON PLACA

**DE ALFONSO X EL SABIO**

MADRID, 5 de Enero de 1982.



EL CANCELLER.



ILMO. SR. D. JOSE MORENO BASCUÑANA.

Título de la Encomienda con Placa.



---

## CENA HOMENAJE

ofrecida al Excmo. Señor

*Don José Moreno Bascuñana*

con motivo de haberle concedido S. M. el Rey  
la Encomienda con Placa de la Orden Civil de  
Alfonso X el Sabio, por sus servicios como Catedrático  
y Director del Real Conservatorio Superior de Música,  
Inspector General de los Conservatorios españoles y  
Consejero Nacional de Educación. Dicha Condecoración  
le será impuesta en este acto.



3 de Junio de 1982  
A las 9 30 de la noche

Tarjeta del banquete.



Foto del banquete.



## Homenaje a Moreno Bascuñana

José Moreno Bascuñana, compositor y, durante estos últimos años, director del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid —de cuyo claustro de profesores formaba parte—, acaba de recibir un merecido homenaje, con la asistencia a una cena de más de doscientos músicos representantes del actual vivir artístico de la capital de España. Tras el ofrecimiento del agasajo por Miguel del Barco

—sucesor de Moreno Bascuñana en la dirección del primer Centro oficial de enseñanza musical de la nación—, la subdirectora general de Enseñanzas Artísticas del Ministerio de Educación y Ciencia, Angelina Villegas, contando con la adhesión escrita de un subsecretario de tan probada filarmonía como la que siente Antonio Lago Carballo, procedió a imponer al querido homenajeado la Encomienda con Placa de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, recientemente concedida por S.M. el Rey, como premio a los servicios que nuestro músico

ha rendido como catedrático, director del Conservatorio madrileño, inspector general de estos Centros, así como consejero nacional de Educación. El profesor Moreno Bascuñana, muy emocionado, supo agradecer con su natural discurso tan significativo acto de adhesión a su persona. Desde estas columnas de INFORMACIONES, reiteramos con el mayor entusiasmo una adhesión cálida a José Moreno Bascuñana, cuya hombría de bien y serenidad profesional, merecen estos y aún más altos reconocimientos.

Foto de la Placa que me regaló el Centro. Comentario de Presa.



Placa de mis hijos.

Con estos actos y la carta de Sánchez Agesta, Presidente del Consejo Nacional de Educación, despidiéndome como Consejero, terminó definitivamente -como todo acaba- mi vida académica.



*Consejo Nacional de Educación*

Madrid, 3 de octubre de 1.980

*El Presidente*

Excmo. Sr. D. Jose Moreno Bascañana

MADRID

Mi querido amigo y compañero:

Al producirse su cese como Consejero Nacional de Educación por precepto de la Ley, quiero agradecerle la colaboración que ha prestado a este Consejo y expresar personalmente mi gratitud y afecto.

Queda suyo afectísimo amigo que le saluda cordialmente,

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'Luis Sanchez Agesta', written in a cursive style.

Fdo: Luis Sanchez Agesta

Carta de Sánchez Agesta.,

## EPILOGO

¡Cuántas veces en mi jubilación he recordado mi vida y mi empeño desde la niñez de desempeñar un alto papel!. ¡Como he recordado mi odio a la vulgaridad!. ¡Y que de sufrimientos, privaciones y trabajo rudo he realizado para conseguirlo!.

Dios ha querido darme larga vida y una lucidez mental enorme para desde la altura de mis años poder contemplar el discurrir de la misma. Siempre estuvo mi niñez, mi triste etapa de aprendiz de sastre, mis años de estudiante, mi lucha profesional, mi madurez y mi vejez dominada por un empuje artísticoc que me ha creado un talante selecto, soñador, romántico diría, con el que he enfocado y vencido todos los avatares, algunos difíciles, que me han salido al paso.

Creo que fuí hombre de suerte: la posición económica que conseguí (he mirado a las estrellas pero con los pies en el suelo, como hacía Roberto Schumann), mi mujer, mis hijos, mis nietos... Todo creo que ha sido un premio a mi decisión para hacer de mi vida no un valle de lágrimas sino algo precioso que me gusta recordar. Me emancipé mediante mi vida interior de la vulgaridad de mis primeras amistades, del talante de mi familia, de la propia existencia que casi siempre lo es. Mis mejores amigos fueron siempre mis libros, mis partituras, mis discos, mis pensamientos y mis sueños. He sido feliz como pocos hombres porque he luchado y he triunfado. Llegué, como he dicho, a lo más que se podía llegar en mi carrera, y todo esto aderezado con el contrapunto de mi vida particular llena de optimismo y de alegría. Soy ferviente católico y si mucho le he pedido a Dios mucho me ha concedido.

¿Mi vida ahora?... Pues leer, asistir a conciertos y actos culturales, oír sobre todo a mi entrañable Beethoven: sus sonatas, cuartetos, sinfonías, oberturas, conciertos ...; componer unas fugas para órgano que se terminaran cuando Dios quiera; armonizar canciones populares; escribir estas cuartillas; hacer un viaje a Italia que por falta de tiempo no pude efectuar antes: Milán -donde presencié en la Scala una representación de "Tosca" inolvidable-, Bolonia, Venecia, Roma en donde asistí en la Basílica de San Pedro a una Misa oficiada por el Papa Juan Pablo II; pasear mucho, conducir mi magnífico coche en multitud de viajes y disfrutar con mis ocho nietos. No he perdido las esperanzas de viajar a Bayreuth a oír la tetralogía wagneriana.

Aún me encuentro fuerte y creo sinceramente no haber entrado en la senectud ni haber rozado los síntomas de la esclerosis cerebral. Mi portentosa memoria, uno de mis tesoros, sigue en todo vigor y me hace recordar las cosas "como si las estuviese viendo" como dice el Estupifiá de Galdós. Tengo setenta y cinco años y me encuentro como si tuviese sesenta. Pero sobre todo, muy sobre todo, cuando Dios se acuerde de mí moriré serenamente, comprendiendo muy bien que la vida tiene que terminar y le entregaré mi alma con la sonrisa inefable de morir con la conciencia tranquila y con la satisfacción de haber cumplido con todos los deberes a lo largo de mi longeva vida que comenzó cuando vino al mundo aquel niñito -desnudo como todos venimos- y por mi tesón y fe en mí mismo, podrán poner en mi esquila: El Excelentísimo señor ....

Pozuelo de Alarcón, 17 de agosto de 1.984